





213

ESCRITO POR SERGIO HERNÁNDEZ MONTIEL

© Sergio Hernández Montiel

Fotografía de cubierta: [BWired n Rusty Blood Splatters](#) by  
~[Joohan](#)

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en internet o de fotocopia, sin permiso previo del autor. Todos los derechos reservados.

A mis padres

## ÍNDICE

Primera parte – Pág. 7
Segunda parte – Pág. 73
Tercera parte – Pág. 122
Epílogo – Pág. 164

## PRIMERA PARTE

### VÍCTOR

Despierta. Abre los ojos lentamente, con trabajo. ¿Ya es la hora de ir a trabajar? No, no está en su casa. ¿Dónde se encuentra?

—El sujeto ha despertado, repito, el sujeto ha despertado.

—Ya era hora —dice el doctor García—. Lleva dos días durmiendo. Avisen al doctor Pérez, no sabemos cómo puede reaccionar —dice el doctor Izquierdo.

Esa no es su cama, no es su habitación. De hecho, no sabe dónde está ni cómo ha llegado ahí. ¿Es acaso un sueño?, ¿sigue dormido todavía?

—Doctor Pérez —comienza el enfermero Gutiérrez—. El sujeto ha despertado.

—De acuerdo —le responde el doctor Pérez—, voy enseguida para allá, no hay tiempo que perder, no sabemos cómo puede reaccionar.

La habitación en la que se encuentra está perfectamente iluminada por lámparas halógenas. Las paredes pintadas enteramente de blanco dotan al lugar de un aspecto parecido a una celda de manicomio.

El doctor Pérez recorre los pasillos de la instalación con la máxima celeridad, a sabiendas de la importancia que tiene el sujeto que ahora obra en su poder. No es el primero, pero sí es el más especial.

Víctor no puede ver nada más en la habitación aparte de la cama donde descansaba y una mesa con un par de sillas en la esquina. Está muy desconcertado y comienza a preocuparse.

Por fin, el doctor Pérez llega a la habitación donde se encuentra el sujeto. Dando la orden al vigilante de seguridad que allí se ubica abre la puerta y entra en la sala. Allí puede verle de pie, confuso, desorientado.

En ese momento Víctor ve cómo, lo que parecía ser una parte más de la pared se abre como si fuera una puerta y, tras la sorpresa inicial, aparece un hombre joven, vestido con bata blanca y con barba afeitada portando un bloc de notas y un bolígrafo.

—Buenos días —dice el doctor Pérez—. Me alegro de verle en tan buen estado—. Dirigiéndose hacia él le invita a sentarse en una de las sillas que flanquean la mesa y, colocándose en la de enfrente, añade —En los dos últimos días temíamos por su salud.

—¿Dónde estoy? —pregunta Víctor.

—Está usted en el centro de control de enfermedades

—¿Me sucede algo? —pregunta Víctor preocupado.

—Eso estamos investigando. ¿Se acuerda de lo que hizo hace dos días?

—No sé ni cómo he llegado aquí.

—Nosotros le trajimos, le encontramos en la calle en estado grave ¿De verdad no recuerda nada de lo que hizo hace dos días?

—No, lo último que sé es que volvía a casa del trabajo.

—¿En qué trabaja, Víctor?

—Soy contable, ¿por qué? ¿Tiene algo que ver con esto? —pregunta Víctor intrigado.

—No, nada, solo curiosidad —responde el doctor Pérez, que prosigue—. ¿Ha notado usted en los últimos días algo extraño? ¿Alguna reacción extraña de su cuerpo? No sé, lo que sea.

—No que yo sepa, ¿algo en concreto que usted sepa?

—Verá Víctor, todavía es pronto para revelar todos los detalles, lo único que le puedo contar es que le hemos hecho unas pruebas, entre ellas un análisis de sangre y un test neuronal, y hemos constatado que posee una actividad, tanto neurológica como de glóbulos blancos superior a lo normal.

—¿Y eso qué quiere decir doctor?

—No lo sabemos todavía, para eso ha de permanecer aquí en observación un tiempo y hemos de realizar más pruebas ¿Lo entiende verdad?

—Sí, por supuesto, lo que sea con tal de curarme. Una cosa, por favor debo avisar a mi novia. Debe estar muy preocupada.

—No se preocupe lo haremos nosotros.

Dicho esto el doctor Pérez se levanta y, despidiéndose de Víctor, abandona la habitación. Víctor se queda solo. Asustado y confuso se tumba en la cama y trata de descansar.

El doctor Pérez se encamina a la sala de reunión con cierta celeridad para compartir con sus colegas la información que posee. Una vez allí toma asiento, y, junto a los doctores García e Izquierdo, pone en común sus pensamientos.

—¿Cómo se encuentra el sujeto quince, doctor Pérez?

—Perfectamente doctor García, todo ha salido como esperábamos. Cree que volvía del trabajo cuando se desmayó y lo trajimos aquí, y no solo eso, me ha dicho que avisáramos a su novia para decirle que está bien.

—O sea, que la operación fue un éxito.

—Eso parece, sí.

—Entonces hemos de pasar a la fase dos, solo tenemos que observar y analizar sus habilidades —dice el doctor García.

—¿Qué tipo de habilidades creen que puede desarrollar? —pregunta el doctor Izquierdo.

—No sé, supongo que al haberle aumentado la actividad cerebral a lo mejor es capaz de influir en objetos o algo por el estilo.

—¿Estás sugiriendo que podría desarrollar telequinesia?

—¿Tan extraño te parecería? —pregunta el doctor Pérez—. Sabes que tenemos casos más asombrosos como el del sujeto diez.

—Sí, en eso tienes razón.

—¿Qué tratamiento sugiere doctor Pérez?

—Lo más adecuado es continuar con el actual. Por la noche mientras duerma le administraremos otra dosis.

—¿No será demasiado? Si aumentamos mucho su capacidad cerebral a lo mejor no sobrevive —comenta el doctor García.

—Sobrevivirá, ya hemos tenido suficientes fracasos, presiento que éste es el definitivo. Si te fijas, cada nuevo sujeto es mejor que el anterior.

—Eso es innegable.

—Bueno caballeros, si no hay más cuestiones que tratar les emplazo a la próxima reunión pasado mañana —dice el doctor Pérez.

Dicho esto los tres doctores se levantan y abandonan la sala cada uno por su lado. El doctor Pérez se dirige a su habitación, la cual se localiza en el complejo como la de todos los trabajadores de El centro de control de enfermedades. Sin embargo, antes de llegar a ella el enfermero Díaz le detiene en el pasillo.

—Doctor Pérez, un segundo.

—¿Qué ocurre?

—El sujeto cinco está sufriendo convulsiones, señor.

—¿Qué ha sucedido?

—Mientras probábamos sus capacidades se despertó y...

—¡Se despertó! —grita el doctor Pérez—. No puede despertarse un sujeto mientras utilizamos sus habilidades. Puede echar a perder todo el experimento. Si es consciente de sus habilidades no podremos detenerlo.

—Lo sé doctor, fue un error en la anestesia.

—Me encargaré del culpable cuando todo esté solucionado.

En tan solo un momento el doctor Pérez llega a una habitación exactamente igual a la de Víctor y, allí, tras abrir la puerta, accede al lugar donde se encuentra el sujeto cinco que está siendo sujetado por dos enfermeros.

—¡Suéltelo! —grita enfurecido el doctor Pérez—. Si su temperatura cambiase bruscamente podrían morir.

A la orden del doctor los enfermeros sueltan al sujeto cinco, y este se acurruca en el suelo. El doctor Pérez saca de su bolsillo una aguja y, tras prepararla le inyecta su contenido en el brazo al sujeto. Éste grita de dolor, y, tras unos segundos se queda dormido. El doctor Pérez comienza a dar órdenes inmediatamente.

—Subidle a la cama y acostadle. Recoged todo, que se quede como antes. Traedme el controlador del sujeto cinco.

Media hora más tarde el doctor Pérez se encuentra al otro lado de la habitación esperando a que el sujeto despierte. Observándole a través del falso cristal de la pared. En ese momento un enfermero entra en la sala donde está el doctor, y este último le dice:

—Tome, devuelva el controlador del sujeto cinco a su sitio. Y quiero que el anestesista se persone mañana en salidas.

—Sí, señor.

Dicho esto, el doctor Pérez continúa observando al sujeto durante más de tres horas hasta que este finalmente despierta. Entonces el doctor coge su bloc de notas y un bolígrafo, y entra en la habitación.

—Buenos días —dice el doctor—. Me alegro de verle en tan buen estado. En los dos últimos días temíamos por su salud.

—¿Dónde estoy? —pregunta el sujeto.

—Esta usted en el centro de control de enfermedades. Estamos investigando ya que le encontramos tirado en la calle hace dos días. ¿Recuerda algo?

—No, lo último que recuerdo es que volvía a casa del trabajo.

—¿En qué trabaja Víctor? —interrumpe el doctor Pérez.

—Soy contable.

—Bien, verá, le voy a contar lo que va a pasar. Creemos que puede tener usted una enfermedad de la piel bastante grave por lo que debe pasar unos días en observación mientras le hacemos unas pruebas ¿Lo entiende verdad?

—Sí, solo que tengo miedo.

—Es normal, pero no se preocupe, todo va a salir bien.

—Una cosa doctor —dice Víctor.

—Quiere que avisemos a su novia ¿no es así? —interrumpe el doctor anticipándose a la pregunta de su paciente.

—Sí, si no le importa.

—En absoluto.

—Nos vamos a casar ¿sabe?

—Lo harán, no se preocupe—. Cada vez añaden algo —piensa para sus interiores el doctor mientras abandona la habitación.

Ya en la sala adyacente le dice a un enfermero —Manténgalo en observación, ya estoy harto de repetir siempre la misma historia.

El doctor Pérez se dirige a su habitación con el firme propósito de descansar un poco. El hecho de ser el máximo responsable del proyecto hace que cada avance, cada problema, cada suceso, le tenga que ser informado en el momento en que se produce. El trabajo que aquí realizan es el más importante en la historia de la ciencia sin ningún tipo de dudas, y es necesario que sea el personal más cualificado el que se encargue de realizarlo. El doctor Pérez siempre ha brillado dentro de la comunidad científica. Sus logros en materia de genética le llevaron hace siete años a quedarse a las puertas del Nobel. Sin embargo, un accidente de coche acabó con su vida hace cinco. Eso fue lo que trascendió a los medios y el mundo entero. Fue entonces cuando comenzaron a trabajar en el proyecto Víctor, y era imprescindible para el futuro del mismo que todos los implicados estuviesen oficialmente muertos para poder desarrollar su trabajo sin trabas. Lo que están haciendo no es legal en ningún país, y, aunque recibían dinero del gobierno debido a una serie de argucias y tapaderas, este no sabía de la existencia del proyecto.

El complejo donde se desarrolla el proyecto se ubica bajo tierra, enterrado a los pies de una planta de residuos, o lo que queda de ella, puesto que hace tiempo que fue abandonada y ahora no queda más que una serie de salas individuales y piscinas de basura. Están ocultos a la vista de todos. Los trabajadores involucrados, desde el doctor Pérez hasta el último enfermero, no pueden abandonar el complejo bajo ningún concepto, entre otras cosas, porque se supone que están muertos. Y en el caso de que alguien quiera hacerlo o se jubile se procede a borrarles la memoria y a dotarles de una nueva identidad en otro país. Todos asumen que entrar a trabajar aquí les supone una dedicación absoluta y un sacrificio máximo en detrimento de sus vidas. Y es que todo está calculado al milímetro, hasta esta noche.

El doctor Pérez llega finalmente a su habitación y, acostándose en su cama se dispone a dormir un rato. Su habitación es tan austera como las del resto de residentes. Lo único que destaca por encima del blanco de las paredes, es una gran cristalera situada frente a la cama tras la cual puede contemplarse un pequeño jardín artificial. Es la única nota de color, no solo en las habitaciones,

también en todo el recinto, donde todas las paredes son blancas y existen normas de vestuario. Estas obligan a todos los médicos a llevar batas blancas, así como el pelo corto y la barba afeitada. Los enfermeros sin embargo van vestidos con monos, de color blanco, por supuesto, y siguen las mismas normas en cuanto al pelo y la barba. La única nota de color en todo el complejo procede del negro de los uniformes de los encargados de la seguridad. Sin embargo, no son muchos en el centro, apenas diez, por lo que casi siempre el color blanco es el más visto por los residentes. Esta disciplina casi militar y, en alguna ocasiones fascista, es necesaria para poder llevar un perfecto control de todo y no dejar nada al azar. Todo está calculado al milímetro, hasta esta noche.

Cuando la alarma se dispara el doctor Pérez aún no ha entrado en fase REM por lo que el estruendo del sonido provoca que salte de la cama como impulsado por un muelle. La alarma es sinónimo de problemas, de alguno muy gordo. Desde que Pérez trabaja aquí, es decir, desde el principio, solo una vez sonó la alarma como esta noche, y fue un simulacro hace tres años. Obviamente el doctor se teme lo peor, que les han descubierto o que se ha escapado algún interno, o algo así. Nada más lejos de la realidad.

El doctor Pérez sale inmediatamente de la habitación, y, deteniendo a un enfermero que corre en dirección contraria a la suya le pregunta:

—¿Qué está pasando?

—No lo sé exactamente, por lo que he podido oír, ha habido un incidente con el sujeto quince.

—Bien, voy hacia allí, usted llame a todos los miembros de seguridad y cuénteles lo sucedido.

Dicho esto el doctor corre en dirección a la habitación de Víctor temiéndose lo peor. Ha sido el último en llegar y, al parecer, el más perfecto de todos. Es normal que los primeros días los sujetos experimenten cambios debido a su organismo único, pero nunca pasan de simples ataques de pánico. De camino al lugar indicado por el enfermero el doctor Pérez se cruza con dos enfermeros que corren en dirección contraria. Cuando están a su altura este les detiene y les pregunta:

—¿Qué sucede? ¿Por qué no vais a la habitación del sujeto quince?

—El sujeto ha escapado doctor, se ha vuelto loco. Todo el que se ha cruzado en su camino ha muerto.

—¿Cómo? No es posible, no tiene esas habilidades. De hecho, no debería poder usarlas todavía ¿Y los inhibidores?

—No ha dado tiempo a inyectárselos doctor.

Consternado por lo que acababa de oír, el doctor Pérez se dirige corriendo hacia el lugar de los hechos mientras escucha de fondo los gritos de los enfermeros pidiéndole que no vaya, que huya, o morirá.

## DESCUBRIMIENTOS

Despierta. Abre los ojos lentamente, con trabajo. ¿Ya es la hora de ir a trabajar? No, no está en casa ¿Dónde se encuentra? Esa no es su cama, ni su habitación. De hecho, no sabe dónde está ni cómo ha llegado allí ¿Es acaso un sueño? ¿Sigue dormido todavía? Sin embargo hay un detalle que le sobresalta sobremanera, un detalle que hace que todo esto no sea un sueño sino que lo que le está pasando es muy real. Tiene las manos manchadas de sangre, y no solo las manos, la ropa e incluso las blancas paredes de la habitación están pintadas de rojo bermellón ¿Qué es lo que ha sucedido? Pero lo más impresionante de todo es que a su lado reposan los cadáveres de dos enfermeros, decapitados ¿Quién ha hecho esto? ¿Y por qué a él no le habían hecho nada? De hecho ¿cómo había permanecido dormido mientras algo así ocurría en su habitación? Confuso, desorientado, e incluso, un poco asustado, se encamina hacia la puerta abierta de la habitación. Cuando sale, descubre otra sala más grande, igualmente destrozada pero, en este caso la situación es con mucho, peor. No solo hay sangre en abundancia repartida por toda la estancia, sino que los cuerpos de otros dos enfermeros descansan en el suelo, también decapitados. Muebles destrozados y dos monitores rotos son el resto de cosas que quedan a la vista, de no ser por el hecho de que debajo de uno de los monitores, asoman unas hojas de papel cuya presencia Víctor detecta rápidamente. Dirigiéndose a ellas las coge y ojea con curiosidad pudiendo leer lo siguiente:

Sujeto: Víctor quince

Estado: Iniciado

Tratamiento: Potenciador dos veces al día

Habilidades: Ninguna apreciada

Peligrosidad: Baja

Fecha implantación de recuerdos: 17—7—2005

Víctor lee perplejo lo que parece ser su ficha de algo que no alcanza a comprender. Datos que no entiende ni puede recordar nada lo que ahí se dice. El resto de hojas recogen sus características físicas, grupo sanguíneo y un extraño nivel de compenetración cuyo valor es ochenta y cinco. No entiende nada, pero está dispuesto a averiguar que le ha sucedido. Sin más que mirar por allí y, asqueado ante la visión de los cuerpos decapitados, abre la puerta que da al pasillo central del complejo. Antes de salir asoma la cabeza, y, con miedo, mira a uno y otro lado esperando no encontrar nada. Cuando todo parece seguro y tranquilo, Víctor sale para recalar en un pasillo igualmente decorado con sangre y algún que otro cadáver yaciendo en el suelo. Víctor se pregunta qué ha podido pasar y cómo es que sigue habiendo tantos muertos por allí. Lo único que tiene claro de momento es que ha de salir de ahí, y volver a casa donde sin duda su novia le espera preocupada. Ni siquiera sabe cuánto tiempo ha pasado allí, lo último que recuerda es que volvía a casa del trabajo.

Con estos pensamientos encamina sus pasos en dirección este. Durante varios metros lo único que puede ver son cuerpos sin vida y charcos de sangre en el suelo y paredes. Entonces aparece ante él una puerta igual a la que acaba de atravesar para salir de la sala donde despertó. Curioso, decide abrirla y entrar. Lo que ve es una sala idéntica a la que hace poco ha abandonado, con la diferencia

de que esta está ordenada y sin sangre y cadáveres tirados por ahí. Un cristal se sitúa enfrente y permite a Víctor ver lo que hay al otro lado de la sala. Lo que Víctor ve es a un hombre muy similar a él sentado en una cama, pensativo. Delante del cristal hay una mesa con dos monitores a semejanza de la sala anterior, como en todas las salas, donde unas hojas descansan. Víctor las coge y ojea como hizo antes leyendo lo siguiente:

Sujeto: Víctor uno

Estado: Avanzado

Tratamiento: Observación

Habilidades: Desarrollo de la vista

Peligrosidad: Ninguna

Fecha implantación de recuerdos: 14—11—2000

Confuso por lo que acaba de leer, Víctor decide abrir la puerta y hablar con el individuo de la habitación a ver si puede sacar algo en claro de todo esto. Su sorpresa es mayúscula al descubrir que el hombre que tiene enfrente es físicamente idéntico a él, su rostro, su estatura, incluso su corte de pelo es exacto. Sin embargo, no es Víctor el único sorprendido ante este hecho asombroso, ya que el otro hombre se encuentra en su misma situación. Tras unos segundos de mutuo asombro, Víctor pregunta primero:

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Víctor ¿Puedo irme ya de aquí? Me dijeron que hoy me darían ya el alta.

—Espera ¿Te llamas Víctor igual que yo?

—Sí —responde el nuevo Víctor— ¿Te conozco? ¿Cómo es que eres igual que yo?

—No lo sé. Yo estoy tan sorprendido como tú. No sé ni dónde nos encontramos, desperté hace un rato y no entiendo cómo he llegado aquí.

—Esto es un centro de control de enfermedades, a mí me aislaron porque tenía un problema grave en los ojos, según me dijeron —dice Víctor uno— ¿Cómo has entrado en la habitación? Se supone que está cerrada.

—No lo sé, la puerta estaba abierta y en la sala contigua encontré esto.

Víctor quince le enseña a Víctor uno el informe que acaba de encontrar al lado de los monitores y este lo lee despacio.

—¿Qué es esto? ¿Habla de mí? —pregunta Víctor uno.

—Eso parece. Yo encontré uno parecido en la sala de al lado de la habitación en la que desperté.

—¿Y qué significa eso de Víctor uno? Yo me llamo Víctor a secas.

—No lo sé, en mi informe ponía Víctor quince. ¿No te parece mucha casualidad que nos llamemos igual y seamos físicamente gemelos?

—Sí, la verdad es que esto es muy sospechoso. ¿Qué crees que pasa?— pregunta Víctor uno.

—No lo sé, pero si te llaman Víctor uno y a mi Víctor quince tal vez existan más personas como nosotros en otras habitaciones.

—¿Insinúas que están experimentando con nosotros o algo así? Porque a mí esto de que nos pongan número me suena a algo de ese estilo.

—No lo sé, pero la única manera de averiguarlo es registrando todo el recinto. Además, hay otra cosa que me preocupa.

—¿De qué se trata? —pregunta Víctor uno denotando cierta preocupación en su tono de voz.

—Cuando desperté encontré sangre en las paredes y a varios enfermeros muertos. Al salir al pasillo la escena se repitió. Estaba todo lleno de sangre y cadáveres.

—Joder, ¿Qué ha pasado aquí?

—Ni idea, yo debía estar dormido o inconsciente cuando sucedió. ¿Tú no viste o escuchaste algo?

—Que va, desde aquí dentro no se puede oír nada.

—Bueno —comienza Víctor quince—. Entonces lo único que podemos hacer es salir al pasillo y buscar a alguien que nos ayude.

—Estoy de acuerdo, a mí esto me parece un sueño, un mal sueño.

—Y que lo digas —añade Víctor quince mientras ambos abandonan la habitación y salen al pasillo central.

—Yo vine por ahí —señala Víctor quince indicando el lugar del que llegó—. Lo lógico es continuar en la otra dirección, seguir el camino que empecé.

Dicho esto los dos Víctor recorren el pasillo encontrando a su paso más sangre y algún que otro cuerpo decapitado. Al rato llegan a una puerta blanca igual a las que conducen a las salas donde ellos se encontraban. La abren y entran en una sala más bien conocida por ambos ya que es exactamente igual a todas las demás. Todo es igual, incluido el informe al lado de los monitores.

Nombre: Víctor dos

Estado: Avanzado

Tratamiento: Observación

Habilidades: Regeneración de la piel

Peligrosidad: Ninguna

Fecha implantación de recuerdos: 28—12—2000

Con el informe en la mano ambos Víctor entran en la nueva habitación donde les espera un hombre físicamente idéntico a ellos. Este se sorprende, pero tanto Víctor uno como Víctor quince se asombran menos y enseguida comienzan a hablarle:

—Antes de que digas nada —dice Víctor quince—, ¿Cómo te llamas?

—Víctor —responde el hombre.

—Joder —masculla Víctor uno—. Esto no puede ser real.

—¿Qué sucede? —pregunta Víctor dos—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Puedo irme ya? Me dijeron que podía irme hoy. ¿Por qué son idénticos a mí?

—A ver, despacio —dice Víctor quince—. Vamos a aclarar todo lo que podamos ahora antes de salir de esta habitación, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —responde Víctor uno.

—Sí, vale, solo quiero saber qué sucede —dice Víctor dos.

—A ver Víctor —dice Víctor quince dirigiéndose a Víctor dos—. Estás aquí porque dicen que tienes una enfermedad de la piel, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Víctor uno.

—En el informe dice en el apartado de habilidades que posee regeneración de la piel.

—¿Qué informe? —pregunta Víctor dos.

Víctor uno, que lleva en la mano el informe, se lo enseña, y, mientras Víctor dos lo lee, Víctor quince le pregunta:

—¿Sabes si tienes esa habilidad de regeneración de la piel?

—No, yo nunca he notado nada.

—¿Y tú, notas algo en la vista? —le pregunta a Víctor uno—. En tu informe decía desarrollo de la vista.

—No he notado nada raro. Por cierto, ¿qué ponía en el tuyo?

—Ninguna apreciada, eso es lo que ponía.

—Joder —interrumpe Víctor dos—. Aquí tienen todos mis datos, mi altura, mi peso, grupo sanguíneo, todo.

—Sí, y me he fijado en que son los mismos que los míos en todo —añade Víctor uno—. Es como si fuésemos gemelos, clones incluso.

—¿Clones? Yo no soy clon de nadie —dice Víctor dos—. Yo tengo una vida fuera de aquí, a mí nunca me han clonado. De hecho, volvía del trabajo cuando me desmayé y me trajeron aquí.

—¿Eres contable? —pregunta Víctor quince.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—¿Y tienes una novia que se llama Susana?

—Sí, pero...

—Y apuesto a que tú me responderías lo mismo —le dice a Víctor uno.

—Joder, sí, ¿cómo es posible? ¿Qué me han hecho? —pregunta asustadísimo Víctor uno.

—Puede que el último punto de los informes nos aclare eso —dice Víctor quince.

—¿Cuál es el último punto? —pregunta Víctor dos mientras lo busca desesperado.

—Fecha de implantación de recuerdos —responde Víctor quince—. Nos han hecho algo en la cabeza, estoy seguro.

—Pero aquí dice que a mí me los implantaron en el 2000 y yo llevo aquí solo tres días, en el 2000 yo estaba en...

—En Italia donde conociste a tu novia, ¿verdad? —pregunta Víctor quince siendo consciente de la respuesta que va a obtener—. Y estoy seguro de que al que llaman Víctor uno también recuerda lo mismo.

—Sí joder, ¿qué nos han hecho?, ¿qué somos?

—Bueno —comienza Víctor quince que, de alguna manera, se ha convertido el líder de todos ellos—. Lo único que podemos hacer desde mi punto de vista es registrar hasta el último rincón de esta instalación y, si hay más como nosotros, como sugiere la numeración, liberarles y ayudarnos mutuamente a descubrir la verdad.

Tanto Víctor uno como Víctor dos asienten y reconocen que no solo es lo mejor, es lo único que pueden hacer. Una vez advierten a Víctor dos sobre lo que se va a encontrar en el pasillo, salen y continúan en dirección este.

Durante la siguiente media hora van entrando en diversas habitaciones encontrando más hombres iguales a ellos con la salvedad del número que se les atribuye en el informe. Según se encuentran a uno nuevo le cuentan todo lo que saben y parten en busca del siguiente. Víctor uno se encarga de recoger todos los informes y de llevarlos consigo por si pueden llegar a ser de alguna utilidad. Los informes encontrados son los siguientes:

Nombre: Víctor tres  
Estado: Avanzado  
Tratamiento: Observación  
Habilidades: Memoria ilimitada  
Peligrosidad: Ninguna  
Fecha implantación de recuerdos: 2—3—2001

Nombre: Víctor cuatro  
Estado: Avanzado  
Tratamiento: Observación  
Habilidades: Desarrollo del oído  
Peligrosidad: Ninguna  
Fecha implantación de recuerdos: 8—6—2001

Nombre: Víctor cinco  
Estado: Avanzado  
Tratamiento: Pruebas de habilidad  
Habilidades: Cambio temperatura corporal  
Peligrosidad: Baja  
Fecha implantación de recuerdos: 20—9—2001

Nombre: Víctor seis  
Estado: Desarrollo  
Tratamiento: Pruebas de habilidad  
Habilidades: Elasticidad de los huesos  
Peligrosidad: Baja  
Fecha implantación de recuerdos: 5—5—2002

Nombre: Víctor siete  
Estado: Desarrollo  
Tratamiento: Observación  
Habilidades: Desarrollo del olfato  
Peligrosidad: Ninguna  
Fecha implantación de recuerdos: 10—10—2002

Nombre: Víctor ocho

Estado: Desarrollo  
Tratamiento: Pruebas de habilidad  
Habilidades: Elasticidad de los músculos  
Peligrosidad: Baja  
Fecha implantación de recuerdos: 3—2—2003

Nombre: Víctor nueve  
Estado: Desarrollo  
Tratamiento: Observación  
Habilidades: Sentido del radar  
Peligrosidad: Ninguna  
Fecha implantación de recuerdos: 11—12—2003

Nombre: Víctor diez  
Estado: Desarrollo  
Tratamiento: Observación  
Habilidades: Regeneración de tejidos  
Peligrosidad: Ninguna  
Fecha implantación de recuerdos: 5—5—2004

Nombre: Víctor once  
Estado: Iniciado  
Tratamiento: Observación  
Habilidades: Conocimientos avanzados sin aprendizaje  
Peligrosidad: Ninguna  
Fecha implantación de recuerdos: 7—9—2004

Nombre: Víctor doce  
Estado: Iniciado  
Tratamiento: Potenciador una vez al día y regenerador dos veces al día  
Habilidades: Degeneración del tejido  
Peligrosidad: Ninguna  
Fecha de implantación de recuerdos: 1—3—2005

Nombre: Víctor trece  
Estado: Iniciado  
Tratamiento: Tranquilizantes tres veces al día  
Habilidades: Fuerza superior  
Peligrosidad: Media  
Fecha implantación de recuerdos: 3—4—2005

Nombre: Víctor catorce  
Estado: Iniciado  
Tratamiento: Observación  
Habilidades: Ninguna  
Peligrosidad: Ninguna

Fecha de implantación de recuerdos: 7—6—2005

Los quince Víctor han registrado todas las habitaciones de control en donde se encontraban ellos, y las cinco restantes que parecen ser habitaciones de descanso del personal de la planta. Lo único que queda por hacer es coger el ascensor y registrar ahora otra planta. Como son muchos para entrar, deciden separarse en dos grupos y, visto que hay dos plantas más que registrar, cada grupo buscará una. Los Víctor del uno al ocho son los primeros en ir, su destino la planta dos.

PLAN DE EMERGENCIA

El doctor Pérez corre sin descanso desde hace un par de horas. La idea de construir el centro en una zona alejada, casi desértica, es muy buena en relación con su seguridad pero, en este momento, al doctor le parece una ocurrencia estúpida. Lleva dos horas huyendo del caos, de la masacre en la que su experimento se ha convertido, deseoso de encontrar un teléfono para dar cuenta de lo ocurrido al equipo de limpieza, y que no dejen rastro de lo sucedido, ni prueba alguna de que una vez allí se cometió semejante actividad en nombre de la ciencia.

No tarda mucho más tiempo en encontrarlo, y, cuando lo consigue, llama al jefe del equipo de limpieza no sin antes indagar en su bolsillo en busca de algunas monedas.

—¿Sí? —pregunta la voz al otro lado de la línea.

—Bermejo soy el doctor Pérez.

—Doctor Pérez, ¿cómo es que no llama desde el número del centro? ¿Cómo es que ha salido? ¿Ha ocurrido algo?

—Desde luego, ha habido una fuga. Un sujeto ha perdido el control y anda suelto por el centro.

—Un segundo doctor —Un breve paréntesis de tiempo en el que Pérez escucha como Bermejo manda a sus hombres un código rojo—. Mis hombres ya se están movilizando doctor, en cuanto cuelgue salimos para allá.

—Muy bien, ahora escuche. Es de prioridad absoluta que ningún sujeto abandone el centro, de hecho, es necesario que acaben con los quince sujetos. Deben, no obstante, permanecer los cuerpos para asegurarnos de que ninguno escapó, ¿de acuerdo?

—Sí doctor, mis hombres están suficientemente preparados para luchar contra pequeños ejércitos si fuese necesario, además triplicamos su número, no obstante, me gustaría que me aclarase cuál es nivel de peligrosidad de los sujetos.

—Le diría que no mucha —dice Pérez —, pero en vista de lo que ha hecho el sujeto número quince les advierto de que a lo mejor no se han enfrentado nunca a nada tan peligroso. La mayoría tiene habilidades inofensivas para otra persona, pero ese sujeto quince, no sé, no detectamos nada en él, sin embargo, su gran capacidad cerebral quizá pueda llevarle a usar telequinesia o algo así, mas solo son conjeturas.

—No se preocupe doctor, le aseguro que todo esto se quedará en un susto cuando acabemos.

—No, nunca será solo un susto, no solo por la cantidad de gente que ha muerto ahí abajo, también porque se habrán echado a perder cinco años de investigación. Si tenemos que volver a empezar desde el principio...

—Bueno señor, mi equipo está preparado. Le dejo doctor, no podemos perder más tiempo.

—Desde luego Bermejo, adiós y suerte.

El doctor Pérez cuelga el teléfono y se dirige a una gasolinera que se encuentra a varios metros de allí. Sabe que el éxito del grupo de limpieza es fundamental o, no solo su carrera estará acabada, también su vida. Por si acaso piensa en lo que ha de hacer si todo falla, si algún sujeto lograra salir a la superficie y llegase a algún núcleo urbano. Ese Víctor daría cuenta a las autoridades de la existencia

del complejo, y, una vez allí, descubrirían no solo los experimentos que habían estado llevando a cabo, también la existencia del sujeto cero y, probablemente, su origen. Por ese motivo, para cubrir esa posible eventualidad, Pérez tiene que ir a la base y destruir todo lo relacionado con el sujeto cero.

## EL EXPERIMENTO

Víctor uno se ha convertido, sin saberlo, en el guía de esta expedición de prisioneros. Su tarea es la de registrar la segunda planta en busca de una salida,

un superviviente, o una explicación a lo que está pasando. Apenas han asimilado el hecho de ser quince personas con, no sólo el mismo nombre y recuerdos, sino también con el mismo cuerpo, la misma apariencia. Saben que, en algún lugar del complejo, debe existir algo que les explique la situación.

Después de un rato buscando llegan a la conclusión de que toda la segunda planta está dedicada a albergar habitaciones de descanso, si no contamos lo que parece ser una cafetería o comedor en el ala oeste.

Sin embargo, las cosas son distintas en la primera planta a la que han ido a investigar los Víctor numerados del nueve al quince.

En lo que respecta a la distribución del edificio no sigue una estructura normal. El centro consta de tres plantas más un piso bajo que se ubica en la superficie y que no es más que una construcción de apenas diez metros cuadrados cuyo único fin es albergar el ascensor que conduce a las plantas inferiores. Las plantas están numeradas en orden descendente, esto es, la menos profunda es la primera, y la más profunda es la tercera. Así que el grupo liderado por Víctor quince se encuentra a tan sólo una planta del exterior.

Investigando la planta en dirección este—oeste han ido encontrando las siguientes salas: Salón recreativo, donde hay mesas de billar y televisores, dos salas enormes de laboratorio, sin nada sospechoso en su interior o, por lo menos nada que ninguno de ellos pudiese comprender. También hallaron dos despachos y una sala esterilizada donde no sabían que tipo de cosas podían hacer. Sólo queda por revisar una gran sala en cuyo cartel reza biblioteca. Es la última de todo el complejo por comprobar a no ser que sus compañeros en la segunda planta hubiesen encontrado algo.

Si bien una sala llamada biblioteca no parece que les vaya a proporcionar nada útil. Se equivocan. Lo que descubren en su interior les hace plantearse por qué llaman a ese lugar biblioteca. Realmente no hay un solo libro en su interior, tan sólo decenas de ordenadores y mesas de control conectadas a cámaras de vigilancia que observan cada rincón del centro. Los siete Víctor deciden separarse para registrar cada uno una parte de la biblioteca. Buscan en los ordenadores datos e información que pueda esclarecer algo su situación. Afortunadamente para ellos, todos los ordenadores están encendidos puesto que el personal del centro estaba trabajando con ellos cuando saltó la alarma.

Víctor quince se encarga del que parece ser el ordenador central, el principal. En la pantalla puede verse un fichero abierto con el nombre del tratamiento. En él, Víctor lee exactamente lo mismo que ya vio hace una hora en cada uno de los expedientes de los Víctor. Decide cerrar el archivo y buscar en varias carpetas alguno que tenga nombre llamativo. Encuentra multitud de programas y archivos con nombres como Protocolo de seguridad, normas internas y resultado de las pruebas. En todos ellos nunca se hace referencia al nombre de Víctor, que se refieren a ellos con el nombre de sujeto seguido de un número. Aparte de esto no descubre mucho más. Cuando está a punto de desistir en su búsqueda, un fichero llama su atención, su nombre: Tesis del doctor Pérez: Principios de la investigación. Víctor quince llama a sus compañeros los que se arremolinan en torno a él y leen todos juntos lo siguiente:

Continuación del descubrimiento de nueve de abril de 1999:

“Los experimentos que nos proponemos llevar a cabo tienen por objeto analizar y estudiar muestras aisladas del genoma original del sujeto cero. Para ello procederemos a clonarlo a partir de diferentes partes de su ADN esperando conseguir clones del sujeto cero que experimenten por separado las habilidades que hemos constatado que posee dicho sujeto. El procedimiento a seguir es el siguiente: Extraeremos una muestra del genoma del sujeto cero en la instalación de Badajoz y lo traeremos aquí donde lo desarrollaremos y, aplicándole la recién descubierta técnica de aceleración del crecimiento conseguiremos tener sujetos clonados adultos en apenas tres años. Una vez adulto el sujeto será clasificado como sujeto y un número dependiendo del orden de ingreso. Como el sujeto cero recibe el nombre de Víctor cero, el primer clon será llamado Víctor uno, y así sucesivamente. El sujeto en cuestión deberá estar convenientemente aislado en las habitaciones construidas a tal efecto donde se le administrará el tratamiento adecuado y se establecerán sus reacciones. Al sujeto se le implantarán los recuerdos base que establezco en el Protocolo de seguridad, y, a partir de ese momento, se le mantendrá totalmente aislado pudiendo verle solamente el doctor Pérez en estado consciente, ya que para que los enfermeros le traten, ha de estar el sujeto inconsciente, de manera que no lo recuerde. En el caso de que se produzca un error y el sujeto entre en contacto con algún miembro del personal, habrá que proceder a reiniciar sus recuerdos por medio del controlador habilitado a tal uso. El objetivo de este controlador es el de bloquear la memoria reciente mediante el uso del chip que se le implanta al sujeto antes de experimentar con él. Ha de limitarse en lo posible el uso de este controlador, debido a que, su uso continuado puede dañar el cerebro de forma irreparable y dejar inservible al sujeto. Mientras los sujetos permanezcan en estudio se les dirá que han sufrido un desmayo de camino al trabajo y que han de permanecer en observación. En el centro de control de enfermedades. A la semana el doctor Pérez usará la película de memoria en el paciente para que no recuerde nada cuando vuelva a despertar. La película de memoria, al contrario que el uso del controlador, nos permite hacer que el sujeto olvide lo ocurrido en la última semana sin necesidad de dañar su cerebro, sin embargo, no se muestra eficaz más allá de ese plazo, y, lo más importante, no funciona en el caso en el que el sujeto entre en contacto con otras personas o su percepción de la situación cambie.

Una vez expuesto todo esto recomiendo encarecidamente tanto a los doctores como a los enfermeros, a regirse por lo escrito en este documento, así como a acatar los siguientes documentos como ley: Protocolo de seguridad, Normas internas, Filiación de nuevo personal y Procedimiento experimental.”

El documento lo firma el doctor Pérez.

Todos los Víctor permanecen consternados tras su lectura. Algunos se quedan inmóviles, los ojos fijos en la pantalla del ordenador intentando comprender que lo que dice el documento es real, otros se llevan las manos a la cabeza buscando una cicatriz que demuestre que han sido sometidos a la implantación del chip al que el doctor Pérez hace referencia en el escrito. Obviamente la encuentran. Víctor quince comienza a pensar en su vida, dándose cuenta de que todo lo que cree haber vivido es una mentira, que nunca pasó. Víctor nueve habla a los demás:

—¿Somos clones no? Eso es lo que somos.

—Creo que no queda ninguna duda —responde Víctor trece—. Es increíble lo que está sucediendo aquí, tenemos que encontrar la salida y denunciar esto, contarle al mundo lo que aquí se ha estado haciendo.

—Pero, ¿quiénes somos? —pregunta Víctor diez—. Es decir, no existimos, en el mundo real no somos nadie, ¿cómo podríamos vivir en él?

—Mirad —comienza Víctor quince que, pese a que continua obviamente confuso y enfadado con la situación, se muestra calmado ante sus compañeros—. —Lo único seguro es que lo primero que tenemos que hacer es salir de aquí. Además, lo que hemos leído de Víctor cero, ¿quién es?, ¿de dónde ha salido? ¿Es un clon también o él es un hombre original por completo?, ¿por qué experimentan con él si es este el caso?, ¿acaso se prestó voluntario, o lo tienen prisionero? Yo quiero saber todo esto, quiero terminar de ver el puzle, tenerlo completo, porque sólo una vez que lo sepamos todo podremos decidir qué hacer o adónde ir. ¿Estáis conmigo?

Todos asienten unánimemente. Víctor doce pregunta:

—¿Pero cómo encontraremos a Víctor cero? ¿Dónde está?

A lo que Víctor quince le responde:

—Según el documento hay una instalación en Badajoz, es posible que se encuentre allí. No sé donde estamos nosotros pero una vez fuera veremos en un plano a que distancia nos encontramos de allí.

En ese mismo momento los Víctor numerados del uno al ocho entran en la biblioteca. Allí les cuentan sus compañeros todo lo que saben ahora. Después de quince minutos de explicaciones y preguntas deciden echar un vistazo al resto de documentos por si descubren más información referida a Víctor cero antes de salir en su busca, pues esto es lo que han decidido que van a hacer todos. Sin embargo, no ven más que normas internas, formas de ingresar y de abandonar el centro, tratamientos, fórmulas, etc. Nada que les ayude ahora mismo.

## LIMPIEZA

Lo primero que ve Bermejo al abrir la puerta es el hueco del ascensor. Organiza a sus hombres de forma que se distribuyan en grupos para limpiar las tres plantas. Llaman al ascensor y baja el primer grupo a la planta tercera. Tras esperar que vuelva vacío el ascensor, otro grupo toma rumbo a la segunda planta.

Por último, el grupo comandado por Bermejo y formado por diez hombres, van a la primera planta. Cualquiera que los viese pensaría que son militares, impresión que causa tanto su uniforme, como sobre todo, el armamento con el que cuentan. Cada uno de los limpiadores tiene un fusil de asalto así como una pistola de cuarenta y cinco milímetros y un cuchillo de combate. Nada debe quedar en el centro tal y como el doctor Pérez ordenó, por eso no escatiman en medidas. Según el doctor la mayoría de los sujetos no son peligrosos en absoluto, pero alguno de ellos puede entrañar algún riesgo.

Bermejo llega pronto a la primera planta. Allí divide a su grupo en dos, cinco hombres registrarán hacia el este y cinco hacia el oeste. Él va hacia el este. No les ha dado tiempo a revisar ni un par de habitaciones cuando escuchan los primeros disparos. Han encontrado a alguno de los sujetos. Bermejo y sus hombres corren hacia el oeste con las armas preparadas. En la biblioteca se forma una autentica masacre.

Cuando el grupo formado por los Víctor del uno al quince va a abandonar la habitación y, en consecuencia, el centro, son sorprendidos por un grupo de cinco soldados que no dudan en abrir fuego contra ellos al tener un mínimo contacto visual. Víctor nueve y Víctor siete reciben el impacto de las balas los primeros, muriendo en el acto. El resto reacciona rápidamente y se apartan de la puerta. Los limpiadores entran uno tras otro disparando indiscriminadamente al menor movimiento. Víctor ocho recibe un impacto en la cabeza y muere. Víctor diez tiene más suerte y solamente es herido en el brazo, pero, activando su habilidad latente de forma instintiva e involuntaria, regenera sus tejidos obteniendo el mismo resultado al que se hubiese producido si la bala hubiera pasado a un metro de distancia.

Entonces las luces se funden, estallan todas las lámparas dejando el lugar sumido en la más absoluta oscuridad. Nadie puede verle, pero Víctor quince se retuerce en el suelo y grita de dolor de forma muy ostentosa. Entonces, y sin previo aviso, uno de los limpiadores pierde la cabeza, literalmente. Esta explota espontáneamente dejándolo todo manchado de sangre y masa cerebral. Sus compañeros asustados abandonan la biblioteca y permanecen en el pasillo apuntando a la puerta a la espera de que alguno de los sujetos asome para fusilarlo en el acto. En ese mismo momento el grupo de Bermejo llega al lugar.

—¿Qué sucede? —pregunta Bermejo.

—Hemos abatido a tres de los sujetos, pero García ha muerto. No sé cómo decirlo señor pero le ha reventado literalmente la cabeza.

—Parece que uno de los sujetos es más peligroso de lo que pensábamos — dice Bermejo—. Bien, permanezcan aquí esperando a que se asomen, la habitación no tiene más salidas ni ventanas. Es cuestión de tiempo limpiar el centro.

De repente las armas de todos los limpiadores comienzan a calentarse, hasta tal punto, que se ven obligados a dejarlas caer si no quieren quemarse las manos. En cuanto la primera de las armas cae, todos los Víctor supervivientes salen de la habitación en furiosa estampida. La confrontación es inevitable, los Víctor se enzarzan en una pelea física con sus asesinos con el único objetivo de llegar al ascensor, realmente no buscan dañar a los limpiadores, sólo luchan por su supervivencia. Ni siquiera saben quiénes son esos hombres y porqué les

atacan, no les ha dado tiempo a plantearse nada, solamente a luchar. Sin embargo, los limpiadores sí luchan por matarlos a todos por lo que desenvainan sus cuchillos e hieren de forma mortal a Víctor seis, Víctor diez y Víctor cuatro. Al ver morir a sus compañeros el resto de Víctor corren en dirección al ascensor sin preocuparse de que, tanto Bermejo como varios de sus hombres han recogido las armas del suelo, ya frías, y se disponen a abrir fuego contra ellos. Las balas silban en el aire y penetran en la piel de Víctor cinco y Víctor tres precipitando su caída y posterior muerte. Aprovechándose de que el pasillo va adquiriendo forma de círculo según se recorre, esto es, que es ovalado, el resto de Víctor logran apartarse del campo de tiro de los limpiadores aunque estos inmediatamente van tras sus pasos.

Los Víctor supervivientes son muy rápidos, quizá espoleados por el miedo, y llegan pronto al ascensor. Este no está en la planta, sino que viene de abajo, sin embargo, ellos no lo han llamado. No tarda más que unos pocos segundos en llegar que a los Víctor se les hacen horas. Sus perseguidores están cerca, ya les habrían alcanzado si no tuviesen que seguirlos con la precaución propia de un soldado que trata de prevenir un posible contra ataque. El ascensor ha llegado y, cuando se abren las puertas, los Víctor ven el fin muy cerca. Diez limpiadores en su interior que, en el mismo momento de verles, levantan sus armas y abren fuego. Lógicamente sólo disparan los tres que se localizan más cerca de la puerta ya que el resto, de hacerlo, mataría a sus propios compañeros. Tanto Víctor uno como Víctor dos caen y Víctor doce es herido. Viendo caer a sus compañeros Víctor quince entra en cólera y profiere un potente grito que hace detenerse de súbito a los limpiadores que les persiguen. Entonces Víctor quince cae inconsciente en los brazos de Víctor trece que le sujeta instintivamente en cuanto le ve desplomarse. Mientras Víctor quince pierde el conocimiento los diez limpiadores del ascensor mueren instantáneamente. Sus cabezas explotan como hizo antes la de su compañero.

El interior del ascensor es ahora una fosa común en la que yacen diez limpiadores decapitados. Los Víctor pisotean sus cuerpos para entrar en su interior donde arrastran a Víctor quince y pulsan el botón que conduce a la planta baja. El espacio que queda libre en el ascensor es mínimo. Los cinco Víctor apenas entran subidos en los diez cadáveres que ocupan todo el largo del elevador. Si hubiesen contado con las cabezas la puerta no se hubiese cerrado. Además, suben muy despacio debido al exceso de peso que soportan.

Entonces, a medio camino, un ruido les alerta, los limpiadores de la primera planta les están disparando. Asomados al hueco del ascensor un par de ellos disparan hacia arriba penetrando en el suelo del elevador e impactando los proyectiles en los cuerpos de sus compañeros muertos. No obstante, y gracias a estos peculiares escudos humanos, los Víctor llegan ilesos a la planta baja. Allí abandonan el ascensor todos menos Víctor doce que se queda sujetando la puerta.

—¿Qué haces?, vámonos de aquí cuanto antes —dice Víctor catorce.

—Nos cogerán si no les retenemos de alguna forma, voy a romper los controles del ascensor y luego atrancaremos la puerta con uno de los cadáveres —responde Víctor doce—. Intentad reanimar primero a Víctor quince o no iremos muy lejos.

Víctor doce entra en el ascensor tras atrancar la puerta con el cuerpo de uno de los limpiadores y, dando un fuerte golpe, rompe los mandos del ascensor imposibilitando su uso, sin embargo nota como comienza a marearse y, sujetándose a las paredes del ascensor, cae. Víctor once se percata y va a ayudarlo si bien esto ya no será posible. La herida provocada por el último disparo es más grave de lo que pensaba y le ha provocado la muerte. Nada más que quedan cuatro. De quince que eran. Afortunadamente para ellos Víctor quince recupera el conocimiento por lo que se disponen a alejarse todo lo que puedan del complejo. No recuerda nada de lo sucedido antes de desmayarse, pero no hay tiempo para explicaciones, ahora no, ahora su vida está en juego. Pronto han dejado atrás el centro y corren sin rumbo fijo.

## EL HUEVO

El doctor Pérez espera impaciente la llegada de Bermejo para que le informe de la situación. Hace dos horas que salieron, y, durante ese tiempo, Pérez ha llegado a la nave de los limpiadores y se ha desesperado al no tener noticias. La situación es tan crítica que es normal que esté tan preocupado. Si uno de los sujetos llega a una ciudad y entra en contacto con algún organismo oficial sería el fin de todo. Del experimento y del doctor. Este ya ha pensado posibles maneras

de escapar, de huir. Si Bermejo le dice que ha sucedido lo peor debería tomar el primer avión que salga para Europa, sin importar el destino exacto, y, allí, hacer uso de la cuenta que tiene en Alemania bajo una identidad falsa. En realidad es su plan de pensiones, un dinero que guardaba para cuando dejase de trabajar en el complejo.

Tras de diez minutos pensando esto, Bermejo aparece por la puerta de la habitación donde el doctor espera. Entra y cierra la puerta. Están los dos solos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta nervioso el doctor.

—Hemos eliminado a once de los sujetos, los otros cuatro han logrado escapar.

—¿Cuatro? Dios, se supone que son una unidad de élite. ¿Cómo pueden dejar escapar a cuatro sujetos? ¿Cuántos eran ustedes?, ¿no eran treinta acaso? Treinta contra quince por dios.

—No habríamos tenido problema en deshacernos de todos ellos si nos hubiese prevenido contra el más peligroso de todos.

—El más peligroso es un sujeto que tiene la habilidad de calentar los objetos cercanos a él, nada más —dice el doctor.

—Se equivoca. ¿Cómo si no explica que once de mis hombres estén muertos completamente decapitados? Uno de esos hizo reventar sus cabezas sin tan siquiera tocarles.

—No puede ser —dice el doctor—. Ninguno de ellos contaba con ese tipo de habilidad, a no ser... A no ser que el sujeto quince sea de quien me habla, pero no había desarrollado ningún poder, estaba recién iniciado.

—Pues parece que ya ha despertado doctor.

—Esa habilidad le convierte en el más peligroso de todos los que pisan este planeta, ¡es un arma viviente!, y lo peor de todo es que no debe ni ser capaz de controlarlo, cualquiera que esté con él corre serio peligro. Aún recuerdo el alcance tan terrible de la última vez que presencié tal poder, fue terrible.

—Yo lo siento doctor —dice Bermejo—. Pero no voy a poner en peligro ni mi vida ni la de mis hombres para capturar a ese sujeto.

—No se preocupe, ha hecho todo lo que ha podido, esto es el fin, todo se ha perdido, alguien encontrará a los sujetos y todo nuestro trabajo desaparecerá. En este momento pueden estar en cualquier parte.

—Bueno, doctor, es posible que sepa adonde se dirigen si mis sospechas son ciertas. Una vez huyeron, y mientras mis hombres reparaban el ascensor que, por cierto, es la única salida de ese maldito lugar. ¿Cómo se les ocurrió semejante idea? Tantas medidas de seguridad y protocolo y el centro entero no cuenta más que con una entrada, que es a la vez la salida, ni una salida de emergencia, ¿por qué?, ¿y si el ascensor se estropea?

—Bermejo, la idea es que nadie debe entrar y salir de allí mas que en contadas ocasiones, si se estropea lo arreglamos. Pero bueno, vaya al grano, que se ha desviado sin intención del tema principal. ¿Dónde cree que han ido?

—Al Huevo doctor. Como le decía, mientras mis hombres arreglaban el ascensor revisamos todos los lugares en los que pudieran haber entrado los sujetos. Parece ser que estaban todos juntos en la biblioteca cuando mis hombres los encontraron. Revisamos los ordenadores para ver a que ficheros habían tenido

acceso, y, descubrimos que en la pantalla del ordenador principal había un plano de la zona donde se esconde el Huevo. Vimos que habían abierto ficheros donde usted detallaba el propósito de los experimentos y nombraba al sujeto cero. En mi opinión, han ido al huevo a liberar al sujeto cero.

—Bien —dice Pérez—. Entonces las cosas no están tan mal como creía.

—¿Por qué dice esto doctor? Si descubren al sujeto cero será el fin.

—Desde luego, la humanidad entera correrá un gran peligro. Pero eso nos da la posibilidad de atraparlos allí. Puede que el sujeto quince sea tan poderoso como dices pero allí tenemos a más de cien hombres armados vigilando. Jamás podrán entrar. Son nuestros. Tú quédate aquí, Bermejo, no puedes hacer nada más, yo iré al Huevo ahora mismo para asegurarme de que nada sale mal.

—De acuerdo doctor. Yo daré permiso a mis hombres para irse a casa y mañana enterraremos al resto. Por la discreción no se preocupe doctor, no dirán nada, ya han tomado el inhibidor. Además, hemos sacado los cuerpos de los doctores y enfermeros muertos allí abajo y los hemos incinerado. Bueno, realmente lo están haciendo mis hombres mientras usted y yo hablamos, así como limpiar toda la sangre de las paredes y destruir toda la información que pueda revelar algo de lo que allí se hacía.

—Excelente trabajo Bermejo, discúlpame por precipitarme antes al hacer un juicio sobre usted y sus hombres, sin duda han realizado el mejor trabajo que era posible, dadas las circunstancias. Si todo esto termina bien promoveré su ascenso, ocupará el más alto cargo de seguridad dentro del Huevo.

—Gracias señor —dice Bermejo.

—Muy bien, ahora debo irme, el Huevo no está muy lejos del complejo, quizá a cinco horas andando si no han encontrado ningún vehículo, así que no he de perder más tiempo.

Sin decir nada más, el doctor Pérez abandona la habitación y se dirige al garaje de donde coge el coche que hace una hora le han traído. Arranca el vehículo y abandona el lugar rumbo al Huevo.

## REFLEXIONES

Llevan dos horas caminando sin parar. Cansados, Víctor once propone a sus compañeros tomarse un respiro y descansar quince minutos.

—Esto es un puto desierto —dice Víctor once—. Llevamos dos horas caminando y no hemos encontrado nada, nada de nada.

—Desde luego construyeron el laboratorio lejos de cualquier cosa —dice Víctor trece—. De todas maneras y según los planos que vimos, si seguimos hacia el este tenemos que llegar al lugar donde tienen a Víctor cero.

—¿Por qué creéis que le tienen a él solo en otro lugar? —pregunta Víctor catorce.

—Supongo que es porque tal vez él sea el primer clon o algo así — responde Víctor quince—. Lo único seguro es que allí obtendremos más respuestas.

—Espero que todas —dice Víctor once—. Quiero saber por qué tenemos todos estos recuerdos del trabajo, de la novia, ¿serán de Víctor cero? ¿Será su vida? Decía el informe que nos los implantaron, pero ¿serían de alguien antes?

—Es posible. Lo único seguro es que no es nuestra vida la que recordamos. Es como si nunca hubiéramos existido realmente —suspira Víctor catorce.

—De hecho no lo hemos hecho —dice Víctor trece—. El mayor de entre nosotros no hace ni cinco años que vino a la vida. Somos adultos pero como si fuésemos niños, no hemos vivido nada pero nos parece que sí al implantarnos todos esos recuerdos.

—Yo me pregunto entonces —dice Víctor quince—. ¿Y si nunca hubiésemos descubierto que somos clones y que nos implantaron estos recuerdos? Si hubiésemos seguido viviendo normalmente, ¿acaso no sería tan real nuestra vida como la del resto del mundo que ha nacido y crecido?, ¿qué es entonces la vida?, ¿una sucesión de recuerdos?, ¿y el tiempo? Hace nada que yo existo y, sin embargo, me acuerdo de cosas que hice hace diez años, que creí haber hecho, claro, pero esos recuerdos están ahí y la percepción del tiempo también.

El silencio se apodera de todos los Víctor que no saben qué responder.

—Hace diez años estuve en Praga, bueno, estuvimos todos nosotros — dice Víctor once.

—Claro, ¿quién dice que eso no pasó, que no es real? Todos recordamos haberlo vivido, haber olido las flores del jardín del hotel y habernos puestos malos tras comernos ese filete —dice Víctor catorce.

—Cierto —responde Víctor trece—. ¿Quién decide que es real y que no lo es? Lo cierto es que quien nos diese recuerdos tan elaborados y precisos es un genio.

—Bueno, creo que ya hemos descansado bastante. Continuemos el viaje si queremos llegar antes de que anochezca —dice Víctor quince.

Y dicho esto retoman el camino. Cae la noche cuando los Víctor alcanzan a ver el edificio conocido como el Huevo. El nombre hace justicia al complejo, sin duda. Durante todo el trayecto han cruzado varias carreteras, pero nunca ha parado coche alguno para recogerles. Sin embargo, no han visto casas o pueblos en todo el camino. Ahora se encuentran a apenas un kilómetro del Huevo y, desde su posición, pueden observar que no les será nada fácil entrar, ya que decenas de guardias vigilan el perímetro cercano.

—¿Cómo coño vamos a entrar ahí? —pregunta Víctor catorce.

—¿No puedes usar tus habilidades para entrar Víctor quince? —pregunta Víctor trece.

—¿Qué habilidades? No tengo ninguna, eso es lo que ponía en mi informe.

—¿Qué dices? Pero si les hiciste explotar las cabezas a todos esos guardias —dice Víctor once.

—¿Qué? ¿Explotar las cabezas? Nunca pasó tal cosa, no recuerdo nada de eso.

—Es verdad, Víctor quince se desmayó justo cuando reventaron las cabezas de los guardias del ascensor, quizá por eso no se acuerda, debe ser algún tipo de amnesia— dice Víctor catorce.

—Claro, ahora entiendo lo de los cuerpos decapitados tirados en el suelo a lo largo de toda la tercera planta —razona Víctor trece—. Conseguiste librarte de tu encierro matando a los enfermeros y saliste al pasillo central donde nos rescataste a todos nosotros.

—No recuerdo hacer tal cosa, además cuando desperté yo estaba tirado en la habitación y no fuera, y al salir lo vi todo.

—No sé cómo pasó, quizá volviste a la habitación y allí te desmayaste. El caso es que sí hiciste tu eso, cosa que ahora me parece evidente. Demostraste más poder que contra los guardias y, sobre todo, más control de ti mismo ya que no pudiste caer desmayado hasta mucho rato después —dice Víctor catorce.

—Vale, fui yo, me lo creo, ya no hay nada que no me crea hoy después de todo. De todas maneras no sé cómo usar esas habilidades, siempre ha sido algo inconsciente.

—Por lo menos en el caso de los soldados a los que nos enfrentamos parece que usaste tu habilidad al sentirte en peligro —dice Víctor once.

—¿Y qué sugieres?, ¿que nos lancemos contra todos esos guardias a ver si, con suerte, se manifiestan mis habilidades? —pregunta Víctor quince.

—Si se te ocurre algo mejor.

—Yo creo que lo mejor que podemos hacer es tratar de encontrar una entrada y dirigirnos allí lo más rápidamente posible —dice Víctor trece—. Lo que es obvio es que necesitamos tus habilidades para defendernos, es la única manera de que cuatro personas entren en un edificio vigilado por al menos veinte, que pueda ver desde aquí.

—Está bien, no tenemos nada que perder, ¿no? Echémosle un par de huevos —dice Víctor quince.

Con este plan suicida en mente los cuatro Víctor rodean el edificio desde lejos esperando encontrar una entrada con poca vigilancia. Tras un primer vistazo ven una puerta por la que cada cinco minutos aparece un guardia y otro que está fuera entra al Huevo. Hay solamente cinco fuera, por lo que parece la opción más factible después de todo.

Los cuatro Víctor corren con todas sus fuerzas hacia la entrada y, a doscientos metros de los guardias, son vistos por estos. Hay que decir que el huevo se ubica enclavado bajo una pequeña elevación rodeado de vegetación a unos trescientos metros. Aprovechando la oscuridad de la noche los cuatro sujetos lograron apartarse del campo de visión de los guardias hasta los doscientos metros antes citados.

Entonces uno de los guardias grita a sus compañeros alertándoles de la presencia de los intrusos y, cogiendo la radio, da el aviso al resto de guardias del complejo. Los cinco que allí se encuentran guardando y protegiendo la entrada,

que realmente es una de las cuatro con las que cuenta el Huevo, en este caso la entrada este, levantan sus fusiles y comienzan a disparar contra los asaltantes.

Consiguen alcanzar a Víctor trece en la pierna derribándole al instante, pero el resto sigue avanzando hacia lo que parece ser un suicidio. Víctor once también cae, esta vez muerto, ya que una bala lo alcanza directamente en el corazón. Víctor quince lo ve y se tropieza, cayendo al duro suelo mientras pierde el conocimiento.

## EL COMIENZO

El doctor acaba de abandonar la sala. Víctor se siente confuso y, sobre todo, asustado. El doctor acaba de decirle que cuando volvía del trabajo ha sufrido un desmayo y que, probablemente, se deba a una enfermedad que puede tener. Por eso el doctor le ha dicho que lo mejor es que permanezca en observación aquí, en el centro de control de enfermedades. A Víctor la situación le supera, que te digan eso de repente y te encierren en una habitación como en la que se encuentra asusta a cualquiera. De todas maneras, Víctor piensa que lo

mejor que puede hacer ahora es tumbarse en la cama y esperar a que vuelva el doctor con novedades.

Durante media hora ni un solo ruido perturba el silencio de la estancia. Víctor, cansado de esperar en la cama, se levanta y pasea de una esquina a otra de la habitación. De repente, se detiene. Un fuerte dolor de cabeza se apodera de él. Se lleva las manos a la sien y cae al suelo de rodillas en clara postura de sufrimiento. Segundos después, pierde la consciencia.

Se levanta de nuevo, pero ya no parece la misma persona, está en una especie de estado de trance. Sus ojos, totalmente en blanco, denotan que algo malo le está sucediendo. En ese momento dos enfermeros entran en la habitación y se apresuran a sujetarlo. Uno de ellos grita algo acerca de un estabilizador, que le traigan un estabilizador. Y ya no dice nada más. Tanto su cabeza como la de sus compañeros explotan al unísono llenando la habitación de sangre y restos de masa cerebral. Víctor, en estado de trance, camina hacia la puerta y abandona la estancia yendo a parar a otra más pequeña en la que no hay mucho más que dos ordenadores. La puerta que da al pasillo se abre, y de ella surge un enfermero que le ve y grita algo a sus compañeros, que no deben estar muy lejos. Entonces, su cabeza revienta también. Todo se tiñe de rojo sangre salpicando incluso a Víctor, cuyas ropas y manos adquieren un color bermellón penetrante. Una alarma comienza a sonar. Suena muy fuerte. Las luces que están colocadas en el techo de las habitaciones y el pasillo central comienzan a emitir un brillo rojizo.

Víctor abandona la sala y accede al pasillo central. Este, circular en su estructura, presenta dos opciones por las que continuar, este y oeste. Por ambas se acercan hacia Víctor enfermeros corriendo con la esperanza de detenerle. No lo consiguen. Todos son brutalmente decapitados a unos pocos metros del sujeto. Aproximadamente ocho cuerpos tirados en el suelo que ofrecen una macabra estampa. A lo lejos, Víctor ve venir al doctor Pérez que se detiene a unos veinte metros de él. A él no le sucede nada. No le revienta la cabeza. Intercambian miradas por un instante y, entonces, el doctor Pérez corre hacia Víctor. Detrás de él cinco enfermeros, el mismo número que viene desde el otro lado del pasillo. Los diez enfermeros se precipitan sobre Víctor y, agarrándole de piernas y brazos, lo inmovilizan mientras el doctor Pérez prepara lo que parece ser una inyección.

Cuando la tiene lista y alza la vista, lo único que puede hacer es esbozar una mueca de profundo terror al contemplar al sujeto quince de pie, rodeado de diez cadáveres decapitados. El doctor Pérez es consciente en ese instante de que, posiblemente, morirá. Pero también sabe que si no logra detenerlo nadie lo hará, y no sólo el proyecto desaparecerá sin dejar rastro, sino que el mundo entero podría estar en serio peligro. Armándose de valor, se coloca al lado de Víctor quince y le inyecta el contenido de la aguja. El sujeto no hace nada para impedirlo puesto que se encuentra en una especie de trance hipnótico. Sin embargo, al notar como el líquido penetra en su cuerpo reacciona, y, enfurecido, golpea al doctor derribándolo. Pérez reacciona enseguida y, levantándose, corre en dirección contraria a Víctor buscando la salida, luchando por su propia supervivencia. Si, aunque fuera solamente una vez, hubiese mirado hacía atrás mientras emprendía su escape, habría visto a Víctor tambaleándose por efecto del

suero, y muy débil. Pero no lo hizo pensando que el suero no había tenido ningún resultado en él.

Mientras el doctor Pérez escapa, Víctor, visiblemente mareado busca algo a lo que sujetarse, a lo que agarrarse para no caer al suelo. Sosteniéndose en la pared y, sin darse cuenta, encamina sus pasos a la habitación en la que despertó hace menos de una hora. A trompicones, y, sin saber por dónde camina, consigue llegar hasta lo que parece una cama, y, tumbándose en ella, termina por perder el conocimiento.

## BUSCANDO A VÍCTOR CERO

Víctor quince despierta. Se descubre en un largo pasillo metálico. A su lado está Víctor catorce. No sabe dónde se encuentra ni cómo ha llegado hasta allí, no obstante, recuerda que llegaron al Huevo, él y Víctor once, trece y catorce. Recuerda que se lanzaron como locos en dirección a una puerta, y que los guardias comenzaron a dispararles. Entonces se cayó, y nada, ya no consigue nada más.

Víctor catorce, que está vigilando el pasillo a pocos metros de él, no se ha dado cuenta de que su compañero ha despertado. Víctor quince recuerda la caída por lo que se toca por todo el cuerpo en busca de una herida de bala, pero no la localiza, no le dieron, simplemente se tropezó y perdió el conocimiento. Pero, ¿cómo entonces ha llegado hasta allí?, y ¿qué pasó con los guardias y sus dos compañeros a los que no puede ver ahora? Levantándose, se dirige a donde está Víctor catorce, que se ha percatado de su vuelta al mundo real, y le pregunta:

—¿Dónde estamos?, ¿qué ha pasado?

—Estamos dentro del Huevo. Exactamente tras la entrada sur. Lo que ha pasado es que les has dado una buena paliza. ¿No te acuerdas de nada?

—No, de nada, lo último es que caí al suelo.

—Sí, pero luego te levantaste y las cabezas de los guardias reventaron, si bien vinieron más.

—¿Y los demás?

—Víctor once murió nada más lanzarnos contra ellos, lo acribillaron el primero. En cuanto a Víctor trece, bien, no sé dónde está, ha desaparecido. Cuando nos rodearon en la garita cayó por una especie de agujero trampilla. No le he vuelto a ver desde entonces.

—Entonces, ¿cómo está la situación? Hazme un resumen, por favor.

—Bien, como ya te he dicho, Víctor once ha muerto y Víctor trece ha desaparecido. Por lo que sé, no quedan más guardias en el exterior, creo que están todos muertos o al menos los que se cruzaron en nuestro camino. No creo que encontremos ninguno dentro puesto que llevamos aquí quince minutos y no ha venido nadie. Ahora estamos junto a la entrada sur, no he podido ir más lejos ya que al entrar te has desmayado y no podía dejarte solo o cargar contigo. Estimo que llevas unos quince minutos inconsciente.

—Bien, debemos continuar e investigar todo lo que aquí encontremos, aunque nuestra prioridad debe ser encontrar a Víctor cero. En cuanto a Víctor trece, esperemos que esté vivo y lo encontremos, pero hemos de pensar que ha muerto, ¿no crees?

—Cierto. Bien, vamos —dice Víctor catorce.

Los dos Víctor caminan juntos siguiendo el pasillo hasta que llegan a una intersección en la que nacen tres pasillos más. Los pasillos a los que conducen son muy largos, no permitiendo ver lo que hay al fondo de cada uno.

—¿Y ahora que hacemos? ¿Por cuál vamos? —pregunta Víctor catorce.

—Elige tú el camino que prefieras, creo que no hay que comerse mucho el coco, cualquiera servirá. No conocemos este lugar así que no nos queda más remedio que probar la técnica de ensayo y error.

Tras decidirse por el de la izquierda, prosiguen su camino hasta llegar a otra intersección idéntica a la anterior.

—Joder —dice Víctor catorce—. Esto parece un laberinto. Como todos los pasillos sean así no encontraremos nunca nada, acabaremos por perdernos. Parecemos ratas de laboratorio.

—No desesperes —le dice Víctor quince mientras mira alrededor y ve un plano pegado a la pared—. Mira esto Víctor catorce.

—¿Qué es?

Ambos se acercan a la pared donde está pegado el plano y comprueban con satisfacción que se trata de un plano del edificio, del Huevo. El letrado que preside el mismo reza: “Sistema de evacuación de emergencia”. Sin embargo, en el plano, detallado al milímetro, no aparece ningún nombre o escritura de algún tipo, simplemente multitud de habitaciones y plantas coloreadas de diferente manera por lo que creen los Víctor que es el orden de evacuación o emergencia de cada zona, o eso piensan ellos.

—Este plano nos viene muy bien para no dar vueltas sin sentido —dice Víctor catorce con alivio.

—Voy a arrancarlo de la pared —dice Víctor quince—. El problema es que no sabemos dónde estamos, alguna vuelta tendremos que dar para ubicarnos.

Víctor quince arranca el plano y ambos lo ojean con curiosidad.

—Parece que los pasillos de cada entrada son idénticos y llevan a intersecciones como la que hemos pasado, aunque luego dan a habitaciones diferentes.

—Cierto, pero si este plano respeta la ubicación de las puertas sabemos donde estamos exactamente —dice Víctor quince.

—Claro, ya que hemos accedido por la entrada sur, luego debemos estar aquí al haber tomado el pasillo izquierdo después —afirma Víctor catorce señalando en el plano a lo que se refiere—. Entonces si cogemos ahora el pasillo derecho, llegaremos a esta habitación en la que se supone que debe haber unas escaleras.

—Eso es, además parece que la segunda planta es más fácil de seguir. De orientarse me refiero. No hay largos pasillos como en esta, son habitaciones interconectadas entre sí.

—Sí —dice Víctor quince—. Fíjate en esta habitación en la tercera planta, juraría que ahí debe haber algo importante, si no se trata de Víctor cero a juzgar por el tamaño de la misma. De hecho, diría que parece la habitación más grande de todo el complejo. Si bien no son más que conjeturas, vayamos allí cuanto antes y ya lo descubriremos. Pensar en ello ahora no nos llevará a nada

—Tienes razón —afirma Víctor catorce.

Siguiendo el plano llegan a la habitación, donde, efectivamente, están las escaleras. Suben a la segunda planta, pero deciden pasarla de largo e ir a la tercera directamente donde creen que puede estar Víctor cero. Durante todo el trayecto no se cruzan con nadie ni oyen ruido alguno, lo que por un lado les tranquiliza y por otro preocupa, ya que algo que han encubierto tanto y con tanto esfuerzo, y a lo que han dedicado semejante personal de seguridad, es poco probable que de repente se quede desguarnecido. Y es verdad. Lo que no saben los Víctor es que la impresionante demostración de Víctor quince había llevado a los responsables del proyecto a pensar que ya nada podían hacer contra ellos y, en otra parte de la instalación, el doctor Pérez se apresura en destruir cualquier prueba incriminatoria.

Todos los esfuerzos dedicados al proyecto. Los cinco años de experimentos más los dos previos de trabajo con la muestra están siendo destruidos. Todos los documentos, todos los ficheros de ordenador, todas las muestras y resultados de laboratorio, el doctor Pérez está acabando con todo. Quizá si no quedaba prueba alguna podría huir a Europa como pensó anteriormente y empezar una nueva

vida. Afortunadamente y, como Bermejo le contó, los limpiadores se encargaron de destruir todas las pruebas del centro de control de enfermedades, como él lo llamaba delante de los sujetos. Lo que sin duda es el mayor descubrimiento en la historia de la humanidad, y podría haber sido mucho más, en apenas unos minutos iba a dejar de existir.

El Nobel incluso con el que Pérez llevaba soñando toda su vida, el deseo de quedar en los libros de historia como el descubridor más brillante y el mayor genio científico de todos los tiempos. Ah, pero eso ya no es nada, ya nunca conseguiría eso. Y todo por culpa de un sujeto descontrolado, de un sujeto imperfecto.

Pensando en todas estas cosas el doctor Pérez termina de destruir cualquier evidencia que revele lo sucedido en los últimos años. Es como si el proyecto jamás hubiera existido, excepto por un detalle que ahora se disponía a solucionar. Víctor cero tenía que ser destruido. Con él todo quedaría tapado. El único pero serían esos sujetos que han quedado libres y que no han podido controlar. Seguramente denunciarían todo, pero nadie les creería, no habría ninguna prueba. Con el centro de control de enfermedades limpio y vacío de información, y los cadáveres de todo su personal incinerados por Bermejo hace dos horas nada quedaba para probarlo. Solamente quedarían los dos edificios vacíos que nunca nadie relacionaría ni sabría para que han sido construidos. Todo estaba atado y bien atado. Tomarían a los clones por locos o les harían análisis y descubrirían sus habilidades y los encerrarían para siempre debido a su elevada peligrosidad. Pero, aunque todo saliese bien finalmente, al doctor le dolía mucho poner fin a todo ello. Pensar en la cantidad de dinero que había invertido en el proyecto. Millones de euros. Ah, pero había un fallo. ¿Cómo no había reparado en él? Los cadáveres de decenas de guardias se encontraban en el exterior del edificio, decapitados todos. Desde luego eso provocaría una investigación acerca del Huevo, y, pese a que no llegasen a descubrir nunca el experimento, a lo mejor podían inculpar a Pérez de todo ello y acabaría sus días en la cárcel. Que fallo tan flagrante. Pero ya no puede hacer nada para remediarlo. Todo terminó, o casi.

De todas maneras tenía que eliminar a Víctor cero y, pensando en esto, el doctor Pérez se encamina a la tercera planta en donde el proyecto original se ubica.

Los dos Víctor supervivientes llegan a la tercera planta primero, no obstante. Ante ellos, un largo pasillo se vislumbra con salas a ambos lados. Registran todas, pero no descubren nada. Hasta que llegan a la última puerta. Tras esta, unas escaleras únicamente de subida con un ascensor a su lado y otra puerta. La abren y llegan a un inmenso laboratorio de proporciones gigantescas. Bajan unas escalerillas y observan todo lo que hay. Probetas, pilas, pero ningún documento, ningún ordenador. En realidad no hay nada útil en toda la sala con la excepción de lo que ven al llegar al centro de la misma: Víctor cero. Se encuentra dentro de un tubo de proporciones considerables. Un humano como ellos, idéntico físicamente, sujeto con arneses y respirando por una mascarilla debido a que todo el tubo está lleno de un líquido verde que parece sumirlo en un estado de sueño permanente. Al fin han encontrado a Víctor cero.

Mientras se recrean en la visión de semejante descubrimiento, escuchan como una puerta se abre detrás de ellos.

## MATANZA EN EL EXTERIOR

El duro contacto con el suelo le hace perder el conocimiento a Víctor quince. Víctor catorce es el único que queda ya en pie, sin embargo, Víctor quince se levanta en el acto y, mirando a los guardias con los ojos en blanco, provoca que sus cabezas estallen al unísono creando una dantesca imagen de sangre y trozos de cerebro. Por ahora están a salvo. Víctor catorce le dice algo a Víctor quince pero este no parece poder escucharle, está en trance. Entonces se preocupa por Víctor trece al que hace un momento hirieron en la pierna.

—¿Cómo estás?, ¿puedes moverte?

—No lo creo, tengo la bala todavía dentro de la pierna. No puedo moverla.

—No creo que tarden mucho en venir más guardias, tenemos que movernos. Víctor quince está en trance otra vez, supongo que si llegan más guardias podría matarlos con facilidad pero no podemos arriesgarnos.

—Yo lo siento pero no puedo ni levantarme.

—No te preocupes, yo te ayudo, agárrate a mí.

—No, déjalo. Sólo os retrasaría. Nos cogerán a todos. Si me quedo aquí, al menos vosotros tendríais la posibilidad de salvaros.

—Está bien, no voy a insistir más. Es tu decisión. Nos vamos.

Y dicho esto, y con gran pesar, Víctor catorce echa a correr en dirección a la puerta y Víctor quince le sigue a paso más lento. Desgraciadamente para ellos, cuando llegan a la puerta se encuentran esta cerrada a cal y canto. Quizá cada cambio de turno la cierran, de ser así no podrían entrar al Huevo jamás, no con unas medidas de seguridad como esas. Mientras Víctor catorce hace este desafortunado descubrimiento, otro grupo de cinco guardias corren hacia ellos. Aún están lejos, pero el verdadero peligro lo suponen las balas que ya han comenzado a disparar. Víctor catorce corre con todas sus fuerzas en dirección este y, esta vez sí, Víctor quince le sigue al mismo ritmo, si bien en ningún momento deja de estar bajo el estado de trance.

Afortunadamente para los Víctor, logran ponerse fuera de vista de sus perseguidores doblando una esquina tras la cual alcanzan a ver una garita a la que Víctor catorce se dirige con la esperanza de encontrar allí refugio, o, al menos, una salida. Víctor quince le sigue.

Mientras tanto Víctor trece continúa tirado en el suelo y, haciendo caso de su instinto, se hace el muerto con la intención de que los guardias no se detengan a comprobar si está realmente muerto. Así es, haciendo caso omiso de los dos clones que se encuentran allí tirados en el suelo, los guardias pasan de largo con la única intención de perseguir a los que creen únicos Víctor supervivientes. En cuanto desaparecen del campo de visión de Víctor trece, este hace un esfuerzo por levantarse, pero no lo consigue. Quizá muera allí después de todo.

Ya dentro de la garita Víctor catorce descubre con horror que están atrapados. Lo único que allí hay son cuatro paredes y un par de ventanas por las que vigilar el exterior. Si los guardias registran el lugar no tendrán escapatoria, a no ser que Víctor quince hiciese uso de sus habilidades. Pero es tan impredecible. Nunca saben cuándo va a hacer uso de ellas, lo único seguro es que siempre que había hecho demostración de su poder se encontraba en esa especie de estado de trance. Es a lo único a lo que Víctor catorce puede apelar en estos momentos.

Pese a que teme una llegada inmediata de los guardias, estos no llegan. Y ya han pasado al menos cinco minutos. O eso cree Víctor catorce ya que medir el tiempo en ese tipo de situaciones es hartamente complicado, los segundos se convierten en minutos, y los minutos en horas. Quizá hayan pasado de la garita por considerarla un escondite demasiado obvio o quizá pensando que en su interior debía haber algún guardia. Quizá estén fuera reagrupándose para atacarles todos juntos y no dejarles opción o tal vez estén dentro del Huevo atrincherados para impedir por todos los medios que logren entrar. Víctor catorce no puede saberlo,

pero todas estas variables pasan por su cabeza. Entonces alguien aparece por la puerta, pero Víctor catorce se da cuenta de que no corren peligro ya que la persona que acaba de entrar en la garita no es otra que Víctor trece.

—Me alegro de que estés bien —le dice Víctor catorce visiblemente sorprendido de ver caminar a su compañero—. Pero, ¿cómo puedes caminar?

—No lo sé, aunque me duele la pierna siento que no está tan débil como debería. Creo que puede ser debido a la habilidad que, según mi informe, poseo.

—¿Y cuál es?

—Fuerza aumentada. Es la única explicación que se me ocurre. Que posea más fuerza de la normal en la pierna y por eso ha aguantado mejor el impacto.

—Es posible. Dime una cosa, ¿has visto guardias en el exterior?

—No, ahora no me seguía ninguno.

—Bien, quizá sea el momento de salir y buscar otra entrada —dice Víctor catorce.

Pero, en ese mismo instante, un grupo de doce guardias aparece a lo lejos y ven al grupo de Víctor dentro de la garita a través de una de las ventanas. Estos se quedan en el interior esperando el milagro, pues es lo único que puede salvarles en una situación semejante. En un momento un montón de guardias se encuentran apostados en las puertas y ventanas apuntándoles con sus armas, sin embargo, no disparan.

—No disparen, tenemos ordenes de cogerles con vida.

Los guardias les apuntan desde tres ángulos y los Víctor esperan, nadie hace nada. Entonces un guardia situado en la entrada dispara asustado ya que, de repente, una de las grandes baldosas que cubren el suelo se desprende haciendo caer a Víctor trece a algún lugar desconocido debajo de la garita. El disparo del guardia alarmado no alcanza a ninguno de los Víctor que quedan, que, sorprendidos, no imaginan que ha podido suceder a su compañero, ni por qué hasta ahora no se había activado la trampa que se lo ha llevado. Entonces ocurre lo inevitable. Las cabezas de los cuatro guardias que se sitúan tras una de las ventanas estallan y, Víctor catorce aprovecha el momento para saltar por ella. Afortunadamente para él están desprovistas de cristales. Víctor quince, absorto, lo sigue. Quizá podían haberse dejado caer por el agujero que se tragó a su compañero, pero no es seguro que allí donde cayesen fuesen a estar a salvo.

Una vez fuera de la garita corren hacia el este donde ven que más guardias salen por una puerta del interior del Huevo. Es su oportunidad de entrar. Los guardias que quedan en el exterior de la garita les persiguen. Pronto se encuentran rodeados, pero los Víctor no dejan de correr ya que todos los guardias en un radio de quince metros a su alrededor son decapitados uno tras otro. El resto, los que se encuentran más lejos, conocen la muerte gracias al cruce de balas con sus compañeros.

Cuando los Víctor llegan a la puerta no queda ni un solo guardia en pie. Decenas de cuerpos esparcidos por el suelo en un vano intento de detener a los clones. Víctor catorce abre la puerta y entran al Huevo. Nada más acceder al complejo Víctor quince cae inconsciente de nuevo por culpa de la excesiva fatiga ocasionada por el uso masivo de sus habilidades.

## EXPLICACIONES

La persona que acaba de entrar por la puerta no es otra que Víctor trece. Cuando los dos Víctor le ven van hacia él y le preguntan:

—¿Estás bien? ¿Dónde caíste?

—Sí, estoy bien. Como te dije mi pierna es más fuerte de lo que debiera ser, puedo caminar sin problemas. En cuanto a donde fui a parar al caer en la garita, he de decir que era una especie de cuarto de descanso por extraño que parezca. No sé la razón por la que estaba esa trampilla ahí, o si verdaderamente era una trampa y no una especie de atajo para que los trabajadores llegasen a esa sala más rápidamente. Ciertamente, es posible que sea esta la hipótesis correcta ya que la altura era mínima y además caes en un mullido sofá. Si bien es cierto que como caigas mal te puedes hacer mucho daño, pero bueno, la verdad es que

no importa cual fuese realmente el propósito de la trampilla. Decidme, ¿qué paso después?, ¿cómo escapasteis de allí?

—Conseguimos huir gracias a las habilidades de Víctor quince, y hemos llegado aquí donde hemos encontrado esto —dice Víctor catorce señalando al tubo donde está Víctor cero.

—¿Quién es? ¿Víctor cero? —pregunta Víctor trece.

—Eso creemos, pero sólo lo sabremos si no le sacamos de ahí.

—Sí, busquemos un modo de hacerlo —dice Víctor quince en el mismo momento en el que el ruido de la puerta al abrirse alerta al grupo, que se vuelve a ver quien ha entrado en la sala, descubriendo frente a ellos al doctor Pérez.

—Mis pequeños clones —dice el doctor Pérez—. Veo que habéis llegado antes que yo.

—¡Doctor Pérez! —exclaman los Víctor al unísono.

—Habéis llegado demasiado lejos, no puedo dejar que liberéis al sujeto cero.

—¿Por qué doctor? ¿Por qué no nos cuentas toda la verdad? No tienes nada que hacer, eres tu el que está acorralado, Víctor quince puede matarte en un abrir y cerrar de ojos. No se trata de que tú no nos dejes liberarlo, se trata de que no hay forma posible de que puedas impedirnoslo.

—Lo sé, y no me preocupa. Os contaré todo lo que queráis saber, pero no porque me obliguéis a ello sino porque solamente entonces comprenderéis el tremendo error que supondría liberar al sujeto cero. Después de que os cuente la historia espero que seáis lo suficientemente inteligentes como para no sólo dejarle en el tubo prisionero, sino incluso destruirlo.

—Bien —dice Víctor quince—. Usted cuéntenos la historia y nosotros decidiremos qué es lo mejor que podemos hacer.

—De acuerdo. Para empezar deciros que todos vosotros, los quince que en principio erais, sois clones de Víctor cero, si bien supongo que eso ya lo habréis deducido tras verle. He de deciros también que de no ser porque Víctor quince perdió el control y echó a perder el experimento, habría habido más Víctor.

—¿Qué hacíais con nosotros? —pregunta Víctor trece.

—Experimentar. Dejadme contar la historia desde el principio y sin interrupciones y entonces entenderéis todo.

Los tres Víctor asienten con la cabeza.

—Bien —prosigue el doctor—. Todo comenzó hace siete años. Yo trabajaba por entonces en una pequeña estación espacial en las afueras de Barcelona. Realmente no era gran cosa, simplemente una pequeña instalación de recogida de datos. Todo ruido o perturbación que tuviese lugar en el espacio así como todas las transmisiones de la agencia espacial internacional enviadas por los astronautas eran registradas y remitidas a la misma agencia espacial internacional. Yo antes había trabajado como genetista en Madrid, pero surgió la posibilidad de este trabajo gracias a un amigo y no dudé en aceptarlo. El sueldo era buenísimo y yo creía haber tocado techo ya en mi campo, y ni siquiera eso me reportó el Nobel. Era uno de los mejores genetistas del mundo, pero mis investigaciones iban dirigidas a otros ámbitos diferentes a los de mis colegas de profesión. Mientras estos dedicaban sus esfuerzos en las células madre, buscar

cura para enfermedades genéticas y cosas por el estilo, yo prefería dedicar mi tiempo en investigar otro tipo de cosas que creía que podrían ser más útiles en el futuro, y, porqué no decirlo, que me reportarían a corto plazo más fama y reconocimiento.

El caso, es que un día recibimos una señal. Una señal que ninguno de mis compañeros podía comprender o interpretar. Afortunadamente, yo sí podía, ya que se trataba de una secuencia de ADN. Tardé algún tiempo en descubrirlo pero le pedí a mis compañeros que no enviaran todavía la señal hasta que no hubiese averiguado de qué se trataba y, cuando lo hubiese hecho, yo mismo se la enviaría a la agencia. Cuando finalmente averigüé de qué se trataba les dije a mis compañeros que se trataba de la trasmisión de un aparato de radiofrecuencia que se había colado y que no se preocupasen por ello, yo les enviaría a la agencia enseguida el informe. Nunca lo hice por supuesto y, en caso de que alguno de mis compañeros se hubiese tomado la molestia de comprobarlo, quizá no estaríamos aquí y ahora hablando de esto.

El descubrimiento era asombroso. Nos habían enviado desde algún punto remoto del espacio una secuencia de ADN. Era un hallazgo impresionante y lo quería para mí. A las dos semanas me despedí de allí y fundé una empresa tapadera para poder investigar sin molestias. Por aquella época yo tenía bastante dinero ahorrado, mis investigaciones me habían reportado mucho y ser candidato para el Nobel también contribuyó a llenar mis arcas. Asimismo, para mis investigaciones previas no tuve que poner nunca un duro ya que todo eran becas y demás. Por lo tanto, fundé una nueva empresa y, en ella realicé mis experimentos sin revelarles a nadie lo que estaba haciendo.

Pero no podía llevar a cabo mi investigación solo. Para poder trabajar en una secuencia de ADN como aquella necesitaba ayuda. Así que se lo conté a dos excompañeros, los doctores García e Izquierdo. Los conocía de la facultad donde trabajamos amistad enseguida ya que los tres éramos personas con las mismas ambiciones y sueños. Yo era el mejor, pero eran sin duda dos de los mejores genetistas del país. Con ellos trabajé en descifrar el código genético de la secuencia llegando a la conclusión de que era muy similar a la de un ser humano corriente en su estructura. Sin embargo, seguimos investigando y llegamos a encontrar pruebas que demostraban que en la misma cadena genética no sólo había cromosomas e información típica de un ser humano, también tenía varios cromosomas adicionales con información que se podía encontrar en algunos animales de la naturaleza. Era extrañísimo.

Decidimos que lo mejor era desarrollar el código y clonarlo para obtener a ese ser peculiar. Pero para ello necesitábamos mucha gente y privacidad, además de medios más avanzados. Por lo que, a través de mi empresa, compré un terreno en una zona desierta de Badajoz y construí el centro donde vosotros estabais encerrados. A su vez, mandé construir el Huevo con los ingresos que nos quedaban. Nos quedábamos sin dinero, pero obtuvimos ingresos extra del estado por medio de nuestra empresa tapadera en forma de subvenciones y ayudas, ya que mi empresa se suponía que era una ONG.

El caso es que a los dos años de recibir la señal del espacio, teníamos ambas instalaciones listas para funcionar. En todo ese tiempo idee un plan para

llevar a cabo los experimentos que quería hacer. Elaboré los protocolos, busqué el personal necesario, desarrollé nuevos programas informáticos necesarios para el trabajo que nos proponíamos realizar, y, lo más importante, creamos entre los tres doctores responsables del proyecto, el aparato por medio del cual os controlábamos y los implantes de recuerdos que luego un experto cirujano os metió en la cabeza. Estaba todo bajo control. Esa podía ser la investigación que, finalmente, me condujera al Nobel. Pero todo ha salido mal.

Una vez clonamos el ADN y aceleramos su crecimiento hasta alcanzar el estado adulto, nos encontramos con lo que ahora llamamos sujeto cero. Entonces obtuvimos un niño, un niño humano completamente. ¿Cómo era posible con una secuencia genética semejante que el resultado fuese un humano corriente? Nuestra decepción fue muy grande. ¿Por qué circulaba la secuencia genética de un ser humano por el espacio? Era inconcebible. Pero entonces lo comprendimos, ese niño no era del todo humano. Empezó a mostrar habilidades extraordinarias una vez lo convertimos en adulto que ningún ser humano podría jamás tener. Podía curar sus heridas, tenía los sentidos más desarrollados y una fuerza superior a la de un adulto de constitución fuerte. Era sorprendente. Era como un ser humano mejorado en todos los aspectos.

Decidimos aislarlo y lo tuvimos bajo observación mientras descubríamos nuevas habilidades. Pero un día se reveló contra nosotros. Empezó a decir que nos daba las gracias por devolverle a la vida pero que debía cumplir con su cometido. Que para eso había venido a la tierra. Atacó a los guardias haciendo uso de todas sus habilidades incluyendo una que no habíamos visto hasta entonces, reventaba las cabezas a voluntad. Afortunadamente, parecía que hacer uso de esta nueva habilidad le cansaba mucho y nosotros contábamos con mucha seguridad, por lo que pronto estaba agotado, a costa de muchas vidas, eso sí, y conseguimos sedarlo y aprisionarlo. Entonces decidimos meterlo en el tubo que tenéis detrás de vuestro para mantenerlo con vida pero sin que pudiese despertarse nunca y ser un peligro para todos. Era un descubrimiento demasiado importante para matarlo o dejarle escapar.

Para poder seguir investigando con él decidimos sacarle muestras de su ADN, siendo nuestra sorpresa mayúscula al comprobar que su secuencia genética se había modificado. Nuevos cromosomas la conformaban ahora. Decidimos clonarlo extrayendo tan sólo una pequeña muestra de información diferente cada vez y estudiar el resultado. La idea era que obtuviésemos un sujeto idéntico al original pero con sus habilidades mucho más limitadas. Y lo conseguimos. El resultado fue un sujeto idéntico en forma pero muchísimo menos peligroso. No es que las habilidades del original se hubiesen visto reducidas, era que el nuevo sujeto solamente contaba con una de ellas. Achacamos este hecho al haber extraído muestras de un único cromosoma y creímos que si clonábamos los cromosomas de manera individual podríamos obtener sujetos con cada una de las habilidades del original.

Decidimos trasladar al sujeto resultante al centro de control de enfermedades, como nosotros lo llamábamos, y continuar experimentado allí. Llamamos al proyecto Víctor en homenaje al hijo del doctor García que murió poco antes de comenzar el proyecto atropellado al salir de la escuela. Fuimos

dando a los sujetos números según los íbamos clonando del que ahora era considerado como sujeto cero. Observábamos sus habilidades y las potenciábamos, llegado el caso, en espera de poder reproducirlas en seres humanos. Si podíamos dotar a los seres humanos con ese tipo de habilidades, la comunidad científica entera se rendiría a nuestros pies. Pero decidimos no experimentar con humanos hasta clonar el código genético del sujeto cero por completo. Eso implicaba crear Veintiséis sujetos. Pero con el número quince se estropeó todo al clonar la habilidad más letal de todas. Sabíamos que algún día podía pasar, pero intentábamos estudiar los genes antes de clonarlos para evitarlo con cada nueva clonación.

En cuanto a por qué creéis tener todos una vida previa es muy sencillo de responder. Decidimos no manteneros como al sujeto cero ya que, obviamente, no representabais el mismo peligro y, en ese estado, no podríamos estudiaros con detenimiento. Preferíamos teneros recluidos en habitaciones desde las que observar vuestra evolución. Nada más crearos os operamos para infiltraros una serie de recuerdos que os permitiesen creer que una vez fuisteis personas normales. De esta manera, os teníamos recluidos voluntariamente al haceros creer que teníais una enfermedad. Así podíamos trabajar con absoluta libertad sin tener que preocuparnos de que intentaseis nada raro. Cada tres o cuatro noches os sedábamos y reiniciábamos vuestra memoria reciente hasta el día después de que yo os explicase lo que os pasaba. No quería tener que repetir la misma charla todos los días. De modo que siempre pensabais que acababais de ser traídos al centro. Sin embargo, y, pese a que podíamos reiniciar vuestra memoria reciente, vuestros recuerdos de una vida previa siempre permanecían al ser proporcionados por otros medios. Nada podía fallar, lo teníamos todo previsto al milímetro.

Quizá el único error que cometí, y ahora me doy cuenta de ello, es el de dejar los documentos y protocolos archivados en los ordenadores del centro. Quizá lo mejor para haber evitado cualquier posible contacto con la existencia del sujeto cero en caso de que alguno escapase, como se dio el caso, hubiese sido transmitir a los nuevos enfermeros toda la información por medio de la palabra, por vía oral. Pero nadie es perfecto, y en esto fallamos.

Y eso es todo, creo, si no me he dejado nada. ¿Tenéis alguna pregunta?

—No, ahora encaja todo —dice Víctor quince—. Sois unos animales, habéis jugado a ser dioses creando vidas para jugar con ellas, para experimentar.

—No dramáticas —dice el doctor—. Ni siquiera sois personas. No sois más que partes de un ente que ni siquiera es humano.

—¿Y eso hace que nuestra vida no signifique nada? —pregunta Víctor catorce.

—Tú no deberías hablar catorce. Tú eres el más humano de todos. No tienes ninguna habilidad del sujeto cero. La verdad es que eso me desconcertó mucho, ya que se supone que eso significa que el sujeto cero es en parte humano. Pero no puede serlo, no de un ADN que viaja por el espacio y que puede llevar cientos de años vagando entre las estrellas a millones de años luz. Es imposible. No lo entendéis, pero tenemos que seguir experimentando, no podemos liberar al sujeto cero o nunca comprenderemos el origen de todo esto. Ya no se trata de conseguir reconocimiento o dinero por ello, se trata incluso de

comprender quienes somos y por qué compartimos parte del código genético con un individuo que, obviamente, no es de la tierra.

—No, vamos a liberarlo ahora mismo. Dices que es peligroso pero no lo creo, simplemente es que no quería ser esclavizado por vosotros. Además, ¿qué mejor forma de saberlo todo, de conocerlo todo, si no es hablando con él?

—No lo entendéis, si lo liberáis condenaréis al resto del mundo.

—¿Acaso usted sabe algo más que no nos ha dicho doctor? —pregunta Víctor trece.

—Nada más. No puedo impedir que lo liberéis si queréis, pero, si os he contado toda la historia es para que comprendáis el riesgo que conlleva soltarlo. Tiene habilidades con las que podría poner en jaque a cualquier ejército el solo, y ni siquiera es humano, ¿es qué no lo veis?, es demasiado peligroso.

—Bien, pues ha fracasado en su intento de que no le soltemos igual que ha fracasado en su patético intento de crear humanos más fuertes a costa de las vidas de otros. Los clones no habremos nacido como todo el mundo, pero somos personas igualmente —le increpa al doctor Víctor quince.

—Se nota en ti la personalidad del doctor Izquierdo. Los recuerdos los fabricamos para vosotros, pero la personalidad y el carácter son del doctor Izquierdo. Escribimos en vuestra secuencia genética parte de la suya que implica la personalidad y el carácter. ¿Es qué no os dais cuenta? ¿No veis que podemos llegar a ser humanos perfectos en el futuro? Esto es sólo un paso para que cada persona pueda tener lo que siempre ha querido. Escribiendo de manera individual el código genético y clonando las habilidades de las personas que las poseen, podríamos ser superhombres. ¿Acaso queréis condenar a la humanidad a no disfrutar de todas estas ventajas? ¿No veis que igual que sirve para otorgar más poder a los hombres, también puede ser usado este conocimiento para curar enfermedades por otra parte incurables? Darle al ser humano la oportunidad de vivir en el mundo sin sufrir enfermedades ni morir más que del paso del tiempo.

—Eres un monstruo —le reprocha Víctor trece—. Eres un auténtico Frankenstein, me das asco. ¿Sabes acaso lo que es el libre albedrío? La naturaleza sigue un rumbo que no conviene alterar. Tú quieres crear mutaciones. Dices que nosotros no somos personas, ¿y lo que tú quieres crear, sí que lo son?

—Basta de discusiones —dice Víctor quince—. Liberemos a Víctor cero. Víctor catorce, busca algún botón o algo que lo suelte.

—No lo hagáis —dice el doctor en tono de súplica.

Pero ya es tarde. Víctor catorce ha bajado dos manivelas del panel de control que provocan que el líquido que cubría por entero a Víctor cero se pierda por un conducto que tiene el tubo alojado en su parte inferior. Al momento, Víctor cero abre los ojos, despierto después de tantos años. Se quita la mascarilla y, con extrema violencia, comienza a golpear el cristal del tubo. Al primer golpe consigue resquebrajarlo, y, al segundo, romperlo en pedazos permitiéndole liberarse y saltar al suelo a la altura de los tres Víctor y el doctor. Está desnudo, pero no parece importarle. Como consecuencia de la rotura del cristal tiene cortes en los brazos y el torso, pero en apenas un instante, las heridas se cierran. Víctor cero es ahora libre.

## INTENTO DE FUGA

Despierta. Abre los ojos lentamente, con trabajo. Víctor está despierto. Otro día más encerrado en esa miserable habitación. Confinado. Víctor reconoce, que, en cierto modo, ha tenido suerte al darle la vida los científicos que recogieron su secuencia de ADN. Pero por otra parte... Encerrado en esa habitación, sedado, vigilado. Pero hoy ha decidido escaparse. ¿Cómo si no va a llevar a cabo su plan? Imposible.

En ese momento entra el doctor Pérez. El genio que cambiará la ciencia. O eso es lo que él cree. Se sienta frente a él en la mesa que se encuentra en la esquina de la habitación, en la misma en la que Víctor se acaba de colocar presintiendo la llegada del doctor.

—¿Qué tal estás hoy Víctor? —pregunta Pérez.

—No me llame así doctor, si es que lo es realmente. Ese no es mi nombre.

—¿Y cuál es? Nunca nos has dicho como quieres que te llamemos.

—No es como quiera que me llaméis, es como me llamo. Mi nombre es doscientos trece.

—Eso no es un nombre Víctor, es un número.

—Para usted es un número, para mí es un nombre.

—Como quieras —dice el doctor—. ¿Por qué ahora nos cuentas esto? ¿Por qué hasta ahora no has dicho nada que realmente merezca la pena? Quiero saber en lo que piensas. Llevamos dos años contigo, pero apenas te conocemos.

—Y así ha de ser. Le seré franco doctor. Les queda poco tiempo de vida. Han realizado un excelente trabajo devolviéndome a la vida, ahora debo continuar con mi plan.

—¿Qué plan Víctor, es decir, doscientos trece?

—No se lo voy a contar a usted, obviamente. Pero digamos que no encontraron por casualidad mi secuencia genética flotando por las ondas espaciales.

—¿Quieres decir que alguien quería que nos llegase y te diéramos vida?

—Algo así, sí. Pero bueno doctor, ya me he cansado de hablar. Ahora voy a salir de aquí.

Entonces Víctor se levanta, e, ignorando al doctor Pérez, se dirige a la puerta, la cual, obviamente, está cerrada. Sin mucho esfuerzo, aparentemente, Víctor empuja del tirador hacia sí abriendo la puerta de forma violenta. El doctor Pérez, alarmado al ver esto, coge su teléfono interno y avisa a seguridad de que el sujeto se ha escapado. Entonces sale de la habitación y contempla un espectáculo bizarro a la par que dantesco.

Decenas de guardias se precipitan sobre Víctor con la intención de detenerle, pero es en vano. Sus cabezas estallan violentamente transformando en apenas unos segundos una amplia y blanca sala en un matadero. Los cadáveres inundan el suelo, y en las paredes predomina el color rojo de la sangre. Sin embargo, el doctor Pérez parece observar que, cada vez que Víctor hace uso de su habilidad, se encuentra un poco más cansado. Cuando, aproximadamente, los cadáveres de sesenta o setenta guardias pueblan el suelo, Víctor se halla lo suficientemente agotado como para no poder impedir que el doctor le agarre por detrás. En apenas un instante, y, sin encontrar resistencia, el doctor le inyecta un líquido por medio de una gran aguja que hace presa del sujeto que se hace llamar a sí mismo doscientos trece, cayendo profundamente dormido en apenas unos segundos. Y así permaneció hasta hoy.

## ORIGENES

Los cuatro le observan, sintiendo un estado intermedio entre el miedo y la curiosidad. Los tres Víctor y el doctor Pérez tienen enfrente a Víctor cero, por fin libre.

—Vaya doctor —dice Víctor cero—. No esperaba volver a verle. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Desde que me encerró aquí me refiero, por supuesto. ¿Sabía qué, aunque dormido profundamente como me encontraba dentro de ese tubo, era plenamente consciente de todo cuanto pasaba a mi alrededor? Era como estar en coma, ¿sabe? Dicen que un paciente en coma es capaz de escuchar a los que están a su lado. Bien, yo no sé si esto es así, pero en mi caso ciertamente lo era.

Ninguno dice nada, incluso el doctor se encuentra paralizado. A lo que Víctor cero prosigue:

—¿Estos deben ser mis clones, no? Sé qué tipo de experimentos has estado llevando a cabo y he de decirte, doctor, que nunca he sabido realmente de qué iba todo el asunto. Su objetivo era clonarme para conseguir seres que poseyeran mis habilidades de forma individual, he supuesto, de esta manera, podría seleccionar las que prefiriese y crear seres humanos más fuertes. No sé si habré acertado con mi hipótesis pero creo haber pasado el suficiente tiempo con usted en el pasado como para afirmar que le conozco lo suficientemente bien, y que sé cómo piensa. ¿Es qué no se da cuenta doctor? Yo soy el verdadero ser humano, usted no es más que una triste evolución de mí que nunca ha llegado a ser lo que debiera.

—¿De qué estás hablando Víctor?

—Ya le dije hace tiempo que ese no es mi nombre doctor, es el nombre que ustedes me pusieron. Mi verdadero nombre es doscientos trece.

—¿Por qué ese nombre? Ya te dije que eso es un número —dice el doctor.

—Claro que es un número pero también un nombre, soy el ser humano número doscientos trece. Un alto honor debo decir, el ser de los primeros.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? —pregunta Víctor quince.

—Ah, mis pequeños clones, vosotros me habéis liberado. Supongo que tal vez escuchasteis mis gritos de auxilio y vinisteis a rescatarme, o tal vez no, pero el hecho es que habéis venido y ahora soy libre. Bien, os habéis ganado el derecho de saber, incluso tú, doctor. Os voy a contar a todos vosotros la historia completa. A vosotros, mis pequeños clones, os haré una oferta que no podréis rechazar cuando termine de hablar. En cuanto a ti, doctor, tienes dos opciones. Puedes intentar huir ahora, en cuyo caso te mataré al instante como sabes que puedo hacer, o puedes quedarte a descubrir como tus sueños no eran más que paja, a descubrir como os he engañado a todos y, luego morir. Ya que, inevitablemente, te voy a matar, así que tú eliges.

—Me quedo. Realmente no me dejas otra opción.

—¿Y vosotros clones?

—También, hemos venido aquí para averiguar la verdad acerca de nosotros y parece que tú puedes proporcionárnosla— dice Víctor trece.

—Buena decisión. Entonces empezaré a contárosla. En primer lugar, me gustaría aclarar por qué hago esto. Que nadie piense que soy el típico malo de vuestras películas que, teniendo al héroe contra las cuerdas, le cuenta sus planes para ver como luego todo se echa a perder. No, eso no va a pasar. Se lo cuento al doctor porque quiero que, antes de morir, cosa que es inevitable por otro lado, conozca lo que ningún ser humano ha sabido jamás, porque en el fondo, me da pena y quiero concederle ese privilegio. Tampoco me trataron tan mal en el fondo cuando me tenían prisionero, pese a que esto pueda parecer una horrible contradicción. En cuanto a vosotros, mis clones, os lo cuento ya que deseo que después de escucharlo todo me ayudéis a llevar a cabo mi plan. Por eso lo hago y no por otra razón. Ahora bien, sentaos ya que mi historia no es corta, si bien tampoco se os hará larga y pesada ya que considero que os interesará sobremanera a todos. Me enrolló demasiado. Empiezo.

Antes de que el ser humano poblara la tierra, bueno, antes de que los hombres llegaran a la tierra, he de decir para ser más exacto, los seres humanos vivíamos en otro planeta muy lejano, tan lejano que ni siquiera podéis llegar a imaginar la distancia que nos separa en este preciso instante. Aparecimos igual que creéis haber aparecido vosotros en la tierra, primero fuimos monos y luego evolucionamos en hombres.

Pasaron cientos de años, miles incluso hasta que llegamos a interesarnos por la genética. Descubrimos el ADN y los cromosomas, igual que habéis hecho vosotros, pero con la salvedad de que nosotros llegamos incluso más lejos. Vosotros creéis que está todo descubierto en ese campo, pero nada más lejos de la realidad. Nosotros sí que descubrimos todo lo que había por descubrir en cuanto a la genética. Vosotros creéis que, en los cromosomas, en el código genético están grabadas nuestras características, el color de ojos, de pelo, altura, etc. Y es verdad. Lo que vosotros no sabéis es que cada código genético, cada cromosoma, puede dividirse en ínfimas partes de información imperceptibles para el microscopio más potente jamás inventado en la tierra. Descubrimos que,

podíamos separar y aislar esas partes e incluso mezclar diversos tipos de partes para dar con un nuevo ADN que creara seres humanos nuevos con todas las características físicas que deseáramos. Como os he dicho, estábamos muchísimo más avanzados de lo que vosotros estáis hoy en día. De hecho, no creo que, ni con doscientos años más de investigación lograrais igualar nuestros logros. No mientras os gastéis el dinero en armaros contra vuestros semejantes o en lanzar sondas a planetas inhabitables.

De la mezcla de estas diminutas partes de genoma viene lo de vuestras habilidades mis pequeños clones. Descubrimos que todo ser humano tenía recesivos determinados micro genes, llamémosles así, que podíamos convertir en dominantes extrayéndolos de su código genético original y dándoles un lugar más importante en una nueva cadena de ADN. Así, todos llegamos a tener las habilidades que yo poseo. Sin embargo, no es posible insertar esa información de una cadena en un ser vivo así que la única manera era crear un nuevo ser vivo con esa estructura genética. Vosotros poseéis una única habilidad cada clon, por la errónea suposición del doctor de que cada uno de mis cromosomas contenía una habilidad. El doctor se equivocó en eso, aunque no del todo. No es que el cromosoma entero me proporcionara la habilidad, lo hacía el microgen que anexionamos a cada cromosoma, ya que comprobamos que juntar dos en un mismo cromosoma ocasionaba problemas y fallos en el organismo.

El caso es que descubrimos todo esto, pero todavía quedaba algo más asombroso por saber. Veréis, en nuestra civilización no existió nunca una religión, nunca creímos en la existencia de uno o varios seres todopoderosos que nos dieron la vida y que regían nuestro destino, y, nuestros descubrimientos en el campo de la genética lo confirmaron. Luego os explicaré por qué vosotros, siendo como sois parte de nuestra civilización sí desarrollasteis este tipo de supersticiones, ya que no son otra cosa. Sin embargo, y, retomando el hilo, he de deciros que sí creíamos que debía existir algo, un alma o espíritu que animaba nuestros cuerpos, que hiciese que el cerebro funcionase, puesto que, si bien del cerebro surge toda la actividad de la vida, esto es, la conciencia, la memoria, etc. Había algo que conseguía dotarnos de cosas que el cerebro no podía darnos. Era lo que llamábamos alma.

Lo que finalmente descubrimos es que no existía tal alma. Vimos que todo se ubica en los genes. La memoria, los recuerdos, todo, reside en ellos. Lo asombroso, lo verdaderamente increíble, fue que podíamos copiar una secuencia genética, clonarla, idéntica, repito, idéntica, incluso en la estructura de los microgenes, pues la menor variación en ellos lo cambiaba todo, y obteníamos al mismo ser humano. Es decir, que si un hombre moría y reproducíamos al milímetro su código genético y lo desarrollábamos y le dábamos vida, conseguíamos que el hombre muerto hace tiempo volviese a vivir. Obviamente era otra carne, otra sangre la que corría por sus venas, otros órganos internos los que poseía, pero en los aspectos fundamentales era el mismo, no sólo en altura, peso, color de ojos y demás, sino en cuanto a lo que era capaz de recordar lo que decía que había visto y oído años antes. Recordaba haber vivido la vida del hombre difunto y se acordaba de todo cuanto este había hecho. Era increíble. Era como haber resucitado a una persona. De la nada. Podíamos hacer que la vida

prosiguiese tras la muerte. Era increíble. El sueño de cualquier ser humano hecho realidad. Poder vivir eternamente.

Sin embargo, había un pequeño inconveniente, siempre lo hay. Pero no era un detalle de demasiada importancia, solamente una pequeña traba a la hora de realizar nuestro trabajo, pero realmente era una ventaja para el nuevo humano que resucitaba, por decirlo así. El caso era que, al desarrollar el feto, pues siempre es necesario desarrollar el óvulo obtenido con la secuencia genética deseada en una mujer, lo que me lleva a preguntarle doctor, ¿Quién hizo de madre para desarrollarme a mí?, ¿dónde está esa mujer ahora?

El doctor Pérez calla un segundo y luego responde:

—Eso es algo que no sabe nadie más que yo Víctor. Sólo ella y yo sabemos lo que hicimos, ninguna otra persona sabe de su existencia puesto que todas las personas involucradas murieron hace no mucho. Yo no tuve nada que ver por si te lo preguntas, murieron de forma natural. Durante los nueve meses de embarazo nadie se enteró, ni mis propios colegas estaban enterados. Me las arreglé para hacer creer a todos que había conseguido desarrollar el código genético por mi cuenta.

—Y se lo creyeron —dice doscientos trece—. Que ignorantes. Pero no ha respondido a mis preguntas doctor, ¿quién fue esa mujer y dónde se encuentra ahora?

—No voy a responderte a eso si tienes la firme intención de matarme. Me guardaré ese conocimiento para asegurarme de que no me matas, al menos, claro está, si realmente te interesa esa información.

—Me interesa muchísimo doctor, pero siento comunicarle que le voy a matar igualmente al acabar de contar mi historia. Usted elige si desea contármela o no, si no lo hace acabaré por descubrirlo yo mismo.

—No te voy a decir nada entonces —replica el doctor.

—Bien, usted ha elegido. Bueno, prosigo con mi historia. El caso es que es necesario que nazca el bebé que contiene el código genético deseado, en este caso por ejemplo el de un familiar fallecido. Pues bien, el bebé muere si no se acelera el proceso de crecimiento por medio de un tratamiento que provoca un rápido crecimiento del cuerpo. Esto es debido a que la información que posee el bebé en el momento de nacer es la misma que poseía el adulto en el momento de su muerte. Aunque el ADN parece inmutable para vosotros, que así lo creéis, desde que uno nace hasta que termina de desarrollarse como adulto los genes sufren procesos de cambio. Por eso el cuerpo del bebé no soportaría esa carga genética y por eso es necesario acelerar el crecimiento hasta el estado adulto. Pero es un detalle sin importancia. De hecho, si lo miras bien es hasta una ventaja, ya que la persona no tiene que volver a soportar las cargas del desarrollo ni los reajustes hormonales propios de la adolescencia comenzando su nueva vida directamente con el cuerpo de un chaval de unos veinte años más o menos, en plenas facultades físicas. Además, nos ahorramos el cuidado de todos los nuevos bebés que nacerían con este proceso para los cuales haría falta contratar a mucha gente para su cuidado.

No fue ni más ni menos que la impaciencia de los doctores que encontraron mi código genético lo que propició que aceleraran mi crecimiento e,

involuntariamente, me permitieron sobrevivir. Le doy las gracias por ello. En fin, ya he contado todo cuanto éramos y cuanto conseguimos. Ahora viene la segunda parte de mi historia, pero antes me gustaría tomarme un descanso, especialmente para buscar algo de ropa y para comer. Los nutrientes que me proporcionaba la máquina del doctor eran suficientes para mantenerme con vida, pero no alimentan en absoluto. Ahora voy a abandonar esta sala y buscar lo que necesito por todo el complejo. Esperad aquí pues no creo que tarde mucho. Sé que mis pequeños clones no huirán, puesto que están deseosos de conocer el resto de la historia y saben que no les voy a hacer ningún daño. En cuanto a usted, doctor, no lo intente puesto que sabe que con solamente pensarlo puedo acabar con su vida. Y no crea que mi habilidad se limita a un radio determinado como es el caso de uno de mis clones aquí presente. Mi poder llega allí donde yo quiero, especialmente si nada más he de concentrarme en una persona y no en decenas de soldados. Lo dicho, ahora vuelvo.

Dicho esto Víctor cero se levanta y abandona la sala dejando a los tres Víctor y al doctor sentados a la espera de su regreso.

## LA MADRE

Se han quedado solos, los tres Víctor y el doctor Pérez. En cuanto Víctor cero abandona la sala el doctor se apresura a hablarles a los clones.

—Escuchad. Lo que voy a contaros es muy importante.

—¿Por qué íbamos a escucharle doctor? —pregunta Víctor catorce—. Después de todo lo que nos ha hecho, ¿se atreve a dirigirnos la palabra?

—Podéis decirme todo lo que queráis. Escuchad, estoy condenado, Víctor me va a matar dentro de poco, cuando termine de contarnos todo. ¿Qué puedo ganar hablando con vosotros? Sin embargo, es de vital importancia que me escuchéis pues de ello depende el destino de la raza humana incluyendo a vosotros.

—Está bien, le escuchamos, al fin y al cabo ya no puede hacer más daño.

—Gracias. Veréis, habéis liberado a Víctor y eso ha sido un error inmenso, pero ya no se puede hacer nada al respecto. Sin embargo, es prioritario que le detengáis. Quizá no os parezca peligroso ahora, o sus intenciones perversas, pero estoy seguro de que cuando terminéis de escucharle y os cuente eso que dice que os tiene que contar me comprenderéis. No hay forma humana de detenerlo más que esperar a que caiga agotado por el excesivo uso de su poder mental como yo hice hace cinco años. Sin embargo, no creo que nunca llegue a forzar tanto su poder, no después de ser consciente de su debilidad, por lo que esta opción hay que descartarla del todo. No sé de qué otra manera se le puede detener, pero estoy seguro de que llegado el caso algo se os ocurrirá. No obstante, sí que hay algo que sé que os puede ser de utilidad, y es que conozco el paradero de la madre, de la mujer que gestó su secuencia genética para poder crearlo en la tierra. No sé si realmente le importa esa mujer tanto como dice o no, pero el hecho de que antes haya demostrado curiosidad por conocer su paradero y que piense encontrarla pese a que yo no le revele su localización, indica que algo le importa.

—¿Y cómo, en caso de que como usted dice, si tenemos que detenerle algún día, vamos a poder hacerlo sabiendo el paradero de su madre? —pregunta Víctor catorce.

—No lo sé realmente, ya he dicho que es vuestra obligación encontrar el modo. Tal vez amenazándole con ella o como estiméis más oportuno. Yo os

proporciono lo que considero la única manera de derrotarlo, sois vosotros los que debéis saber cómo usar esta información en vuestro propio beneficio. Lo único seguro, es que únicamente tendréis una posibilidad si llegáis a ella antes que él.

—¿Y dónde está ella ahora?

—Se encuentra en el sótano de mi empresa tapadera.

—¿Y qué hace allí? —pregunta Víctor trece.

—Está encerrada, de la misma manera que estaba encerrado Víctor cero.

—Es usted un monstruo —le grita Víctor quince—. ¿Cómo ha podido hacer algo así?, ¿acaso también ha experimentado con ella?

—No. El caso es que no podía dejar que hablase con las autoridades tras tener a Víctor cero. Lo que pasó es que tras los nueve meses de embarazo y, en el momento de parirle, no quiso desprenderse de él. Amenazó con denunciarme si no le devolvía al niño y no podía permitir algo así. Sin embargo, tampoco quería matarla, por lo que la encerré en el sótano en un tubo idéntico al que conteníamos a su hijo. Cada cierto tiempo iba allí para asegurarme de que estaba bien y me ocupaba de sus cuidados. Ya no sólo se trataba de mantenerla encerrada para que no pudiese hablar, también encontré otro motivo. En una de las visitas que la hacía para asegurarme de que todo iba bien, me di cuenta de que había conseguido salir del tubo. Estaba tirada en el suelo inconsciente, el tubo roto. No sé cómo lo hizo pero, inmediatamente hice meterla en un nuevo tubo en el que aumenté las medidas de seguridad. La sujeté con arneses y coloqué un cristal más resistente por sí acaso. Pero antes de volver a encerrarla la hice un análisis, y, cuál fue mi sorpresa, al descubrir que su secuencia genética había cambiado, había mutado. No sé por qué. Entonces lo asocié al hecho de que durante los nueve meses que llevó dentro al sujeto cero este hubiese modificado de algún modo su ADN. Pero no pude averiguarlo entonces y, aún hoy, no sé qué pudo haber pasado realmente. El caso es que algún vínculo tiene que existir entre ambos, por lo que es de vital importancia que descubráis esa posible conexión ya que eso os permitirá, quizá, acabar con el sujeto cero.

—Joder —comienza Víctor quince—. Cada vez escuchamos una nueva parte de la historia me parece que usted está incluso más loco que antes. ¿Le queda algo más por contar, o, por el contrario, nos volverá a sorprender en el futuro con alguna historia todavía más increíble?

—Ya no hay nada más que contar por mi parte, igual que no hay futuro para mí. Quizá en este momento me doy cuenta de que he hecho cosas malas en el pasado, pero he de deciros que no me arrepiento de nada de lo que hice. La única forma de avanzar, de progresar, es innovar y arriesgar, y yo lo hice. Sacrifiqué mi vida en pos de un sueño. Vosotros juzgáis que lo que hice está mal pero yo no lo veo así, no completamente, no hay buenos ni malos en este asunto, no cuando todo el mundo lucha por lo que cree que es justo y que lo que hace es lo correcto. Vosotros decís que yo soy malvado, que lo que he hecho es malvado, pero yo no estoy de acuerdo. Yo veo que si no hubiese hecho lo que hice estaría privando al mundo de un bien, lo que me convertiría en alguien malvado. No sois vosotros nadie para juzgar lo que está bien y lo que está mal. Si no hubiese hecho nada de esto ahora no existiríais ninguno de vosotros.

—Déjelo doctor, nunca nos pondremos de acuerdo. Es discutir por discutir — dice Víctor catorce.

Y, dicho esto último se preparan para escuchar el final de la historia de boca de Víctor cero, o doscientos trece como él se hace llamar, que acaba de regresar a la sala. Vistiendo ropas de guardia de seguridad del Huevo se acerca al grupo y, sentándose a su lado, prosigue con su relato.

## BERMEJO

Hace poco que le ha colgado el teléfono al doctor Pérez. Bermejo está muy asustado. El doctor le ha llamado desde el Huevo y le ha dicho que todo está perdido. Que los clones han logrado entrar matando a todos los guardias y que él estaba destruyendo todas las pruebas. Le ha dicho al jefe de los limpiadores que, por su bien, huyese. Que se fuese lo más lejos posible lejos de todo esto. El doctor se proponía destruir al sujeto cero, pero, si los clones llegaban antes que él, probablemente le liberarían y, entonces, no habría sitio seguro.

Una vez le ha colgado al doctor, Bermejo coge una bolsa de viaje y mete en ella lo primero que encuentra. Algo de ropa, sus armas, etc. Hace una hora que llegó a casa con la intención de olvidarse de todo el asunto, con la idea de que todo iba a salir bien, de que en el Huevo detendrían a los sujetos. Ahora no sabe dónde ir. Quizá si alerta a las fuerzas del orden antes de que sea demasiado tarde ellas puedan hacer algo para detener al sujeto cero. Sí, es lo mejor, piensa.

Afortunadamente su hermano trabaja en la televisión, en el canal diez. Es uno de los máximos responsables de la cadena por lo que Bermejo comienza a trazar planes en su cabeza pensando en este factor. Ira allí y le rogará que le saque en antena donde confesará todo lo que sabe mientras su hermano llama a la policía. Todo quedará descubierto. Venderá al doctor Pérez, pero eso ya no le importa. Hay cosas más importantes de las que preocuparse en el día de hoy, que el doctor que tan ansioso se debe encontrar ahora en el interior del Huevo destruyendo cualquier prueba que les implicase en el proyecto. Es un esfuerzo inútil dado el plan que Bermejo acaba de trazar en su cabeza y, que está totalmente dispuesto a seguir. Ya que, una vez que lo confiese todo, será inculcado, y, con toda seguridad, juzgado. Aunque eso dependerá en gran medida de que consigan parar al sujeto cero de lo que no puede estar tan seguro. Bermejo estuvo presente cuando el sujeto quince mató a once de sus hombres con pensarlo, y, sabe que el original tiene el mismo tipo de poder. Es terrible. Sin más, cierra la bolsa con sus cosas y abandona su domicilio rumbo a los estudios de televisión.

## ORIGENES (2ª PARTE)

Víctor cero prosigue con su relato:

—Bien, ya os he contado lo que descubrimos y como podíamos vivir eternamente gracias a este fabuloso hallazgo. Ahora bien, había que regular de alguna manera esta actividad de clonación o enseguida todo el mundo se clonaría al llegar a viejo para volver a ser joven y determinadas empresas se lucrarían en exceso. Se aprobó en el congreso el uso de la clonación pero solamente en caso de fallecimiento. El gobierno se encargaría de realizar la clonación, y para ello eliminó a todas las empresas que tenían la capacidad de hacerlo. Bueno, para ser exactos, he de decir que las absorbió de tal forma que pasaron a ser parte del estado, por lo que no hubo daños colaterales en los trabajadores, que dejaron de trabajar en la empresa privada para hacerlo bajo el poder de dirección del estado. Todo esto que os cuento pasó en mucho tiempo, no fue cosa de un día para otro, pero, obviamente, yo os lo resumo ya que no quiero aburrirlos ni con detalles, ni con una historia excesivamente densa.

El caso es que en todo el planeta se aprobó la ley que permitía la clonación de seres humanos. Ahora bien, la ley estaba basada en tres importantes puntos que todos los países debían respetar escrupulosamente bajo pena:

+Primero: Sólo se puede clonar a un fallecido, nunca a un ser vivo, y sólo puede hacerlo el estado del país de origen.

+Segundo: Se crea un censo mundial de ciudadanos en el que se registran todos aquellos que consiguen el derecho a clonarse. Este derecho se obtiene solicitándolo al gobierno del país de origen. Hay una serie de criterios a la hora de elegir a la gente que puede ingresar en el censo. Únicamente se seleccionan personas sanas y mentalmente equilibradas. Sin taras físicas y de un nivel cultural medio. Gracias a este censo se redujo la población mundial a tres mil millones de personas. Todos los que quedaban fuera del censo al morir dejaban de existir.

+Tercero: Nadie puede reproducirse. Este punto fue polémico al principio, pero luego resultó ser muy sensato. Al que incumpliese la norma le esperaba la pena capital tanto a él como a su vástago. De esta manera, se terminó de definir

la población en la cifra de tres mil millones antes citado que nunca podría bajar ni subir, ya que todos los muertos comprendidos en el censo se perpetuaban eternamente. A los cincuenta años de la creación del censo todo el planeta estaba incluido en él. Podéis pensar que si ejecutábamos a alguien por violar alguna de estas normas la población censada se reduciría a no ser que creásemos algún ser humano nuevo, y no os equivocáis. Sinceramente, no sé qué hubiera pasado de darse este hecho, pero afortunadamente nunca se produjo. Es increíble, sí, pero cierto. Las normas eran respetadas escrupulosamente.

En cuanto al resto de leyes con las que se regulaba nuestra sociedad, su conocimiento no os concierne en estos momentos, pero me basta decir que, a partir de la creación de la ley de clonación, se reformó la sociedad entera consiguiendo una homogeneización mundial.

—Y luego yo soy el monstruo —dice el doctor Pérez.

Víctor cero le mira con tono amenazante pero no dice nada. Entonces continúa hablando:

—El caso es que logramos una sociedad perfecta que funcionaba de manera eficaz y sencilla. El hecho de que yo os diga que me llamo doscientos trece, es debido a que entonces decidimos suprimir los nombres y llamarnos respecto al orden con el que fuimos clonados la primera vez. Yo, obviamente, fui el doscientos trece en todo el mundo, ya que la numeración era mundial, debido a que morí al poco de registrarme en el censo.

En nuestra sociedad no existían las fronteras como tales. Sí, había países y cada uno contaba con su propia jurisdicción, pero todos éramos considerados parte del mundo. Podías usar tu tarjeta de crédito en cualquier parte del globo y moverte libremente por todo el planeta. Podías establecer tu residencia allí donde deseases y lo mismo sucedía con el trabajo. Igualmente, se recolocaron las fronteras imaginarias de los países con el objetivo de que todos contasen con la misma porción de tierra que controlar y legislar. No había disputas entre ellos porque todos estaban bajo la jurisdicción suprema del congreso mundial. Cada país contó en su día con el derecho de seleccionar el mismo número de personas que incluir en el censo. Era la sociedad perfecta.

Cabe decir que la criminalidad desapareció por completo debido a que, caso de cometer un delito, al infractor se le condenaba a no poder clonarse más por lo que nadie, y subrayo, nadie, cometió nunca un delito. Además, la población incluida en el censo estaba formada por las personas más sanas y equilibradas mentalmente, lo que suponía un plus a lo anteriormente dicho. Aún hoy me pregunto cómo fue posible tanta perfección en el sistema. Si alguna vez hubiese habido un crimen no sé cómo hubiésemos actuado, ya que obviamente no contábamos ni con ejércitos, ni con cuerpos policiales, innecesarios absolutamente.

Pero bueno, veo que estoy empezando a contar cosas que no vienen a cuento en este momento. Todos estos detalles acerca del funcionamiento de nuestra sociedad son ahora irrelevantes, por lo menos en lo que respecta al doctor. A mis clones se lo contaré en detalle si deciden aceptar mi oferta, debido a que ese conocimiento les será útil en el futuro.

Por tanto, ya os he explicado como funcionaba todo a la perfección. Hasta el día en que varias personas comenzaron a enfermar en el barrio llamado Trina de forma extraña. No era una enfermedad por nosotros conocida. Cuando se analizaron las muestras de su ADN vimos que sus secuencias genéticas estaban sufriendo un proceso de degeneración. No supimos encontrar el motivo, pero, por si acaso, aislamos a los infectados. Al cabo de unos días aparecieron brotes en diferentes partes del mundo. Comenzó a cundir el pánico y la histeria colectiva cuando tres personas murieron víctimas de la enfermedad en Sepol. Se convocó una reunión de líderes y se acordó poner en marcha un plan que habían estado contemplando los científicos durante mucho tiempo, de hecho, desde que se creó el censo. Hasta que surgió esta enfermedad pasaron cerca de ciento cincuenta años. Yo fui clonado dos veces más en ese periodo.

El plan consistía en enviar al espacio una misión de diez hombres que deberían encontrar un planeta habitable donde trasladarnos ya que, en esos días se descubrió el origen de la enfermedad. Debéis disculparme por saltar de un hecho a otro sin contaros los acontecimientos que unen ambos. Os he dicho lo de la misión espacial pero no el motivo real de ella, ya que solamente sabéis que la gente moría por esta extraña enfermedad que afectaba a los genes, pero pensaréis que esto no es motivo para cambiarnos de planeta. Bien, me explicaré más adecuadamente.

La atmósfera estaba alterando los microgenes de habilidades inmunológicas, y esto provocaba que los sistemas inmunológicos de la gente se colapsaran causándoles la muerte. Por eso debíamos encontrar otro planeta con una atmósfera pura y limpia. El por qué la contaminación de nuestra atmósfera nos afectaba a unos sí y a otros no, es un misterio, puesto que, en principio, atacaba los genes de habilidades que todos las personas poseíamos. Una vez decidida la población mundial se dotó a todo el mundo con catorce habilidades que todos teníamos recesivas para no crear clases. Estas habilidades nos permitirían vivir con mayor comodidad y calidad de vida, pero nunca podrían ser utilizadas de manera hostil, ya que, si algo caracterizaba a los microgenes de habilidades, es que no pueden usarse contra otro portador de los mismos genes. No sé exactamente por qué y nunca nos molestamos en averiguarlo, el caso es que era así.

Sabiendo esto se formó un grupo de diez personas que fueron enviadas al espacio en busca del planeta deseado. Debéis saber, que, gracias a nuestra tecnología, podíamos viajar a velocidades sorprendentes si bien siempre dentro de unos límites que nos marcaban tanto el propio cuerpo humano que a determinada presión podía morir, como los materiales de los que estaba hecha la estructura de la nave. Aun así el viaje podría durar cientos de años hasta que encontrasen el planeta adecuado, y no sabíamos si la población aguantaría tanto tiempo, puesto que, aunque volvíamos a clonar a los muertos por la enfermedad para que volviesen a vivir, al poco tiempo volvían a desarrollar la enfermedad y morían de nuevo. Al menos existían personas que, de alguna manera, parecían inmunes a la enfermedad, o, cuanto menos, más resistentes.

En la nave enviada los astronautas contaban con la tecnología necesaria para poder clonarse a sí mismos cuando muriesen. Los que nos quedamos en nuestro

planeta, no podíamos hacer otra cosa más que esperar a que volvieresen, ya que, si bien en un principio consideramos la idea de clonar a alguno de los pilotos en nuestro planeta para que nos contase como iba la misión, enseguida tuvimos que desechar esta idea al darnos cuenta de que no podíamos clonar a ese hombre si todavía estaba vivo. Para clonar no nos hacía falta recoger muestras del cadáver. Existían centros por todo el mundo con el mapa genético de cada uno de los tres mil millones de personas que habitábamos el planeta.

Volviendo a la idea de clonar a uno de los astronautas, tuvimos que rechazarla puesto que, de seguir vivo el hombre al que clonábamos, provocaríamos su muerte irremediable al no poder existir al mismo tiempo dos personas con los mismos recuerdos. Igualmente, las leyes de la clonación así lo establecían. Podéis pensar que aunque muriesen tanto la persona como su nuevo clon, se le podría volver a clonar otra vez con la seguridad de que en ese momento estaría definitivamente muerto, pero os equivocáis. No sé por qué pero el ser resultante de esa nueva clonación sería alguien con el mismo cuerpo pero con la actividad cerebral inutilizada por completo.

No me preguntéis cómo es posible, porque no lo sé. Lo sabían los científicos de nuestro planeta, pero yo no era más que un arquitecto. No lo sé igual que el doctor no sabe nada acerca de cómo se construye un barco o cómo funciona el organismo de los moluscos. El caso es que esta opción estaba totalmente descartada, y, pensando, llegamos a la conclusión de que sólo podíamos esperar su regreso ya que ellos tampoco podrían clonar a uno de nosotros allí.

Una aclaración, cuando digo esperamos, pensamos, etc. Me refiero a todos los habitantes del planeta en conjunto, no a mí en concreto, puesto que, como ya os he dicho, yo no era más que un simple arquitecto, no tomaba ese tipo de decisiones.

Esperamos durante doscientos años volviendo entonces ocho de los diez tripulantes. Nos contaron que habían llegado a un planeta perfecto, con una atmósfera limpia y que estaba habitado por enormes lagartos. Se quedaron dos de ellos allí con el objetivo de poder viajar a aquel lugar rápidamente. Eso lo conseguiríamos enviando a través del espacio y a través de la ruta que siguieron nuestros hombres por el espacio nuestras secuencias genéticas, para que, una vez la recibiesen ellos saber que habíamos muerto y entonces poder clonarnos allí, ya que, el otro plan propuesto, de dejarnos morir y que ellos nos clonasen al cabo de un tiempo, era inviable debido a que ellos no tenían las secuencias genéticas de todos los habitantes, además del riesgo de que les ocurriese cualquier percance en aquel lugar y no pudiesen resucitarnos, cosa que por otro lado podía ocurrir, pero preferíamos asegurarnos la vida en este planeta hasta que recibiésemos confirmación de ellos. Esto ocurriría de la siguiente forma: ellos recibirían todas las secuencias de los habitantes de nuestro planeta y, en ese momento comenzarían a clonarnos a todos ya que al poco de enviar las secuencias de ADN por el espacio y asegurar que no había ningún error nos suicidaríamos todos. Era un plan muy elaborado, pero es que nada debía fallar.

He de decir que yo no enfermé nunca. Es un detalle, pero me apetecía contároslo. Añadiré que los que allí se quedaron eran un hombre y una mujer ya que tenían la idea de reproducirse para poblar la zona donde se encontraban ya

que, visto desde fuera, daba la impresión de que el nuevo planeta era al menos tres veces más grande que el nuestro. Así cuando llegásemos nosotros seríamos más y elaboraríamos un nuevo censo. Ese era su plan. Un plan que habían elaborado sin consultar a nadie, obviamente. También, y esto es mi opinión personal, creo que lo hicieron para no estar tan solos en un lugar desconocido. Tened en cuenta que sus compañeros astronautas tardarían cien años en volver a nuestro planeta más otros tantos que pasarían hasta que ellos recibieran las secuencias genéticas de todos nosotros. Era demasiado tiempo para compartir entre dos personas nada más. Igualmente, creo que era muy inteligente debido a que, ellos podían sufrir cualquier ataque de alguna de esas criaturas que poblaban ese planeta, o sufrir un accidente y morir ambos sin poder clonarse el uno al otro, por lo que procreando más humanos tendrían más posibilidades de sobrevivir contándoles a su progenie como debían actuar en caso de que algo así les acaeciese.

La verdad es que hubo cierta polémica y debate en nuestro planeta debido al plan de nuestros dos salvadores, pero al final todos aceptaron como correcta su actuación. Aunque no lo hubieran hecho no tenían otra alternativa realmente. Empezamos a mandar nuestros códigos genéticos en cuanto nos fue posible hacerlo. Pero hubo un problema, un gran problema. El satélite que enviaba nuestras secuencias de ADN se estropeó cuando las habíamos introducido todas. Cuando digo se estropeó me refiero a que la ruta original se modificó por error, se recalculó automáticamente mandando la información a quién sabe dónde. Nos quedamos estupefactos. Intentamos arreglarla por todos los medios, pero antes de que pudiésemos conseguirlo una gran tragedia nos sobrevino.

La atmósfera estaba tan dañada a esas alturas que dejó que penetrasen los rayos de las dos grandes estrellas que nos alumbraban. Eran comparables cada una a vuestro sol, por lo que toda la población murió en apenas un par de días. Yo incluido. Al tener dos soles en nuestro planeta nunca era de noche, y nos calentaron todo el tiempo, alternándose entre ellos. Me atrevería a decir que la temperatura que soportamos esos dos días era de unos ochenta grados en todo el planeta. Todos morimos.

Hasta hace siete años, que, gracias al puro azar, mi secuencia de ADN llegó a vuestro sistema solar y me resucitasteis. Millones de años vagando por el espacio infinito. Desconozco lo que pasó con el código genético de los otros habitantes de mi planeta, seguramente estarán todavía vagando por ahí. En cuanto a los dos que permanecieron aquí, nunca volví a saber de ellos, lógicamente, pero no hay que ser muy listo para sumar dos y dos y darse cuenta de que, con toda seguridad, fueron ellos los creadores de la vida humana en este planeta. No sé qué paso con ellos, se cansarían de esperar y decidirían empezar una nueva vida quizá. No sé si con el paso de los cientos de miles de años se cansaron de este mundo y murieron o si se clonaron durante millones de años. El caso es que hoy deben estar muertos ya que, aunque hubiesen querido perpetuarse eternamente, no habrían podido debido a que la máquina de clonación no ha podido durar tantos millones de años en funcionamiento, y hasta hoy no encontrarían el material necesario para poder mantenerla y repararla.

Así que podría decirse sin riesgo a equivocación, que soy el último ser humano. Esta es toda la historia hasta donde yo la conozco, únicamente quiero aclarar una cosa por si os lo habéis preguntado. Seguro que pensáis que es muy extraño que hable vuestro mismo idioma, ese que llamáis español. El caso es que este no es el idioma que hablábamos en nuestro planeta, ni muchísimo menos. Pero cómo muy bien sabe el doctor, una de mis habilidades es la del aprendizaje casi instantáneo por llamarlo de alguna manera, así como la memoria ilimitada, lo que me ha permitido hablar vuestro idioma fácilmente. De hecho, a los pocos días de desarrollar el doctor y sus colegas mi cuerpo hasta el estado de adulto, ya lo había aprendido solo de oírles hablar entre ellos. Bueno, pues creo que eso es todo, no me he dejado nada.

El silencio se apodera de la sala mientras el doctor, percatándose de que su muerte es inminente, decide intentar salvar su vida y, dándose la vuelta, echa a correr con todas sus fuerzas, desesperado, en dirección a la puerta. Cuando apenas ha dado un par de zancadas, su cabeza revienta y su cuerpo cae decapitado al suelo. El doctor Pérez ha muerto. Satisfecho con su muerte, doscientos trece se pone en pie y les habla a sus clones:

—Bien. He pensado que lo de llamarme doscientos trece ya no tiene ningún sentido. A partir de ahora seré el número uno. Es más apropiado puesto que soy el humano número uno de la nueva generación que hoy comienza. Y ahora, mis pequeños clones, ha llegado el momento de hablar de cosas más importantes.

## EL HIJO

Ha sido un éxito, un completo éxito. El bebé ha nacido sin ningún problema. Ahora lo están trasladando al Huevo donde comenzarán a experimentar con él. Lo primero será acelerar su crecimiento hasta el estado adulto con el fin de experimentar desde ya mismo, ya que, en caso de no ser así, no podrían empezar hasta dentro de veinte años aproximadamente debido a que el bebé no tiene el organismo formado por completo y cualquier conclusión que extraigan de su análisis se demostrará errónea con el paso del tiempo. Tampoco el doctor Pérez puede aguantar tanto tiempo.

Ahora el doctor espera en su despacho la llegada de Raquel, la mujer que ha tenido en su vientre al sujeto del experimento. Cuando esta llega, ambos se sientan y comienzan a hablar. La primera en hacerlo es la mujer.

—Doctor, quería hablar con usted. He decidido quedarme con el niño.

—¿Perdone? —pregunta sorprendido el doctor Pérez.

—Sí, lo que oye. Lo he tenido nueve meses dentro y ahora he decidido no dárselo a usted. Quiero criarlo yo misma.

—A ver Raquel, usted me lo ha dado a cambio de cincuenta millones de pesetas.

—Se los devuelvo, no los quiero, yo sólo quiero a mi hijo.

—Eso no puede ser y usted lo sabe, firmó un contrato.

—Mire, doctor, no sé para que quiere usted al niño, pero si paga cincuenta millones por él es que debe tratarse de algo muy gordo. Tal vez el donante anónimo que me proporcionó el esperma sea el motivo, no lo sé, pero sé que si no me devuelve a mi hijo lo denunciaré.

—¿Denunciarme? señora, ha perdido el juicio. Puede tener los hijos que desee. ¿Por qué quiere tanto a este?

—Porque yo no puedo tener hijos doctor. No lo entiende. Acepté su propuesta sabiendo que no podía tener hijos y usted me daría dinero por cada vez que lo intentásemos. Ni siquiera se molestó en comprobar que era fértil.

—Independientemente de que usted sea fértil o no, le fecudamos el óvulo de forma artificial, eso puede hacerse sin problema.

—No lo entiende doctor, le digo que no puedo tener hijos puesto que tengo las trompas dañadas de forma irreparable. Me dijeron los médicos que era del todo imposible quedarme embarazada puesto que en el caso de fecundar un óvulo nunca podría desarrollar un bebé en mi interior.

—Pero eso es imposible, es increíble.

—Por eso quiero al niño doctor, no es un niño normal, es un milagro de la naturaleza que me ha sido otorgado. Estaba destinada a tener a ese niño. Durante los nueve meses lo he sentido crecer e incluso he experimentado cosas que los ginecólogos me han dicho que no es posible que notara. He sentido lo mismo que el bebé, he visto cosas a través de sus ojos. Pensará que es una locura doctor, que he perdido el juicio, pero le aseguro que no es así. He visto claramente antes de entrar aquí como iba en un coche, he visto lo que él veía, he visto un edificio enorme y, dentro, un laboratorio.

—Es increíble Raquel. Es un caso que sobrepasa toda imaginación.

—Por eso se lo ruego, deme a mi hijo.

—De acuerdo Raquel, se lo daré, pero ha de devolverme el dinero y, le exigiré otra cosa.

—¿De qué se trata?

—Quiero que me deje ser el médico del niño, ir a verles dos veces por semana para comprobar como crece y mantener ese contacto. Solamente eso, nada más. Nada que le haga daño al niño o a usted. Ya se trata solamente de interés médico.

—De acuerdo, si me da al bebé, acepto.

—Bien. Vamos a hacer una cosa. Mañana le daré al niño en el sótano de mi empresa, exactamente en el mismo lugar en que negociamos todo al principio. ¿De acuerdo? Únicamente le pido que sea discreta y lleve el dinero.

—Bien, allí estaré. ¿A qué hora?

—A las 16:00. ¿Está de acuerdo?

—Sí. Gracias doctor, gracias por ser tan comprensivo.

—La veré mañana entonces.

—Adiós doctor.

Y así, Raquel abandona la habitación mientras el doctor Pérez piensa en lo que ha de hacer mañana a las 16:00. Coge el teléfono y llama a uno de sus hombres de confianza en su empresa tapadera.

—Gómez. Necesito que lleves uno de esos tubos listo para ser usado al sótano esta noche. ¿De acuerdo? Gracias, adiós.

Una vez ha colgado sabe que lo que se dispone a hacer mañana es inevitable y necesario para el futuro del proyecto.

## EL PLAN

Víctor cero se encuentra frente a tres de sus clones, de pie, una vez contada su historia, dispuesto a hacerles la propuesta que les prometió en un principio. El cadáver del doctor Pérez descansa en el suelo de la habitación decapitado. Aquí concluye su parte en esta historia, ahora es el turno de los clones.

—Bien, mis pequeños clones —comienza doscientos trece—. Ahora voy a hacerlos una oferta. Tras haber escuchado mi historia y con tiempo para reflexionar sobre todo lo que ha sucedido hoy, es la hora de que toméis una decisión. Sé que los códigos genéticos de mis compañeros están aún pululando por el espacio, mi objetivo principal es recuperarlos y resucitarlos en este planeta. He de decirlos que mi plan es el de volver a reconstruir la sociedad y la vida de mi planeta en este. Resucitar a todos los ciudadanos de donde yo vengo y convertir este planeta en nuestro. Eso implica que todos los seres humanos que habitan en la tierra ahora ya no serán necesarios. Pero mi idea no es la de matarlos salvajemente, ni mucho menos. Dejaremos que mueran de viejos y que tengan vidas más o menos normales, teniendo en cuenta que hemos de experimentar con ellos y tenerlos recluidos de alguna manera a todos juntos. Prohibiremos su reproducción para que, en apenas unos años, sólo nosotros poblamos este planeta y volvamos a ser lo que éramos antaño. No obstante, si se decide así por la mayoría de mis congéneres, quizá un puñado de elegidos de entre los humanos tendrán el privilegio de formar parte de nosotros gracias a que les modificaremos el ADN para asemejarlo al nuestro, pero eso tendrá que estudiarse con calma.

Es pronto para tomar decisiones semejantes ya que, con suerte y mucha prisa, podremos llevar a cabo el plan en un par de años. Yo cuento con vosotros para formar parte del nuevo mundo que me propongo crear. Sois tan humanos como cualquiera de nosotros, no sois perfectos ya que solamente poseéis pequeñas partes de mí, pero eso lo podemos arreglar despertando vuestros micro genes recesivos o implantándoos otros nuevos. El caso es que tomaré el lugar donde os tenían retenidos como base para llevar a cabo las operaciones que deseo. La tecnología la obtendré fácilmente ya que gracias a mis portentosas habilidades puedo reproducir todo lo que vi aquí en apenas un día, lo único que necesito es el material para llevarlo a cabo. En unas horas tendré lista una máquina capaz de captar las secuencias genéticas de mis compañeros y, quizá, en uno o dos días más, la máquina necesaria para clonarles. El único inconveniente será el encontrar a un grupo de mujeres que desarrollen los códigos en su interior para que, en el plazo de un año, todos mis congéneres estén vivos de nuevo en este

planeta. Ese es básicamente mi plan. Salvo pequeños detalles que sabremos solucionar entre los cuatro, todo lo que necesitamos está a nuestro alcance para conseguir lo que la humanidad siempre ha soñado, otra vez. ¿Qué me decís?

—Estoy empezando a lamentar el haberte liberado —dice Víctor catorce—. No pensaba que fueses capaz de hacer algo así. Vale que el doctor no merezca otra cosa más que la muerte por todo lo que hizo, pero estoy empezando a darme cuenta de que tenía razón en todo lo que decía de ti. Estás loco. Tu sociedad pudo ser perfecta y vivir todos en armonía y con felicidad completa, pero alteras todo lo que la naturaleza dicta que debe hacerse, juegas con las personas, igual que lo hacía el doctor, con otro objetivo, pero no deja de ser lo mismo. Hablas de sustituir a una especie por otra, de eliminar, de una forma u otra, a toda la gente de este planeta, y yo, personalmente, no puedo consentir eso. Si tu oferta es la de ayudarte a construir semejante monstruosidad a mí no me queda otra opción más que la de rechazarla.

—No lo entiendes pequeño —dice Víctor cero—. No se trata de que tengas o no la opción de aceptar mi oferta o rechazarla. Se trata de que no hay otra salida. Lo que te acabo de contar es lo que va a hacerse, lo quieras tú o no. Puedes estar conmigo y crear un mundo perfecto en el que vivirías eternamente en paz, o puedes oponerte y morir a mis manos ya que no toleraré que nada ni nadie se interponga en mi camino. Estas son tus verdaderas opciones, no hay otras. Tienes que elegir entre la muerte y la vida eterna. Y no trates de enfrentarte a mí pequeño, contigo no tengo ni para empezar. Quizá tus compañeros durasen un poco más gracias a sus habilidades, pero apenas unos segundos más que tú, que no posees ninguna de ellas.

—No hay otra alternativa por lo que veo —le dice Víctor trece—. No tiene por qué ser así y tú lo sabes. No hay que ser tan radical. No me opongo a que traigas a tus compañeros aquí, pero debes respetar el deseo de todo el mundo. Resucítalos a todos y, entonces, tomaremos todos juntos una decisión respecto a lo que ha de hacerse, los tuyos y los terrícolas, todos juntos. De otra manera, te conviertes en un absoluto dictador que decide lo que es mejor para todos, condenando de esa manera a la mayoría a un destino que no merecen.

—Me parece muy bien que piensen así —responde doscientos trece—. Pero no voy a cambiar mi forma de pensar o actuar porque tú así me lo aconsejes. Yo no era más que un arquitecto en mi mundo, como ya te he contado antes, pero ahora me convertiría en el primer ser humano de este planeta, en un líder para los demás. Todos empezaríamos de cero ya que nuestra sociedad tendría que construirse desde los cimientos. Si tengo la posibilidad de convertirme en un dios para los míos, ¿por qué no lo iba a hacer? ¿Quién en su sano juicio rehusaría el poder más absoluto, el gobierno de todo el mundo? Nadie, yo quiero ser el líder de todos los hombres. No me entendáis mal. No quiero ser un déspota cruel y hacer lo que me venga en gana en todo momento. Pero para conseguir mi objetivo han de hacerse una serie de cosas que, pese a que os parezcan en cierta medida exageradas y horribles, y en ello no os falta razón, tengo que llevarlas a cabo para conseguir mi propósito. Una vez que ostente el poder absoluto reinaré en todo el mundo con justicia, no lo dudo, pero necesito ese poder y vosotros debéis entenderlo pues sois parte de mí.

—Creo que no hablo solamente por mí, sino también por mis compañeros cuando digo que me parece una tremenda exageración lo que nos estás contando —dice Víctor quince—. Por muy justo que fueses y muy bien que le fuese a todo el mundo bajo tu reinado, nada justifica la muerte de un ser humano, o privarle a un hombre de toda su libertad para que lo manipules como lo creas conveniente en aras de un mundo mejor. Además, tú eres exactamente igual que tus compañeros humanos, nos has dicho que teníais todos las mismas habilidades, y que, entre vosotros, no podíais usarlas al compartirlas. ¿Cómo entonces ibas a ser tu más que los demás? ¿Acaso crees que todos aceptarían tu soberanía por el mero de hecho de devolverles a la vida en otro planeta?

—No lo entiendes pequeño Víctor. Antes de resucitar siquiera al primero de ellos me dotaría de más habilidades. Habilidades que me convirtiesen en un ser único y terrible al que nadie osase enfrentarse jamás. Gracias a ciertas investigaciones que contemplé en este lugar, gracias a ciertas hipótesis del doctor Pérez, he comprendido que quizá nosotros no llegásemos a descubrir todo el potencial de nuestros micro genes. He descubierto que el doctor Pérez, sin querer y sin darse cuenta, por supuesto, descubrió por error que la combinación de varios de estos micro genes entre sí siguiendo pautas muy específicas podían dar lugar a nuevas secuencias de habilidades hasta ahora inéditas. Él no fue consciente de ello, ya que no sabía siquiera lo que era un micro gen, pero como ya he dicho antes, yo era plenamente consciente de todo desde mi reclusión en el tubo que me mantenía con vida, y, gracias a mi habilidad de rápida comprensión y rápido conocimiento de las cosas, logré averiguar todo esto. Todavía tendría que probarlo, pero no dudo que funcionará.

—¿Pero cómo quieres que te sigamos y colaboremos contigo en tu absurdo plan cuándo no haces otra cosa más que mentirnos? —pregunta Víctor trece—. No dudo que la historia que nos has contado sobre tu planeta y todo eso sea verdad, por lo menos una gran parte de ella. Pero lo que no concuerda ni de coña es que si tú eres un arquitecto en tu planeta y no tenías ni idea de secuencias genéticas ni nada de eso, ahora nos vengas que con tu habilidad hayas aprendido todo lo que te hace falta saber sobre el tema. Si todos en vuestro planeta contaban con esa habilidad. ¿Cómo es que todo el mundo no era ingeniero o científico? Si todos podíais aprender lo que fuese en tan corto espacio de tiempo, la sociedad entera gozaría de los conocimientos más elevados. ¿Acaso me equivoco?

—Veo que eres más listo de lo que parece. Desde luego que no era un simple arquitecto, de acuerdo. Era científico, sí, de los mejores del planeta y estuve involucrado en todos los descubrimientos más importantes que os he nombrado antes. Pero no creas que al tener todos las mismas habilidades todo el mundo era capaz de conseguir el mismo nivel de conocimientos. Ciertamente es que detrás de toda sociedad perfecta tiene que haber siempre algo en cierta manera ilegal u oscuro que haga que todo funcione. No puede existir la perfección sin que se manipule algo. En un mundo perfecto no puede ser todo el mundo igual. Siempre tiene que haber ricos y pobres o si no la sociedad entera se desmoronaría, sin cimientos nunca puedes construir el tejado de tu casa. A la hora de dotar a la gente de las habilidades las limitábamos según convenía, es decir, en lo concerniente a la habilidad de la rápida comprensión de las cosas y la memoria ilimitada, nos

encargábamos de poner topes en los micro genes de la gente para que nadie pudiese llegar al mismo nivel que nosotros. Sólo los científicos y los políticos podían tener la certeza de alcanzar el conocimiento absoluto en todas las materias. De este modo tendríamos gente que sabría escribir mejor que los demás, pero que nunca aprendería a clonar a otro, y tendríamos gente que sabría edificar mejor que el resto pero que nunca sabría pintar tan bien como su vecino, que sí que podía. Creamos clases sin que nadie se diese cuenta. Pero era necesario para conseguir la sociedad perfecta, y si no os he contado la verdad en cuanto a mi profesión, es porque no creo que sea relevante en absoluto en este momento, de hecho, que pensarais que no era más que un simple arquitecto me permitió contar la historia saltándome algún que otro detalle como este que suponía no aprobaríais en un primer momento, pero confiando en que, tras aceptar mi oferta, acabaríais por entender del todo.

—Yo no quiero escuchar más. Todo lo que digas ahora es irrelevante como tú mismo dirías —dice Víctor catorce—. Yo declino tu oferta.

—Yo también —dice Víctor trece—. Pensé que tal vez eras como nosotros, pero veo que no eres más que un monstruo tal como lo era el doctor Pérez.

—Yo estoy totalmente de acuerdo con mis compañeros, como puedes observar —dice Víctor quince—. Ahora tú verás si nos matas o nos dejas ir de aquí, pero una cosa es segura, si tratas de acabar con nosotros lucharemos contra ti con todas nuestras fuerzas y no cejaremos en nuestro empeño de acabar contigo para que nunca puedas llevar a cabo tu loco plan de conquista del mundo.

—Bien, en ese caso no hay más que decir. Habéis elegido la muerte y lo respeto. Mirándolo bien es mejor para mí, ya que nunca se sabe si en el futuro podíais haberme traicionado de alguna manera. Ahora, como dije al principio, estáis muertos.

Y dicho esto las cabezas de Víctor trece y Víctor catorce estallan con extrema violencia sin darles apenas tiempo a reaccionar. Sus cuerpos inertes caen al suelo de donde nunca más volverán a levantarse. Sin embargo, la cabeza de Víctor quince permanece en su sitio.

—Como suponía, y tú mismo debías saber después de escuchar mi historia, no puedo usar mi poder mental contigo ya que tú lo tienes también. Ahora bien, eso no impide que mis otras trece habilidades acaben contigo de una vez —dice doscientos trece

Sin esperar siquiera un segundo para escuchar lo que Víctor cero le está contando o para detenerse a contemplar a sus dos últimos compañeros asesinados, Víctor quince sale corriendo en dirección a la puerta con la esperanza de poder salir del Huevo ileso. Sabe que doscientos trece le perseguirá y hará uso de sus habilidades para matarlo pero ha de ser más listo que él y usar sus habilidades a su favor. Como bien le dijo el doctor Pérez hace apenas unos minutos lo único que tiene que hacer Víctor quince ahora es destruir al último humano original vivo. Al final tenía razón el pobre doctor, lo que sucede es que ahora su último clon no se encuentra en condiciones de acabar con el futuro dictador de la tierra. Por eso ha de escapar con vida, para poder luchar otro día.

Como ambos Víctor son idénticos en todo salvo en las habilidades y, por supuesto, en los recuerdos y conocimientos, Víctor quince no tiene excesivos

problemas en alcanzar la puerta antes que su perseguidor que, aun reaccionando con bastante premura, no puede salvar los escasos dos metros que les separaban desde el principio. Son estos dos metros los que permiten a Víctor quince salir de la habitación y cerrar la puerta de golpe con la esperanza de que esto retrase aunque sólo sea unos segundos a doscientos trece. Y así sucede. Puede que no pierda más que un par de segundos en abrir la puerta y continuar su cacería pero es tiempo más que suficiente para perder momentáneamente a su objetivo de vista. Ninguna de las habilidades del autoproclamado primer humano son útiles en esta situación. No puede usar su increíble fuerza contra su clon si no lo alcanza, no puede calentar los objetos a su alrededor si no entra en contacto con ninguno, y, aunque goce de un increíble desarrollo de los sentidos, esto no le confiere una ventaja clara contra su enemigo. Sin embargo, no puede permitir que escape por lo que lo persigue con todas sus fuerzas.

Sin detenerse un instante en mirar hacia atrás para asegurarse de que todavía está siendo perseguido por Víctor cero, Víctor quince llega a un largo pasillo en el que convergen multitud de habitaciones. Puede arriesgarse a entrar en alguna de ellas, pero también puede encontrarse en un callejón sin salida que lo dejaría completamente a merced de su perseguidor. No obstante, vislumbra a lo lejos una posible escapatoria. Como Víctor trece le contó hace apenas una hora, cuando estaban rodeados en la garita en el exterior del complejo conocido como el Huevo cayó a una especie de habitación de descanso a través de una trampilla que él supuso que realmente era un atajo para llegar a dicha habitación. Al fondo del pasillo hay una habitación, cuya puerta, completamente abierta, permite ver su interior. Todo esto lo observa Víctor quince a la carrera por supuesto y en apenas unas décimas de segundo. Pero son más que suficientes para ver que en el interior de esa habitación parece haber una máquina de refrescos y un mullido sofá. Reza para que esa sea la habitación de descanso a la que hacía referencia su compañero. De ser así tendría alguna posibilidad de salir de allí, ya que no cree que Víctor cero conozca la existencia de la trampilla. O eso espera al menos. Al fin, logra entrar en la habitación y cierra con increíble velocidad la puerta. En el momento en que lo hacia no logró ver a doscientos trece en el pasillo por lo que espera que se tome su tiempo antes de entrar en esa sala quizá registrando las muchas otras que hay en el pasillo.

Y así sucede realmente. No es más que un segundo pero cuando Víctor cero alcanza el pasillo ya no puede ver a su presa. Sin embargo, ha oído el ruido de una puerta al cerrarse. A ambos lados hay tres habitaciones, lo que sumadas a la que puede ver al fondo hacen un total de siete. Doscientos trece decide descartar las cuatro primeras usando la lógica, o, al menos, lo que él cree que es más acertado. Sin duda alguna, piensa, nadie se escondería en las primeras habitaciones ya que esas son las que su perseguidor registraría en primer lugar, igual que alguien que entra a un servicio público elige el último W.C. para hacer sus necesidades si bien los más cercanos estén libres. Es una cuestión de instintos, incluso de lógica. Por tanto, entra en la tercera sala empezando por la derecha. En ella no ve nada más que un par de camas y un pequeño armario. Decide agacharse para mirar si acaso su presa no se escondiese bajo la cama dándose cuenta mientras lo hace que, de estar detrás de él Víctor quince, podría

aprovechar ese momento para golpearlo con la suficiente violencia como para hacerle perder el conocimiento. Pero tal cosa no sucede. Víctor cero se levanta después de no ver nada en el suelo y se dispone a registrar la siguiente habitación sin dilación alguna.

Víctor quince investiga el techo de la sala de descanso en pos de algo que le permita abrir la trampilla y salir al exterior a salvo. Tras no mucho investigar descubre un pequeño cordel que, al tirar de él, dobla la baldosa hacia si descubriendo un hueco lo suficientemente grande como para que una persona adulta pase por él, aunque no mucho más. Realmente Víctor trece tuvo mucha suerte al caer por el agujero limpiamente y no quedarse encajado en el ya que sus medidas parecen hechas a propósito para no permitir el paso de nada más que un único cuerpo. Subiéndose al sofá, Víctor quince salta y consigue agarrarse al suelo de la garita. No sin un gran esfuerzo sube a la misma sintiéndose por fin libre, si bien sólo en parte. Sin embargo, ha de cerrar la trampilla o si no nada de lo que ha hecho habrá valido para nada ya que en cuanto su perseguidor entre en la habitación verá el hueco por donde ha huido y le seguirá enseguida. Tumbándose en el suelo y estirando el brazo todo lo que su cuerpo le permite, Víctor quince coge el borde de la baldosa y, con algo de fuerza e impulso tira de él hacia arriba al tiempo que retira su mano para que no se la pille la trampilla contra el suelo. La trampilla queda perfectamente anclada al suelo de nuevo. Como si no la hubiese tocado nunca. Ahora, Víctor quince espera que, cuando doscientos trece entre en la habitación, cosa que sin duda estará a punto de hacer, no se percate de la trampa y tenga que dar un rodeo para salir del Huevo, tiempo que Víctor quince sabiamente empleará en huir de allí lo más rápidamente que pueda.

Una vez registradas las habitaciones cinco y seis, doscientos trece entra en la del fondo del todo, pese a que tampoco encuentra nada, al menos nada de lo que espera encontrar. Una máquina de refrescos, un sofá y una televisión son todo lo que hay allí. No se detiene a mirar más detenidamente por lo que no se da cuenta del pequeño y casi transparente cordel que cuelga del techo. Incluso si lo hubiese visto no pensaría más que se trata de un hilo de telaraña como cualquier otro. Sin más dilación cierra la puerta de la habitación y decide, ahora sí, registrar todas las habitaciones del pasillo. No descubre a Víctor quince en ninguna de ellas. Esta tarea le lleva cosa de un minuto que Víctor quince aprovecha muy bien en el exterior poniendo entre ambos una distancia considerable, más aún si tenemos en cuenta que doscientos trece desconoce el paradero de su presa por completo. Sin saber muy bien qué hacer, y extremadamente confuso al no saber cómo ha podido darle esquinazo su clon de esta manera, Víctor cero vuelve atrás e investiga todo el complejo. Todas las salas y habitaciones. Durante los veinticinco minutos que tarda en hacer esto, y, hasta que decide empezar a buscar en el exterior, Víctor quince ha aprovechado para poner entre ellos más de un par de kilómetros de distancia, la cual se amplía enormemente debido a que ha encontrado un pequeño vehículo aparcado en un arcén de la carretera que pertenece a un par de jóvenes que hacen el amor a apenas doscientos metros del coche bajo las estrellas. Cuando quieren darse cuenta, Víctor quince ya ha arrancado y se marcha sin rumbo fijo. Nada más coger el vehículo se pregunta si

sabr  conducirlo correctamente, pero sus dudas se disipan al instante al comprobar que es perfectamente capaz de hacerlo. Quizá todos sus recuerdos, aunque falsos, le permitan hacer cosas que no ha hecho anteriormente, si bien las recuerda a la perfección. Recuerda haber conducido durante horas y eso es tan real para el que no tiene ningún problema a la hora de volverlo a hacer. Sin más se dirige con el vehículo lo más lejos que puede, sin un objetivo claro más que poner toda la distancia posible entre él y Víctor cero. Ya pensar  luego con más calma que puede hacer para detenerlo, pues eso lo tiene muy claro, alguien tiene que pararle.

Doscientos trece desiste de su búsqueda una hora después de comenzarla. Víctor quince ha escapado y no le queda otra más que asumirlo. Sin embargo, no debe preocuparle ya que no supone una amenaza real para él. Quizá alerte a las autoridades y vengan a por él, pero tampoco piensa que le puedan creer. Aun así no puede permanecer en el Huevo mucho tiempo, ya que es cuestión de días que alguien venga all  a comprobar que lo que dice su clon es cierto. Entra en el complejo y dedica la siguiente hora y media a ver qué es lo que el doctor Pérez ha dejado all  dentro. Ha destruido todos los documentos y archivos informáticos que pudiesen vincularle con el proyecto. De hecho, es como si nunca hubiese existido tal proyecto. Nada queda que lo pruebe. No obstante, hay algo que se le ha pasado por alto al buen doctor, algo que, obviamente no podía haber previsto ya que en caso de que alguien descubriese el Huevo ya no podría vincularle a él con nada ilegal. Lo que doscientos trece descubre extasiado es que Pérez no ha destruido ninguna de las máquinas que posee el complejo. Todas est n intactas. Quizá pens  que aunque encontrasen las máquinas nadie podría pensar nada malo de ellas, incluso no sabrían como usar algunas. Pero esto supone algo muy importante para Víctor cero. Ahora su plan se podrá realizar en muchísimo menos tiempo. Con la tecnología intacta solamente tiene que comenzar a experimentar con ella desde ya. Lo  nico que puede suponer un problema para él es que ha de trasladar todas las máquinas necesarias a algún lugar seguro en el que su clon no mire nunca. Aunque incluso si utiliza el Huevo como base de operaciones, quizá concluya su plan inicial antes de que Víctor quince regrese con ayuda. S , eso es lo mejor, piensa. No se mover  del Huevo. De hecho, comenzar  a trabajar ahora mismo para llevar a cabo su sueño cuanto antes. Además, no le ha contado a sus clones su verdadero plan, tan sólo una versión descafeinada del mismo para que no se escandalizasen tanto, y aun así lo han hecho. Realmente y con todas las herramientas a su disposición en un par de días habr  terminado con su trabajo. Y así es como todo comienza.

## BÚSQUEDA

No lo ve por ningún lado. Hace un par de días que perdió su rastro. Salió a buscar repuestos y todavía no ha vuelto. A veces salía por diversos motivos, pero siempre regresaba, a más tardar, al día siguiente. Se estaban haciendo viejos y necesitan reparar la máquina, otra vez, como han venido haciendo desde hace tanto tiempo que apenas puede recordarlo. Ahora ha tomado una decisión, saldrá a buscar a setecientos doce. Pese a que es arriesgado, ya que no conoce mucho el terreno en el que se encuentran, debido a que se instalaron en él hace apenas dos meses, ha de hacerlo. Ella sola no podría sobrevivir mucho tiempo, de hecho, solos morirían desesperados enseguida. Juntos son algo, juntos pueden vivir y aguantar el paso del tiempo. Coge algunas cosas que cree necesarias y emprende el camino que piensa que setecientos doce ha recorrido en busca de las piezas necesarias. El camino lógico piensa, uno que está marcado en el suelo en forma de surco ya que el resto del paisaje lo conforman cientos de árboles y maleza. Es lo único que hay en esta parte del mundo. Eso y el lugar donde consiguen el material necesario para mantener la máquina en funcionamiento. Nada más. El resto no es más que un páramo vacío de vida, exceptuando pequeñas criaturas animales. Si bien tampoco puede estar seguro de que no hay vida realmente en esa región ya que nunca se han atrevido a ir más allá de las montañas que rodean el lugar. Y no será por no haber tenido oportunidades. Pero no lo han hecho. Quizá si encuentra a setecientos doce sea el momento adecuado para hacerlo. Quizá ella ya no soporta más vivir de esta manera, necesita otra cosa; una meta, un objetivo; algo que la impulse a desear permanecer con vida, pues muchas son las ocasiones en las que ha anhelado la muerte, pero su compañero nunca la ha dejado morir; afortunadamente, ya que, pese a todas las adversidades y tormentos, dudas y desánimos, en el fondo de su corazón quiere vivir, eternamente, como todo el mundo.

## SEGUNDA PARTE

### NADIE

Nadie. No hay nadie. Es increíble, llevo una hora caminando y no he visto a nadie. ¿Dónde se ha metido la gente? Es jueves, no es fiesta, estoy en pleno centro de Alcorcón y nada más que veo coches. Las tiendas están abiertas pero vacías, es el sueño de cualquier ladrón. Estoy empezando a preocuparme seriamente. Voy a llamar a algún telefonillo para que me expliquen qué es lo que pasa, si hay toque de queda o algo parecido. Llamo al tercero, letra c, del primer portal que veo pero nadie me contesta, llamo al cuarto a y tampoco me habla nadie. ¿Qué coño está pasando? Entonces se abre el portal, alguien desde su casa me está abriendo. Obviamente paso y llamo al ascensor, la persona que me ha abierto ha tenido que ser una de las dos a las que he llamado, así que me dirijo al tercero c a comprobar si han sido ellos lo que me han dejado pasar. La puerta obviamente está cerrada así que llamo al timbre varias veces, pero nadie contesta. Me equivoqué de piso. Subo al cuarto por las escaleras y me sorprende al ver la puerta marcada con la letra a entreabierta. Han debido ser ellos los que me han abierto, creerán que soy un familiar o un conocido al que esperan. Entro tímidamente preguntando si hay alguien y nadie me responde. A la izquierda se ubica la cocina, vacía, recogida, silenciosa. Llego al salón en el que me encuentro la televisión encendida, la cámara enfoca la mesa en la que normalmente dan el telediario, pero no hay nadie sentado, nadie habla, la cámara permanece inmóvil y fija en la mesa sin intención de moverse. El sofá está negro, como calcinado.

Entonces oigo un ruido que me empuja a girar la cabeza hacia el pasillo donde veo lo último que me esperaba; un perro, un doberman exactamente, mirándome fijamente y gruñendo. No sé por qué pero algo me dice que va a venir a por mí, por lo que decido salir corriendo antes de que coja ventaja. La puerta de la calle está relativamente cerca por lo que logro llegar antes que él y cerrarla de un portazo. Al otro lado escucho sus furiosos ladridos. El corazón me late a tope. No sé qué coño está pasando aquí, o dónde se ha metido la gente, lo mejor será volver a casa para ver si mi familia está bien o le ha pasado lo mismo.

Bajo a la calle y corro en dirección a casa. No podría ir andando hasta allí, sería demasiado acojonante, caminar por calles vacías, esperando que en algún momento alguien aparezca por cualquier esquina. Todavía recuerdo el accidente en el que murió mi padre. Coches aplastados unos contra otros y mi madre gritando de fondo. Recrear en cierta manera esa escena me acojona sobremanera. Sin embargo, no puedo correr hasta mi casa sin descansar, hay mucha distancia por lo que al rato tengo que ir andando, para mi desgracia. Parece que camino por un pueblo fantasma, uno de esos puebluchos abandonados en los que apenas viven tres ancianos, la diferencia es que esto no es un pueblucho cualquiera, es Alcorcón. Me encuentro por fin ante el portal de mi casa, abro con las llaves y subo las escaleras ya que el ascensor está averiado, lleva así toda la semana y parece que hoy no vendrá nadie a repararlo. Vivo en el quinto piso, al cual llego tras darme una buena paliza. Entro en casa, teóricamente deberían estar ahí mi mujer y mi hija ya que hoy no iba al colegio, no se encontraba bien. El pestillo no

está echado por lo que respiro aliviado, no han salido, tienen que estar aquí. Sin embargo, no las veo dentro, he recorrido todas las habitaciones y no las he visto. En la habitación de la niña la cama y varios muebles están negros, como si se hubiesen quemado. ¿Ha habido un incendio? ¿Qué coño está pasando aquí? La situación es realmente preocupante. Enciendo la tele para ver si dicen algo acerca de esta extrañísima situación, pero no logro coger los canales, no dan señal; ninguno. Ninguno excepto aquel canal que vi en la casa en la que acabo de estar hace quince minutos, el canal en el que lo único que se ve es la mesa del presentador pero sin el presentador. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

Entonces sucede algo que me sobresalta sobremanera, suena el teléfono. Si suena significa que tiene que haber alguien al otro lado, alguien que seguramente está tan confuso como yo. Cojo el teléfono y pregunto quién llama, entonces escucho una débil voz femenina, hablando, casi susurrando, que me dice: Ayúdanos, socorro, estamos atrapadas, Manuel... la comunicación se ha cortado, no hay línea. Era Patricia, era la voz de mi mujer, está viva, en alguna parte, atrapada, quizás secuestrada. Miro el número desde el que me han llamado y certifico lo que sospechaba, es un móvil. Marco el número con la esperanza de volver a hablar con ella pero entonces escucho el infernal mensaje que dice: El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura. ¡Mierda!

No sé qué hacer, estoy perdido, confuso, esta situación me supera por completo. Lo mejor será llamar a toda la gente que conozco, alguien más puede encontrarse en mi misma situación, o en la situación de mi mujer. Uno tras otro llamo a todos mis amigos y familiares pero nadie contesta, saltan sus contestadores o dan cientos de tonos sin respuesta. Desesperado decido llamar a la policía, a los bomberos, a urgencias, a los hospitales, a las tiendas, en definitiva, a todas partes, pero nada consigo. La situación es desesperada, ¿es qué soy la única persona que queda en todo Alcorcón?, ¿cómo es posible? Lo que está claro es que en casa no voy a averiguar nada por lo que bajo a la calle con la esperanza de encontrar a alguien, aunque solamente sea a una persona. ¡Joder!, ¡es qué es de locos! Los portales están vacíos, las tiendas también, es increíble, lo único que ha podido pasar es que se hayan ido todos juntos ya que no hay ni cuerpos, por lo tanto, no pueden estar muertos. Camino durante media hora, he visto medio Alcorcón, lugares por los que no había ido nunca ahora me los conozco de memoria, es una imagen que jamás se me borrará de la cabeza, esto debe ser una pesadilla, una larga pesadilla de la que espero despertarme pronto. Pero lo que más miedo me da no es que todo el mundo haya desaparecido sin explicación alguna. No; lo que más miedo me da es el hecho de que no sé dónde están mi mujer y mi hija, no sé si están vivas o... no puedo creer que no estén vivas, no puedo, esa llamada no hace más que causarme más temor del que ya tenía.

De repente algo que veo me sorprende gratamente, es increíble, estoy viendo a otra persona, está sentada en el banco del parque que tengo justo enfrente. Este dista unos doscientos metros de mi posición actual. Son sin duda buenas noticias, hay otro, tengo que hablar con él, necesito hablar con él. Corro frenéticamente hacía él con la vana esperanza de que me pueda contar lo que ha

pasado, de que me explique la situación. Un nuevo mundo de posibilidades se abre ante mí.

ALGUIEN

El panorama no pinta nada bien, a poco de llegar al banco me doy cuenta de que ese hombre no va a poder contarme nada. Está muerto. Sentado en el banco, empapado en sangre, se ha cortado las venas, no hace mucho a juzgar por el color de la sangre y de que todavía no hay bichos alrededor. Entonces una voz a mi espalda me habla:

—Se suicidó hace aproximadamente una hora. No pudo aguantar más.

Me giro deprisa y veo frente a mí a un hombre de complexión delgada, alto y vestido con vaqueros y camisa.

—Vi como lo hizo, no pude evitarlo, era amigo mío.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Fernando, Alberto y yo salimos anoche de copas, íbamos de un bar a otro hasta que en el último nos pasó algo muy extraño. Entramos al baño para descargar parte de lo que habíamos bebido y, cuando salimos, no vimos a nadie, la gente había desaparecido, el barman, los clientes, todos. Al principio creímos que éramos nosotros que estábamos muy borrachos, pero pronto nos dimos cuenta de que era muy real. No sé si era producto del alcohol pero nos pareció oler a quemado por lo que salimos de allí. Entramos en otros bares, pero la situación era la misma en todas partes. Hemos estado buscando gente desde entonces sin suerte. Alberto no pudo resistir más, no saber dónde estaba su familia. Decidió poner punto final a su vida. Entonces me quedé solo. Pero ahora te he encontrado.

—A mí me sucedió algo parecido —dice Manuel—. Salí de casa y ya no vi a nadie más, pero esta mañana me despedí de mi familia, estaban en casa.

—Nosotros dejamos de ver gente sobre las tres de la mañana y tú...

—Yo sobre las siete.

—No tiene sentido, ¿es qué van desapareciendo paulatinamente?

—No tengo ni idea, mira Fernando, lo mejor será que a partir de ahora permanezcamos juntos, no nos separemos por nada.

—Tienes razón, pero, ¿qué hacemos?, ¿por dónde empezamos a buscar?

—Iremos a la comisaría.

—¿Crees que allí queda alguien?

—No lo creo, sinceramente, pero encontraremos algún documento fechado, así sabremos a qué hora desapareció la gente allí y a partir de ahí podremos intentar esclarecer algo este asunto.

—De acuerdo, vamos para allá.

Los dos desconocidos emprenden juntos el camino hacia la comisaría. Tardan en llegar cinco minutos, pero antes de entrar, Manuel se queda mirando un gato que pasa frente a ellos.

—¿Sabes qué Fernando?

—¿Qué?

—Es curioso, esta mañana buscando gente entré en una casa que tenía la puerta entreabierta y lo único que pude ver fue a un perro.

—¿Qué tratas de decirme?

—Ahora hemos visto un gato, los animales no han desaparecido, no sé por qué pero sólo desaparecen los seres humanos, y no todos, a juzgar por nuestra presencia aquí.

—Es extraño sí, creo que después de registrar la comisaría deberíamos ir a esa casa en la que entraste, puede haber algo raro allí.

—Sí, lo curioso es que me abrieron el portal y no creo que fuese el perro.

—Lo que confirma que había alguien allí. Quizás desapareció en ese momento.

—Puede, pero entonces, ¿estás diciendo que la gente desaparece así sin más?, ¿qué se evaporan?

—Sé tanto como tú, de momento centrémonos en la comisaría, a ver si encontramos algo útil.

Ya en el interior ven que, como suponían, no hay nadie, ni un ruido perturba el ambiente, parece un cementerio. Deciden buscar por separado, pero no muy lejos el uno del otro, lo suficiente como para poder verse. Manuel registra información y la recepción mientras Fernando hace lo propio con el mostrador de renovación del DNI y el pasaporte. Decenas de papeles apilados, muchas denuncias incluidas, las fechas sitúan la desaparición a partir de las ocho de la mañana, de eso hace exactamente dos horas, las mismas que han pasado desde que Manuel salió de casa y sin embargo, Fernando dejó de ver gente sobre las tres lo que significa que no todo el mundo había desaparecido cuando ellos ya no veían a nadie. Aún quedaba gente. Quizá fuesen desapareciendo por sectores y horas, o algo así, es la única explicación posible que se le ocurre a Manuel. No van a encontrar nada más en la comisaría así que piensan que lo mejor será volver a la casa de la que antes habló Fernando. Los dos están de acuerdo así que abandonan el edificio y se dirigen hacia allí.

El camino les parece ya demasiado conocido, demasiado común, nada pasa, nada suena, nada ven.

—He de advertirte Fernando. Esa casa no estaba vacía cuando la abandoné, quedaba el perro, y estaba furioso, me atacó.

—Bueno, algo se nos ocurrirá para esquivarlo, alguna estratagema para entretenerle. Piensa en algo.

—No he tenido en cuenta una cosa.

—¿Qué?

—Al salir, cerré la puerta de golpe, no podremos pasar.

—Cojonudo, bueno da igual, no pasa nada, nos olvidamos de esa casa, total ¿qué puede tener de distinto con respecto a las demás? Hay un perro dentro, hemos visto un gato antes, lo cual nos indica que los animales no han desaparecido, pero eso no nos ayuda en nada.

—Tienes razón, vale, ¿qué hacemos ahora pues? Yo opino que lo mejor es tratar de bajar a Madrid, es más grande y es probable que haya más gente como nosotros.

—Está bien, probemos con eso, tengo el coche no muy lejos de aquí, cojámoslo y hagámoslo.

Cinco minutos de caminata les separan del coche de Fernando. Cada segundo que pasa y que no ven a nadie sienten más miedo. ¿Y si son los últimos seres humanos que quedan? ¿Acabarán suicidándose como Alberto consumidos por la desesperación?

Una vez en el coche lo arrancan sin problemas, cogen la carretera de Leganés y, enseguida se dan cuenta de que tendrán más problemas de los que imaginaban para llegar a Madrid. Coches, la carretera está llena de coches, parados, sin conductor, pero con el motor en marcha, algunos ardiendo. Los habían visto antes por las calles, pero no se fijaron en ese detalle. Afortunadamente no obstruyen el paso; de manera que los dos supervivientes no puedan continuar con su avance. Cuando la carretera está llena de coches y no les dejan pasar (en una glorieta por ejemplo) atraviesan por aceras y jardines antes transitados y ahora vacíos.

No tienen ningún problema en salir de Alcorcón, pero no irán mucho más allá. En la glorieta de salida a la carretera de Extremadura se ha producido un terrible accidente. Varios coches se encuentran envueltos por las llamas empotrados contra la escultura que preside la glorieta. Una salida bloqueada, afortunadamente, no es la única. Saldrán por el polígono, tomarán las carreteras en sentido inverso si hace falta, total ningún coche vendrá en sentido contrario. Entonces el automóvil comienza a detenerse.

—¡Mierda!, tenía que haber echado gasolina. ¿Ahora qué?

—No pasa nada Fernando, cogemos otro coche, ¿recuerdas?, están todos parados con el motor en marcha, a nuestro alcance.

Abandonan su actual vehículo y fijan sus miradas en los que hay alrededor. Fernando da varias vueltas, va y viene como si buscara algo que no se ve a simple vista.

—¿Qué haces? Cojamos este mismo.

—Y una mierda. Tenemos a nuestra disposición el coche que queramos así que cogemos uno decente. Entonces se decide, un BMW que está en medio de la carretera, listo para acoger sus exigentes traseros.

—Esto es distinto joder, apenas sí hace ruido.

Entonces pasa de nuevo, la otra salida de Alcorcón hacia Madrid está bloqueada también, otro brutal accidente con un camión involucrado les corta el paso.

—¿Qué coño pasa? Parece como si hubiésemos pasado por los únicos sitios que todavía pueden transitarse en coche.

Y pronto Manuel tiene que darle la razón a su compañero. Después de coger media docena de coches y quedarse atascados media docena de veces deciden desistir.

—Oye Fernando, no sé qué hora será, pero yo tengo hambre, voy a ir a casa a comer algo, descansar y trataré de pensar más claramente. Ven conmigo, no conviene que nos separemos, tal vez no volvamos a vernos.

—Vale, ya me empieza a dar todo igual, llevo todo el puto día buscando gente, ahora voy a descansar.

Dicho esto se encaminan a casa de Manuel, y, como ya es costumbre, no ven a nadie ni en las escaleras, ni en ningún lado, prueban a llamar a todos los telefonillos por si acaso, pero el resultado es el esperado: nada.

En casa de Manuel, Fernando es invitado a sentarse en el sofá mientras el anfitrión prepara algo de comer. Mientras Manuel cocina, Fernando enciende la tele a ver qué se encuentra. No la había encendido en todo este tiempo, no desde antes de salir de juerga con Alberto. Que putada lo de Alberto piensa, le jode, pero procura no darle más vueltas lo que no es muy difícil ya que ahora mismo tiene demasiadas cosas en la cabeza.

En el canal uno hay interferencias, así como en el dos, en el canal diez es donde consigue ver algo, la mesa de telediario, vacía, la cámara fija en ese punto.

—Mira Manuel, en el diez se ve algo.

Manuel se asoma para ver lo que dice su compañero.

—Ya lo había visto antes, en la casa en la que me encontré al perro estaba encendida la tele y se veía lo mismo.

—Pues no sé qué pensarás tío, pero creo que esto apoya la teoría de que la gente desaparece de repente. ¿Cómo si no es posible que no cortasen la emisión o, por lo menos, apagasen la cámara?

—Sí, es muy extraño. ¡Joder!, ¡la comida!

Manuel corre hacia la cocina mientras Fernando apaga el televisor. Al rato Manuel vuelve con dos platos de spaghetti.

—Están un poco calientes, pero bueno.

Comen y, mientras lo hacen, discuten acerca de todo lo que les ha pasado hasta entonces. Procuran no olvidarse de ningún detalle por pequeño que les parezca. Así, charlando, se hace de noche.

—Yo no sé tú Fernando, pero estoy exhausto.

—Yo también, no hemos parado en todo el día.

—Es cierto, lo mejor será irnos a dormir para continuar mañana nuestra búsqueda. Quizá con la mente despejada podamos pensar mejor.

—Sí, o quizá despertemos como si nada de esto hubiese ocurrido, como si se tratase de una pesadilla.

Manuel le muestra a su compañero la habitación de invitados donde dormirá esta noche y, una vez cada uno en sus respectivas camas, duermen.

Son las siete de la mañana cuando Manuel se despierta, no consigue dormir más, tiene tantas cosas en la cabeza, la llamada de su mujer es lo que más le preocupa de todo. Se dirige a la cocina a comer algo, Fernando continúa en su habitación ya que aún tiene la puerta cerrada y Manuel no quiere despertarle todavía, si él ha conseguido conciliar el sueño, que descanse.

Tras tomarse un café enchufa de nuevo el televisor esperanzado, pensando que a lo mejor algo ha cambiado desde ayer, que todo ha sido poco menos que una horrible y cruel pesadilla, pero no es así, ningún canal se recibe salvo el ya famoso canal diez con su mesa del presentador siempre fija en la imagen. Es desesperante, es increíble más bien, que toda la gente de Madrid y quién sabe si de España incluso haya desaparecido sin dejar rastro de la forma más inverosímil del mundo, evaporados, consumidos por el aire.

Entonces ve algo que le perturba sobremanera, una sombra en la emisión del canal diez, una sombra humana que ha pasado fugazmente por delante de la cámara. Manuel no puede hacer menos que levantarse de un impulso del sofá y acercarse más al televisor para comprobar que no se ha tratado de una alucinación provocado por su todavía confusa mente, sino que realmente ha visto a alguien en la tele. Pasan un par de minutos y no ve nada, tiene que avisar a Fernando pero no quiere despegarse de la pantalla por si se repite el hecho así que se limita a llamarle a voz en grito. Mientras viene permanece impasible en espera de nuevas esperanzadoras. Tardan poco más de un minuto en llegar. Un hombre joven de espaldas a la cámara, parece que buscando algo por la mesa y la silla del presentador, entonces se percató de que hay una cámara emitiendo y, acercándose a esta, la apaga. Ya no hay señal del canal diez pero lo que es evidente es que hay más gente y no sólo son Manuel y Fernando. Aprovechando el momento y percatándose de que Fernando no ha hecho caso a su llamada corre a despertarle el mismo. Entonces es cuando se lleva la segunda gran sorpresa de un día que no estará exento de ellas: Fernando no está en su habitación. Ha desaparecido. La cama muestra un aspecto grotesco. Es como si faltase la parte central. En su lugar un agujero de color negro que desprende un penetrante olor a quemado. Otra vez. ¿Qué significa eso? Manuel busca por toda la casa, pero no aparece. Se ha ido, o evaporado, o lo que sea que le pase a la gente. Está solo de nuevo.

Rubén acaba de salir del despacho de su jefe. Le ha contado la misma historia que su hermano le ha explicado por teléfono hace apenas una hora. Le ha costado creerle y más darle un especial informativo en horario de máxima audiencia para exponer su noticia, máxime teniendo en cuenta que toda la emisión de la cadena en el día de hoy ha girado en torno a los incendios. Pero lo ha conseguido. Podrá contar su historia. La historia de su hermano realmente.

Aún le cuesta asimilar todo lo que le ha dicho, pero jamás ha puesto en duda su palabra. Hacía mucho tiempo que no hablaba con él debido al trabajo tan especial que desarrollaba hasta este día. Ahora lo entiende todo. Una vez le cuelga sabe que tiene la noticia del año entre manos. Algo que eclipsará lo de los incendios tal y como su jefe ha llegado a entender también.

Antes de colgar le ha pedido a su hermano que venga al estudio para contar la historia de primera mano y ser entrevistado. Este le ha dicho que tardará algunas horas en llegar debido a que se encuentra algo lejos, pero que salía de inmediato rumbo a la sede del canal diez. Mientras tanto Rubén destapará la historia y hará tiempo contando toda la información que sus compañeros puedan conseguir de las personas involucradas.

Apenas media hora después de colgar se encuentra sentado en la mesa de informativos con la cámara emitiendo en directo. Comienza a relatar la historia y, según lo hace, siente cada vez más y más calor. Está ardiendo. Literalmente.

No hay nadie en la casa, Manuel está como al principio, como el día anterior, solo y desorientado. Tras tomarse un tiempo para asimilar la situación toma una decisión, lo mejor será dirigirse a la sede del canal diez, piensa que allí tiene que haber gente o, al menos, la persona que ha visto en la tele. El principal problema al que se enfrenta es el de cómo llegar allí, la sede del canal diez se sitúa cerca de Príncipe Pío y todas las salidas están cortadas para salir con un coche de Alcorcón.

Tras mucho meditar decide que lo mejor será ir andando aunque eso le lleve todo el día. Reunirá provisiones suficientes en una mochila y se dirigirá a Madrid. La imagen de ayer de calles abandonadas únicamente ocupadas por coches estrellados o inmóviles estremece a Manuel sólo con recordarlas así que decide ir en metro hasta príncipe pío. Como no hay servicio puede seguir los túneles hasta llegar a su objetivo sin problemas, no se encontrará con nada ni nadie que lo asuste. Gracias a que lleva una linterna en la mochila tampoco caminará a oscuras.

Un cuarto de hora más tarde se encuentra frente a la parada de Puerta del Sur, línea 10 de metro que empalma directamente con su destino final. Una vez dentro nada más que tiene que pasar por los torniquetes de salida para entrar y saltar a la vía para comenzar su andadura.

El camino es muy largo y pesado, una hora después del comienzo todavía se encuentra en Colonia Jardín por lo que a ese ritmo en una hora más u hora y media a lo sumo habrá llegado.

Entonces un ruido familiar perturba a Manuel, un ruido lejano que se acerca, una luz que lo deslumbra a lo lejos, al final de donde alcanza su vista, en la vía. Es un tren que se acerca rápidamente, ¿Cómo?, no lo sabe Manuel ni puede preguntárselo ya que lo único que alcanza a hacer en ese momento es apartarse de la vía en la que está y ponerse a cubierto pegado a la pared contraria de donde percibe el sonido.

El vagón pasa a escasos metros de él, y, antes de que le sobrepase del todo puede ver como una persona, el conductor, está a los mandos del mismo. Alguien más. El conductor también ve a Manuel y echa mano del freno en el mismo momento en que se percata de su presencia. Brusca y violentamente, el tren detiene su avance a unos cuantos metros de Manuel. Una vez detenido se acerca lentamente al vagón del conductor para hablar con el mismo y obtener una explicación de lo ocurrido. Cuando está a su altura ve como el conductor, un hombre joven le indica que entre por una de las puertas del primer vagón. Estas se abren y Manuel, encaramándose a ellas sube al tren. Entonces se cierran las puertas y el tren comienza a moverse de nuevo, muy lentamente pero se mueve. Manuel está desconcertado ante esta situación, pero no tiene mucho tiempo para pensar en ello ya que lo que ve en el interior del vagón lo llena de pavor. Dos cuerpos decapitados descansan en el suelo manchándolo todo del rojo escarlata propio de la sangre humana. A través de la ventanilla que tiene la puerta que une el primer y el segundo vagón puede ver como en este se encuentran varias personas apiladas en torno a la puerta llamando a gritos a Manuel. Aunque este no puede oírles con claridad, y, de hecho, tampoco tiene tiempo para hacerlo, ya

que en ese momento el conductor accede al primer vagón desde su cabina y ve a Manuel. El conductor lo mira extrañado y le pregunta:

—¿Cómo es que estabas aquí?

—No le entiendo, vi a alguien en televisión hace unas horas en el canal diez y me dirigía a Madrid por los túneles de metro con la esperanza de encontrarle.

—Yo no he estado en el canal diez ni ninguno de nosotros. ¿Cómo es posible? Bien, como sea, no deberías estar aquí. Eres uno de los pocos que no han venido, así que mi deber es llevarte con nosotros.

—¿Con vosotros?, ¿y quiénes sois vosotros?, ¿de qué me estás hablando?, ¿quiénes son todas esas personas que parecen encerradas en el vagón de al lado?

—Preguntas demasiado chico, las respuestas a todo eso no te conciernen en absoluto. Lo único que importa ahora es que has de venir conmigo, hemos de investigar por qué no te hemos podido traer antes.

—No sé de qué me estás hablando pero no voy a ir a ningún sitio contigo si no me explicas de que va todo esto.

—No lo entiendes, no tienes elección, vendrás conmigo lo quieras o no.

En ese momento el conductor se precipita sobre Manuel y, con velocidad y fuerza fuera de lo común lo inmoviliza por detrás. Sin que Manuel tenga siquiera la opción de defenderse, su captor lo espasa de pies y manos y lo empuja haciéndole caer al suelo. Entonces, y teniéndolo completamente a su merced, lo arrastra de las piernas y, abriendo con llave la puerta que conduce al segundo vagón, lo arroja en su interior volviendo a cerrar la puerta a cal y canto. Todos los hombres y mujeres que se arremolinan junto a la puerta se echan hacia atrás en cuanto ven venir al conductor, temerosos de que vuelva a matar a uno de ellos como había hecho hace un rato con los dos compañeros que yacen en el suelo del primer vagón. Una vez hecho esto, el conductor vuelve al vagón principal a los controles del tren.

Aturdido por el golpe que se acaba de llevar Manuel al ser arrojado violentamente contra el duro suelo del vagón, consigue arrastrarse de tal modo que puede apoyar su espalda contra la puerta del compartimento manteniendo las piernas estiradas. Enfrente de él hay cinco personas, tres hombres y dos mujeres. Uno de los hombres se acerca a Manuel y le pregunta:

—¿Quién eres, y qué hacías en los túneles del metro?

—Me llamo Manuel, estaba en los túneles ya que mi objetivo es llegar a Madrid a través de ellos. Todas las salidas de Alcorcón están cortadas para poder desplazarse en coche y no me gustaba la idea de recorrer todo el trayecto a pie por carretera, presenciando más y más accidentes. Pero, ¿quiénes sois vosotros y cómo hemos llegado aquí?, ¿quién es el conductor y por qué nos ha encerrado a todos en este vagón?

—Son muchas las preguntas que haces —dice otro de los hombres, uno mayor, canoso y físicamente menudo—. Por lo que yo sé y mis compañeros me han contado, cuando despertamos ayer el mundo entero había desaparecido. Estábamos solos, no sólo en casa si no en toda la calle. Somos todos del centro de Madrid y nos encontramos los cinco buscando incesantemente por la ciudad. Compartimos la misma suerte. No sé decirte por qué de repente, y sin previo aviso, todo el mundo parece haberse evaporado, solamente sé que nosotros no lo

hemos hecho, desconozco el motivo, pero me temo que el individuo que nos ha encerrado aquí conoce toda la verdad acerca de lo que ha pasado ayer. Ese hombre nos encontró en la gran vía, creíamos que era otro como nosotros, otra persona que se despertó un día y no encontró a nadie a su alrededor, alguien desorientado que por fin había encontrado compañía. Pero nos equivocamos. Cuando llegó a nuestro lado nos atacó sin miramientos. Entonces éramos siete, nosotros cinco y los dos que has visto muertos en el vagón de al lado. Fue impresionante como consiguió reducirnos a todos. Hizo gala de una fuerza sobrehumana y de una agilidad como nunca he visto. Cuando nos quisimos dar cuenta de que ese hombre no era como nosotros y que nos estaba atacando ya únicamente quedábamos cuatro en pie. A pesar de nuestra superioridad no tardó más de medio minuto en dejarnos a todos inconscientes. Yo soy muy viejo para luchar como ves y una de las mujeres está embarazada, por lo que le resultó muy fácil derrotarnos. Cuando despertamos nos encontramos aquí mismo, en este mismo tren, encerrados en el vagón en el que tú estás ahora. Luchamos por salir, lo intentamos todo, pero no lo conseguimos. De hecho, cuando los dos compañeros trataron de romper los cristales para escapar por ellos, el hombre vino y entró en nuestro vagón. Golpeó a los dos hombres y se los llevó a rastras al primer vagón. Nosotros no pudimos hacer nada por evitarlo. Entonces presenciamos algo que jamás creíamos que podía suceder. Fue horrible. Cuando se reincorporaron nuestros compañeros, trataron de atacarle al unísono una última vez, fruto de la desesperación quizá, pero no les dio tiempo a alcanzarle ya que sus cabezas explotaron a la vez matándolos al instante y dejándolos tal como los has visto antes. No puedo contarte nada más ya que entonces el conductor detuvo el tren una vez volvió a la cabina y llegaste tú. No sé qué quiere de nosotros ya que no nos ha dicho nada, sin embargo, te hemos oído hablar con el antes, y, si bien no hemos llegado a entender ni una sola palabra, confiamos en que nos cuentes lo que te dijo, ya que tal vez nos ayude de alguna manera a salir de aquí.

—Lamento ser portavoz de malas noticias pero no me dijo nada útil, o por lo menos, nada que yo pudiese entender. Lo único es que se sorprendía de que no hubiese ido con ellos antes y que, por ese motivo, tenía que llevarme. Lo que sí puedo contaros es que el motivo por el que decidí bajar a Madrid fue que vi en el canal diez a una persona frente a la cámara. Eso me proporcionó esperanzas de cara a averiguar qué estaba pasando en la ciudad. Viendo el recibimiento que nos está dando este hombre, ya no sé si es buena idea ir en busca de esa persona.

—Puede que no, pero puede que sí sea buena idea, quiero decir, ¿quién sabe? Por el momento no tenemos muchas opciones de hacer nada, todo pasa en primer lugar por escapar de aquí. Pero si lo conseguimos, yo iría al canal diez a tratar de encontrar a esa persona. Si nos equivocamos puede que acabemos igual que ahora, pero si no quizá logremos entender algo de esto —dice el viejo.

—También existe la posibilidad de que esa persona no sea más que alguien como nosotros, alguien en nuestra misma situación que no pueda ayudarnos en nada— dice la mujer embarazada.

—Desde luego esa posibilidad existe —añade Manuel—. Pero no se me ocurre otra cosa que podamos hacer. De todas maneras, no comencemos a

planear el futuro cuando todavía no hemos resuelto el presente. Lo primero y más urgente es salir de aquí.

—Claro, pero me temo que no tenemos ninguna posibilidad ahora mismo —dice el anciano—. Creo que lo único que podemos hacer ahora es esperar a ver dónde nos lleva ese hombre y estudiar la situación cuando esta cambie. Además, no sabemos si puede matarnos igual que lo ha hecho con Jaime y David.

—Tienes toda la razón, únicamente podemos esperar por ahora. Para más inri, yo estoy completamente esposado así que no podría hacer nada aunque quisiera. Vosotros no, por lo que veo, pero tal y como me habéis contado no podéis hacer nada físicamente contra él.

Dicho esto, los seis prisioneros se sientan esperando que el tren se detenga cuando llegue a la última estación, Puerta del Sur, el mismo lugar donde Manuel accedió a los túneles. Sin embargo, esto no ocurre ya que cuando llega al final, da la vuelta dirigiéndose a Madrid otra vez, al ser Puerta del Sur principio y final de línea. Pasa media hora hasta que el tren se detiene finalmente. Lo hace en la estación de Príncipe Pío. Entonces escuchan como el conductor baja del tren y, sin mirarlos sube a la estación y la abandona por la puerta principal sin que ninguno de sus prisioneros pueda siquiera imaginar adónde se dirige. Ellos, inmóviles e incapaces de hacer nada piensan entonces que quizá ahora puedan escapar rompiendo los cristales de las ventanas, ya que ya no está él para detenerles. Sin embargo, por más que lo intentan no lo consiguen. Ni siquiera los rajan un poco. Se preguntan cómo podrían salir del metro sus ocupantes si alguna vez era necesario hacerlo. Sin más opciones esperan a que su captor regrese.

## EL DÍA ANTES

Manuel está sentado en su sofá preferido viendo la televisión mientras su mujer acuesta a su hija. Estaba viendo una película, pero hace tan sólo cinco minutos la interrumpieron para ofrecer un boletín informativo. Otro más. Desde

el mediodía todas las cadenas han emitido boletines especiales debido a la gran cantidad de incendios que están sucediendo por todo el país.

En este último boletín hablan de un edificio de viviendas que ha ardido hasta los cimientos. Parece que los bomberos no han sido capaces de encontrar supervivientes. Manuel escucha al reportero contando la noticia:

—Está confirmado que no hay supervivientes. Hasta ahora, dos horas después de que el incendio esté bajo control, los bomberos han sacado los cuerpos de veinte personas. Creen que todavía hay más cuerpos bajo los escombros.

—¿Se sabe algo acerca del origen del incendio, Roberto? —pregunta el periodista que se encuentra en el estudio.

—Acabamos de enterarnos de que, según el informe preliminar de la policía el fuego se originó en diez viviendas diferentes en un intervalo de muy pocos minutos.

—¿En diez viviendas? —pregunta sorprendido el periodista del estudio—. Esto descarta pues una fuga de gas o una imprudencia. Pudo haber sido provocado entonces, pero, ¿en diez viviendas a la vez?

—Efectivamente. Los datos por ahora no aclaran mucho la situación, pero la policía confía en que puedan encontrar las razones de este extraño suceso en poco tiempo.

En ese momento Patricia entra en el salón y se sienta al lado de Manuel.

—¿Qué es esto? —pregunta—. ¿No estabas viendo una película?

—Han vuelto a interrumpir la programación para hablar de otro incendio.

—¿Otro? ¿Cuántos van hoy ya?

—No lo sé —contesta Manuel. Demasiados. Este además es de lo más extraño ya que el fuego parece haberse originado en el interior de diez viviendas distintas.

—No entiendo nada —dice Patricia—. De todas maneras deberíamos irnos a la cama ya. Alicia tiene colegio mañana, yo tengo muchas cosas que hacer en casa y tú tienes que madrugar.

—Tienes razón —asiente Manuel—. Igualmente, dudo que emitan el final de la película a estas alturas. No cuando tienen una noticia tan suculenta entre manos.

Y dicho estos ambos se levantan del sofá y van a acostarse. Mañana toca trabajar.

## DOS IGUALES

Manuel espera a que pasen cinco minutos para comunicarles a sus compañeros el plan que ha ideado. Puede que antes no consiguiesen romper las ventanas de emergencia con sus manos desnudas, pero ahora sin él vigilándoles nada les impide romper una de las ventanas del vagón y huir por allí. Afortunadamente Manuel se trajo para el camino un pequeño hacha de emergencia por si acaso, un

regalo de su primo al que le encantaban las armas blancas de todo tipo. Los desconocidos abren su mochila y la sacan cortando las esposas que lo encadenan. Aun así cargará con las esposas colgando de sus muñecas el resto del día. De cualquier manera, está libre. Ahora tiene la suficiente movilidad como para utilizar el pequeño hacha y golpear con él la ventana del vagón. Y lo hace. Al poco de empezar ha conseguido echar abajo la ventana y disponen los cinco prisioneros de un hueco lo suficientemente grande como para escapar de allí. Una vez abajo y ayudando a la mujer embarazada a bajar, Manuel les habla:

—No sé vosotros, pero yo tengo la suficiente curiosidad por saber qué coño está pasando como para esperar a ese hombre y sacarle todo lo que sepa a golpes.

—Pero ya has visto lo fuerte que es, no podremos nada contra él —dice uno de los hombres.

—Si le pillamos por sorpresa y le golpeamos con todas nuestras fuerzas estoy seguro de que le noquearemos. Entonces podremos atarle como hizo conmigo e interrogarle.

—No me parece un buen plan —dice la mujer embarazada—. Pero la alternativa consiste en huir por el túnel sin rumbo fijo y sin saber cuánto tardará en alcanzarnos de nuevo. No obstante, yo permaneceré escondida todo el tiempo.

Una vez todos de acuerdo, exceptuando la mujer embarazada, se esconden entre dos columnas cercanas y allí esperan a que vuelva su misterioso captor. Pasan diecisiete minutos cuando este irrumpe en escena bajando por unas escaleras mecánicas que van a dar directamente al andén en donde se encuentra detenido el tren. El individuo se dirige directamente al vagón donde tenía retenidos a todos los que se ha encontrado por el camino y, justo en el momento en que se da cuenta de que la ventana del extremo opuesto del tren está rota y que en el interior del mismo no hay nadie, justo en ese momento en que se encuentra lo suficientemente cerca del tren como para no percatarse de lo que ocurre a sus espaldas, recibe un fuerte golpe en la cabeza que le deja inconsciente.

Tarda apenas unos minutos en recuperarse pero, cuando lo hace, Manuel y el resto ya han hecho lo que tenían pensado hacer con él. Atado fuertemente con la cuerda que Manuel transportaba en su mochila se descubre inmóvil en el suelo el hasta ahora captor. Aprovechando ese momento de intercambio de poder Manuel se acerca a él lo suficiente como para que oiga lo que tiene que decirle pero no lo bastante como para, de algún modo, sufrir un ataque físico del indefenso individuo, cosa poco probable por encontrarse no sólo atado de pies y manos, sino por estar completamente tumbado en el suelo boca arriba sin la posibilidad de reincorporarse por sus propios medios.

—¿Quién eres? —le pregunta Manuel—. ¿Y por qué nos tenías a todos secuestrados?

—¿Creéis qué estas simples ataduras pueden detenerme? —le contesta el individuo. —Sois más ingenuos de lo que pensaba. Sois pocos y por eso necesito encontraros a todos aunque, la verdad, vuestra muerte tampoco supondría un trauma para nosotros.

—¿Vosotros? ¿Quiénes sois y cuántos? —pregunta de nuevo Manuel molesto con la anterior respuesta que obtuvo del individuo.

—Eso no importa ya, he decidido mataros de una vez. Es muy cansado cazaros de uno en uno y llevaros a la base.

Dicho esto, y sin tiempo para replicar la mujer embarazada cae víctima de extrañas convulsiones, y, a la vista de todos, su cabeza explota. Todo se llena de sangre y restos de su maltrecho cerebro mientras su cuerpo, ya sin vida, cae al suelo. Visiblemente asustados ante tal extraño y perturbador acontecimiento algunos dirigen sus miradas hacia el individuo para ver como rompe las cuerdas que le apresan con una demostración increíble de fuerza mientras les obsequia con una vengativa sonrisa.

La gran mayoría echa a correr en dirección a las escaleras mecánicas con la esperanza de salir de allí antes de que les coja, otros no pueden ni moverse sobrecogidos por el espanto y el terror producto de contemplar semejante espectáculo. Es lo mismo. Tanto los que echan a correr como los que no lo hacen mueren al instante de la misma forma que la mujer de antes. Un festival macabro de cabezas reventando una detrás de otra, como fuegos artificiales partícipes de una espectacular traca final en las fiestas de algún pueblo de este, ahora, desolado país.

Sin embargo, no todas las cabezas desaparecen en el aire víctimas de la aparente voluntad de aquel misterioso individuo que hasta hace no mucho era tan sólo su captor. Todas menos una explotan, la cabeza de Manuel continua firmemente ligada a su cuerpo como si nada hubiese pasado. Aparentemente trastornado ante este hecho, el individuo mira fijamente a Manuel con furia y violencia como esperando una respuesta, pero nada sucede de nuevo. Sin perder ni un segundo más de los que ya ha dejado escapar, Manuel corre hacia las escaleras deseando con toda su alma que aquel año de atletismo que su madre le obligó a hacer de pequeño suponga ahora la diferencia entre salvarse o caer en las garras de su captor de nuevo.

En ese momento se inicia la persecución, una persecución que posiblemente dure poco tiempo debido a que, aunque Manuel es bastante rápido, su perseguidor parece ganarle centímetros a cada zancada que da. Y así resulta ser. En menos de un minuto Manuel está acorralado. La puerta principal del metro, la entrada desde la calle, está cerrada. No tiene escapatoria posible. Entonces ve algo que le sorprende sobremanera. Su perseguidor sube lentamente por las escaleras dispuesto a cogerle, sabedor de que es imposible que su presa se le escape, pero, unos metros detrás de él un hombre físicamente idéntico a él hace lo mismo. El perseguidor parece darse cuenta de que alguien le sigue y dirige su mirada hacia atrás cruzándola con su gemelo. En ese mismo momento lo reconoce. Aprovechando la confusión de su captor y su aparente distracción, Manuel corre hacia él y le empuja con fuerza escaleras abajo. El extraño gemelo baja al ver lo que se le viene encima y, una vez abajo espera a que el caído se levante. Lo hace al poco tiempo visiblemente dolorido. Establece contacto ocular con su aparente gemelo y lo reconoce de nuevo, y lo odia por ello. Entonces y sin mediar palabra alguna Manuel observa desde su elevada posición como ambos hombres se enzarzan en combate. Su captor es fuerte, pero el nuevo parece

llevarle ventaja merced a que no ha dejado a su enemigo recuperarse apenas de su caída. Varios puñetazos después su captor cae al suelo de nuevo. Si bien a simple vista no puede apreciarse, está muerto. Los golpes del nuevo eran más demoledores de lo que parecían. En ese momento, y con el cadáver de su enemigo a sus pies, el hombre dirige su mirada hacia Manuel y le habla:

—Baja aquí, no tienes nada que temer.

—¿Quién eres? —pregunta Manuel.

—Mi nombre es Víctor y mi intención no es hacerte daño, pero si no nos largamos de aquí cuanto antes vendrán más como él.

Sin mucho tiempo para meditar su decisión y, confiando en que aquel hombre que dice llamarse Víctor diga la verdad, Manuel baja las escaleras y se reúne con él. Una vez juntos Víctor le indica que le siga y corren hacia el vagón del que antes escapó Manuel. Una vez allí se detienen.

—Coge todo lo que pueda hacerte falta, los cuerpos han de permanecer como están, no hay tiempo para entretenerse con ellos.

Haciéndole caso Manuel recupera su mochila y, guardando en ella el pedazo de cuerda que su captor rompió se dispone a seguir a aquel hombre allá donde le lleve.

—Bien, caminaremos por el túnel un buen rato —dice Víctor—. Cuando lleguemos a la estación de Lago bajaremos. Una vez estemos seguros te explicaré lo que ha pasado, al menos hasta donde yo sé.

Sin más dilación bajan a las vías y caminan por el túnel rumbo al norte durante aproximadamente veinte minutos, todos y cada uno de ellos a oscuras, hasta que llegan a la estación de Lago, la cual se encuentra fuera del túnel. Allí no hay nadie, como nadie había antes en Alcorcón y nadie debe haber en el resto del país. Suben al andén y atraviesan la salida alcanzando la calle. Desierta por completo. Entonces caminan un rato más hacia el este y, una vez llegan a una universidad, entran en un pequeño edificio anexo a la misma donde Víctor se acomoda y le aconseja a Manuel que haga lo mismo. La habitación en la que se encuentran es pequeña, sin ventanas, un poco oscura quizá. Encima de la cama algunas armas de fuego descansan junto a varios mapas y algunas piezas de fruta. Entonces Víctor le habla a Manuel.

—Has venido muy callado durante todo el trayecto y me alegro, respetando lo que te dije antes de que te contaría todo lo que sé una vez llegásemos aquí. Creo, no obstante, que el motivo por el que no me has preguntado nada es por miedo. Me tienes miedo en cierta manera, y eso que aún no has visto que tipo de cosas soy capaz de hacer. Pero no debes tenerme miedo, no ahora que lo único que tenemos somos nosotros mismos. Bien, te voy a contar lo que ha sucedido hasta ahora.

## EXPLICACIONES

—Todo comenzó hace dos días. Entonces descubrí que no era un ser humano normal, mas un clon. Antes de nada he de decirte que por muy raro que te parezca mi historia, por muy extravagante que te suene todo esto, es la pura verdad, y que cuanto antes lo asumas más posibilidades tendremos de sobrevivir.

—De acuerdo —dice Manuel—. Después de todo lo que me pasó ayer más lo que he visto hoy, dudo que nada de lo que me cuentes me sorprenda mucho más.

—Te sorprenderá, créeme...

—Manuel.

—Gracias, no me habías dicho tu nombre todavía, yo soy Víctor como recordarás. Bien hace dos días descubrí que había estado encerrado desde que me clonaron en un complejo subterráneo con otros catorce clones más. Todos idénticos, todos procedentes de la misma persona. El hombre original, aquel del que tomaron muestras de ADN para crearnos a los demás no era terrestre. Vivió en otro planeta a millones de años luz del nuestro. Eran una civilización increíblemente avanzada que descubrieron que podían resucitar a una persona gracias a su secuencia genética, la extraían y clonaban de tal forma que el hombre anteriormente muerto ahora era joven de nuevo, pero conservando sus mismos recuerdos.

La historia obviamente es más larga y compleja que todo esto, pero no tenemos mucho tiempo por lo que solamente te cuento lo imprescindible para que luego entiendas que vas a tener que hacer para ayudarme.

El caso es que mediante su secuencia genética podían morir y volver a nacer de nuevo incluso en un lugar distinto, mucho tiempo después del hecho de fallecer. Al mismo tiempo, descubrieron que eran víctimas de una enfermedad causada por la contaminación de su atmósfera llegando a la conclusión de que la única salida para ellos era encontrar un nuevo planeta donde vivir con una atmósfera pura. Para ello enviaron a un grupo de astronautas al espacio con el objetivo de encontrar ese planeta y, una vez allí, gracias a la tecnología que llevaban con ellos resucitar a todos sus congéneres muertos tiempo atrás.

Al final el hombre del cual me clonaron llegó a la tierra, pero solo, debido a que las secuencias genéticas de todos los habitantes de su planeta fueron enviadas por satélite al espacio y nunca encontraron su destino, excepto la suya que fue encontrada por unos científicos españoles que la descifraron y recrearon de nuevo, dando lugar a la resurrección de ese hombre en este planeta, cientos de miles de años después.

Resultó ser incontrolable ya que todos los habitantes de su planeta potenciaron en ellos habilidades que no podían usar entre sí mismos, pero que, contra los humanos sí ya que estos últimos carecían de dichas habilidades. Una de ellas es la de reventar la cabeza de otro con el pensamiento, cosa que hizo aquel tío con tus compañeros allí abajo en el metro.

Para estudiar mejor a ese extraterrestre lo encerraron y clonaron varias veces tomando muestras diversas de su tejido genético para poder aislar sus habilidades. Así nací yo. Sin embargo, hace dos días mis catorce compañeros y yo logramos escapar de nuestro cautiverio y descubrimos la historia del hombre del que todos nacimos. Tras morir todos mis compañeros excepto dos liberamos a aquel hombre con la intención de averiguar nuestro propio origen y el suyo también.

Sin embargo, fue un terrible error hacer eso. Tras contarnos toda la historia que te acabo de relatar nos hizo una proposición, unirnos a él para,

juntos, sustituir a la raza humana por sus colegas de planeta a los cuales resucitaría usando las mismas máquinas que lo trajeron de vuelta a él. Obviamente nos negamos a colaborar en semejante disparate por lo que mató a mis dos compañeros y se propuso hacer lo mismo conmigo. Logré escapar finalmente y encontrar refugio aquí, pero, y aunque conocía sus planes, puesto que nos lo había contado al detalle, no podía imaginar que tan sólo dos días después los haría realidad.

Según me contó y, a la vista de la tecnología de la que disponía en ese momento debía tardar meses, incluso algún que otro año en poder completar su plan. Pero no fue así y aún estoy sorprendido por ello. Llegué a Madrid al amanecer y me vine aquí a dormir. No tuve problemas para entrar ya que al ser día festivo no había nadie usando estas instalaciones y pude colarme fácilmente. Dormí todo lo que pude, que fue bastante, y me desperté en cuanto comenzaba a anochecer. Organicé mis ideas y salí a la calle para buscar algo de ropa nueva y comida, pero no pude ver a nadie, todo el mundo había desaparecido. Estuve dando vueltas durante tres largas horas y no vi a nadie en todo ese tiempo. Entonces no asocie lo que estaba pasando con Víctor, el original del que fui clonado, por eso me llamo Víctor también, y traté de buscar una explicación.

Al rato me topé con un hombre, una persona idéntica a mí, un clon. No podía ser ninguno de mis compañeros ya que todos ellos murieron. Lo vi con mis propios ojos, por lo que supuse que sería Víctor. El hombre se me acercó y me reconoció. Me dijo que debía ir con él, que alguien me estaba esperando, que su plan ya había comenzado y que, si quería, todavía estaba a tiempo de rectificar y ayudarlo en su propósito. Aquel hombre era un clon de Víctor Cero, el original, por lo que pude comprobar más tarde, no uno idéntico, sino una versión más débil de él, como todos los clones anteriores éramos.

Me quedé estupefacto puesto que el hecho de la desaparición de todo el mundo estaba directamente relacionado con Víctor. Y apenas habían pasado dos días desde que le liberamos. No podía creerlo, no daba crédito. De lo único que estaba totalmente seguro es que no me iba a unir a él y menos ahora que su plan parecía tan avanzado. Había hecho desaparecer a todo el mundo en menos de cuarenta y ocho horas y no podía imaginar cómo.

Tras una extraña conversación con aquel clon, lo maté. Igual que hice antes en el metro con aquel otro que te perseguía. A golpes, ya que mi habilidad no funcionaba con él. Sin embargo, antes de rematarle pude enterarme de que no todo el mundo había desaparecido. Parecía que un grupo de siete personas continuaban todavía en las calles. Mi objetivo entonces fue encontrar a esas personas y ponerlas a salvo para, una vez todos juntos, enfrentarnos a Víctor y tratar de enmendar esta situación.

Entonces un pensamiento me vino a la cabeza. Serían siete personas en Madrid, en España o en total en todo el mundo. No podía saberlo pero tenía que arriesgarme e intentar encontrar a cuantos más mejor. Entré en algunas tiendas, cogí ropa, comida y armas y las traje todas aquí.

Salí a buscar gente tan pronto cayó la noche y he estado haciéndolo desde entonces hasta que te encontré a ti. Sé que esta historia te sonará a ciencia ficción pero es totalmente cierta. Has sido testigo de algunas cosas increíbles. También

soy consciente de que no te la he contado de una manera muy precisa o descriptiva, pero la situación requiere que nos demos prisa. Pensarás ¿por qué no he esperado a encontrar más personas y contaros a todos la historia a la vez para no tener que repetirla si encontramos a alguien más? El motivo es que no creo que quede nadie más. He visto que erais varios en el metro y todos estaban muertos por lo que si únicamente hay siete no confío en cruzarme con ningún humano más. Sólo somos tú y yo. Si tienes alguna pregunta que hacerme, hazla ahora, en poco tiempo saldremos de nuevo para detener a Víctor.

—La verdad es que la historia es increíble, pero no me queda otra más que creérmela. Después de todo lo que he visto, y de lo que no he visto en los últimos dos días cualquier explicación es buena para mí. ¿Qué otra alternativa tengo? He presenciado como todo el mundo desaparecía de golpe, como un único hombre acababa con la vida de varias personas sólo con el pensamiento. Puede que no lo entienda todo, pero imagino que con el tiempo irá cobrando más sentido tu historia aunque por el momento me suene a chino. Ahora, si te he entendido bien, ese Víctor tiene la intención de traer aquí a todos los habitantes de su planeta pero, entonces no entiendo por qué ha desaparecido todo el mundo aquí en la tierra y tampoco comprendo quiénes son esos tíos que igual que te atacaron a ti antes me encontré en el metro. Si son clones suyos, ¿no puede ser la gente con la que compartía planeta, no?

—No puedo responderte a ninguna de esas dos preguntas aún —contesta Víctor—. Como ya te he dicho estas consecuencias no eran las previstas y menos en tan poco tiempo. La única manera de responder estas cuestiones es encontrar a Víctor cero.

—¿Pero cómo lo encontramos? ¿Sabes dónde se esconde?

—No tengo ni idea.

—Y no solamente eso —añade Manuel—. ¿Cuándo le encontremos cómo le detenemos? Quizá haya muchos de esos clones protegiéndole.

—En lo referente a encontrarlo no tengo ni idea ni de por dónde empezar a buscar, no así en cuanto a acabar con él. Antes de matar a su médico este me comentó que quizá existía una forma de matarlo, y es su madre. Ya que para resucitarlo hace falta una mujer que lo desarrolle en su vientre según nos dijo el doctor, puesto que, en la tierra no tenemos las máquinas de clonación de las que disponían en su planeta de origen. Él creía que ella era la clave para detenerle.

¿Y dónde está ella ahora?

—Encerrada en los sótanos de unas instalaciones pertenecientes al doctor. No sé cómo se llama la empresa, la cual hacía de tapadera para llevar a cabo su verdadera investigación, pero podemos averiguarlo. Debe existir algún registro en el que figure el nombre del doctor y de su empresa. Si lo encontramos, daremos con la madre.

—Aquí cerca de donde nos encontramos está el registro mercantil —dice Manuel—. Vayamos allí y obtengamos dicha información.

—Sí, eso es lo que tenemos que hacer. Iremos siempre juntos, ¿de acuerdo?, y convenientemente armados. Coge un par de pistolas y munición de encima de la cama. Coge también uno de esos teléfonos móviles que están sobre aquella mesa. Escribiremos detrás el número del que lleve el otro por si se diese

la circunstancia de que nos viésemos obligados a separarnos. Puedes cambiarte de ropa si lo deseas, saldremos en quince minutos.

—De acuerdo.

—Mira —comienza Víctor—. Sé que te parecerá muy precipitado y repentino todo, mucha información que procesar en poco tiempo, que cuando te levantaste esta mañana no tenías pensado hacer nada ni remotamente parecido a esto, pero es lo que hay. Ahora es una cuestión de supervivencia, e, incluso, puede que la última esperanza de la humanidad este en nuestras manos.

—Parece que nos metemos de lleno en la típica película de acción de Hollywood —dice Manuel.

—No obstante esta vez los protagonistas no son los americanos. Bien, te dejo solo para que te cambies. Te espero en la entrada en quince minutos.

—De acuerdo Víctor, pero, una última cosa.

—¿Sí?

—El día que comenzó todo esto llamaron por teléfono a casa. El día en que no había gente en las calles. Era mi mujer la que se encontraba al otro lado de la línea y me pedía ayuda. Sé que tu principal objetivo es acabar con ese Víctor cero y tratar de revertir la situación en lo posible, pero mi principal prioridad es encontrar a mi mujer y a mi hija y, si encontramos al causante de todo esto, antes de matarle o lo que sea que tienes pensado hacerle, necesito que me diga donde se encuentra, ¿de acuerdo?

—Sí, no te preocupes Manuel, mi objetivo no es únicamente acabar con Víctor cero, también lo es traer de vuelta a toda la gente desaparecida. Y esto que me acabas de contar es un rayo de esperanza para nosotros ya que sabemos que todo el mundo, o al menos una parte, están en alguna parte, luego no han desaparecido.

Y dicho esto Víctor abandona la habitación y se dirige a la entrada donde espera a que Manuel se prepare. Este último se echa a llorar durante un instante al no poder creer lo que está sucediendo. La situación le supera. Quince minutos después se reúne con Víctor, y, juntos, emprenden el camino al registro mercantil.

## BÚSQUEDA

Lleva un mes buscándole, ha atravesado medio mundo con el objetivo de encontrarle, pero aun así no ha podido hacerlo. Sin embargo, sabe que está tras la pista correcta ya que setecientos doce ha ido dejando rastros que le han permitido seguirle. Rastros que para cualquier persona serían imperceptibles pero no para ella. Esos rastros la han conducido hasta España, más concretamente a Madrid. Durante todo su camino se ha encontrado con multitud de personas, personas que nunca han detectado su presencia. Ha pasado desapercibida entre ellos, robando para poder comer y cambiarse de ropa. Sin embargo, en los últimos dos días no ha visto a nadie. Es como si todo el mundo hubiese desaparecido a la vez.

¿Para qué habrá venido hasta aquí setecientos doce?— se pregunta—. ¿Y por qué la ha dejado sola sin decirle cuáles eran sus intenciones? Todas estas dudas se agolpan en su cabeza. Ahora, lo más preocupante de todo es el hecho de haber abandonado la máquina. ¿Qué sucedería si nunca regresasen? ¿Se quedaría allí para siempre? ¿Y si alguien la descubriese? Aunque si esto último sucediese tampoco sería muy relevante debido a las piezas que ahora mismo necesitan remplazarse. Aun así este problema le preocupa más que ninguno de los otros. Parece mentira que, después de tanto tiempo, las cosas hayan cambiado tan deprisa en cuestión de días.

## LA MADRE

Dos horas más tarde de haber abandonado su refugio Víctor y Manuel encuentran lo que habían ido a buscar. Durante todo el trayecto Manuel le ha ido preguntando dudas y curiosidades a Víctor que este le ha ido contando en la medida de sus posibilidades. En todo ese tiempo no se han encontrado con nadie, ni siquiera a uno de esos lacayos de Víctor cero. Una vez llegan al registro mercantil no les cuesta mucho trabajo dar con la dirección del lugar donde está retenida la madre biológica de Víctor cero.

El edificio está situado en pleno centro de Madrid, aproximadamente a doce kilómetros de donde se encuentran ahora mismo. Una vez abandonan el edificio toman la decisión de ir al lugar en coche por lo que cogen el primero que

ven en la calle con el motor en marcha. Al contrario de lo que le pasó a Manuel cuando intentó salir de Alcorcón de la misma forma, ahora no tienen excesivos problemas para moverse por las carreteras de la capital debido a que los coches, parados o estrellados parecen encontrarse a los lados del camino dejando el centro de la carretera principal parcialmente despejada.

—Tenemos que pensar algo mejor —dice Manuel mientras Víctor conduce.

—¿Cómo?

—Debemos tener algún tipo de plan si queremos que todo vuelva a la normalidad. Creo que lo que estamos haciendo ahora es demasiado impulsivo y lo más probable es que nos salga mal.

—¿Y qué sugieres? —pregunta Víctor—. Si se te ocurre algo mejor dilo, estoy abierto a todo tipo de sugerencias.

—No digo que no consigamos acabar con Víctor cero pero no tenemos ni idea de cómo conseguiremos revertir la situación si él no nos lo dice. Es probable que todo el mundo esté encerrado en alguna parte, pero, ¿dónde metes a todos los habitantes de la tierra juntos y sin que se note? Incluso aunque encontremos a la madre probablemente no tendrá ni idea de lo que hacer. El doctor ese te dijo que era su última esperanza, pero analicémoslo más detenidamente. Esa mujer está encerrada desde antes de que Víctor cero elaborase todo este plan, seguramente ni siquiera le habrá visto más que en el momento del parto.

—Tienes razón Manuel, es una misión suicida, pero es la única opción que hay. Hemos de confiar en esa mujer para detener a Víctor cero y, en lo que respecta a la localización de todo el mundo, bien, es algo que por más vueltas que le des a la cabeza o intentes averiguar no sabrás hasta que encuentres a Víctor cero. Todo depende de la improvisación, de cómo reaccionemos llegado el momento.

—Supongo que tienes razón —dice Manuel—. Pero me jode mucho dejarlo todo en manos de la suerte.

Una vez dicho esto la pareja de supervivientes llega al lugar donde debe encontrarse la madre de su mayor enemigo. Abandonan el vehículo y cogen todas sus armas temerosos de lo que puedan encontrar dentro. Igual que les sucedió apenas media hora antes en el registro mercantil no tienen ningún problema para entrar en el edificio. Las puertas abiertas, nadie por ninguna parte que les moleste. Se dirigen al directorio principal que se ubica en medio de la sala que da a la entrada y observan que el edificio se divide en doce plantas. Diez superiores y dos sótanos. Naturalmente Víctor sabe que la madre se encuentra en uno de esos sótanos por lo que buscan unas escaleras de bajada y se dirigen al primero de estos.

Nada más llegar al primero se topan con una puerta con un cerrojo que les impide el paso, a su lado las escaleras que conducen al segundo sótano. Deciden investigarlo todo en orden por lo que Víctor empuña el arma y dispara contra el candado. Tras dos disparos la puerta parece abrirse. Acceden a un largo y oscuro pasillo donde la visibilidad es nula por lo que Manuel saca la linterna de su mochila e ilumina el camino. El largo pasillo se acaba a unos veinte metros, pero

en los laterales se sitúan cuatro habitaciones cerradas con sus respectivos candados.

—Vamos a gastar demasiadas balas si tenemos que abrirlas una por una —dice Manuel.

—No, no podemos permitirnos ese lujo. Mira, en las puertas hay una especie de cristal por el que espero que se pueda ver el interior de cada una de las habitaciones. Ilumínalo y sólo entraremos en aquellas habitaciones que creemos sospechosas. Esto es, que contengan alguna especie de tubo grande que es donde se supone está encerrada la madre —dice Víctor.

Inspeccionan las habitaciones una a una, no pudiendo ver nada parecido a un tubo a través de los cristales en ninguna de las tres primeras. Cuando llegan a la cuarta sin embargo no consiguen ver nada, está completamente a oscuras en el interior.

—Ésta tendremos que abrirla —dice Manuel—. El resto no parecen contener nada parecido a un tubo grande por lo que hemos visto, pero esta quién sabe.

Dicho esto Víctor destroza el cerrojo con dos balazos y penetra en la oscura sala.

—Debe haber algún interruptor por aquí cerca —dice Manuel, y al poco lo descubren y, pulsándolo ilumina por completo la habitación.

No hace falta que sigan buscando, ya han encontrado lo que quieren. Un tubo enorme preside el centro de la sala y, en su interior una mujer intubada duerme rodeada por completo de alguna especie de líquido verde. El resto de la sala está parcamente decorada. Apenas un gran ordenador en la esquina y una máquina cuyo uso desconocen los dos supervivientes.

—Joder —comienza Manuel—. Supongo que ella es la madre.

—Debe serlo —responde Víctor—. Venga, hemos de sacarla de ahí.

Así mientras Manuel se acerca al extraño artefacto con el objetivo de encontrar algún interruptor que vacíe el inmenso tubo, Víctor saca un pequeño hacha de su mochila y golpea el cristal con violencia. Este se rompe liberando el líquido verde que comienza a inundar la sala. En unos pocos segundos el tubo está roto y su contenido disperso por toda la sala.

Ayudando a Víctor, Manuel termina de romper el cristal y, juntos, sacan a la mujer de su encierro cortando los tubos que la apresaban. Con ella en los brazos de Víctor tratan de reanimarla. Le hablan y abofetean con cuidado esperando que con eso recupere el conocimiento, pero no lo hace. Manuel decide comprobar sus constantes vitales y, tras un momento haciéndolo, comenta con Víctor el resultado de sus comprobaciones:

—Está muerta.

—No puede ser, se supone que esta máquina y esos tubos deben mantenerla con vida.

—Tal vez la matamos en el momento en que la sacamos —dice Manuel.

—No creo, hemos sido muy rápidos, además, a juzgar por el color de su piel yo diría que lleva algún tiempo muerta.

—¿Y ahora qué vamos a hacer Víctor? Ella era nuestra mayor, no, nuestra única esperanza de acabar con Víctor cero.

—No lo sé, Manuel, no lo sé.

## SOLA

Abre los ojos. Lentamente, con cansancio. Le duele la cabeza como si hubiese dormido más de la cuenta. Pero al abrir los ojos no puede reconocer el lugar en el que se encuentra. No es su cama, no es su habitación, no es su casa. Se fue a dormir anoche como todos los días, pero no se ha despertado en el mismo lugar. ¿Dónde está? ¿Y su marido? ¿Y su hija?

A pesar de la oscuridad puede vislumbrar que se encuentra en una sala pequeña, cerrada, vacía. No tiene ni idea de cómo ha llegado hasta allí y eso la asusta. Se levanta y, dirigiéndose a la puerta, la golpea con fuerza a la vez que grita pidiendo ayuda.

Pero nadie la escucha, nadie la responde. En ese momento se echa a llorar y, abatida, se tumba en el frío suelo donde permanece casi dos horas.

Transcurrido ese tiempo escucha un ruido, como un sonido metálico, breve pero fuerte. Se incorpora y ve como el pestillo de la puerta ha sido abierto. Con cautela pero sin dudar se dirige hacia la única salida posible y, tirando del pomo, abre la puerta. Muy lentamente asoma la cabeza, pero no ve a nadie, únicamente un largo pasillo que se extiende a ambos lados.

Sale de la habitación y comienza a caminar hacia su izquierda. A mitad del trayecto contempla una pequeña figura a lo lejos. Por culpa de la oscuridad que envuelve casi totalmente el pasillo apenas puede distinguirla, aunque sabe que es una persona, de poca estatura y que viste ropas blancas. Paralizada por el miedo a lo desconocido Patricia observa como la figura avanza lentamente hacia ella. Muy despacio, casi sin hacer ruido.

Sin embargo, cuando la distancia entre ambas personas es de apenas quince metros Patricia distingue claramente a la figura que se acerca. Es su hija. Rápidamente se dirige hacia ella y la abraza afectuosamente.

—¿Dónde estabas cariño? ¿Qué es lo que ha pasado?

—No lo sé mamá, me he despertado en una habitación que no es la mía.

Alicia nada más que tiene nueve años pero es muy valiente a pesar de su edad e, incluso en esta situación tan extraña parece tranquila, como confiando en que su madre la llevará pronto a casa.

—No te preocupes Alicia, vamos a salir de aquí ahora mismo y nos iremos a casa con papá, ¿de acuerdo? Por cierto, ¿qué es eso que llevas en la mano? — pregunta Patricia cuando se da cuenta de que se trata de un teléfono móvil. Entonces lo coge de manos de su hija y llama a casa esperando encontrar a su marido. Lo hace instintivamente sabedora de que nada bueno les está pasando. Piensa que posiblemente las hayan secuestrado. Se despiertan en habitaciones oscuras con ropa diferente a la que tenían cuando se acostaron. Entonces al otro lado de la línea responde un hombre.

—¿Sí?

—Ayúdanos, socorro, estamos atrapadas, Manuel —dice Patricia cuando en ese momento el móvil se apaga. La batería ha llegado a su fin. Muy asustada Patricia coge a su hija en brazos y echa a correr por el pasillo. El teléfono se queda en el suelo.

—¿Qué es lo que está pasando mamá? ¿Por qué lloras?

—No te preocupes cielo, vamos a salir de aquí enseguida, tan sólo procura no hacer ruido, ¿vale?

Y, tras escuchar las consignas de su madre la niña permanece en completo silencio.

Patricia llega a una bifurcación de caminos. A la derecha una habitación con la puerta abierta. A la izquierda el pasillo sigue hasta donde le alcanza la vista. De repente el sonido de dos personas caminando y un extraño ruido metálico llega a sus oídos desde el fondo del pasillo. Y se acerca. No hay tiempo para tomar decisiones por lo que entra en la habitación de su derecha y cierra la puerta. Mandando callar a su hija observa por la pequeña mirilla de la que está dotada aquella puerta.

Al rato ve a dos hombres, físicamente idénticos, empujando una camilla de hospital de la que cuelgan unas correas. Cuando alcanzan el cruce de caminos giran en dirección al lugar de donde Patricia vino. Pocos segundos después escucha a uno de los hombres gritar y comienza a sonar un ruido de alarma por todo el pasillo. Patricia sabe que las están buscando. Le dice a su hija que procure estar callada el mayor tiempo posible y, mientras trata de buscar algún tipo de interruptor de la luz. Cuando lo encuentra e ilumina la habitación descubre que está en un lugar muy distinto del sitio en que despertó hace apenas dos horas.

Parece una especie de laboratorio con probetas y ordenadores por todas partes, pese a que la sala no es muy grande contiene muchas cosas. Una de ellas es una especie de trampilla en el suelo. Cuando Patricia comprende que probablemente sea su única salida apaga la luz, consciente de que esta podría atraer a aquellos hombres al filtrarse por la rendija de debajo de la puerta, y le pide a su hija que se agarre fuertemente a su espalda como si fuese una mochila.

Con la referencia del lugar donde está la trampilla Patricia se dirige hacia ella tanteando el entorno completamente a oscuras. No tarda mucho en llegar puesto que la habitación es pequeña y, cuando abre la trampilla percibe luz abajo, muy profundamente, al fondo. Unas escaleras en un estrecho hueco conducen hacia la luz. Apenas entran dos cuerpos por allí, pero debido a que la niña es pequeña pasan sin excesivos problemas. Cuando Patricia ha entrado del todo y se encuentra fuertemente sujeta a las escaleras, baja la tapa de la trampilla aprovechando un asa que posee para poder cerrarla desde dentro.

Entonces la oscuridad las atrapa, solamente la pequeña luz del fondo le permite a Patricia vislumbrar donde están los hierros de la escalera de mano y, lentamente pone un pie y luego otro iniciando el descenso. Debido a la extrema lentitud del proceso para evitar una desafortunada caída y al largo recorrido del trayecto tardan unos cuarenta minutos en llegar abajo.

Una vez allí, y, tras la inicial ráfaga de luz que impacta en sus ojos, llegan a una habitación similar a la de arriba, sólo que completamente iluminada. Sin embargo, la puerta de esta sala en lugar de tener una pequeña mirilla cuenta con un cristal de medio metro cuadrado que permite ver lo que hay en el exterior. Patricia se acerca con su hija agarrada a la espalda y mira por el cristal. Entonces es cuando lo ve.

## ENCUENTRO

Ha visto algo. Allí a lo lejos algo, o alguien se ha movido. ¿Será setecientos doce? No, no lo cree. Según su rastro no ha podido tomar ese camino. Entonces, ¿qué hacer?, ¿seguir el rastro de setecientos doce como lleva haciendo desde hace un mes o investigar el origen del movimiento extraño?

Teniendo en cuenta que por fin cree saber adonde se dirige su compañero, gracias a que recordó la última conversación que tuvieron antes de que este se fuera, y que lleva dos días sin ver a nadie, se decide por seguir el origen del movimiento.

Recorre la calle desierta hasta que llega a la esquina donde lo vio y, girando, descubre a lo lejos frente a un gran edificio. Muchos coches situados enfrente de la puerta principal, como si sus ocupantes los hubiesen dejado de cualquier manera, ansiosos por bajarse cuanto antes. Entonces, a unos trescientos metros de su posición observa a dos hombres descendiendo de un vehículo. Eso es lo que vio antes, la parte trasera del coche girando rápidamente la esquina. No reconoce a ninguno, pero, ¿cómo podría hacerlo después de pasarse una eternidad aislada del mundo?

Los hombres abren el maletero y sacan un par de mochilas y pistolas del interior y, sin dudarlo un instante entran en el edificio. Ella decide seguirlos a distancia, curiosa por saber quiénes son los extraños desconocidos y por qué entran armados en ese edificio. Sobre todo cuando se supone que no hay nadie. O, al menos ella, no ha podido ver a nadie en un tiempo.

Cuando consigue llegar a la puerta ya no están en su campo de visión. Entra en el vestíbulo principal y se detiene a observar todo lo que la rodea. Husmea el aire como lo haría un animal esperando localizar el olor de aquella pareja y, al poco tiempo, lo consigue. Su rastro le lleva a dirigir sus pasos a las escaleras principales y a bajarlas a lo que deben ser los sótanos del edificio.

Cuando llega al primer sótano se detiene ya que capta de nuevo el olor de los extraños, esta vez proviene de un largo pasillo que comienza al lado mismo de las escaleras, las cuales descienden todavía más hasta un segundo nivel. Decide adentrarse en el pasillo que tiene una longitud importante y se encuentra flanqueado por puertas que conducen a pequeñas salas. Todas las puertas están cerradas con candado menos una, la del fondo a la izquierda. Desde la distancia puede apreciar como está abierta y un halo de luz sale de su interior, así como lo que parece ser agua encharca la entrada.

Encamina sus pasos hasta allí y, cuando finalmente se encuentra bajo el marco metálico de la puerta ve a los dos hombres. Los extraños sujetan en sus brazos lo que parece ser una mujer, una mujer muerta hace tiempo. Ambos se dan cuenta de su presencia y le devuelven la mirada.

## DESCONCIERTO

Abre los ojos. Lleva horas durmiendo, pero es que le hacia mucha falta. Ha tenido un día muy duro. Se levanta de la cama y sale al exterior. Está apunto de anochecer. Quizá ha dormido demasiado, quizá hubiese sido mejor salir a investigar de día, pero ya es tarde para eso.

Vuelve a la habitación y, tras lavarse la cara y coger una mochila que encontró el día anterior allí, sale a la calle en busca de algo de ropa nueva y comida. Trata de memorizar el lugar exacto donde está para poder volver más tarde sin problemas, y baja la calle rumbo al este.

Tras cinco minutos caminando se percata alarmado de que no hay nadie en la calle. Ni una sola persona se ha cruzado en su camino. Es muy extraño. Pero ahora en lo único en lo que puede pensar es en reorganizarse para acabar con Víctor cero antes de que empiece a desarrollar su maquiavélico plan.

Continúa avanzando hasta llegar a una tienda de ropa. La puerta está abierta, pero no hay nadie en su interior. Tras buscar al dependiente decide coger algo de ropa y, después de meterla en la mochila, abandona el local sin que nadie le obligue a pagar lo que se lleva.

Ahora necesita algo de comida. No ha probado bocado desde que comenzó todo hace casi dos días, desde que se despertó en aquella habitación y liberó a todos sus compañeros. Tras buscar durante aproximadamente media hora encuentra un comercio de ultramarinos y, al igual que en el caso de la tienda de ropa, nadie le atiende, nadie le detiene cuando se come sus productos y se lleva el resto en la mochila. Víctor comienza a preocuparse. No sabe qué puede estar pasando. ¿Cómo es posible que no haya gente en las calles, en sus propios negocios? Tiene que averiguarlo. Un problema más que sumar al de Víctor cero. No obstante, Víctor cero tardará meses en poder poner en marcha su plan, y eso siendo optimista.

Recorre calles, parques y portales, pero siempre con el mismo resultado. Nadie. La situación es acojonante. De repente, alguien, una persona al otro lado de la calle. Está lejos, pero Víctor puede reconocer sus rasgos, es él mismo quien le está devolviendo la mirada. Es un Víctor a primera vista, aunque Víctor sabe que no puede haber más ya que todos sus compañeros fueron asesinados en el Huevo. Tampoco puede ser Víctor cero, a él lo reconocería al instante. Entonces, ¿quién es aquel que se encuentra al otro lado de la calle escudriñándole?

En ese momento el desconocido se acerca a Víctor, lentamente. Este espera a que se encuentre frente a él para poder desentrañar el misterio. Cuando llega a su lado corrobora todas sus sospechas. Ha de ser un clon. Son idénticos. Entonces el extraño le dirige la palabra:

—Has de venir conmigo Víctor, él te está esperando. Su plan ha comenzado a tomar forma, la situación es ya irreversible pero, si quieres, te ofrece aún la posibilidad de rectificar y ayudarlo en su cometido.

—¿Cuándo dices él te refieres a Víctor cero? —pregunta Víctor.

—Cuando digo él me refiero a él, al primero de todos.

En ese momento Víctor comprende que, tras la desaparición de la gente estaba la misma persona que, involuntariamente le había dado la vida. Muchas preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Cómo es posible que llevase a cabo su plan en tan poco tiempo? Incluso él mismo le dijo que tardaría meses en poder comenzar. Pero el hecho de que un clon suyo se encuentre frente a Víctor es prueba más que suficiente para darse cuenta de que algo ha tenido que pasar para acelerar de manera tan dramática el proceso.

Durante un rato el clon no dice nada esperando una respuesta positiva de Víctor, sin embargo, este no tiene nada que pensar. Jamás se unirá a un tirano como Víctor cero. Ya lo rechazó antes y volverá a hacerlo cuantas veces sea necesario. Comprende que el emisario que ha enviado a por él no se conformará con esa respuesta y que, probablemente tenga instrucciones de matarlo si la

rechaza nuevamente, por lo que Víctor trata de matarlo antes haciéndole explotar la cabeza como tantas veces ha hecho anteriormente. Pero esta vez no lo consigue, no funciona con él. La única explicación es que el clon tenga la misma habilidad que él. Únicamente queda una opción, luchar.

Sin darle tiempo a reaccionar, Víctor golpea primero. Ambos contendientes se enzarzan en una violenta pelea de la que Víctor se erige como vencedor. Ha matado al clon con sus manos desnudas. Incluso se sorprende de lo fácil que le ha resultado. En ese preciso instante un sonido llega hasta sus oídos. Procede del clon. Víctor lo registra y descubre un teléfono móvil entre sus ropas. Sin dudar un instante lo descuelga sabedor de que puede obtener información de aquel modo. Además, quienquiera que sea la persona que se encuentra al otro lado de la línea no conseguirá distinguir entre la voz del clon y la suya propia.

—¿Sí?

—¿Has encontrado a alguno de los siete número tres? —pregunta la voz al otro lado del teléfono, una voz idéntica a la de todos los clones de Víctor cero.

—No señor, todavía estoy buscando, no es fácil encontrar a siete personas en una ciudad vacía.

—Lo sé, escucha. Número dos ha conseguido encontrar a varios de ellos, ha muerto alguno en la pelea pero a los supervivientes les ha encerrado en un vagón de metro y los trae directamente hacia aquí. Quiero que vallas con el y te asegures de que llegan todos, ¿de acuerdo?

—Desde luego señor, ¿a qué estación debo dirigirme?

—Ahora mismo está recorriendo la línea diez para ver si queda alguno más escondido por los túneles. Le he dicho que te espere en la estación de Príncipe Pío, en la boca de entrada.

—Muy bien, voy para allá —responde Víctor

Acto seguido cuelga el teléfono y se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón. Ya es innegable que Víctor cero se encuentra detrás de todo esto, pero ahora sabe que no todo el mundo ha desaparecido. Hay un grupo de siete personas libres, puede que todas ellas prisioneras de otro de los clones, por lo que Víctor se marca como objetivo principal rescatarlos, no sólo porque son personas indefensas a merced del loco de Víctor cero sino porque si los quiere debe ser por algo. Quizá sean necesarios para continuar con su plan, por lo que si consigue rescatarlos y mantenerlos lejos de él tal vez su plan no llegue a completarse.

Con ese pensamiento en la cabeza Víctor se dirige a su base de operaciones, por llamarla de alguna manera, no sin antes entrar en algunas tiendas más por el camino para coger más ropa, comida y armas, ya que la gente que se encuentre probablemente las necesitarán. Una vez en su habitación deja todo lo que no necesita y encamina sus pasos en dirección al metro más cercano. Baja a las vías y se interna en el túnel, rumbo al sur, rumbo a la estación de Príncipe Pío.

## SUPERVIVIENTE

Víctor y Manuel miran en dirección a la puerta asombrados y asustados. Ante sus ojos ha aparecido una mujer. Morena de tez y de cabello, bastante largo por cierto, vestida con apenas cuatro trapos y de gran envergadura física para una mujer. Ella les devuelve la mirada, pero no dice nada. Tras unos tensos segundos de cortante silencio Víctor habla:

—¿Quién eres?

—Soy seiscientos quince —responde la mujer hablando lentamente, como si le costase encontrar las palabras exactas que tiene que pronunciar.

—¿Es eso un nombre? —pregunta Manuel. Pero antes de que la extraña mujer le responda Víctor interrumpe y le pregunta de nuevo.

—Eres una de ellos, ¿verdad? No eres de este planeta. Eres como doscientos trece.

Al escuchar ese nombre la mujer se muestra visiblemente sorprendida y, tras vacilar un segundo entabla conversación con Víctor.

—Me suena ese nombre, pero no estoy segura, hace muchísimos años que no tenemos contacto con nadie.

—¿Tenéis?, ¿es qué sois más aparte de ti misma? —pregunta Víctor—. Dices muchísimo tiempo, entonces no has aparecido ayer he de suponer.

—¿Ayer? No, hace muchísimos soles que estamos aquí. Desde el principio —dice la mujer con menos dificultad que antes debido a que, de algún modo esos dos extraños se han ganado su confianza, o, al menos, han despertado su curiosidad.

—¿Puedes explicarte por favor? —pregunta Víctor mientras deposita con cuidado el cadáver de la madre en el suelo—. Toda la población de la Tierra parece haber desaparecido menos nosotros por culpa de doscientos trece, ¿lo conoces?

—¿No se llamaba Víctor cero? —pregunta Manuel a Víctor extrañado del cambio de nombre repentino.

—No, ese es el nombre que le puso el doctor Pérez.

—Escuchad —interrumpe seiscientos quince—. Realmente no sé de qué me estáis hablando. No sé quién es ese hombre por el que me preguntas, o, al menos no lo recuerdo. Está claro que vosotros sabéis más de este mundo que yo pese a que soy mucho más vieja que ambos, así como parece que algo malo está pasando que desconozco por lo que propongo que me dejéis que os cuente mi historia. No sé por qué pero estoy segura de que lo que os cuente os va a ser de utilidad. Quizá es debido a que nos conocemos, si bien yo no lo recuerdo ya que tu rostro, extraño, me es muy familiar.

—Desde luego es lo mejor. Quizá cuando nos hayas contado todo las piezas encajen y logremos encontrar la forma de eliminar a doscientos trece. Nuestra única esperanza residía en la mujer que ahora yace a nuestros pies por lo que no tenemos nada que perder. No te negaré que alguna duda tengo acerca de ti como comprenderás, puede tratarse de alguna trampa de doscientos trece para acabar con nosotros, pero, como ya he dicho antes, no tenemos nada que perder, así que nos arriesgaremos. Una vez nos cuentes tu historia te contaremos lo que nosotros sabemos a ver si conseguimos sacar algo en claro entre todos.

—Bien, entonces escuchadme. Mi historia es bastante larga en el tiempo, pero no toda ella está llena de cosas interesantes que contar. Todo comenzó cuando setecientos doce y yo fuimos enviados en una nave al espacio junto a otros ocho compañeros. Nuestro objetivo era encontrar un planeta con atmósfera para poder trasladarnos todos allí ya que en nuestro planeta un extraño virus estaba acabando con nuestra especie. Aunque conocíamos la forma de clonarnos para sobrevivir...

—Un segundo —interrumpe Víctor. Todo el proceso de resucitar mediante el ADN y eso lo conocemos, lo digo para que no tengas que alargarte explicándolo. La parte de la que no sabemos nada es a partir de cuándo setecientos doce y tú os quedasteis en la Tierra y vuestros compañeros regresaron.

—¡Vaya! —exclama seiscientos quince—. Es increíble que sepáis todo eso, pero supongo que ya me lo explicaréis más adelante.

A todo esto Manuel entiende muy poco de lo que sus compañeros hablan ya que, si bien se lo había explicado todo Víctor antes, no llegaba a comprenderlo completamente y, menos todavía, atar cabos sueltos. Seiscientos quince prosigue:

—Nuestra misión era permanecer aquí, y, cuando nuestra máquina recibiese las secuencias genéticas de nuestros compañeros, les devolveríamos a la vida en la Tierra. Gracias a la tecnología que poseíamos podíamos introducir una secuencia en ella y obteníamos una especie de huevo, cigoto o como lo queráis llamar al que le aceleraba el crecimiento. Todo esto en cuestión de minutos.

—Perdona que te interrumpa de nuevo —dice Víctor—. Creía que era absolutamente necesario que ese cigoto se implantase en una mujer que daría a luz al niño.

—No, ni mucho menos. Lo que tú dices estaba prohibido. Gracias a la tecnología que poseíamos no hacía falta un útero materno. De hecho, antes de encontrar el recurso de la máquina lo hacíamos como tú dices y los resultados fueron pésimos.

—¿A qué te refieres? —pregunta curioso Víctor.

—A que de esa manera el riesgo de que la madre sufriese alguna enfermedad rara o experimentase ciertas anomalías eran elevadas, debido al intercambio de sustancias que se produce entre el bebé y su madre. Las habilidades mentales eran más poderosas aún e incluso podían afectar a otras personas con las mismas habilidades manifestadas a nivel, digamos normal. Como os iba contando esa vía de reproducción se prohibió para evitar problemas.

El caso es que sabíamos que nuestros compañeros todavía tardarían cien años en regresar a nuestro planeta, es lo que tardamos nosotros en llegar a este, así que nos propusimos investigar más a fondo el que iba a ser nuestro nuevo hogar. Podéis pensar que nuestros compañeros llegarían inmediatamente a nuestro planeta natal si los hubiésemos clonado allí tras morir, pero tened en cuenta que nuestra sociedad prohíbe tanto el suicidio como el homicidio y en nuestro hogar no podían saber con exactitud el momento en que ellos morirían.

Investigando este planeta descubrimos que estaba habitado por unos animales muy grandes y excesivamente peligrosos para nosotros por lo que nos refugiábamos en lo alto de una montaña para permanecer a salvo al menos un tiempo. Pasaron algunos años cuando estuvimos a punto de morir definitivamente. Un buen día un meteorito colisionó con el planeta. Lo vimos venir días antes, pero no podíamos hacer nada para evitar que colisionase con el planeta. No lo destrozó y no nos mató gracias a que nos fuimos a otra parte del globo, pero nos dimos cuenta de que la gran mayoría de los animales que habitaban el planeta habían desaparecido tras el impacto. El mismo ocasionó una serie de cambios climáticos bastante bruscos a lo largo de varios años a los que nos fuimos acostumbrando como pudimos. No sé de dónde vino tal pedazo de roca, pero trajo vida microscópica con ella. Nos dedicamos a recorrer el planeta en su busca y, cuando lo encontramos lo analizamos con las herramientas de las que disponíamos. Trajo vida celular microscópica que, lentamente fue extendiéndose por el planeta y causando la muerte a cientos de especies animales

que no pudieron resistir la presencia de aquellos seres en su organismo. Pues como más adelante descubrimos eran seres simbiotes, aún hoy forman parte de muchas especies animales que supieron adaptarse a ellos. A nosotros no nos afectaron en lo más mínimo.

Durante algunos años vagamos por aquí y por allí buscando vida inteligente, pero no encontramos nada. Nos sentíamos muy solos y todavía faltaban unos cincuenta años más para que nuestros compañeros regresaran a casa por lo que decidimos reproducirnos entre nosotros como planeamos en el momento que descubrimos este planeta. Nos saltamos las normas.

—Perdona un segundo —dice Manuel—. Si vosotros contabais con la maquinaria necesaria para clonaros, ¿Cómo iban a sobrevivir vuestros compañeros en su trayecto a vuestro planeta?

—Obviamente no contábamos con una sola máquina. Llevábamos dos para salvar ese problema. Ahora, como decía, decidimos reproducirnos por el método tradicional y poblar el planeta para que, cuando llegasen los demás se encontrasen algo más que un jardín gigantesco. He de decir que tuvimos muchos hijos, a razón de uno cada dos años más o menos, aunque descubrimos en ese momento por qué ese tipo de reproducción se había prohibido en nuestro planeta. Los hijos fecundados de forma natural no poseían ninguna de nuestras habilidades, o como mínimo las tenían en un grado tan inferior que apenas se percibía y eso se acentuaba con cada generación que nacía. No pudimos hacer nada para remediarlo ya que nuestra tecnología en ese momento se reducía a recoger información del espacio por medio de una especie de satélite y a la máquina de clonación. Nada más.

Aun así seguimos teniendo hijos. Con el tiempo se disgregaron y formaron sus propias familias con sus respectivos hijos muriendo al cabo del tiempo sin poder hacer nada para clonarlos. No conocíamos sus secuencias genéticas y solamente podíamos introducir en la máquina las secuencias exactas para hacerlo. Conocíamos las nuestras, pero no teníamos forma de averiguar la de otros. Nunca le contamos a nadie que poseíamos una máquina capaz de darnos vida eterna.

Entonces llegó el día en que recibimos algo a través de nuestro micro satélite. Era una secuencia genética, nada más que una. Rápidamente la apuntamos en el suelo como pudimos y la reprodujimos en la máquina. Mientras lo hacíamos sondeamos el espacio en busca de más secuencias, pero no conseguimos encontrarlas.

En apenas unos minutos un ser humano se encontraba frente a nosotros. Sin lugar a dudas se trataba de uno de los nuestros. Hablamos con él bastante tiempo y nos explicó por qué sólo habíamos podido captar su secuencia genética. Al parecer, una vez introducidas todas las secuencias el ordenador que se encargaba de depositar nuestras cadenas de ADN en el espacio falló, se recalcularon las coordenadas automáticamente mandando las distintas secuencias a frecuencias diferentes. Una vez en el espacio y, a medida que estas avanzaban, se iban separando más y más unas de otras.

Eso nos dijo doscientos trece que sucedió, que afortunadamente su secuencia encontró el rumbo correcto y, que como la suya alguna más pudo

seguirla. Los días posteriores nos dedicamos a poner al día a doscientos trece sobre nuestro nuevo planeta así como a tratar de localizar más cadenas de ADN con nuestro micro satélite. Entonces, un día como cualquier otro, doscientos trece desapareció. Cuando nos despertamos por la mañana ya no estaba allí así como todos nuestros familiares, nietos y bisnietos (los hijos ya habían muerto de viejos).

Sorprendidos como estábamos buscamos por los alrededores, pero resultó inútil. Habían desaparecido todos. Tres días más tarde doscientos trece volvió, y con el cincuenta de nuestros descendientes. Parece ser que doscientos trece les convenció, de alguna manera, que ellos morían porque nosotros lo deseábamos, que no les dábamos nuestro poder de resurrección (así lo creían todos ya que nunca le mostramos la máquina a ninguno de nuestros hijos) porque no deseábamos que llegasen a ser tan poderosos como éramos setecientos doce y yo.

Doscientos trece les había contado lo de la máquina y en ese momento venían a arrebatárnosla. No recuerdo cómo se lió todo exactamente pero comenzamos a luchar contra ellos. Eran cincuenta y uno contra dos, pero los dos contábamos con las habilidades de las que ellos carecían, entre ellos la psíquica. Excepto doscientos trece. Con todo el dolor de mi corazón me vi obligada a matar a mi propia descendencia uno tras otro.

Al final quedaron tres y doscientos trece. Nuestros bisnietos escaparon y, francamente no hicimos nada por evitarlo, pero doscientos trece no corrió la misma suerte. Setecientos doce y yo lo matamos a golpes a sabiendas de que nuestras habilidades eran inútiles contra él. Nos quedamos solos. De nuevo.

Decidimos que algo así jamás volvería a suceder por lo que nos escondimos en lo más profundo de la selva en medio de un paraje montañoso, conscientes de que podían pasar siglos antes de que alguien nos encontrara. Y así fue.

Con el paso de los siglos supimos que existían seres humanos más allá de los límites de nuestro hogar y de que cada vez eran más. Se agrupaban en tribus y vagaban por el mundo conocido aumentando la especie. Era nuestro legado.

Pero antes de darnos cuenta de todo esto se nos planteó un problema enorme. ¿Qué haríamos cuando nuestra máquina de resurrección fallase? Algún día las piezas comenzarían a estropearse y no disponíamos de nada similar a la tecnología que necesitábamos para repararla. Afortunadamente encontramos la solución.

Setecientos doce, que fue uno de los encargados de la construcción de las primeras máquinas de clonación, trabajó en ella logrando sacar algunas piezas de su interior que no impedían su funcionamiento. Valiéndose de las herramientas primitivas que pudo construir consiguió convertir en repuestos aquellas piezas. Este fue el motivo de que fuera asignado a la misión. Así, si alguna fallaba algún día la podríamos cambiar. Aunque si se estropeaba una segunda vez ya nada podríamos hacer.

Afortunadamente pasaron miles de años hasta que falló por primera vez, y fue una de sus piezas básicas. Sabíamos que la tecnología que descubrimos en nuestro planeta era muy buena y resistente, pero no nos podíamos imaginar semejante duración. El problema del combustible lo solucionamos usando grasa

de animal que almacenábamos durante años. Era una máquina biológica en cuanto a su funcionamiento.

De esta manera, pasaron miles de años, no sé cuántos exactamente, pero recuerdo que por entonces los anotaba y acabé perdiendo la cuenta. Tuvimos que mudarnos todavía más lejos cuando los hombres empezaban a habitar todo el globo. Aun así fuimos invisibles para ellos. Nunca supieron de nuestra existencia. Sin embargo, nosotros los veíamos de vez en cuando, cada pocos cientos de años.

Bien, llegó el día en que nos quedamos sin piezas reutilizables para la máquina por lo que setecientos doce marchó hacia el mundo de los hombres en busca de algo que le pudiese servir. Yo me quedé sola un par de años esperándole, deseando que nada malo le hubiese ocurrido y que pudiese volver con los repuestos. Y así, un día volvió, y con repuestos. Me dijo que encontró unas cuevas no a muchos kilómetros de allí (después de vagar por medio mundo) llena de minerales y elementos de la naturaleza como cobre, estaño y otros. Con ellos pudo construir piezas de repuesto. Llegará el día, decía, en que los hombres descubran esa cueva y la excaven como de hecho ya hacían en otras partes del mundo.

He de deciros también, y ya voy acabando mi historia, que dejamos de usar el satélite en cuanto se averió. No nos molestamos en repararlo pensando que, a esas alturas ninguna secuencia genética encontraríamos ya.

Y así pasó el tiempo hasta hace poco cuando setecientos doce y yo tuvimos una pequeña charla. Me dijo que al día siguiente iba a ir a por más repuestos y también me contó algo que realmente me sorprendió pues creía conocerle muy bien. Me dijo que un día, hace cientos de años, recuperó el satélite y, aprovechando cierta tecnología que robo en una de sus incursiones en el mundo de los hombres (los cuales ya habían progresado mucho) lo reparó.

Cuando no estaba conmigo lo orientaba al espacio esperando encontrar algo y, un día lo hizo. Lo único que detectaba hasta entonces era la secuencia genética de doscientos trece la cual parecía haberse quedado flotando sobre nuestro planeta, pero entonces captó un mensaje aparentemente de respuesta. Provenía del otro lado del mundo y, según creía setecientos doce, habían encontrado la cadena de ADN de doscientos trece. No le dio mucha importancia en ese momento y dejó pasar algunos años. Años en los que, como dije, no dejé de pensar en el posible significado de lo que captó y que nunca más volvió a ver. Todo eso me contó aquella noche, pero pareció no darle mucha importancia y, francamente, yo tampoco se la di.

Hace aproximadamente un mes desperté y él no estaba. Supuse que se habría ido a buscar repuestos por lo que le seguí, quería acompañarle. No caí en la cuenta de la conversación hasta hace unos días. Supe que no fue a por repuestos ya que su rastro se desviaba mucho del camino. Llevo miles de años viviendo junto a él y no sólo eso, también gracias a mis habilidades no me era difícil seguir su rastro, su olor.

Ese rastro me ha conducido aquí. No aquí a este edificio, ya que me desvié a propósito al veros entrar en él. Pero estoy segura de saber adónde se dirige.

—¿Adónde? —pregunta Víctor.

—A un sitio al oeste de aquí. A unos cuantos kilómetros.

—Pero, ¿Qué hay en esa dirección? —pregunta Manuel.

—El Huevo —responde Víctor—. El sitio donde empezó todo. Al oeste de Madrid, en Badajoz, es donde está el complejo. Hemos de ir allí y detener a doscientos trece. Si tu compañero se dirige para allá y nosotros contamos contigo quizá consigamos matarle.

Los tres se dirigen al coche con el que llegaron al edificio y, mientras llegan al Huevo comentan y aclaran los puntos de la historia de seiscientos quince que no están del todo claros para ellos, especialmente para Manuel, a la vez que Víctor le cuenta su historia a la mujer. Ya en el coche, y, de camino al Huevo, trenzan sus historias y atan cabos sueltos para intentar comprender la magnitud de lo sucedido, y, de paso, encontrar la forma de detener a doscientos trece.

Tras una breve parada para repostar en una desierta gasolinera, prosiguen su camino hacia su objetivo del que apenas les separan ya más de dos horas.

## ESCAPANDO

La visión es prácticamente indescriptible. Al lado de varias máquinas y tubos de ensayo se ubican quince contenedores de cristal. En el interior de cada uno hay una persona sumergida en un extraño líquido verde. Patricia se apresura a taponarle los ojos a su hija para que no contemple semejante espectáculo.

Rápidamente se dirige a la puerta que hay al fondo a su derecha y la abre esperando encontrar algún sitio menos escalofriante, quizá una salida de aquel horror. Al otro lado aparece ante ella lo que parece ser una despensa, una gran habitación repleta de estantes y armarios mostrando ingentes cantidades de comida. Patatas, carne, lácteos, dentro de lo que tiene pinta de ser una nevera.

Patricia considera que lo mejor que puede hacer en ese momento es dejar allí a su hija, escondida tras los estantes del fondo mientras ella recorre el lugar tratando de encontrar una salida. Tener que cargar con la niña sería un escollo demasiado grande si lo que pretenden es salir de allí cuanto antes.

La niña no tarda en comprender lo que su madre le explica que tiene que hacer y, pese a que tiene miedo, confía en su madre ya que sabe que volverá por ella.

Con gran dolor Patricia deja a su hija escondida en aquella despensa y, saliendo de la habitación, cierra la puerta por fuera. Decide que el único lugar por donde puede empezar a buscar la salida es por la puerta que se encuentra en el otro extremo del corredor, justo enfrente de su posición actual.

Recorre el pasillo a paso ligero sin mirar a su derecha para no tener que contemplar de nuevo aquel laboratorio inhumano. Aunque no lo ve Patricia sabe que allí continúan las quince personas encerradas, en sus tubos, sin poder hacer nada, probablemente dormidos mientras que alguna retorcida mente experimenta con ellos. Pero, ¿quién ha podido secuestrarles a todos y con que motivo? Patricia no sabe que no solamente ellos han sido secuestrados, la humanidad entera ha desaparecido.

Al fin llega a su destino, y, abriendo lentamente la puerta, pasa al otro lado de la misma encontrándose en ese mismo momento en una habitación pequeña sin puertas. Unas escaleras bajan en la esquina mientras que un pequeño elevador está situado a la izquierda de la mujer. Patricia decide bajar por las escaleras por miedo a que el elevador le conduzca a un sitio del que no pueda volver, o se quede parado en mitad de ninguna parte impidiéndole huir. Imagina que habrá más gente como la que iba en su busca allí arriba, en las celdas, así que procura caminar haciendo el menor ruido posible.

Tras un breve periodo de tiempo llega a una nueva habitación, una altura por debajo de donde espera su hija. En ella encuentra los mismos elementos que en la visitada anteriormente, la del elevador y las escaleras que bajan. Decide seguir bajando por las escaleras y repite este proceso dos veces más hasta que llega a lo que parece ser la planta baja.

Parece, debido a que no hay más escaleras que bajen. En su lugar una puerta. Lentamente Patricia se dirige a ella y la abre temerosa de lo que se puede encontrar fuera. Quizá la salida, quizá no.

En cuanto la abre ve como frente a ella se encuentra otra persona que, en ese mismo momento intentaba abrir la puerta desde fuera. Es él. Y no está solo.

## UN PLAN

Víctor detiene el coche. Sabe que ya están muy cerca del Huevo. Indica a sus compañeros que se bajen del vehículo y continúen a pie desde allí. Es lo mejor si no quieren llamar la atención de Víctor cero.

Tras unos veinte minutos de caminata llegan a una loma bajo la cual se sitúa el Huevo. Desde su privilegiada posición elevada los tres supervivientes pueden ver el complejo en todo su esplendor, y no solamente el edificio, también la ingente cantidad de guardias que rodean el mismo.

—Está absolutamente lleno de guardias. Clones de Víctor Cero. Jamás podremos entrar ahí sin que nos vean —dice Manuel.

—Cuento cuarenta y siete desde aquí pero seguramente hay más por el otro lado —dice Víctor—. Tenemos que entrar como sea, hay que pensar un buen plan.

—¿Por qué no nos enfrentamos a ellos directamente? ¿Qué pueden hacernos? Les reventaremos la cabeza antes de que se den cuenta —dice Seiscientos quince.

—¿Y si ellos cuentan con la misma habilidad que nosotros? —pregunta Víctor. Ya me he enfrentado antes a alguno de ellos y no he podido hacer uso de mi habilidad para derrotarle. Si cuentan con ella lo único que tenemos es nuestra fuerza bruta, y, pese a que seamos más fuertes, somos tres contra decenas, sin contar con que Manuel no tiene el poder del que gozamos nosotros.

—Lo tenemos bastante jodido entonces —dice Manuel—. No podemos enfrentarnos a ellos porque perderíamos, pero tampoco podemos pasar inadvertidos entre tantos. Es imposible colarnos sin que nos vean.

—Eso no es del todo cierto —dice Víctor—. Seiscientos quince y yo atraeremos su atención y tú te colarás por detrás. No tienen motivos para sospechar que somos más que nosotros dos. Los únicos que tienen habilidades extraordinarias que ellos conozcan, y ni siquiera deben contar con ella a estas alturas. Somos muy inferiores en número, pero podemos hacer que nos persigan un rato hasta que llegue el momento de la confrontación directa. Si no me equivoco usarán todos sus recursos para atraparnos. Seguro que Víctor cero les ha dado esas instrucciones. Ahora bien, si hemos de luchar contra todos perderemos irremediamente, desde aquí no puedo verlo con seguridad, pero juraría que van armados.

—¿Y qué haréis una vez consiga entrar? ¿Me seguiréis dentro? —pregunta Manuel—. Entonces toda la horda de enemigos de ahí enfrente entrará también, y no habremos conseguido nada, sin embargo, si vosotros no venís conmigo jamás podré derrotar a alguien como Víctor cero yo solo.

—Ahora me acuerdo —dice Víctor—. Hay una garita justo al otro lado de donde nos encontramos. Cuando el resto de los Víctor y yo vinimos aquí hace tres días encontramos una especie de entrada secreta por allí. Bien, el plan es el siguiente entonces. Seiscientos quince y yo captaremos su atención, haremos como que queremos pasar inadvertidos escondiéndonos entre los árboles para que nos vean y vengan a por nosotros, cuanto todos nos persigan, que espero sea así o, si queda alguien vigilando la entrada tengas la suficiente pericia como para esquivarlo, tú entraras en el Huevo por la puerta trasera que está justo al otro lado. Cuando Seiscientos quince y yo veamos la oportunidad iremos a la garita y entraremos por el pasaje secreto sellándolo desde dentro de tal manera que no puedan entrar por ahí. Inmediatamente los guardias irán a las puertas principales de la instalación para atraparnos, pero eso es inevitable. Cuando logres entrar mira a ver si se puede sellar la puerta desde dentro para retrasarlos un poco. En cualquier caso deberemos encontrar a Víctor cero antes de que lleguen los guardias. ¿Lo habéis entendido? —

Tanto Manuel como Seiscientos quince asienten con la cabeza conscientes de que es la única opción posible, y que, por arriesgada que sea tienen que jugársela ya que no tendrán otra posibilidad de acabar con Víctor cero.

A una orden de Víctor, Manuel se dirige hacia el otro lado del complejo no sin antes haber retrocedido unos cuantos metros para asegurarse de que no entraba de ninguna de las maneras en el campo de visión de los guardias. Cinco minutos después de su marcha tanto Víctor como Seiscientos quince llevan a cabo el plan. Ambos se dirigen en silencio hacia los árboles que se localizan frente al Huevo y, desde allí, caminan lentamente entre ellos, lo suficiente como para que les vean pero piensen que están intentando no ser vistos.

El plan funciona. Desde su actual posición, escondido tras unos arbustos, Manuel puede ver como los guardias se dirigen rápidamente hacia donde están sus compañeros. Todos ellos. Son más de los que contaron en un principio a juzgar por los cálculos de Manuel.

Sin embargo, y, a pesar de lo que Manuel creía, no todos se han ido a por Víctor y Seiscientos quince. Al menos dos se han quedado custodiando la entrada al recinto. Manuel sabe que no podrá contra dos. Quizá no podría ni contra dos que no tuviesen habilidades especiales. Recuerda lo que uno de ellos hizo el día anterior en el metro y se asusta ante la perspectiva de tener que atacarles. Pero ha de hacerlo. Sus compañeros se están sacrificando para darle una oportunidad.

Decidido coge una piedra y la arroja lejos de su posición golpeando unas ramas de un árbol. El viejo truco. Los guardias giran la cabeza al mismo tiempo hacia el lugar de donde procede el ruido y uno de ellos se dirige a comprobarlo.

Eso le deja un guardia al que enfrentarse, uno nada más, pero armado. En lo que parece ser una misión suicida, Manuel corre hacia él y, cuando el guardia lo ve, ya ha conseguido recorrer la mitad del camino que les separaba en un principio. El guardia levanta el arma, le quita el seguro y apunta a Manuel, pero este ya le ha alcanzado golpeándolo con la cabeza en el estómago como si de un violento miura encabritado se tratase, lo que propicia que el clon caiga de espaldas y pierda el control sobre su arma. Su compañero se percata de lo sucedido y corre a ayudarlo. No se atreve a disparar debido a la cercanía del extraño con su compañero. Parece que el plan de Manuel no ha funcionado. Y mientras, tanto Víctor como Seiscientos quince pueden estar en muy serios apuros.

El guardia se levanta y mira a Manuel, lo mira de la misma manera que lo hizo aquel hombre en el metro cuando mató a sus compañeros. Manuel sabe que va a morir pero, sin embargo, se salva. Algo desvía la atención del guardia. Su otro compañero yace muerto en el suelo. Un hombre lo ha matado apuñalándole por la espalda.

En ese instante el extraño corre hacia el guardia, momento que aprovecha Manuel para agarrarle por la espalda con todas sus fuerzas. No tiene más remedio que confiar en el extraño. Este le alcanza enseguida y, clavándole el cuchillo en el estómago le abre las tripas. Lo ha matado. Manuel suelta el cuerpo del guardia sin vida. Acto seguido mira al extraño que se encuentra frente a él con el cuchillo ensangrentado en la mano mientras este le pregunta:

—¿Quién eres?

—Me llamo Manuel, estoy de tu parte, queremos entrar al Huevo para derrotar a Víctor cero.

Manuel se da cuenta de que le ha contado todas sus intenciones al extraño confiando en que este pertenezca a su mismo bando. En caso contrario estará muerto antes de volver a hablar.

—¿Estamos? —le pregunta el extraño.

—Sí, Víctor y Seiscientos quince, creo que se llama. Están distraendo a los guardias para que yo pueda entrar sin problemas.

—Seiscientos quince —murmura el extraño—. Bien, entonces no debemos perder ni un segundo, ya habrá tiempo para explicaciones más tarde. Ahora debemos entrar en el edificio.

Haciendo caso al extraño ambos se dirigen a la puerta juntos. Manuel delante y el desconocido detrás de él asegurándose de que nadie les ve. Afortunadamente la puerta no está cerrada con llave ni precisa ninguna clave de seguridad, sin

embargo, en el preciso instante en el que Manuel se dispone a echar mano del pomo, la puerta se abre desde dentro revelando la presencia de una persona frente a ellos.

## SOLUCIÓN FINAL

Al fin ha llegado. Tras mucho buscar Bermejo se encuentra frente al primer panel de control del Huevo. Es algo que solamente conocen él y el fallecido doctor Pérez. Él, como jefe de seguridad del centro de control de enfermedades está obligado a conocer el procedimiento. Un procedimiento que ni tan siquiera el jefe de seguridad del Huevo conoce. Una cuestión de protocolo y medidas de urgencia según decía el doctor Pérez para argumentar por qué el número uno de seguridad del proyecto Víctor desconocía este sistema.

Bermejo lleva tres días vagando por la ciudad, solo. Tras recibir la llamada del doctor Pérez advirtiéndole de que huyese lo más lejos posible ya que iba a destruir todas las pruebas que les incriminasen en el proyecto decidió ir al canal diez, al lugar donde trabajaba su hermano como presentador de informativos para desvelarle al mundo la verdad acerca del proyecto.

Sería juzgado y encarcelado por ello, pero no había otra opción en aquel momento. No, existiendo aún cuatro clones del sujeto cero libres y con la intención de liberarle.

Cogió el coche y se dirigió al edificio del canal diez cuando, de improviso, un coche colisionó con él. Golpeo al coche de Bermejo por detrás propiciando que este se golpease la cabeza a pesar de contar con airbag dejándolo inconsciente.

Cuando despertó, no sabía cuánto tiempo había pasado, pero era plenamente consciente de lo que había sucedido. Salió del coche y observó como toda la carretera estaba colapsada de coches estrellados unos contra otros ardiendo.

Curiosamente no había un solo individuo en el interior de ninguno de aquellos vehículos.

Consternado ante tal imagen buscó posibles supervivientes en las cercanías, pero no pudo ver a nadie. No había nadie en los alrededores. Visiblemente asustado por este hecho corrió en dirección a Madrid desesperado e impotente. Por el camino contempló una y otra vez la misma escena, coches empotrados unos contra otros o contra la mediana de la carretera sin ocupantes.

Tras un par de horas caminando llegó por fin a la sede del canal diez. Subió hasta los estudios sin la esperanza de encontrar a su hermano. Si todo el mundo había desaparecido de repente ¿por qué iba a encontrar allí a su hermano? ¿Por qué iba a encontrarlo a él cuándo todo el mundo parecía haber desaparecido? Y así fue. Nadie. Lo único que vio tras buscar durante un rato fue un plató de telediario con una cámara encendida. Pero nada más.

Decidió no tocar nada y salir de allí. Sin saber realmente que hacer pensó en el Huevo. En que podía ser que en aquel mismo momento el sujeto cero estuviera libre. No sabía cuánto tiempo pasó inconsciente, sin embargo, sí sabía que se dirigía en coche a la cadena por la tarde por lo que en ese momento estaría apunto de anochecer. No obstante, tardó mucho tiempo en llegar a Madrid por lo que supuso que debía haber transcurrido un día entero desde que tuvo el accidente.

Sin más preámbulos buscó un vehículo y puso rumbo al centro de control de enfermedades. Ya sabía lo que tenía que hacer. Si el sujeto cero permanecía todavía en el Huevo activaría el sistema de autodestrucción de la instalación matándolo en el acto, y si ya no estaba allí, al menos destruiría toda la maquinaria que poseían en aquel lugar.

Tardó dos días en llegar al centro de control de enfermedades ya que pasó casi la totalidad de uno de ellos descansado en un motel de carretera. Ahora está allí, frente al primer dispositivo de autodestrucción de los tres que existen. El doctor Pérez lo diseñó de tal manera que aun pudiendo producirse un fallo en el sistema o un fallo humano que provocase la activación de uno de los dispositivos, el Huevo no se destruyese por completo. Para eso es necesario activar los tres dispositivos que se sitúan en las distintas plantas del centro, y, aun así no se destruiría el centro por completo. Resistiría una pequeña habitación diseñada especialmente para tal efecto en la que podía protegerse alguna maquinaria importante o la gente misma.

Pero la sala estaba bien oculta dentro del complejo siendo prácticamente inaccesible a alguien que no supiese que existía y dónde se encontraba con total seguridad.

Sin más dilación activa el primer dispositivo de autodestrucción y se dirige al segundo. No puede saber desde donde está si su plan tiene éxito o no, pero está casi seguro de ello. Es imposible que nada salga vivo de una reacción en cadena de explosiones de semejante magnitud.

Tarda menos de cinco minutos en llegar al segundo dispositivo, el cual activa rápidamente. Queda uno. De nuevo, en menos de cinco minutos se encuentra frente al tercero. Es el fin del Huevo. Lo pulsa. Ya nada más puede hacer. Su parte en esta historia ha terminado. En este mismo momento en el Huevo se

deben estar produciendo una serie de explosiones que hundirán por completo la instalación.

Una vez hecho esto, Bermejo se deja caer al suelo y comienza a llorar desesperado sin saber qué hacer a continuación. No hay nadie más ahí fuera, piensa. Sólo él.

## EL FINAL

Ha sido impresionante. La explosión pilló a Manuel totalmente por sorpresa. Realmente no se trató de una única explosión sino de un cúmulo de ellas que fueron destruyendo el complejo poco a poco. Fue sorprendente. Nada más abrir la puerta y contemplar el rostro de su esposa, un fuerte ruido le sobresaltó. Algo había explotado en el interior del huevo. Entonces todo fue muy rápido. Enseguida una cadena de explosiones comienzan a producirse al otro extremo de donde ellos están. Su mujer, aliviada por haberle encontrado, da media vuelta y echa a correr al interior del huevo. Manuel le grita que no entre que va a explotar pero ella no le hace caso. Se limita a gritar que debe rescatar a su hija mientras se va. Cuando oye esto Manuel toma la decisión de entrar con ella a ayudarla. Si su hija está dentro del complejo morirá si no hacen algo.

Pero el desconocido se lo impide. Le agarra de los brazos y tira de él obligándole a huir lo más lejos posible del complejo. Todo esto ocurre en segundos. Cuando se encuentran a apenas veinte metros el complejo entero vuela por los aires. La onda expansiva de la explosión les impulsa hacia adelante haciéndoles chocar contra el duro suelo varios metros mas allá. Cuando Manuel se levanta visiblemente aturdido por el golpe se gira y contempla lo que queda del Huevo, metal fundido y escombros por todas partes. Instintivamente corre hacia el derruido complejo con la esperanza de encontrar sanas y salvas a su mujer y a su hija, pero no tendrá tanta suerte.

Mientras tanto el desconocido se incorpora y observa como dos personas se acercan hasta su posición desde la distancia. Cuando está lo suficientemente cerca consigue distinguir a Seiscientos quince como una de esas personas. Le acompaña un desconocido que posee el mismo aspecto que Víctor cero, si es que no es él, piensa. Cuando llegan a su altura la mujer le dice:

—Setecientos doce, al final nos hemos encontrado, pero ¿qué haces aquí?

—Luego te lo explicaré todo, pero antes dime, ¿quién es este hombre que te acompaña y que se asemeja a aquel que nos trajo la desgracia?

—Es Víctor quince, un clon de aquel que nombras, me ha ayudado a intentar destruir a Víctor cero, el original.

—No entiendo muy bien de lo que me hablas. ¿Recuerdas cuándo te dije que iba a por material para la máquina tras aquella conversación que tuvimos acerca de ese que llamas Víctor cero? No fui a por material realmente. El día anterior a nuestra conversación capté una secuencia genética con el satélite. Ya sé que debería habértelo dicho y tengo que explicarte muchas cosas todavía pero déjame contarte únicamente lo imprescindible. La secuencia que encontré fue la de doscientos trece que siempre estuvo ahí realmente, pero pude comprobar como otra señal interfería con ella. No sé muy bien a qué es debido y tampoco cuándo se produjo este hecho, ya que en el espacio no existe el tiempo como nosotros lo entendemos aquí y puede que esa interferencia fuese emitida hace años pero yo la capté en ese momento. Era una respuesta procedente de la tierra a lo que parecía ser la pregunta de la secuencia genética. Eso significaba que si alguien en la tierra había descubierto el código genético de aquel individuo podría clonarlo si es que disponían ya de tal tecnología. Consciente del problema que supondría que aquel ser volviese a la vida decidí seguir el rastro de las ondas para impedirlo. Por eso me fui tan precipitadamente y no te comuniqué mis verdaderas intenciones. Lo siento, pero solamente intentaba protegerte.

—Por eso has venido a parar aquí —dice Seiscientos quince—. Es donde la señal te ha conducido, al lugar original donde clonaron a doscientos trece. Pero como dices captaste esa respuesta años después de que se emitiera, ya que lograron clonarle y retenerle en este complejo donde experimentaron con él y lo clonaron un total de quince veces. Este que va conmigo es su clon número quince. Él junto a los otros intentaron detenerle, lamentablemente sólo él sobrevivió. Me encontró junto a otra persona llamada Manuel que ahora mismo no sé dónde se encuentra.

—Ha ido a comprobar si en los restos del edificio puede localizar a su mujer y su hija —dice el desconocido ahora identificado como Setecientos doce.

—No sabía que su mujer estaba en el interior del edificio así como su hija —dice Víctor quince.

—Parece ser que él tampoco, a juzgar por la sorpresa que se ha llevado al verla —afirma Setecientos doce.

Mientras los primeros hombres y Víctor quince hablan entre sí Manuel busca entre los restos a su mujer y su hija con la esperanza de encontrarlas con vida. Tras levantar montones de escombros y gritar sus nombres sin recibir respuesta las localiza. Sepultadas bajo varias toneladas de metal yacen muertas. No ha sido capaz de salvarlas. Después de tanto buscarlas tras recibir aquella extraña

llamada de su mujer finalmente ha llegado tarde. Manuel grita de dolor y llora. Ahora nada tiene sentido para él.

—Parece que están muertas —dice setecientos doce.

—Desgraciadamente. Lo que también parece es que Víctor cero ha muerto también sepultado junto a su edificio. Nunca sabremos cómo ha podido hacer para evaporar a toda la gente de este planeta, así como qué debemos hacer para revertirlo— dice Víctor quince. Con él parecen haber muerto también todos los clones que custodiaban la instalación. Al menos no puedo ver a ninguno de ellos por aquí. No deben haber podido salir una vez les obligamos a perseguirnos dentro.

—Si eso es así —comienza Setecientos doce—, entonces nosotros cuatro somos los únicos seres vivos sobre el planeta, como antaño lo fuimos ella y yo.

—Eso no es del todo cierto amigo mío —dice una voz que se percibe lejana—. También estoy yo, ¿o es que pensabais repartiros el pastel sin contar conmigo?

Los tres supervivientes se giran para comprobar que quien había dicho todo eso no era nada más y nada menos que Víctor cero.

—No puede ser —dice Víctor quince sorprendido—. Estabas en el interior cuando esa cosa ha explotado. Debías estar dentro.

—¿Por qué debía estar dentro según afirmas, pequeño clon? Acaso habéis entrado para comprobar si yo estaba en el interior del Huevo. La verdad es que lo estaba, pero la alarma de autodestrucción saltó justo a tiempo para permitirme escapar por la trampilla que lleva a la garita. Esa misma que tú usaste el otro día cuando te perseguía y no fui capaz de ver.

—¿Pero quién ha activado el sistema de autodestrucción? Manuel no ha llegado a entrar cuando comenzaron las explosiones. ¿Acaso uno de tus guardias te ha traicionado? —pregunta seiscientos quince.

—Eso es imposible ya que todos estaban intentando mataros. Esas fueron mis órdenes. Desconozco quien ha podido hacerlo ya que yo estaba en el interior del edificio solo, pero eso ahora es irrelevante, nada impedirá que continúe con mi plan. Si bien es cierto que me llevará un poco más de tiempo llevarlo a cabo. Por otro lado, todos mis clones han muerto lo cual me viene muy bien en cierta manera ya que prefiero no tenerlos cerca en tanto número cuando las cosas comiencen a funcionar como yo quiero—

—Es decir —comienza Manuel que acaba de unirse al grupo—. Quedamos sobre la tierra nosotros cinco.

—Así es —le responde Víctor cero—. Un número demasiado elevado para mi gusto. He de acabar con vosotros cuatro ahora mismo para no tener que solventar más contratiempos como este en el futuro—

—Hijo de puta —dice Manuel—. Has matado a mi mujer y a mi hija, juro que aunque sea la última cosa que haga acabaré con tu miserable vida.

—¿Y cómo se supone que vas a hacer eso? No tienes ni una sola habilidad, eres basura comparado con tus compañeros.

Como respuesta a semejante afirmación e impulsado por la ira provocada por la muerte de sus seres queridos, Manuel se lanza a por Víctor cero con la única intención de matarle. Lo hace sin pensar en nada, sin darse cuenta de las habilidades que aquel sujeto posee y que pueden acabar con su vida en un abrir y

cerrar de ojos, como finalmente ocurre. Antes de que Manuel alcance a Víctor cero muere víctima de la más brutal de las decapitaciones. Su cabeza estalla violentamente salpicando a todos los presentes con los restos de materia gris y manchando sus ropas con sangre.

Víctor cero sonríe mientras el cuerpo de Manuel se precipita contra el suelo de donde ya nunca más se levantará. Lleno de ira Víctor quince ataca a la persona de la cual le clonaron sabiendo que a él no podrá matarlo de esa manera, porque cuenta con la misma habilidad que él. Lo golpea violentamente en la cara a lo que Víctor cero responde y, así, se enzarzan en un brutal combate cuerpo a cuerpo. Seiscientos doce y seiscientos quince no tardan en incorporarse a la pelea. Entre los tres logran sujetar a Víctor cero y golpearle en el estómago mientras este no puede defenderse.

Pero no todos sus atacantes son como él, mientras que seiscientos doce y setecientos quince son congéneres suyos, habitantes de su mismo planeta con las mismas habilidades desarrolladas que él, Víctor quince es un clon parcial del mismo. La única habilidad con la que cuenta es la del aumento psíquico que a su vez permita reventar las cabezas de los que no poseen tal aumento. Sabiendo esto Víctor cero eleva su temperatura corporal a niveles por encima de lo humano propiciando que Víctor quince lo suelte y, aprovechando la confusión logra desembarazarse de sus dos compañeros de planeta.

Ahora frente a los tres últimos enemigos con capacidad de hacerle frente en todo el globo Víctor cero lleva a cabo el plan que tenía ideado desde el momento en que se quedó solo en el Huevo hace unos días. Saca un artefacto de su bolsillo que los otros enseguida identifican como un detonador. Sin tiempo para pensar Víctor cero activa el interruptor provocando que el poderoso explosivo que llevaba oculto pegado a su cuerpo explote llevándose a todos por delante.

Víctor cero ha muerto. De eso no hay duda. Su cuerpo está lejos de poder ser reconocido ya que no quedan más que restos esparcidos por el suelo. De sus tres enemigos poco más se sabe. Setecientos doce yace en el suelo abrasado por la onda expansiva de la explosión. Los cuerpos de Víctor quince y setecientos quince ni siquiera se ven por los alrededores. Solamente un par de miembros mutilados acompañan al cadáver de seiscientos doce. Un brazo y una pierna, aparentemente de personas distintas.

El plan de Víctor cero ha salido a pedir de boca. Ha conseguido eliminar a los únicos rivales que quedaban en la Tierra capaces de detener su plan y frenar sus ambiciones. Habiendo previsto que en algún momento el Huevo sería atacado por su último clon y, no sabiendo que le acompañarían aquellos dos, los cuales pensaba que ya no vivirían, pues hacia millones de años que los encontró por última vez, desalojó la máquina de clonación del edificio y la instaló junto a una pequeña gasolinera a unos pocos kilómetros de allí. Construyó un control remoto de tal manera que, una vez activado, la máquina comenzaría a reproducir la secuencia genética original de Víctor cero consiguiendo clonarle apenas una hora después de activarla. Hoy, una vez el Huevo fue atacado por aquellos tres desconocidos, Víctor cero fue a la sala segura del Huevo que descubrió pocas horas antes y, allí activó la máquina de clonación para que hiciera su trabajo una hora después. Equipándose con el aparato explosivo que pondría fin a su vida se

dirigió a por los tres o cuatro enemigos que todavía continuaban con vida mientras contemplaba como el Huevo era destruido por una serie de explosiones que, eso sí, él no había previsto.

Ahora el lugar donde durante tantos años se encontraba el Huevo no es más que un páramo desierto lleno de cadáveres, escombros y fuego. A pocos kilómetros del lugar la máquina de clonación ha completado su trabajo. Del interior sale una persona conocida. Surge Víctor cero con vida. El último hombre sobre la faz de la tierra.

## TERCERA PARTE

### FUTURO PERFECTO

No hay futuro. Dios, eso es en lo que se ha convertido el mundo tal y como el sujeto cero deseaba. Con todo el poder que se puede ostentar dominando el planeta a su antojo como planeó hace millones de años. Me llamo Gustavo aunque solían llamarme siempre por mi apellido: Bermejo. Hace diez años destruí el Huevo y el centro de control de enfermedades. Con esto creí matar al sujeto cero y a todos sus clones liberando a la humanidad de su tiranía, pero obviamente no sucedió como yo esperaba.

El sujeto cero o el número uno como se hace llamar ahora es el fruto de un experimento que nunca debió llevarse a cabo. El doctor Pérez se dio cuenta de ello demasiado tarde. Trató de avisarme, de prevenirme para que huyera, pero, si no hay lugar donde esconderse, si el sujeto cero controla todo, ¿Dónde iba a estar seguro? Mi única opción era intentar destruirle de la única forma que podía hacerse. Sólo yo de los que quedamos con vida tras la desaparición de toda la humanidad sabía que tanto el Huevo como el centro de control de enfermedades podían ser destruidos desde este último. Lo hice pensando que había acabado con él y con sus clones para siempre, sin embargo, me equivoqué. Tras detonar ambos lugares acudí a refugiarme a un domicilio particular cerca de allí y esperé. A los pocos meses pude ver por la ventana como todavía existía gente o había sido creada gente nueva, no lo sabía exactamente. El caso es que vi como varias personas comenzaban a ocupar las casas colindantes. Entre ellas estaba el sujeto cero.

No obstante, no se trataban de clones del sujeto cero, eran personas totalmente diferenciables entre sí físicamente, igual que lo era la humanidad mientras todavía existía. Decidí jugármela y me mezcle entre ellos esperando averiguar qué pasaba. ¿Qué podía perder a esas alturas? La vida quizá, pero no me importaba en absoluto, después de asistir a la desaparición de toda la población de un planeta y de pasar varios meses solo sin saber cuál era mi futuro, ¿Qué me importaba perder la vida? Aprovechando lo que parecía ser una especie de reunión en plena calle me integré con aquellas personas y esperé a que el sujeto cero hiciera acto de presencia. A los pocos minutos apareció y se situó frente a todos nosotros. No pareció percatarse de mi presencia ni tan siquiera fue capaz de reconocermé, por suerte para mí, y comenzó a hablarnos de lo que iba a pasar a partir de ahora. Nos dijo que él era un dios, que su misión consistía en venir a este planeta y crear vida en él, organizarnos y darnos un sistema y una sociedad donde poder vivir todos juntos. Nos dijo que él era un ser muy por encima de nosotros y que debíamos obedecer todo lo que dijera o, en caso contrario, no sobreviviríamos al nuevo mundo que iba a crear para nosotros. Para demostrarnos de lo que hablaba nos mostró a un hombre que estaba oculto detrás de él encadenado. Dijo que cometió el crimen de no creer en su palabra y de rebelarse contra él. Delante de nosotros lo mató reventando su cabeza como tantas veces le había visto hacer en el pasado. Sin embargo, para toda la gente que se encontraba a mí alrededor se trató de una muestra del poder de ese dios

que había sido enviado a ellos para guiarles y conducirles a un futuro mejor, a un futuro perfecto. Todos juraron servir a su dios y desde entonces lo veneraron y cumplieron todo lo que le dijeron. Los que se oponían eran ejecutados públicamente para concienciar al resto.

A lo largo y ancho del mundo fue proclamando su palabra a grupos de gente que fueron conducidos allí. Hoy tengo claro que toda la gente que de repente apareció en el mundo en aquel momento, todos ellos adultos, no eran más que creaciones del sujeto cero, quizá desarrollados a partir de secuencias genéticas conocidas por él de los antiguos habitantes de su planeta, no lo sé, pero estoy seguro de que él mismo creó a la gente a la que más tarde dominó.

Yo, junto a un grupo multitudinario de personas fuimos emplazados a lo que él llamó un distrito, ubicado en lo que antes era conocido como Madrid. Nos proporcionó casa, ropa y comida y nos ordenó derruir todos los edificios que consideraba innecesarios (todos excepto nuestras casas y dos más por distritos, uno para su culto y otro para el gobierno del distrito). Nos deshicimos de todo lo material que encontramos en nuestras nuevas casas, de todo lo que encontramos por las calles, vehículos y demás. Dejamos las calles completamente limpias. Esto nos llevó apenas dos años, no sólo en nuestro distrito, sino en todo el mundo. Las órdenes del número uno, como desde entonces teníamos que llamarle, fueron claras, grupos de trabajo de doce horas durante diez días al mes. Doce horas para descansar y veinte días del mes para trabajar en cuestiones de administración del trabajo de los demás, administración de alimentos y recursos que él nos proporcionaba.

Por todo esto en dos años un nuevo mundo había sido creado, o casi. Si alguien que hubiese vivido en Madrid viese en lo que se ha convertido la ciudad hoy día no creería que se tratase de la misma ciudad. Un grupo de casas en lo que antes era el centro de Madrid donde vivíamos todos los de ese distrito. El resto, el edificio de culto al número uno, el edificio de gobierno de distrito y muchos parques y jardines. Las carreteras se quedaron como estaban pero fueron destruidos semáforos, señales, carteles, papeleras, bancos, todo, las calles estaban completamente vacías de elementos. Era un espectáculo dantesco, al menos para mí que había conocido el mundo tal y como era antes.

Una vez conseguido todo esto el número uno nos hizo comparecer ante él a todos los habitantes del planeta en el plazo de dos meses para dotarnos de una nueva vida según nos dijo. Lo que hizo fue, mediante la inoculación en nuestro organismo de algún tipo de líquido dotarnos de conocimientos que antes no poseíamos. Según él, ahora cada uno tenía asignado un destino. Unos gozarían de conocimientos para desarrollar labores de arquitectura, otros para ser trabajadores de la construcción, otros serían administrativos y así sucesivamente. Dividió a la gente en clases modificando su ADN para que cada uno únicamente conociese una profesión y fuese incapaz de aprender cualquier otra. Nuestro destino estaría sellado para siempre. Porque la otra cosa que nos dijo que hizo que todo su pueblo se volcase con él dedicándole más oraciones y halagos fue que nos prometió a todos la vida eterna. Si cumplíamos con nuestro cometido y éramos obedientes a todo lo que él ordenaba jamás moriríamos puesto que una vez que nuestro cuerpo muriese él sería capaz de devolvernos la vida. Con decisiones

como ésta y alguna que otra demostración de su poder se convirtió en el líder absoluto e indiscutible de todo el planeta. Un planeta en el que decían los elegidos por él para formar parte de su cohorte de subordinados directos que estaba formado por veinte millones de habitantes repartidos todos ellos entre España (sin las islas), Portugal y Francia. El resto del mundo no existía o eso nos decía, que era terreno sagrado al que nunca debíamos tratar de acceder bajo pena de muerte irrevocable. Era terreno de dioses exclusivamente. Es triste ver como la población mundial quedó reducida a un número inferior a la mitad de habitantes que tenía España en la década de los noventa.

Durante el transcurso de los siguientes cinco años el mundo terminó de moldearse como él quería. Todos los edificios, casas y construcciones fueron hechas iguales siguiendo un patrón impuesto por el número uno a los arquitectos. Las carreteras se eliminaron y las convirtieron en aceras todas ellas (las que pasaban por el interior de los distritos, las que unían varios distritos se convirtieron en caminos de tierra). En las calles se implantaron papeleras de diseño acorde a los edificios, bancos para sentarse, un servicio público y gratuito de transporte tanto interno como para ir a otros distritos, y una serie de elementos que constituyeron el aspecto definitivo que tiene el distrito hoy día.

Las jornadas de trabajo eran de cinco horas al día durante quince días al mes nada más. No era necesario trabajar más ya que el objetivo principal del número uno era que nuestro mundo fuera inmutable tanto físicamente como en su funcionamiento. Todo era una eterna repetición de tareas. Una vez al día había que acudir al centro de culto a rezar y suplicar a una estatua del número uno que se encontraba en su interior. El centro de culto era el edificio más grande que jamás contempló la humanidad.

No existía el dinero. La comida y la ropa eran proporcionadas por un comité dependiente del número uno que nos la proporcionaba gratuitamente cada cierto tiempo. Raciones de comida semanales y un par de prendas de ropa al mes. La comida y la ropa se obtenían como fruto del trabajo que los elegidos para tal cometido desarrollaban. Obviamente el trabajo no estaba remunerado, era una obligación que había que cumplir para luego poder disfrutar de todo lo que el número uno nos daba. A saber, nos proporcionaba comida, ropa, la vida eterna, transporte y ciertas actividades de ocio como por ejemplo actividades deportivas y juegos de mesa. Todo estaba perfectamente controlado y nada podía romper el equilibrio, no si la gente deseaba seguir viviendo por siempre.

El sexo estaba permitido, pero no se podía procrear de manera natural. La gente no tenía esa capacidad. Supongo que el número uno los creo a todos capados en ese sentido. En ese caso sería yo la única persona capaz de procrear por mis propios medios aunque ante la inexistencia de una mujer fértil no me serviría de nada. Para poder tener relaciones sexuales había que pedir permiso a un consejo de vida que hay en cada distrito. Era posible tener sexo una vez al mes si podías acreditar que durante ese mes no sólo habías cumplido con tu trabajo y con tu deber cívico de oración, sino que habías desarrollado tareas extraordinarias para la satisfacción del número uno (una serie de tareas que se publicaban en los tabloncillos presentes en cada lugar de trabajo). Si cumplías con estas condiciones podías tener sexo con un hombre o una mujer (siempre sexo

heterosexual, la homosexualidad no existe en este mundo) elegidos por el consejo entre los que igualmente cumplirían las condiciones necesarias. Se puede pensar que la gente corriente no aguantaría tanto tiempo para disfrutar de relaciones sexuales ya que muy pocos podían cumplir semejantes tareas extra pero es que, junto a la comida y bebida que nos proporcionaban todas las semanas, nos daban unos inhibidores que eliminaban por completo el deseo sexual. No sé si el resto del mundo se daba cuenta de esto, al no haber tenido nunca este deseo es probable que no pero desde luego yo sí lo notaba. Así si cumplías las condiciones necesarias para tener sexo una vez al mes te daban un alimento que volvía a despertarte la libido hasta que tenías sexo y luego volvían a inhibirte.

Hay varias cosas que habré pasado por alto al explicar como funciona el mundo ahora, pero básicamente lo más importante es eso. Escribo esto como posible testamento por si alguien lo encuentra y consigue creérselo y decide cambiar las cosas como yo estoy dispuesto a hacer. Después de cinco años más viviendo en este mundo perfecto ya no aguanto. Tal vez la gente que no ha conocido otra cosa sea completamente feliz con este estilo de vida, pero a mí me vuelve loco. Mi objetivo es cambiar las cosas, no sé cómo, ya que dudo que jamás puedan volver a ser como eran antes del número uno pero lo intentaré. El primer paso es matar al número uno, si bien esto sea una tarea poco menos que suicida debido al increíble control que hay sobre cada uno de nosotros y la extraordinaria seguridad que posee, amén de los poderes con los que podría eliminarme con tan solamente pensarlo. Pero he de hacerlo. Sé que yo solo no podré por eso he pensado en hacerme ayudar de otra persona. Una persona a la que me enfrenté en el pasado y a la que espero poder traer de vuelta a la vida. El plan es arriesgado ya que implica colarme en la misma mansión del número uno donde sospecho debe tener la máquina de clonación con la que devuelve la vida a sus fieles. Afortunadamente mi trabajo como médico me puede facilitar el acceso. Hay muy pocos en esta nueva sociedad ya que la gente apenas enferma y por lo tanto se limita la profesión a dos sujetos por distrito. He de intentarlo. He de acabar con este futuro perfecto.

Me acabo de levantar hace apenas diez minutos. Aún me encuentro bastante cansado ya que anoche no pude dormir bien pensando en elaborar un plan para colarme en la mansión del número uno y tener acceso a la máquina de clonación. Dándole muchas vueltas tampoco ha de costarme mucho conseguirlo, el problema, el gran inconveniente de este plan es que el número uno debe disponer de la secuencia genética de la persona que intento devolver a la vida en su listado mundial de secuencias de ADN. Es muy poco probable, pero es la única posibilidad que se me ocurre para acabar con él.

La primera parte de mi plan ha de comenzar en apenas quince minutos. Como todos los días el doctor Gutiérrez y yo nos reunimos para vemos que plan de trabajo vamos a seguir ese día. Tal y como dije antes únicamente hay dos médicos por distrito, el titular y el suplente. Desgraciadamente yo soy el suplente del doctor Gutiérrez. Eso es lo que tengo que arreglar hoy. Como todos los lunes me toca a mí ofrecerle algo para comer por lo que anoche preparé un desayuno especial. Mi objetivo es envenenarle lo suficiente para que haga efecto en su organismo un par de horas más tarde y muera dejándome a mí como único médico titular. Obviamente será clonado de nuevo y resucitado en breve, pero mientras eso ocurre es mi oportunidad como médico titular para colarme en la mansión del número uno. Pero esa es la segunda parte de mi plan. Ahora sólo debo centrarme en el doctor.

En cinco minutos llego a la oficina que está en el edificio enfrente de mi casa y allí encuentro ya al doctor Gutiérrez. Parece que ha empezado a desayunar antes de tiempo sin esperar a que llegase.

—Buenos días doctor López (así es como me llaman en este nuevo mundo). Siento no haberle esperado para empezar a desayunar, pero es que hoy tengo más hambre de la habitual.

—No se preocupe doctor Gutiérrez, aunque había traído unos excelentes bollos para desayunar esta mañana. Si no quiere probarlos lo entenderé.

—¿Quién ha dicho que no? No le negaré ese placer doctor López. Todavía tengo sitio en el estómago para más. ¿Usted no los prueba?

—Ya he comido antes un par de ellos y llenan demasiado el estómago, el resto son para usted si los quiere. Bueno, vamos al grano, ¿Qué tenemos para hoy?

—Parece que va a ser un día tranquilo, como todos. Tengo que ir a atender a un joven que sufre un poco de fiebre en el sector siete pero aparte de eso nada más.

—Bueno, si surge algo para mí ya sabe que estaré aquí todo el día.

—No se preocupe doctor López, si bien no esperaría de pie.

Sin más dilación y tras haberse comido un par de bollos de los que Bermejo le ha proporcionado el doctor Gutiérrez, sale de la oficina rumbo al sector siete a cumplir con su escaso trabajo diario. Bermejo permanece en la oficina a la espera de una llamada que confirme la muerte de su colega. De esta manera, podrá llevar a cabo la segunda parte de su plan. Aun cuando se confirme la muerte del doctor, deberán sacar la muestra de su ADN del registro y clonarla. Puede pasar un día fácilmente hasta que se lleve a cabo la operación. Al poco de que le avisen de la muerte de su colega Bermejo llamará al consejo de seguridad alertándoles de que quizá el doctor murió debido a una nueva enfermedad, al menos una

desconocida para ellos. Eso impediría clonarle hasta aclarar de qué se trata, ya que Bermejo se aseguraría de que supiesen que podría tratarse de una enfermedad ligada a la secuencia genética, por lo que de clonarle, la enfermedad permanecería con él. De esta manera, y, al ser el único médico operativo en todo el sector le enviarían a él a tomar muestras del cuerpo de su colega para investigar. Bermejo pediría acceso al registro para investigar su secuencia genética (realmente no tiene mucha idea de medicina ya que nunca fue médico y no se le programó para ello, logró escaquearse) y una vez dentro del registro podría buscar la secuencia de la persona que quiere devolver a la vida para luego buscar la máquina de clonación.

Quizá la parte más sencilla de su plan es la de entrar en el registro, una vez allí un paso en falso resultará fatal.

Al cabo de una media hora aproximadamente suena el teléfono de la oficina. Bermejo lo descuelga consciente de lo que le van a contar.

—¿Sí? —pregunta Bermejo.

—Doctor, ha sucedido algo terrible. El doctor Gutiérrez ha muerto hace unos quince minutos mientras atendía a un paciente.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta Bermejo intentando parecer sorprendido.

—No lo sabemos doctor, se desplomó en el suelo de repente y murió instantáneamente.

—Está bien, ya saben cual es el procedimiento.

—Desde luego doctor. El caso es que al doctor Gutiérrez no le había dado tiempo a atender a su paciente y dado que ahora es usted el médico titular le pido que venga a hacerlo usted mismo.

—Por supuesto, voy para allá —dice Bermejo colgando inmediatamente el aparato.

Bermejo no contaba con que tuviese que ir a tratar a un enfermo, pero, aun así no le llevará mucho tiempo si como le dijo el doctor Gutiérrez antes de partir era una simple fiebre. Coge su maletín y abandona la oficina. A la media hora se encuentra de vuelta. En efecto no tarda nada en curar al paciente, apenas tres minutos. Una vez termina deposita su maletín, descuelga el teléfono y llama a seguridad.

—Seguridad —responde una voz grave al otro lado de la línea.

—Soy el doctor López, le llamo por el asunto de la muerte del doctor Gutiérrez.

—Estamos al corriente doctor, hemos mandado a una unidad de limpieza para recoger el cuerpo y trasladarlo al cementerio, íbamos a comenzar los tramites para resucitarle ahora mismo. De hecho, he mandado a uno de mis hombres a una audiencia con el número uno para solicitar su permiso.

—Es preciso que detenga a ese hombre señor...

—Aguirre doctor.

—Acabo de hacer un descubrimiento terrible en relación con el doctor Gutiérrez.

—¿De qué se trata doctor?

—Es muy probable que la causa de la muerte del doctor sea un virus, pero no uno conocido sino una posible variante nueva de origen desconocido. Me baso en

unos análisis que estábamos realizando el doctor y yo con unas enzimas para afirmar esto. Es muy probable que el doctor Gutiérrez se contaminase en el curso de los experimentos.

—Bien doctor, ¿pero qué tiene que ver eso con no poder resucitarle? Una vez nazca de nuevo no poseerá ese virus ¿verdad?

—No exactamente Aguirre. Eso es lo que he descubierto. El virus afecta a la secuencia genética del doctor por lo que traerlo de nuevo implicaría devolverle el virus.

—De acuerdo doctor, si usted lo dice es que debe ser así yo no estoy cualificado para entender nada de esto. Voy a ir a buscar a mi hombre para revocar la audiencia ahora mismo. No cuelgue que enseguida estoy con usted.

—Le espero —responde Bermejo asombrado de que una chorrada tan grande como la que le acaba de contar haya colado de esa manera. No es tan de extrañar por otra parte al no contar más que los designados como médicos con el conocimiento mínimo requerido para desarrollar su profesión. Nadie, excepto el número uno, pondrá nunca en duda sus aseveraciones en materia médica. A los cinco minutos aproximadamente Aguirre vuelve a mostrar síntomas de vida al otro lado del hilo telefónico.

—¿Está ahí doctor?

—Aquí estoy Aguirre, cuénteme.

—He conseguido detener a mi hombre antes de que consiguiese autorización para entrevistarse con el número uno. Acabo de cursar una orden para que se le autorice a entrar en la residencia. En cuanto venga yo mismo le recibiré y pondremos todos los medios que precise para llevar a cabo su labor.

—Excelente, ¿el cuerpo del doctor estará allí?

—Por supuesto doctor si precisa realizar una autopsia se le habilitará un espacio para ello así como acceso al laboratorio.

—Muy bien, pero necesitaré acceso al registro también, es necesario que estudie el archivo de su secuencia genética para poder encontrar una solución.

—Lo comprendo doctor, no se preocupe, le daremos acceso al registro, encargará a un par de mis hombres que le acompañen hasta allí.

—Buen trabajo Aguirre, salgo para allá ahora mismo, es vital perder el menor tiempo posible en este asunto.

—Desde luego doctor, aquí le espero.

Dicho esto Bermejo cuelga el teléfono satisfecho ya que el plan sale según lo planeado la última noche. El único problema serán los dos guardias que le acompañarán al registro, pero ya ha pensado en la manera en la que deshacerse de ellos. Si no fuese por el hecho de que el número uno consideró necesario que todo el personal de seguridad estuviese al corriente de la existencia del registro, así como los médicos, tendría incluso menos problemas para conseguir su propósito. El resto de la población no conoce de su existencia e, incluso los guardias y médicos que sí lo saben, no tienen ni la menor idea de por qué el número uno guarda un registro tan completo de las secuencias genéticas de toda la población. Si lo supiesen tal vez el número uno no sería quien mandase ya que se vale del desconocimiento de esta información para controlar a la gente con su promesa de devolverles eternamente la vida. Lo creen un dios por ello.

Sin más preámbulos Bermejo coge su maletín y sale de la oficina rumbo a la mansión más preparado que nunca para poner fin a la tiranía del número uno.

EL REGISTRO

De camino a la mansión del número uno repasa mentalmente su plan. Todavía quedan unas cuantas paradas de autobús ya que la mansión se localiza estratégicamente situada a las afueras del distrito, así que tiene tiempo más que de sobra para pensar en ello. Una vez llegué allí dejará que Aguirre le guíe y le lleve según el protocolo con los dos guardias que le escoltarán hasta el registro. Previamente deberá pasar una serie de controles de seguridad. Lo más probable es que se trate de un arco detector de metales tan sólo, ya que en una sociedad tan perfecta como ésta que fue creada por el número uno se presupone que nadie tiene intención de cometer delitos. Gracias a este detalle podrá colar sin ningún problema las jeringuillas de plástico que lleva escondidas en la chaqueta con veneno suficiente para matar a un león. El veneno está destinado a los dos guardias con los que espera no tener que enfrentarse cuerpo a cuerpo para administrárselo ya que de ser así perdería, porque, aunque Bermejo fue líder del escuadrón de limpieza del doctor Pérez, teniendo gran entrenamiento militar, estos guardias han sido dotados de habilidades especiales que les hace únicos a la hora de desarrollar su trabajo. Siendo así lo mejor es administrarles el veneno rápidamente y sin que se den apenas cuenta. Le gustaría no tener que matar a dos personas inocentes, pero lo hará sin reparos si con eso consigue arreglar el mundo.

El autobús se detiene y abre sus puertas traseras permitiendo a Bermejo bajarse justo enfrente de la mansión. Es el único que se baja en esa parada, la última del circuito. A lo lejos puede ver como un guardia se acerca lentamente hacia el saludándole con la mano. Cuando llega hasta su posición se presenta como Aguirre y, tras darle la bienvenida le invita a entrar en el recinto de la mansión.

Atraviesan un largo jardín hasta llegar a la entrada del recinto. Todo el edificio está construido en metal. Las puertas blindadas pueden sellarse en caso de hacer falta. Si alguien se encierra en lo más profundo del edificio sabedor de un ataque, como sin duda hace el número uno, es prácticamente imposible llegar hasta él debido a la increíble estructura y seguridad de todo el complejo.

Una vez en la entrada Aguirre le señala a Bermejo quienes serán los dos guardias que le acompañaran al registro. Aguirre se despide de él recordándole que cuando llegue a la sala de autopsias el cuerpo del doctor Gutiérrez le estará esperando junto con dos guardias más para ayudarle en lo que necesite. Antes de ir con los guardias al registro le hacen pasar por un arco detector de metales y le pasan una pala detectora de objetos por encima. Con esta última no contaba Bermejo. Se trata de un artefacto capaz de captar objetos en una pantalla debido a la forma y las sustancias no propias del organismo humano que contienen, es decir, que cualquier cosa que lleve alguien que no esté hecha de la misma sustancia que compone el organismo, ya sea sangre, tejido, piel o lo que sea, será detectada y aparecerá su imagen en la pantalla. En la misma puede verse tanto la ropa interior que lleva Bermejo como su chaqueta y todo lo que contiene su maletín, aparte de las dos agujas que lleva escondidas en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Perdone doctor —le dice uno de los guardias—. ¿Por qué lleva dos jeringuillas en su chaqueta en lugar de en el maletín? ¿Puedo verlas?

—Claro no hay ningún problema —responde Bermejo intentando reflejar normalidad en su comportamiento—. Son una muestra del virus que mató al doctor Gutiérrez, las necesito para poder compararlas con las muestras que obtenga. Si las llevo en la chaqueta es porque deben estar en un lugar caliente y seco para no mermar la capacidad reproductiva del virus, lo que me impediría estudiarlo adecuadamente, ya que dentro del maletín junto a todas mis otras cosas se estropearían inmediatamente.

—De acuerdo doctor, es puro protocolo —le dice el guardia—. Guárdelas de inmediato antes de que se echen a perder —le dice mientras le devuelve las jeringuillas.

Aunque no lo demuestre exteriormente a Bermejo le satisface en exceso el hecho de poder contarles a los demás semejantes patrañas y excusas inventadas y que todos se muestren de acuerdo con él. Es la ventaja que esta sociedad perfecta le proporciona.

Una vez terminado este trámite le conducen hasta el registro. El mismo se ubica en el ala este de la mansión. Tras pasar un montón de pasillos y puertas de seguridad, las cuales únicamente pueden abrirse con una tarjeta que poseen los guardias, llegan a la entrada del registro. Una vez traspasan la puerta Bermejo se queda completamente abrumado ante la visión que aparece ante él. Una sala gigantesca, cuyo techo se debe encontrar a unos veinte metros del suelo, llena de estanterías gigantescas que contienen cajones por todos lados. A simple vista Bermejo estima que, de estar llenos todos los cajones, debe haber más expedientes con secuencias genéticas que habitantes quedan en el mundo. Encontrar la secuencia genética de la persona que intenta resucitar puede llevarle no sólo horas, sino incluso días.

—Le mostraré donde está el expediente del doctor Gutiérrez —le dice uno de los guardias.

—De acuerdo, le sigo.

El guardia comienza a caminar por el pasillo central seguido de Bermejo, sin embargo, para desilusión de Bermejo el otro guardia se queda en la puerta esperando. No será nada fácil matarlos a ambos de esta manera. Aunque solamente tuviese que enfrentarse a uno perdería sin dudar. Al minuto de empezar a caminar llegan a un pasillo lateral donde el guardia comienza a mirar una lista que se encuentra situada en una mesa al lado de la estantería. Están lo suficientemente lejos y escondidos del ángulo de visión del otro guardia como para que no sepa qué ha sucedido si Bermejo lo mata ahora mismo. Pero ha de ser rápido. Mientras el guardia pasa hojas y observa detenidamente el documento Bermejo se lleva la mano al interior de la chaqueta y palpa una de las dos agujas con la mano. Sujetándola se dispone a sacarla y clavársela en el cuello cuando el guardia levanta la cabeza y le dice:

—Aquí está. Según el archivo está en esta misma estantería dos estantes por encima.

Mientras dice esto Bermejo retira la mano del interior de su chaqueta disimuladamente rezando para que el guardia no sospeche nada acerca de sus intenciones. No obstante, no parece darse cuenta de nada así que se dirige a por la escalera que se encuentra apoyada al otro lado del pasillo mientras Bermejo le

espera justo debajo de donde se supone que está el archivo que contiene la secuencia genética del doctor Gutiérrez.

Cuando vuelve coloca la escalera y apoya un pie en el primer escalón cuando Bermejo vuelve a llevarse la mano al interior de la chaqueta dispuesto a coger la aguja. Es ahora o nunca. En el mismo momento en que el guardia lleva el pie al segundo escalón Bermejo le sujeta por el hombro y le clava la aguja en el cuello introduciéndole todo el veneno. Una vez dentro de su cuerpo, Bermejo suelta la aguja y, con ambas manos, le tapa la boca con todas sus fuerzas para que, durante los pocos segundos que le queden de vida, sea incapaz de alertar a su compañero. A los cuatro o cinco segundos el guardia ha muerto. Deposita suavemente su cuerpo en el suelo y recoge la aguja guardándola en el interior del maletín. Se lleva la mano nuevamente al interior de la chaqueta y saca la otra aguja escondiéndosela en la manga. Entonces grita.

—¡Guardia!, ¡ayuda!

El guardia que se encuentra vigilando la puerta, al oír estos gritos corre hacia la posición de Bermejo y, cuando llega descubre a este sujetando el cuerpo inerte de su compañero.

—¿Qué ha sucedido?

—Estaba subiendo a por el expediente cuando se tropezó con un escalón y se desplomó al suelo. Creo que se ha dado un golpe en la cabeza. Ayúdeme, quizá todavía pueda hacer algo, pero necesito que mantenga su cabeza en alto mientras saco de mi maletín una medicina.

El guardia sin rechistar se propone a hacer lo que Bermejo le dice por lo que se apresura a socorrer a su amigo, pero cuando se cruza con Bermejo este se da media vuelta, y, sacando la aguja de la manga se la clava en el cuello inyectándole todo el veneno. Igual que antes una vez introducido todo el contenido le tapa la boca con ambas manos mientras aquel pobre hombre agota sus últimos segundos. Al fin, muere.

Ahora tiene el camino libre, puede que si se demora mucho Aguirre sospeche que pasa algo y venga a comprobarlo así que tiene que ser rápido. Coge la lista que estaba revisando el guardia y comprueba como a lo largo de varias hojas aparece un listado de nombres ordenados alfabéticamente. El nombre del doctor Gutiérrez aparece junto a su apellido. El problema es que la persona que busca no tiene apellido así que supone que aparecerá sólo con el nombre. La lista que tiene en la mano contiene toda la gente cuyo apellido comienza con f así que tiene que ir más al fondo de la sala.

Después de comprobar un par de listas encuentra la que contiene la gente cuyo primer apellido empieza por v. no hay muchos afortunadamente. Sigue el orden alfabético esperando encontrar el nombre de Víctor, pero este no aparece. Frustrado por no poder encontrarlo comienza a pensar con qué otro nombre puede aparecer en el registro. El caso es que siempre le habían llamado Víctor, era el nombre del proyecto, como mucho distinguían entre un proyecto y otro dándoles números, pero, si no aparece bajo el nombre de Víctor tampoco aparecerá como Víctor quince. A no ser, piensa, que figure como sujeto quince, es la única posibilidad que le queda. Otro nombre jamás tuvo. Busca el archivo

correspondiente a la letra s y busca sujeto quince, pero tampoco localiza nada, ni siquiera la palabra sujeto o ninguna que se le parezca. Es desesperante.

Visiblemente ofuscado por todo el asunto pronto tiene un motivo más para preocuparse. Las alarmas comienzan a sonar.

HUIDA

Corriendo como alma que lleva el diablo Bermejo llega hasta donde yacen inertes los cuerpos de los dos guardias y, registrando a uno de ellos, le quita su tarjeta de acceso. Hace apenas unos segundos que las alarmas comenzaron a sonar pero en esta sociedad tan perfecta, todo funciona tan eficazmente que seguramente en tan sólo unos instantes nuevos guardias entrarán en el registro para ver qué ha sucedido.

Con la tarjeta en la mano echa a correr hacia la puerta y la usa para abrirla. Recorre el pasillo lo más rápido que puede con la esperanza de no toparse con nadie de frente, ya que en ese caso estará perdido al ser la única salida posible. Su objetivo ahora debe ser el camino por el que llegó el autobús pero en dirección contraria, es decir, donde no hay nada, ni civilización, ni personas ni nada, solamente un largo camino que une su distrito con otro pero por el que no está permitida la circulación de autobuses. Van a ser muchos kilómetros corriendo, pero no le queda otro remedio ya que no puede disponer de vehículo como sus perseguidores tampoco podrán. Será una carrera de resistencia por su supervivencia ya que si le cogen será ejecutado para servir como modelo a la sociedad.

Finalmente, Bermejo llega a lo alto de las escaleras que conducen a la entrada principal del complejo. A pocos metros suyos se localiza el detector de metales donde un guardia espera visiblemente perturbado por el sonido de la alarma. Unos metros más adelante la puerta principal que conduce al camino vigilado por otro guardia más que, en cuanto ve a Bermejo pega un grito. Sin tiempo para pensar Bermejo echa a correr hacia el detector de metales observando como el guardia que allí se encuentra sale a su paso para detener su avance. Sin duda el guardia será mucho más fuerte y resistente que él debido a su especialización pero Bermejo espera hacer valer la física en su favor. Aprovechando el impulso de la carrera, y que el guardia se encuentra inmóvil frente a él, lo empuja violentamente con el hombro sin detener su ritmo provocando que el pobre vigilante rueda escaleras abajo sin visos de detenerse más que al final de las mismas. Sin detener su marcha Bermejo continúa bajando las escaleras. Al echar la vista atrás puede ver como cinco guardias más han comenzado a perseguirle. No tardarán en cogerle. Consigue llegar al final de las escaleras poco después que el guardia al que golpeó, y aprovecha que el vigilante de abajo ha ido a detener el cuerpo rodante de su compañero para colarse rápidamente por su lado y sortear la barrera de seguridad de la puerta. Aun así es fácil que a los pocos segundos tenga a seis hombres detrás de él persiguiéndolo con lo que escapar se convertirá en una utopía.

Afortunadamente para Bermejo la sociedad en la que vive es perfecta en cuanto a su organización, lo que significa que un autobús se acerca a la entrada de la mansión como última parada de su recorrido exactamente a la hora que debe hacerlo. Por pura suerte o como se quiera llamar, ha coincidido que Bermejo escapaba con la hora de llegada del autobús. En cuanto este se detiene frente al complejo Bermejo lo alcanza subiéndose rápidamente y, sin dar más explicaciones, obliga a su conductor a bajarse. Este parece no hacer caso por lo que se ve obligado a bajarle por la fuerza. Se sienta en el sitio del conductor y busca la palanca que cierre las puertas. No tarda mucho en encontrarla pero

cuando lo hace, ya tiene a los seis guardas pegados al autobús. Estos comienzan a golpear las puertas cuando Bermejo arranca el vehículo y se interna por el camino prohibido. Tras unos segundos los guardias han quedado muy atrás y Bermejo ha conseguido escapar. Afortunadamente de nuevo para él, en la nueva sociedad no están contempladas las armas de fuego, por lo que sus perseguidores impotentes no pueden hacer nada para detener el vehículo una vez se encuentra este en marcha, más que verlo irse. Es de suponer que informarán inmediatamente a sus superiores, especialmente al número uno, y que enseguida será la persona más buscada del mundo, pero espera estar lo suficientemente lejos para cuando eso ocurra. Desgraciadamente no puede pasar por ningún distrito ya que enseguida lo cogerán por lo que se ve obligado a tener que atravesar caminos aún sin delimitar para no acercarse a ninguno a menos de varios kilómetros.

Una vez calmado tras la frenética huida y sintiéndose momentáneamente a salvo, Bermejo se da cuenta de lo horriblemente mal que ha salido su plan. Ahora, no podrá volver nunca más a la civilización puesto que en cuanto le vean lo matarán. Ahora no tiene ningún plan para salvar el mundo.

Pasan varias decenas de kilómetros cuando tiene una idea. Desesperada quizá, pero una idea al fin y al cabo. La delimitación del nuevo mundo llega hasta la que antes era la frontera norte francesa. Su objetivo ahora es atravesar esa frontera y ver qué hay detrás. Probablemente nada, pero piensa que si el número uno prohíbe terminantemente cruzar ese límite a lo mejor es por algo. Total, no tiene nada que perder. Tendrá que eludir nuevamente a varios guardias, pero si consigue atravesar el paso sin bajarse del vehículo lo tendrá hecho, ya que no cree que nadie le siga por territorio prohibido. Como mucho informarán al número uno que ha cruzado el límite y pedirán instrucciones.

Al cabo de un rato de pensarlo no le parece mal plan a pesar de que no sabe adónde le conducirá todo eso, quizá a nada. El principal problema que acarrea es el vehículo. Según el contador de gasolina del autobús este está a la mitad de su capacidad con lo que con suerte le llevará hasta lo que antes era la frontera de España con Francia. Eso significa que tendrá, como mínimo, que hacerse con algún otro vehículo. Teniendo en cuenta que los únicos existentes a hoy por hoy son los autobuses, implica tener que entrar en algún distrito a robarlo. Cada vez se ponen las cosas más difíciles. Bermejo piensa que cuanto antes lo haga mejor, ya que, una vez más, las reglas de este futuro perfecto juegan a su favor. No hay televisión, por lo que no pueden retransmitir su imagen a todos los distritos del mundo para que si alguien le ve por la calle lo denuncie. Eso significa que el único método de propagar la noticia es mediante prensa escrita, al menos una fotografía suya. Eso le dará con suerte un par de días de margen para apoderarse del coche sin que nadie le reconozca. No sería mala idea de paso conseguir algo de comida ya que, si no, morirá de hambre en el trayecto hacia terreno desconocido. Con este nuevo plan en mente Bermejo conduce rumbo a lo desconocido.

DUDAS

Hace apenas media hora que me lo han dicho. Uno de los muchos ciudadanos que viven en mi mundo se ha sublevado y ha escapado con rumbo desconocido. ¿Cómo es posible que todavía quede gente que cometa semejantes estupideces?, ¿es qué no les parece lo suficientemente grande el castigo? Me informan del nombre del individuo y lo primero que hago es ir al registro yo solo para comprobar qué es lo que había estado haciendo allí. Dos guardias muertos es lo primero que encuentro. No es un problema pues los clonaré de nuevo y será como si nada hubiese sucedido. Ya que estoy aquí busco el archivo del fugado para, de esta manera, poner fin a su vida clonándolo mientras el original sigue vivo. El problema es que no encuentro su archivo por ninguna parte. No hay ningún doctor López censado. ¿Cómo es posible?, ¿Cómo puede haber alguien que no aparezca en mis archivos?

En esos archivos figuran las secuencias genéticas de todos los habitantes de mi nuevo mundo así como algunas más de mi viejo mundo por si llegase a necesitarlas llegado el caso. Pero la suya no está aquí. Eso solamente puede significar una cosa, que a ese hombre no lo he creado yo. Pero por otro lado me resulta del todo inconcebible que algo así fuese posible ya que no quedó ni un ser vivo en la tierra cuando eliminé a aquel clon mío y mis dos congéneres.

Ahora, sentado en mi despacho particular, recibo la noticia por medio de mi jefe de información de que el doctor López ha sido visto en el distrito dieciocho. Parece ser que ha robado un autobús y algo de comida. Según fuentes presenciales parecía dirigirse al norte. ¿Cuáles son sus intenciones? Al norte de la antigua Francia no hay nada. Es territorio prohibido. Así lo llamé para impedir que nadie penetrase allí y descubriese los restos de la antigua civilización, por llamarla de alguna manera. No son más que ciudades desiertas, fantasma. No tiene sentido. Quizá lo único que quiera es huir y piensa que allí estará seguro. No lo sé. Ciertamente estoy confundido. Primero por desconocer el origen de esa persona. ¿Y si no acabé con toda la humanidad? El virus funcionó muchísimo mejor de lo que me esperaba, pero quedaron supervivientes por lo que tuve que mandar a mis clones a matarlos. ¿Y si quedó algún superviviente vivo cuándo yo creía que no quedaba nadie más? Si bien técnicamente es imposible ya que volví a extender el virus nuevamente por todo el mundo. Además de sobrevivir alguien a sus efectos, por increíble que fuese, habría muerto pronto, solo en el mundo. Ya estuviese en Japón, América o Europa no creo que nadie sobreviviese todos esos años y, encima, llegase a mi mundo y pasase perfectamente por un ciudadano más. No. Es imposible. Tiene que tratarse de otra cosa. A no ser que esa persona sea un superviviente que estuviese ya en el radio de España, Francia y Portugal. Entonces a lo mejor podría haberse confundido con la gente que cree o algo así. Son suposiciones todas. Hipótesis. No lo sabré hasta que lo atrape.

Pasan un par de días más desde que el número uno se pregunta todas estas cosas cuando recibe nuevos datos de su jefe de información.

—Según nuestra patrulla especial un vehículo atravesó la frontera la pasada noche.

—¿Cómo es posible? —grita el número uno. ¿Con todas las patrullas de refuerzo que mandé a la zona?

—En verdad eran muchísimos los efectivos con los que contábamos. Y entre todos levantaron una empalizada bastante resistente, pero parece ser que el vehículo no solamente no se detuvo, aumento su velocidad llevándose por delante la barricada y a un par de nuestros hombres.

—Esto me pasa por eliminar las armas de todo tipo —murmura para sus adentros el número uno—. Esta gente nunca las ha conocido gracias a mí y consideré en su momento que no hacían ninguna falta. ¿Cómo prever que pasaría esto?

—Perdone número uno, ¿me decía algo?

—No, jefe solamente pensaba en voz alta. Está bien, transmite estas órdenes al personal fronterizo. Nadie, nunca jamás, debe poner los pies en zona prohibida bajo pena de muerte irreversible. No debe entrar nadie a buscarlo. Allí está condenado a morir en pocos días. Asimismo, quiero que una fotografía del doctor López sea distribuida por todo el mundo, que aparezca en todos los periódicos y tablones de trabajo para que aquel que le vea lo denuncie inmediatamente. Si conseguimos atraparlo gracias a la información que nos proporcione un ciudadano este será recompensado generosamente. Así mismo se debe recordar a todo el mundo que no reportar de cualquier sospecha que se tenga o interferir en su captura será castigada con muerte irreversible. ¿Ha quedado claro, jefe?

—Totalmente, informaré y daré las ordenes ahora mismo, número uno.

Dicho esto el jefe de información abandona el despacho del número uno dejándole a este solo con sus pensamientos.

—Finalmente, aquel hombre llamado López ha conseguido llegar a la zona prohibida. Supongo que no habrá ningún problema con eso. Simplemente he de estar atento por si intenta volver y detenerle en ese preciso instante. Si no, consideraré que ha muerto. Si fuesen un hombre y una mujer me preocuparía más ya que podrían llegar a procrear un pequeño ejército en el futuro, muy a largo plazo eso sí, pero para alguien que no va a morir nunca es mucho tiempo. Sin embargo, y a pesar de que no debería preocuparme en demasía, no podré estar del todo tranquilo hasta que no capture a ese hombre.

NADIE

No hay nadie. Al fin y al cabo ¿Qué esperaba encontrar? Hace apenas tres horas Bermejo consiguió atravesar la frontera y se internó en el territorio prohibido. Nadie lo siguió, nadie se atrevió a hacerlo, quizá nadie lo haga nunca. Es la ventaja con la que cuenta. Seguramente el número uno no mandaría a nadie a buscarlo, reforzaría la seguridad en la frontera, de eso no hay duda, pero nadie lo buscaría allí dentro. Con esa idea en mente Bermejo gasta las tres últimas horas en explorar el territorio prohibido. Al principio sólo ve bosque, cientos de metros de árboles y arbustos. Tras atravesarlo llega a una ciudad, o lo que antes era conocido como tal. Tras investigar un poco por las desiertas calles y los fantasmagóricos edificios, se da cuenta de que sin lugar a dudas aquella ciudad era Luxemburgo. Lo primero que hace es entrar en una tienda y comer lo primero envasado que localiza. Tras esto va a una papelería y, agenciándose una mochila, mete tanta comida en su interior como puede. Esto es lo que ha hecho durante las tres últimas horas. Ahora se encuentra sentado en el banco de una plaza pensando en qué es lo siguiente que debe hacer. Mientras un grupo de palomas revolotean alrededor de la fuente que está en el centro exacto de la plaza, Bermejo le da vueltas a su cabeza. Es imposible que haya alguien a ese lado de la frontera, sabe que todo el mundo vive al otro lado de la línea, luego si permanece allí está condenado a estar solo el resto de sus días. Por otro lado, en principio, la idea de vivir solo, de tener una ciudad a su disposición tampoco le desagrada del todo aunque no duda de que, lo que en un principio pudiera resultar atractivo, con el tiempo se volvería un tormento para su mente. ¿Es mejor vivir así que como lo hacía bajo la tiranía del número uno?

Pensando todas estas cosas se le va la tarde. Comienza a anochecer por lo que decide buscar alguna casa donde pasar la noche. No le cuesta nada encontrar un domicilio bastante acogedor donde dormir por lo que se instala allí. Antes de acostarse inspecciona el bloque entero, apartamento por apartamento, encontrando multitud de cosas útiles. Desde luego no se aburriría si decidiese quedarse en la zona prohibida para siempre. Cientos de películas a su alcance, así como videojuegos, libros, vehículos, etc. Diversión no le iba a faltar, pero, ¿a qué precio? Sin más decide ir a dormir pensando que mañana será otro día.

Cuando Bermejo se levanta ya es casi mediodía, si bien ya no le importa para nada el tiempo ya que no tiene obligaciones ni nada que hacer. Tras un largo desayuno coge la mochila y sale a la calle, resuelto a buscar más cosas de su interés. Sabe que no va a encontrar a nadie, pero, en el fondo, aún alberga una mínima esperanza. Tras unas cuantas horas deambulando por la ciudad de Luxemburgo rumbo al este se toma un pequeño descanso en el interior de un restaurante donde come tranquilamente. Mientras come decide que no tiene que quedarse fijo en un lugar, sino que puede viajar por todo el mundo, cosa que nunca pudo hacer en el pasado, al menos mientras no tenga que cruzar el mar. Esta será la oportunidad que nunca tuvo de descubrir un montón de países a los que siempre quiso ir. Poco a poco la idea de volver al mundo perfecto del número uno se va diluyendo en su cabeza y va pensando más en sí mismo.

Esta situación se prolonga dos semanas más. Así llega a la ciudad de Munich en lo que antes era Alemania. Cuando se cansa de andar coge uno de los múltiples coches que ve por la calle y disfruta de la libertad de correr por

carreteras desiertas a su entera disposición. Desiertas de vida ya que los coches se amontonan igual que en Madrid cuando todo comenzó. En la antigua Munich se dedica a visitar museos, recorrer las calles y coger cuantos objetos le apetecen llevarse a sus viajes por el mundo. Ahora la idea de permanecer en el territorio prohibido es la única que concibe en su mente, es plenamente feliz viviendo de este modo.

Pasan dos meses viviendo de esa manera que a Bermejo se le hacen cortos. En todo ese tiempo pasa por decenas de ciudades hasta llegar a Budapest donde ahora se encuentra. En esta ciudad es donde piensa Bermejo permanecer un tiempo antes de seguir con su periplo ya que cree que hay mucho que ver en ella. Tras dos días en la ciudad, Bermejo sale a pasear como todas las mañanas cuando un hecho le sorprende sobremanera. Mientras recorre la plaza central aparece en el cielo una luz. Bermejo mira arriba y puede comprobar que se trata de una especie de bengala pero de mayor potencia que ha sido disparada desde algún lugar en la tierra como señal de aviso. Por la distancia a la que se encuentra y su altitud Bermejo calcula que quien la haya tirado lo ha hecho a bastante distancia desde donde él está. Asombrado todavía por lo que acaba de ver, Bermejo se da cuenta de que eso únicamente puede significar una cosa. No está tan solo como creía. Alguien ha tenido que disparar la bengala. Todos sus planes se trastocan en ese mismo instante y, confuso, se dirige a la casa donde se ha establecido temporalmente para pensar en ello. Primero decide acostarse un rato ya que cree que cuando despierte tendrá la mente más despejada y podrá pensar con más claridad acerca del asunto, sin embargo, le es imposible conciliar el sueño por lo que se ve obligado a tomar una determinación en ese momento. Ha de ir al lugar desde donde han tirado la bengala. Si hay otra persona con vida tiene que encontrarla. Sabe que no será fácil ni mucho menos ya que le es realmente imposible averiguar no sólo el punto exacto desde donde se ha podido tirar, incluso la ciudad o el país. Esto le obliga a recorrer la zona donde él cree que puede haber sido disparada la bengala y esperar a que lancen otra que le acerque más a su objetivo. Puede que sea una misión imposible o incluso absurda, pero tras más de dos meses viviendo en completa libertad haciendo todo lo que quería, Bermejo siente que necesita un incentivo, algo que le motive para darle interés a su vida. Vivir como lo hace es perfecto, pero él mismo sabe que acabará cansándose al cabo del tiempo. Sin embargo, ahora que ha encontrado un objetivo, hasta que lo alcance tendrá un motivo incluso más poderoso para vivir de esa forma.

Sin más preámbulos Bermejo llena la mochila de comida y objetos útiles y la deposita en el asiento trasero de un descapotable que se encuentra parado en la calle con las llaves puestas. Lo arranca y pone rumbo al este en dirección a su objetivo.

## REUNIÓN

Es la hora. Han sido convocados. Nada más ver la señal luminosa en el cielo Almudena sabe que Víctor reclama la presencia de todo el grupo por lo que se

apresura a reunir a sus hombres. Todavía no han recogido todos los suministros que necesitan, pero una orden es una orden. Tardarán aproximadamente dos horas en llegar al punto de reunión previsto por Almudena.

Tras un largo camino en coche las veinte personas que dirige Almudena llegan al punto de la reunión. Allí esperan catorce personas más pertenecientes al grupo de Pablo.

—¿Dónde están Víctor y su grupo? —pregunta Almudena. ¿No se supone que es él el que ha convocado esta reunión?

—No, he sido yo quien la ha convocado —contesta Pablo. Todavía me quedaba una bengala por usar y es prioritario que nos reunamos todos ahora mismo.

—¿Y eso? ¿Por qué? ¿Ha sucedido algo?

—Esperaré a que llegue Víctor y entonces os lo contaré a todos a la vez, no creo que tarde mucho ya.

Y, efectivamente, no tarda mucho en aparecer. Tanto Víctor como las diecisiete personas a las que dirige hacen acto de presencia en el punto señalado apenas unos minutos después. Entonces Víctor pregunta:

—¿Qué sucede? ¿Quién ha convocado esta reunión?

—He sido yo Víctor —señala Pablo—. Hemos encontrado algo en nuestra búsqueda y creemos, no, sabemos, que tienes que verlo.

—¿De qué se trata?

—Hemos encontrado a alguien, una persona fuera de los límites de mundo perfecto

—¿Habéis hablado con él o ella, está con vosotros?

—Es un hombre y no hemos establecido contacto con él todavía, de hecho, quería contártelo antes para que tomases una decisión al respecto. Ahora mismo está a poca distancia de aquí, en la ciudad a la que nos mandaste a investigar. Parece que está buscando algo. Creemos que puede haber visto la última bengala que lanzaste hace unos días.

—Entonces —comienza Víctor. ¿No conoce de nuestra existencia?

—Exacto, no nos hemos dejado ver, no obstante, he dejado a Ramón y a Javier vigilándole de lejos para que no perdamos su rastro. Estamos en comunicación directa por radio.

—Bien, muy buen trabajo. Al fin nuestras búsquedas comienzan a dar resultado —dice Víctor—. Tenemos que ir a por ese hombre y enterarnos de todo lo que sabe, de dónde viene, cuáles son sus propósitos y demás. No me gustaría que después de encontrar a una persona resultase ser uno de los lacayos del número uno.

—Si vamos en coche no tardaremos más de media hora en llegar a donde se encuentra, siempre y cuando no se haya movido del sitio —comenta Pablo mientras enciende una radio para ponerse en contacto con sus hombres—. Javier, ¿me recibes?

—Alto y claro Pablo —contesta Javier.

—¿Ha habido alguna novedad con el sujeto?

—Ninguna reseñable, continua en la ciudad dando vueltas, parece que busca algo, pero no sabría decir el qué. Ha entrado en un par de edificios y en un local a comer, nada más.

—Perfecto, vamos a ir para allá todos juntos. Llegaremos en menos de media hora. Llámame si hay alguna novedad. Cuando estemos allí volveré a ponerme en contacto contigo para que me des la localización exacta.

—De acuerdo, aquí estaremos esperando.

—Bien —dice Pablo dirigiéndose ahora a Víctor tras finalizar su charla por radio—. Todo está bajo control, lo mejor sería salir ya por si al sujeto le diese por cambiar su localización

—De acuerdo, subid todos a los coches —ordena Víctor dirigiéndose a todos los hombres y mujeres del grupo. Pablo irá en el coche de cabeza guiándonos, el resto le seguiremos.

Dicho esto todo el grupo se divide en varios coches y ponen rumbo al lugar donde ha sido encontrado el extraño.

Bermejo está comiendo tranquilamente en un restaurante pensando cuál será su próximo movimiento.

—Bien, me parece que la señal vino del este por lo que si mantengo la trayectoria fija desde aquí llegaré sin problemas a un punto más o menos exacto, espero. Ayudaría quizá encontrar algún tipo de bengala u otra señal de aviso que pudiese lanzar para que, quien lanzó la del otro día pudiese verla también. Ayudaría bastante, pero, ¿dónde encuentro tal cosa?

Pensando todas esas cosas se encuentra Bermejo cuando ve a lo lejos una figura humana. Aclarándose los ojos para ver si se trata de una ilusión como las que ha tenido desde que está solo o por el contrario es un ser humano de verdad, Bermejo se incorpora y certifica que lo que habían visto sus ojos en un primer momento no es un sueño. Un ser humano se dirige hacia su posición desde el otro lado de la calle. Pero eso no es lo más increíble, ya que Bermejo no tiene más que girar la cabeza un poco como para ver que otra persona se acerca a él desde otro punto de la calle, y si girase la cabeza un poco más podría distinguir a una tercera que viene por detrás de él.

Bermejo, visiblemente asombrado no reacciona, no se mueve del sitio y espera que estas personas alcancen su posición para ver de qué va todo esto. Si son gente del número uno es hombre muerto, si no, no tiene ni idea de lo que le espera.

Por fin, los dos hombres y la mujer que venían por detrás llegan a su posición. Uno de ellos, el primero al que vio le habla:

—Buenos días, quizá te resulte extraño encontrarte con nosotros pero más extraño nos resulta a nosotros descubrir que hay un ser humano fuera de los límites del mundo perfecto viviendo como si nada. Dinos antes de que decidamos si tenemos que tomar medidas ofensivas o no ¿quién eres y qué haces aquí?

—Un segundo —dice Bermejo—. ¿Cómo sé yo qué sois de fiar y no os envía el número uno para acabar conmigo? ¿Por qué he de responder yo primero sin tener la oportunidad de descubrir a qué me estoy enfrentando?

—Porque no la tienes —le responde el hombre situado frente a él. Y, en ese momento silba con fuerza. En pocos segundos la plaza se llena de gente que ha respondido a su llamada y se unen a los tres individuos que están interrogando a Bermejo. Este no llega a contarlos a todos, pero cree que hay más de veinte.

—Vale, estoy acorralado— dice Bermejo—. Seáis o no lacayos del número uno realmente no hay nada que pueda hacer para evitar que hagáis conmigo lo que os plazca así que os responderé esperando que, de algún modo, estéis de mi parte.

—Antes de que el número uno crease este mundo perfecto como él lo llama— comienza Bermejo—. Yo vivía en España y trabajaba en un proyecto ultra secreto que experimentaba con el número uno para intentar clonar sus habilidades especiales. Hubo unos problemas y escapó matando a aquellos que se le interpusieron. De hecho, un día todo el mundo sobre la faz de la tierra desapareció de repente. Yo no. No sé por qué pero así fue. Intenté buscar una explicación, y, después de mucho pensar llegué a la conclusión de que solamente podía haber sido obra del número uno por lo que me dirigí a una de nuestras instalaciones donde se localiza un mecanismo de autodestrucción de nuestra sede principal a la que llamábamos el Huevo. Supuse que si todo era obra del número

uno había más posibilidades de que lo hubiese orquestado todo desde allí ya que es donde la tecnología estaba disponible. Pero eso no acabó con él, lo sé porque a los pocos meses me encontré con un grupo de personas que al parecer habían sido traídas a la vida por el número uno, que se había convertido en una especie de líder espiritual de todos ellos y dirigía a todo el mundo a lo que él llamaba futuro perfecto. Muchos años después decidí que estaba cansado de vivir en ese mundo perfecto y trate de resucitar por medio de la clonación a la única persona que en el pasado se había enfrentado al número uno y contaba con habilidades similares: uno de sus clones. Para ello me infiltré en su mansión pero no encontré nada, entonces me descubrieron y me vi forzado a huir de allí. La única salida era huir al territorio prohibido, fuera de las fronteras del mundo perfecto. Desde entonces he estado vagando con la esperanza de que a este lado de la frontera todavía quedase alguien con vida. Por eso cuando vi una bengala en el cielo pensé que aún había alguna esperanza y me dirigí a donde pensaba que era el origen de la emisión. Entonces habéis venido vosotros. Creo que es un resumen bastante bueno de los últimos años.

Tras decir esto el silencio se hace en el grupo, hasta que unos pocos segundos después, el hombre que estableció el primer contacto con él, aquel que parece el líder del grupo y en cuya piel se pueden apreciar cicatrices de quemaduras se dirige a Bermejo:

—Si le cuentas esta historia a cualquiera de mis compañeros estoy seguro de que te tomarían por loco y acabarían con tu vida sin pensarlo a pesar del conocimiento que les he proporcionado. No obstante, estás tratando directamente conmigo y te creo. Te creo. Me parece impensable que alguien clonado y manipulado por el número uno pueda elaborar una historia así. Además, te creo por el hecho de que yo viví varios de los momentos que has relatado en tu historia. Déjame explicarte:

—Cuando la instalación a la que llamas el Huevo explotó, yo estaba allí junto a tres compañeros más intentando acabar con el número uno. Baste decir que una de mis compañeras y yo somos de origen extraterrestre como el número uno por lo que contamos con sus mismas habilidades. Todas ellas. Junto a nosotros estaban un ser humano y el último clon del número uno que respondía al nombre de Víctor quince.

—Víctor quince. Le conocía —interrumpe Bermejo.

—Ahora está claro, pero déjame terminar la historia y luego podrás preguntarme todo lo que quieras. El caso es que fuimos incapaces de detener al número uno que tenía un plan alternativo. Se hizo explotar así mismo llevándonos a todos por delante. Mi compañera y su clon murieron en el acto y yo quedé gravemente herido. Mi cuerpo sufrió graves quemaduras cuyas cicatrices todavía puedes apreciar en mi cuerpo. Creía que no lo contaría, pero afortunadamente no fue así. El caso es que cuando me pude incorporar de nuevo me escondí para curarme bien. Afortunadamente me curo extraordinariamente rápido, no obstante, me quedaron estas cicatrices en la cara y el cuerpo. Cuando estuve recuperado salí fuera a ver qué había sido del mundo. Piensa que yo daba al número uno por muerto tras explotar delante de mí. No sé cómo hizo para sobrevivir, pero días después lo descubrí vivo. Nunca me expuse a que me viese

y observé todo desde la lejanía. Vi exactamente lo que tú nos has contado. Como lideraba a un grupo de gente y levantaba ciudades hasta que creó el mundo perfecto. Entonces supe que había sido derrotado. Que ya nada podría hacer y solo para acabar con su tiranía por lo que pensé un plan alternativo. Recordé que aún conservaba una máquina de clonación allá donde vivía cientos de años antes y llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era ir donde estaba y usarla para traer gente al mundo. Gente que no estuviese corrupta por el número uno como ya se hacía llamar. Tuve suerte de que las fronteras de su nuevo mundo no llegasen muy lejos. Una vez conseguí llegar donde la máquina de clonación estaba, decidí que no interferiría más con el mundo perfecto del número uno. Sabiendo que nunca saldría nadie de sus fronteras disponía de todo el mundo para vivir tranquilamente. Empecé a clonar gente usando genomas básicos esperando que no hubiesen sido clonados previamente por el número uno. Tras varios intentos di con este grupo de gente con la que ahora comparto la vida. Ellos son los últimos hombres y mujeres libres de un mundo que ahora nos pertenece y tratamos de levantar a imagen y semejanza del que teníamos antes. Lamentablemente no he clonado a más gente ya que tras varios intentos he sido incapaz de hallar bases genéticas limpias para hacerlo. No obstante, somos suficientes para cumplir nuestro objetivo. Y ahora estamos aquí contigo.

—Guau —se muestra asombrado Bermejo—. Es mucha información como para asimilarla de golpe.

—Lo sé —responde el líder del grupo—. Por eso quiero invitarte a que te unas a nosotros. Pasaremos la noche aquí, en esta ciudad y podrás hablar con todos y cada uno de nosotros para recabar más información y preguntar todo lo que quieras. Mañana por la mañana tendrás que tomar una decisión. Aquí todo el mundo es libre. Si decides venir con nosotros formarás parte del nuevo mundo que vamos a construir, si no, seguirás tu propio camino por ti mismo, solo.

—De acuerdo —dice Bermejo—. Desde luego necesito y deseo preguntar muchas cosas todavía. Pero empecemos por lo básico. Yo soy Bermejo, ¿cuál es tu nombre?

—Llámame Víctor —responde el hombre—. Es el nombre que he adoptado para relacionarme con los hombres y mujeres que he devuelto a la vida. Ahora he de ir a hablar con algunos de mis hombres sobre nuestros próximos movimientos. Lo dicho, eres libre de preguntar a quien quieras e informarte de todo. Mañana a primera hora nos reuniremos aquí de nuevo y tendrás que comunicarnos tu decisión.

—De acuerdo — responde Bermejo.

Y dicho esto el grupo de Víctor se separa y cada uno se dedica a una cosa distinta. Bermejo aprovecha y se junta con un pequeño grupo con el cual charla durante bastante tiempo.

—Todos le debemos la vida a Víctor —responde una de las mujeres del grupo a la pregunta que le había hecho Bermejo.

—Entonces, ¿todos existías antes del mundo perfecto? — pregunta Bermejo.

—Así es —le responde otro hombre del grupo—. Nosotros hemos vivido siempre en España hasta que un día, no sé cómo, todo se volvió negro y volvimos a aparecer cuando Víctor nos clonó.

—Es verdad, fue muy raro— añade otro hombre—. Yo recuerdo tener problemas para respirar y, de repente, no puedo recordar nada más. Fue muy raro. Ahora nos queda claro que fue el plan del número uno para hacer desaparecer a todo el mundo. Cómo lo hizo no tengo ni idea.

—Otra pregunta —dice Bermejo—. Visto lo bien organizados que estáis y que en el mundo perfecto no existen armas ni cuerpos especializados ¿por qué en lugar de crear un nuevo mundo no recuperáis el antiguo?

—¿Te refieres a acabar con el número uno y su mundo?

—Exacto —responde Bermejo a la pregunta de una mujer—. Creo que tenéis la fuerza suficiente como para conseguirlo. De esa manera no tendríais, tendríamos, que vivir en una parte del mundo y reconstruir la raza humana desde cero. Además de que podríamos liberar a toda la gente que vive esclavizada bajo el yugo del número uno.

—Nunca me lo había planteado así —dice uno de los hombres—. Lo que puedes hacer es plantearlo mañana en la reunión con Víctor. Si de una cosa estamos orgullosos es de que todas las ideas son buenas y se han de debatir. Una cosa que nos diferencia del mundo perfecto del número uno es que aquí todos tenemos voz y voto. Plantéalo mañana y sin duda, se estudiará.

—De acuerdo, eso haré —dice Bermejo—. Ahora os dejo, se ha hecho tarde y estaréis hartos de responder a mis preguntas. Nos vemos mañana por la mañana.

—Ok —dice uno de los hombres—. Pero no te preocupes, ahora eres uno de los nuestros por lo que haremos todo lo posible por ayudarte como hemos hecho siempre entre nosotros. Si Víctor confía en ti, todos lo hacemos. Hasta mañana.

Y con estas palabras el grupo se disgrega para buscar un sitio donde dormir. Bermejo no puede ocultar su felicidad. No solamente ha encontrado gente a este lado de la frontera, sino que encima tienen un plan y están muy bien organizados. No obstante, él piensa que pueden hacer más bien todavía, pero eso lo planteará mañana en la reunión.

## DECISIONES

Ya por la mañana Bermejo acude al punto de reunión donde se encuentra Víctor esperándole junto a otros del grupo. En apenas cinco minutos todos están allí. Bermejo puede contar 41 personas aparte de sí mismo. Entonces Víctor comienza a hablar:

—Bien, la reunión de hoy tiene un punto muy claro a estudiar. Ahora que hemos encontrado a Bermejo y nos ha contado su historia debemos continuar nuestro camino. La cuestión es, ¿hacia dónde nos dirigimos? ¿Seguimos el plan previsto y vamos hacia Italia o nos asentamos aquí y reorganizamos toda la zona?

—¿Víctor? —pregunta Bermejo interrumpiendo—. No sé si se me permite por ser un recién llegado pero hay otro punto que creo que merece la pena considerar.

—Bermejo, como ya te dije ayer, esto es una democracia, todos somos iguales, así que si tienes algo que decir o proponer tu deber es contarlo y luego, entre todos, decidiremos.

—De acuerdo —responde Bermejo—. El caso es que no me lo había planteado hasta ahora, pero tras encontraros y ver lo numerosos y efectivos que sois, he estado pensando. ¿Y si nos enfrentamos directamente al número uno y restauramos el mundo perfecto? Puede sonar a locura dicho así, pero pensadlo. No tienen armas, no tienen gente preparada para la lucha, lo único peligroso es el número uno, pero siendo tantos lo derrotaríamos sin problema con un buen plan. No os equivoquéis conmigo, me encanta la idea de empezar de nuevo y reconstruir el planeta, pero no me agrada nada el tener que hacerlo en unos límites establecidos por el número uno por muy grandes que sean, no me gusta que siga existiendo gente esclavizada allá abajo que sufre una tiranía constante sin poder decidir que es lo que quiere hacer. Y creo que podemos cambiar eso.

—Muy bien —comienza Víctor—. Has expresado libremente tu opinión, ahora deja que tanto yo como el que las tenga te hagamos algunas preguntas al respecto. Primero: ¿Crees que podemos derrotar al número uno sin sufrir numerosas bajas por nuestra parte?, segundo: ¿Una vez lo derrotemos cómo convencerás a la gente para que nos siga y deje la vida que ha estado viviendo todos estos años?

—A tu primera pregunta he de decir que efectivamente habría bajas. El poder del número uno conseguiría matar a muchos de nosotros antes de acabar con él. De hecho, la ventaja que tenemos con respecto a él es el número. Recuerdo un incidente cuando lo teníamos prisionero hace mucho tiempo en el que quedó libre y únicamente con un gran número de personal pudimos reducirlo. Muchos murieron pero al usar su habilidad contra varios se resintió y cayó fatigado. El caso es que después los que muriésemos contra él podríamos volver con tu máquina de clonación ¿no? En cuanto a tu segunda pregunta, no tengo una respuesta tan clara. Pienso que costará, pero, ¿acaso no merece la pena acabar con el número uno de una vez y para siempre y liberar a toda esa gente esclavizada?

—Yo creo que es factible —comienza una de las mujeres del grupo que responde al nombre de Almudena—. Una vez el número uno haya caído quizá cueste que la gente confié en nosotros pero al final lo harán igual que tuvieron que hacerlo, obligados, a tragar con él. Nadie dice que esto sea cuestión de días, más bien de años, pero, ¿acaso nuestro plan de restaurar la humanidad desde cero no llevará cientos de años también?

—Bien —dice Víctor—. Tal y como lo veo creo que lo mejor es proceder de la siguiente manera: Dejaremos el día de hoy para reflexionar sobre lo que se ha dicho en esta reunión. Mañana a primera hora nos volveremos a encontrar todos

en este mismo lugar y tomaremos decisiones. Que cada uno piense lo que quiere hacer con su vida, si cree que el plan original de vivir libres a este lado de la frontera sigue siendo válido, que se alinee de mi lado ya que yo pienso mantenerme fiel a mi plan. Por el contrario, quien crea que lo que ha dicho Bermejo es lo mejor, deberá posicionarse a su lado. Una vez dos grupos se hayan formado cada uno deberá partir por su cuenta para hacer lo que creen es mejor para todos.

Sin nada más que añadir la gente comienza a disgregarse en dirección a sus casas para reflexionar sobre su futuro, sobre lo que han de hacer, lo que han de elegir. Una vez todos se han ido, Bermejo se acerca a Víctor y le dice:

—Así que tú seguirás tu camino de todas maneras ¿no? Es una lástima entonces que nos hayamos visto tan poco tiempo pero déjame preguntarte una cosa antes de la separación: ¿sigues teniendo la posibilidad de clonar en tu máquina? Lo pregunto ya que muchos moriremos luchando contra el número uno y, una vez acabemos con él, podríamos volver gracias a ti.

—Efectivamente, sigo teniendo la posibilidad de traer gente a la vida de nuevo con mi máquina. No obstante, la escondí bien para que nadie, ni siquiera mi gente pudiese acceder a ella como hizo el número uno millones de años atrás. A lo último que comentas no te preocupes, aunque nos separemos todos seguimos formando parte del mismo bando, si volvéis a mí tras cumplir vuestra misión y necesitáis traer de vuelta a los caídos lo haré encantado.

—Muchas gracias por tu apoyo Víctor. La verdad es que un líder como tú nos haría falta en la lucha contra el número uno.

—Cierto —responde Víctor—. Yo ya he luchado en varias ocasiones contra él y en todas he fallado. Quizá sea hora de que otros lo intenten, quizás vosotros triunféis donde yo he fracasado. Ahora si no hay nada más me gustaría volver a mi lugar de descanso para prepararlo todo para mañana.

—Claro, nos vemos mañana entonces —dice Bermejo despidiéndose.

Tras un largo día de meditación y decisiones llega al fin la mañana. A la misma hora que el día precedente se reúnen los cincuenta y cuatro hombres y mujeres libres que quedan en el mundo. Entonces, y solamente cuando están todos presentes, habla Víctor:

—Bien, ha llegado el momento de tomar decisiones. Pero dejadme decir una cosa antes de posicionarnos. Respeto profundamente la idea de Bermejo y me parecería perfecto que el número uno fuese derrocado, pero, que sepan tanto los que van a venir conmigo como los que no, aunque esto sucediese no tengo intención de volver a las tierras del mundo perfecto. Seguiré con mi plan original hasta el final creando un nuevo mundo libre. Teniendo en cuenta la gran distancia y la imposibilidad de repoblar la tierra en varios cientos de años no existiría ningún conflicto con la gente liberada del mundo perfecto, incluso podríamos convivir todos juntos en el futuro. Únicamente quiero que conste que mi intención es la misma que cuando empezamos. Ahora es tiempo de las decisiones. Quien considere que mi visión es su visión que se posicione a mi espalda, por el contrario, quien crea que la idea de Bermejo es la más acertada que se coloque tras él.

Y dicho esto la gente comienza a posicionarse detrás de alguno de los dos consensuados líderes. Al principio tardan unos segundos en decidirse por quién será el primero que se coloque, pero una vez empiezan el proceso es bastante corto. Al final se cuentan treinta hombres y mujeres tras Bermejo y veintidós a la espalda de Víctor.

—Bien —comienza Víctor—. Las decisiones han sido tomadas. Ahora compañeros que emprendéis diferente camino que nosotros, me despido, ya que, debemos considerar muchas cosas y elaborar un plan para los días sucesivos como imagino que deberéis hacer vosotros. Si alguna vez necesitáis de nuestra ayuda sabéis como encontrarnos. Adiós.

Y sin decir más Víctor y sus veintidós compañeros vuelven a sus casas a planificar lo que van a hacer de aquí en adelante. Por otro lado, Bermejo y sus treinta camaradas se reúnen para hacer lo mismo. La primera en hablar es Almudena.

—Bueno, somos bastantes los que quedamos a este lado. Es un consuelo si nos vamos a enfrentar al número uno. Por un lado me gustaría decir una cosa, luego cada uno es libre de responderme si me equivoco o no. Hasta ahora hemos sido una democracia con un líder claro como Víctor al que le debíamos todos la vida, bien, pienso que no es muy diferente ahora. Yo digo que si tenemos que escuchar a alguien en especial es a Bermejo pues él ha estado viviendo en el mundo perfecto varios años y conoce al número uno personalmente. Cualquier cosa que diga tiene un valor táctico elevado y por eso creo que debe ser nuestro líder. Eso no quiere decir que no sigamos siendo una democracia y que cada cual es libre de hacer y decir lo que piensa como hemos hecho hoy, pero creo que Bermejo es el más indicado para dirigirnos de ahora en adelante.

Nadie dice nada al respecto, pero todos asienten con la cabeza. Entonces Bermejo habla:

—Muchas gracias Almudena, muchas gracias a todos. Yo realmente no me veo como un líder tampoco. Lógicamente como ha dicho ella dispongo de más información que nadie acerca del número uno y de su mundo perfecto pero quiero que sepáis que antes de tomar cualquier decisión esta será planteada en grupo, y que sólo actuaremos si una amplia mayoría de nosotros está de acuerdo. No quiero llevar a nadie a la muerte por una mala decisión mía. Somos un grupo y actuaremos como tal.

—Desde luego —dice Pablo—. Ahora, creo que lo mejor será volver a las casas para reunir víveres y reunirnos de nuevo aquí para trazar un plan.

—Sí —afirma Bermejo—. Es lo mejor que podemos hacer en este momento. Necesitaremos vehículos para desplazarnos. ¿Cómo está el tema?

—No hay que preocuparse por los vehículos —dice Almudena. Hasta ahora veníamos usando cinco furgonetas grandes, pero ahora que nos hemos separado me imagino que Víctor cogerá dos de ellas. No obstante, tenemos todos los vehículos del mundo a nuestro alcance. Yo me encargo de encontrar la locomoción adecuada mientras otros cogen víveres y armas.

—Perfecto —dice Bermejo—. Dividámonos pues para aprovisionarnos bien. Nos vemos aquí de nuevo en tres horas ya que lo mejor es que partamos cuanto antes. Ya encontraremos un sitio donde pasar la noche.

Y dicho esto el grupo se separa con el objetivo de prepararse para lo que se les viene encima. Bermejo está nervioso, sabe que ya no hay marcha atrás, que serán ellos o el número uno.

## CAMBIOS

Ahí está Bermejo. Imponente, casi autoritario en el escenario. Frente a él, más de una docena de personas adoctrinadas por el número uno y miembros de su

sociedad perfecta. Junto a él, los compañeros que han decidido seguirle para acabar con el reinado del anteriormente conocido como sujeto cero.

Llevan haciendo esto dos meses. Dos meses desde que se separaron de Víctor y elaboraron el plan perfecto para derrocar el régimen impuesto. Una vez se infiltraron en el mundo perfecto todos estuvieron de acuerdo en que debían intentar acabar con la sociedad no desde la violencia, sino desde el diálogo. Para esto decidieron dar una serie de charlas clandestinas a grupos reducidos de personas, que, intrigadas por lo que les pudiesen contar acudían a ver de qué se trataba. Si están muy metidas en la sociedad y se les ocurre denunciarlos no hay problema. Nunca pasaría de ahí, de ocurrírseles denunciarlo, ya que el mero hecho de haber asistido a una de esas reuniones podía ser suficiente para que el número uno no les resucitase de nuevo. Y nadie quiere arriesgarse por si ese es el caso.

Bermejo está acabando ya su discurso, siempre el mismo. En cuanto finaliza insta a los asistentes a que le hagan las preguntas que quieran, con el objetivo de aclararles las cosas y hacerles ver que la sociedad donde viven es una gran mentira. Pero todavía le quedan un par de cosas por decir antes de finalizar su discurso.

—Y es por eso que por fin seríais libres. Libres de elegir la profesión que queréis desarrollar, libres de reproduciros y relacionaros como creáis conveniente, libres para leer y escribir todo lo que queráis. Libres al fin y al cabo. Tampoco os quiero engañar, no será fácil y exigirá sacrificios por parte de todos, pero conseguiremos, antes o después, volver a la situación en la que nos encontrábamos hace años. Viviremos en un mundo donde cada persona cuenta y tiene voz propia, donde nadie os podrá decir lo que tenéis que hacer y lo que no, más que aquello que vosotros libremente habéis elegido para tomar ciertas decisiones. Juntos podemos conseguirlo.

Nada más terminar el discurso se escucha a los asistentes comentar cosas entre sí en voz baja, un par abandonan la sala mientras los demás se forman en corro para discutir lo que acaban de oír.

—Si tenéis alguna pregunta que hacer —comienza Bermejo—. Estaré más que encantado de responderla.

—Tenemos varias —responde un hombre del público—. Para empezar, ¿qué significa eso de que cada uno podremos ser lo que queramos?, ¿quiere decir que podremos elegir profesión y se nos especializará para ello?

—Quiere decir que todo el mundo recibirá una formación común y que luego cada persona podrá especializarse en un determinado oficio que tendrá que aprender a desarrollar. Pero básicamente sí, cada uno podrá dedicarse a lo que quiera siempre y cuando se esfuerce lo suficiente para ello.

—¿Y en qué nos beneficia eso a nosotros? —pregunta el mismo hombre de antes—. Ahora yo trabajo de arquitecto pero no he necesitado dedicarle años a aprenderlo. El número uno nos da trabajo en función de las capacidades de cada uno. Al recrearnos nos proporciona el conocimiento necesario para desarrollar esa función y no creo que nadie aquí presente no este contento con el trabajo que desempeña ya que podría decirse que nacemos para llevarlo a cabo. ¿De qué me sirve tirarme años de mi vida aprendiendo algo que luego nadie me asegura que

voy a poder hacer? Esa es otra. Nos has hablado de libertad de elección y todo eso pero, ¿y los que tenemos la vida que deseamos? Piénsalo bien, gozamos de seguridad laboral indefinida, no tenemos problemas de criminalidad, podemos vivir eternamente, ¿en tu nuevo mundo se nos aseguraría este último punto?

—Contestando en orden a como has expuesto las cuestiones —comienza Bermejo—. Tienes razón en que costará más dedicarse a un trabajo, costara más ganarse la vida, pero ahí es dónde entra en juego la libertad, el libre albedrío. ¿Acaso me estáis diciendo que sois felices solamente porque os dan de comer todos los días y no podéis salir nunca de un esquema marcado?, ¿puede ser feliz alguien al que no le dejan hacer lo que quiere, que le marcan los límites de lo que debe hacer y decir? Lo bueno de la vida es el poder tomar tus propias decisiones, el hacer las cosas por iniciativa propia aunque cuesten. Si las cosas se consiguiesen sin esfuerzo, ¿qué satisfacción sacaríamos de ellas? Seríamos poco más que robots que hacen lo mismo una y otra vez sólo porque tienen la seguridad del plato en la mesa. En cuanto a lo de la vida eterna, no nos corresponde a nosotros decidir que debemos vivir eternamente, no puede existir una sociedad estable en la que siempre vivirán las mismas personas. Quizá ahora no lo veis, pero a la larga es un gran problema. Si la gente no cambia, si vivís los mismos en el mismo sitio, haciendo siempre lo mismo una y otra vez la sociedad se estanca, la gente se automatiza y se pierde el auténtico significado de la vida. Un significado que da la libertad de elección y la posibilidad de morir.

—Pensarás que no —dice el individuo que se ha erigido involuntariamente en portavoz de los que allí están escuchando a Bermejo—. Pero comprendo tu postura. Sin duda tú eres alguien que ha vivido en otro mundo, en uno como el que describes. No sé cómo es posible ni me lo planteo, pero creo que así es y entiendo que quieras regresar a ese mundo, pero tienes que entender que los que aquí vivimos estamos bien así. ¿Que no puedes hacer determinadas cosas?, ¿Y qué?, no nos hace falta. Al final todo se reduce a lo mismo vivas en la sociedad que vivas, trabajar para poder comer todos los días y, mientras no trabajas tener tiempo para ocio, para hacer cosas que te gusten y te llenen como persona. Aquí tenemos el trabajo fijo que es el que cada uno queremos ya que hemos nacido con esa idea preconcebida. Tenemos pan todos los días en la mesa gracias a nuestro trabajo y la certeza de que seguiremos vivos eternamente, que, sinceramente, al menos para mí, es lo más importante de todo. No te engañes, nadie quiere morir. Cierto es que hay cosas que a lo mejor alguien querría hacer y no puede, pero dudo mucho que en la sociedad que nos has planteado no suceda lo mismo. Siempre habrá límites que no se pueden cruzar pero al menos nosotros los tenemos muy claros y delimitados y todo el mundo sabe cuáles son las consecuencias de sobrepasarlos. ¿Que sacrificamos libertad por seguridad?, eso no te lo voy a negar, pero prefiero eso a vivir en un mundo dónde las cosas suceden sin total control, donde nadie te puede asegurar nada por mucho que eso implique que puedo ir donde quiera o decir lo que quiera. No me compensa en absoluto.

—Sois todos unos necios —grita Almudena saliendo de detrás de Bermejo donde había permanecido todo el tiempo escuchando su discurso—. No sólo estáis esclavizados sino que encima estáis de acuerdo con ello. Es repugnante.

Pero Almudena no llega a decir nada más ya que Bermejo la frena con la mano y, con un gesto de cabeza la insta a que se detenga.

—No me hace falta escuchar más —dice el hombre autor del último discurso y en ese momento abandona la sala. Tras él todos los demás hombres lo hacen. No queda ninguno de ellos en el interior, únicamente Bermejo y sus compañeros. Entonces y, sin decir nada a nadie, Bermejo se dirige a la puerta trasera y abandona la estancia. Al rato Almudena lo sigue. Lo encuentra sentado en unos escalones justo detrás del edificio donde ha sido pronunciado el discurso. Almudena se acerca a él y se sienta a su lado. Entonces le dice:

—No saben lo que están haciendo, están todos adoctrinados por el número uno. Pero no descansaremos hasta que consigamos nuestro objetivo.

—Yo ya no lo veo tan claro —dice Bermejo—. Llevamos casi dos meses celebrando estas reuniones, habremos hablado ya ante más de quinientas personas y no hemos logrado convencer a ninguna de ellas. No creo que consigamos nada por el mismo camino. Sólo llevarnos más decepciones.

—Entonces tendremos que buscar una alternativa, pero no podemos darnos por vencidos —dice Almudena.

—¿Y qué alternativa es esa? La violencia. Es lo único que nos queda para derrocar al número uno, no hay otra manera pacífica, y juramos no hacer uso de ella mientras nos fuese posible.

—Pero ya has visto, y tú mismo lo estás diciendo que no hay otra manera posible. Lo hemos intentado y hemos fracasado. Si hemos de recurrir a la violencia para lograr un mundo mejor debemos hacerlo —dice Almudena.

—Ese es el problema —le responde Bermejo—. Que no creo que seamos capaces de conseguir un mundo mejor.

—¿Cómo dices? —pregunta sorprendida Almudena—. ¿Acaso te han comido el coco con sus ideas la gente a la que intentas convencer?

—No es eso —responde Bermejo—. Piénsalo detenidamente. Queremos crear un mundo mejor que el que ha creado el número uno. Recuperar nuestra sociedad tal y como era antes de que él se apoderase de la tierra. Pero, ¿y si ya no es necesario? Me explico. Es cierto que la gente de este mundo vive en cierta forma esclavizada y que nunca han tenido la opción de elegir que tipo de gobierno querían, pero si son felices así ¿quiénes somos nosotros para quitárselo?

—No estás pensando con claridad Bermejo. Esta gente nunca ha tenido opción más que acatar lo que les han ordenado hacer

—En eso tienes razón —debate Bermejo—. Pero una vez en funcionamiento todo el engranaje social del número uno, podrían hacer algo para cambiarlo. Podrían sublevarse y cambiar la sociedad, pero no lo hacen.

—Por miedo a la muerte —dice Almudena—. Ese hombre te lo ha dejado muy claro antes. Para ellos lo más importante es la seguridad de que nunca morirán, están dispuestos a sacrificar sus libertades por ello.

—Pero si eso es lo que quieren, no morir, ¿quiénes somos nosotros para negárselo? En nuestra sociedad la vida eterna no tiene cabida. Si están dispuestos a sacrificar ciertos aspectos de su vida por ello, será porque es lo que mas quieren de todo, y nosotros se lo arrebatáramos para darles otras cosas que no desean

tanto. Es más, puede que incluso esclavizados sean felices con lo que tienen y no precisen lo que les ofrecemos. Cada vez lo veo más claro cuando hablo con ellos.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? —pregunta Almudena—. ¿Que debemos rendirnos y dejar que el número uno sea el amo y señor de todo?

—Puede sonar muy mal —dice Bermejo—. Pero en cierto modo sí. Llevo días pensándolo, no ha sido sólo hoy, y he tomado una decisión. Voy a volver con Víctor y me uniré a ellos en su búsqueda de una sociedad nueva. La construiremos desde el principio. Ahora entiendo el motivo por el cual Víctor no nos ha acompañado, él veía lo mismo que estoy viendo yo ahora.

—¿Estás seguro de eso? —pregunta Almudena visiblemente decepcionada por como se han precipitado los acontecimientos.

—Totalmente —responde Bermejo—. Obviamente no os voy a decir ni a ti ni a ninguno de nuestros compañeros lo que tiene que hacer. Eso es decisión de cada uno como hemos hecho siempre desde que nos conocemos.

—De acuerdo —dice Almudena—. Tal y como lo veo podemos hacer lo siguiente. Nos reunimos mañana a mediodía todos en la base y cuentas a todo el mundo lo que me acabas de decir. Si alguien te quiere seguir es libre de hacerlo. Únicamente quiero que sepas que yo me voy a quedar, y estoy convencida de que como yo, muchos harán lo mismo.

—Me parece perfecto. Avisa entonces a los demás y volvemos a la base. Mañana expondremos nuestros puntos de vista y cada uno tomará la decisión que crea conveniente. Asimismo, me gustaría mucho oír cuál es vuestro plan antes de marcharme.

Y dicho esto Almudena se levanta y va a comunicar al resto del grupo que vuelven a la base. Bermejo les espera al lado de los vehículos. Cuando llegan parten hacia allí. Mañana será otro de esos días de decisiones.

## EL FIN

Bermejo se levanta por la mañana. Ha dormido más de lo que le gustaría ya que su intención era despertarse al menos un par de horas antes de la reunión con el resto del grupo fijada para las doce, pero ya nada puede hacer para cambiar eso. Son las once y media.

Levantándose de la cama se dirige al baño como siempre, si bien se extraña ya que no se cruza con ninguno de sus compañeros, lo cual es curioso durmiendo

como duermen todos en habitaciones contiguas y siendo la hora que es. Una vez termina de asearse se dirige a la habitación que han habilitado como cocina para tomarse algo. Allí se encuentra con Alfonso.

—Buenos días Alfonso —dice Bermejo.

—Buenos días. Si quieres desayunar quizá encuentres algo en uno de esos armarios. Han arrasado con todo.

—¿Ya ha desayunado el resto del mundo? —pregunta Bermejo.

—Claro, hace alrededor de tres horas.

—¿Y dónde se han metido todos? Hasta ahora no he visto a nadie.

—Se fueron —responde Alfonso—. ¿No lo sabías? Se fueron hace un par de horas a enfrentarse con el número uno.

—¿Cómo? —pregunta Bermejo visiblemente sorprendido y extrañado—. Se supone que teníamos que reunirnos todos en un rato para discutir cuál sería nuestro próximo movimiento. ¿Quién ha planeado esto?

—Todos. Se reunieron anoche cuando te acostaste. Lo siento, pero me prohibieron decirte nada. Yo me he quedado porque alguien tiene que vigilar este lugar pero el grupo entero estaba de acuerdo en que, si no conseguían derribar el mundo perfecto pacíficamente y por medio del dialogo, era hora de derribar al número uno y cambiarlo todo desde arriba.

—Esto es increíble —dice Bermejo—. Tengo que ir para allá enseguida. He de detenerles, no se dan cuenta de lo que van a hacer.

—Van a hacer lo que siempre hemos querido hacer, lo que planeamos largo tiempo atrás. Derrotar al número uno y su gobierno tiránico y devolver la situación a como estaba antes, a como debía haber sido siempre —dice Alfonso.

—Tengo que ir allí y hablar con ellos. Espero que hayan dejado algún vehículo disponible.

—Me parece que quedan un par —le dice Alfonso—. De todas maneras para cuando quieras llegar allí a lo mejor todo ha terminado ya. No sé si para bien o para mal.

Sin intercambiar una sola palabra más, Bermejo sale del edificio y monta en uno de los vehículos que quedan emprendiendo la marcha hacia la residencia del número uno, en la que había estado meses atrás. Tardará al menos media hora en llegar y eso siendo rápido y saltándose posibles controles de carretera y demás. Aunque si en verdad sus compañeros han llegado ya a la residencia del número uno, quizás todos sus subordinados estén muertos o luchando, por lo que los caminos estarán despejados.

Efectivamente, no tarda más de media hora en llegar a la puerta de la residencia, donde se encuentra con dos guardias abatidos y la entrada destrozada por lo que parece ser la embestida de un vehículo. Pasa los jardines y sube las largas escaleras donde descubre más hombres muertos, hombres del número uno que, con sus habilidades de lucha, no tenían ninguna posibilidad contra sus compañeros fuertemente armados.

Una vez llega al control de entrada de la mansión ve a varios de sus compañeros agrupados. Se acerca a ellos y les habla.

—¿Qué ha pasado? ¿No se supone que íbamos a discutir esto?

—Lo siento Bermejo —le responde Javier—. La decisión estaba tomada igualmente, eras tú el único que disentía de nuestras intenciones. Lo dejamos claro al decidir seguirte y venir al mundo perfecto para acabar con el régimen del número uno. Es algo que teníamos que hacer.

—Entonces... —comienza Bermejo—. ¿Ya está hecho? ¿Habéis matado al número uno?

—No, aún no —le responde Javier—. Acabamos de capturarlo hace unos minutos. Han muerto varios de nuestros compañeros, pero cómo tú mismo nos contaste allí en el mundo libre, una vez derribó a varios de nosotros su habilidad desapareció, como si se hubiese fatigado de golpe por un uso excesivo de ella, como pasó aquella vez cuando tú estabas presente. Ahora está allí dentro en esa sala con Almudena y algunos compañeros más, listo para ser ejecutado.

Nada más oír esto, Bermejo se dirige hacia la sala donde están Almudena y sus compañeros con el número uno para intentar por última vez detener la situación. Al entrar contempla al número uno arrodillado frente a Almudena que le apunta con una pistola a la cabeza y, alrededor, rodeándole, a cinco de sus compañeros. Sumados a los cuatro que esperaban fuera Bermejo se da cuenta de que el número uno ha sido capaz de matar a la mayoría de ellos.

—Almudena, no lo hagas —grita Bermejo nada más entrar en la sala.

—No te metas Bermejo —le responde ella—. Sabes que esto es lo que hay que hacer. No hay otra solución. Que tú te hayas rendido no significa que los demás lo hagamos también.

—No es que me haya rendido Almudena. Es que me he dado cuenta de que no podemos acabar con este régimen de la misma manera que él lo ha hecho con el anterior. Puede que sea un tirano y un dictador, puede que tenga a la gente esclavizada, pero lo has visto, todos lo hemos visto, aun así la gente prefiere vivir de esta manera que volver a un sistema anterior. Debemos asumir eso.

—Eso lo dicen ahora porque no saben de lo que hablan. ¿Crees que alguien antes hubiese cambiado su vida por la que tiene ahora? No. Les obligaron a hacerlo y puede que se hayan acostumbrado y estén bien como tú dices, pero también se acostumbrarán a vivir como antes de nuevo y entonces nos darán las gracias ya que se darán cuenta de lo mal que lo habían pasado con este hombre.

—¿Pero no te das cuenta Almudena, de que haciendo lo que estáis haciendo no sois mejores que él? Queréis imponer un nuevo régimen por la fuerza, obligando a todo el mundo a vivir en contra de su voluntad. ¿Por qué no volvemos con Víctor y vivimos en mundos separados como él quiere? Podemos fundar un nuevo mundo desde los cimientos y dejar que la gente que vive aquí lo haga como prefiera. Pocas personas han odiado tanto al número uno como yo lo he hecho y todavía lo hago, pero tenemos que afrontar la realidad. Matándole e impulsando un nuevo régimen podemos acabar con todo de tal manera que quizá nunca seamos capaces de controlarlo.

—Soy consciente de lo que me dices Bermejo —comienza Almudena—. Pero no hay nada que me puedas decir que me haga cambiar de opinión. Es un riesgo, pero en la vida hay que tomarlos y desde luego no pienso permitir que alguien como él disfrute del regalo de la vida porque no lo merece. Voy a apretar este

gatillo y eso dará comienzo a un mundo nuevo, por lo que si quieres decir algo cabrón es tu momento —dice dirigiéndose al número uno.

—Solamente déjame hacerte una pregunta —dice el número uno—. ¿De verdad crees que podrás conseguir siquiera una milésima parte de lo que yo he conseguido?, ¿de verdad crees que matándome acabarás conmigo? Déjame decirte una cosa niña, todo esto comenzó hace millones de años y, pese a todos los inconvenientes, pese a morir a manos de mis compañeros siempre he encontrado la forma de volver, y, créeme si te digo que volveré. No sé cuándo o dentro de cuánto tiempo, pero volveré, de eso no te quepa la menor duda. Y todo lo que podáis lograr hasta ese momento no habrá valido de nada.

—Ni siquiera ahora, sabiendo que vas a morir puedes aceptar tu destino —dice Almudena—. Eres basura.

—Como quieras, únicamente déjame preguntaros una cosa antes de que me mates. —¿Cómo es posible que estéis todos vosotros vivos? Puede que el gas no haya matado a todos los seres vivos pero no puede haber dejado a tantos, no puede haber tantos inmunes al virus.

—Yo sobreviví —dice Bermejo—, y gracias a Víctor, uno de tus compañeros de planeta que también sobrevivió a la explosión del huevo que tú mismo provocaste, fue capaz de clonar a toda esta gente allá donde posee su máquina de clonación. Gracias a él empezaremos un nuevo mundo fuera de las fronteras de tu mundo perfecto.

—¡Calla Bermejo! —le grita Almudena—. ¿Por qué coño le cuentas todo esto?

—Que más te da — dice el número uno—. ¿No se supone que me vas a matar ahora y no volveré nunca por mucho que yo diga que sí? ¿Qué daño puede hacer que conozca esta información?

—Nada más que una cosa más antes de que Almudena acabe contigo —dice Bermejo. ¿Cómo conseguiste acabar con toda la humanidad en tan poco espacio de tiempo?, ¿qué es eso del gas que has mencionado?

—Lo siento, pero no voy a contarte nada de eso, aún. Cuando vuelva te lo explicaré detenidamente, pero no antes.

—No vas a volver cabrón — dice Almudena.

—Como quieras, ahora aprieta el gatillo, acaba ya con esto que empieza a no tener sentido. Sólo una cosa más Bermejo, cuando llegue el momento recuerda esto, volumen tres, letra d.

Sin tiempo para decir más o dejar que Bermejo pregunte al número uno cuál es el significado de lo que acaba de decir, Almudena aprieta el gatillo acabando con la vida del líder del mundo. Su cuerpo inerte cae al suelo junto a varios pedazos de cráneo que han saltado desperdigados, producto del fuerte impacto recibido.

El número uno ha muerto. Es el fin del mundo perfecto.

## PUNTO DE INFLEXIÓN

Doscientos trece camina tranquilo rumbo al pabellón espacial sabedor de que su plan no tiene ninguna brecha. Consiguió esparcir por todo el planeta un virus mortal convenientemente manipulado para que actuase como lo creía oportuno, para obligar a sus camaradas a emprender la búsqueda de un nuevo planeta donde habitar.

La verdad es que no fue fácil, le llevó mucho tiempo, investigación y algo de suerte que todo saliese como él quería, pero al final resultó y nadie sospechó nada. Ahora se dispone a ejecutar la fase final de su plan. Una vez consiga

derivar las coordenadas de lanzamiento de las secuencias genéticas, éstas se perderán para siempre en el espacio no llegando nunca al planeta recientemente colonizado por sus colegas.

Solamente había pasado un día desde que el grueso de la tripulación regresara, pero ya tenían preparado todo para transportar a la población mundial a su nuevo hogar. Algo que doscientos trece no permitirá. Su plan es ser el único que llegue a ese planeta, donde sin oposición y resistencia se convertiría en el líder de toda vida que allí exista o pueda desarrollarse en el futuro. Se acabaría el tener que vivir en este mundo de mierda que tiene a la población esclavizada a favor de unos pocos. Él cambiará eso.

Tras quince minutos andando se encuentra en la puerta principal del complejo donde sabe desde el primer momento que no está autorizado a entrar. Nada más llegar uno de los dos guardias de la puerta le detiene y le pide autorización. Doscientos trece saca una que ha falsificado el mismo con la mejor tecnología que había podido encontrar. Lamentablemente no es lo suficientemente creíble y los guardias se percatan de este hecho por lo que no dejan a doscientos trece otra alternativa más que poner en marcha el plan b.

Rápidamente, y sin que a los guardias les dé tiempo a reaccionar, saca una pistola con la que rocía a ambos con un producto altamente tóxico no sin antes usar la otra mano para taparse la boca y la nariz con un pañuelo húmedo. Una vez lo han inhalado doscientos trece retrocede unos metros ya que por mucho pañuelo que lleve acabaría por respirar algo de ese veneno y lo mataría.

Tras veinte segundos en que los guardias caen al suelo y mueren entre espasmos agónicos doscientos trece saca otra pistola de su bolsillo trasero, y pulveriza la zona con un líquido que aparentemente funciona como antídoto al veneno, ya que le permite pasar al descubierto sin consecuencias para su salud.

Una vez ha robado las autorizaciones de los guardias las utiliza en la puerta obteniendo acceso directo al vestíbulo principal, desde donde puede dirigirse a cualquier parte de la instalación sin necesidad de preocuparse más por su seguridad. No encontrará guardia alguno en el interior del complejo ya que la sociedad en la que vive no contempla que nadie viole las leyes bajo pena de muerte sin resurrección posible. Gracias a esta ley llevan lustros sin que el menor de los crímenes se produzca por lo que las medidas de seguridad disminuyeron aprovechando el dinero que estas dejaban, para dedicarlo a salud o el proyecto espacial en el que están inmersos.

No tarda mucho en descubrir dónde tiene que dirigirse. Coge el ascensor principal y pulsa el interruptor correspondiente a la cuarta planta. Una vez allí se ve un largo pasillo que lleva a una sala cerrada. Usando la tarjeta robada al guardia puede entrar sin problemas, y ve allí a tres personas que, sinceramente no esperaba encontrar.

Pensaba que la secuencia de lanzamiento del código genético sería dos horas más tarde pero aparentemente han decidido adelantarlo.

—¿Quién es usted y cómo ha entrado aquí? —pregunta uno de los científicos.

Sin embargo, para evitar problemas, y, sobre todo, perder el tiempo dando explicaciones que no vienen al caso, doscientos trece decide sacar la última de

sus armas que llevaba escondida únicamente por si se daba la ocasión de usarla y mata a dos de los científicos.

Sorprendido y asustado, el tercer científico se dirige a doscientos trece en tono de súplica:

—¿Qué es lo que quiere? Esto no tiene que terminar así, por favor.

—Ya que estás aquí me vas a ayudar a hacer una cosa que necesito. ¿Ves este papel? —pregunta doscientos trece mostrándole un trozo de hoja que se saca del bolsillo—. En este papel hay escrita una secuencia genética, quiero que la introduzcas en el sistema para lanzarla al espacio.

—Es lo que estábamos a punto de hacer —responde el científico—. Mandar todas nuestras secuencias genéticas con nuestros compañeros.

—Ya lo sé, pero no es eso lo que te he dicho. Quiero que metas sólo esta secuencia genética mientras yo redirecciono la máquina.

—¿Por qué haces esto? Sabes que te matarán por ello y no te dejarán volver.

—No me preocupa, asumiré mi muerte ya que tengo un plan mejor. Ahora hazlo o te mato ahora mismo y lo hago yo pese a que me lleve unos minutos más.

Dicho y hecho, el científico comienza a introducir en la máquina la secuencia genética de doscientos trece mientras esta reposiciona la misma para que todas las secuencias de sus compañeros acaben en un lugar muy lejano de la galaxia de donde se supone tienen que llegar.

Una vez hecho esto, verifica que el científico haya introducido correctamente su secuencia y lo mata sin darle tiempo a objetar nada. Acopla su secuencia a la máquina y la dirige a las coordenadas facilitadas por sus colegas lanzándolas hacia allá con éxito. Pero todavía no ha terminado. Debe asegurarse de que nadie pueda usar la máquina de nuevo por lo que, disparando a los controles y cpu de la misma la inutiliza completamente mientras arranca cables y circuitos, únicamente para asegurarse.

Nadie lo podrá seguir nunca, no por el hecho de que cuando fuesen capaces de reparar la máquina y reiniciar el proceso estarán todos muertos, ya que el virus que esparció por la atmósfera no tardará más de dos meses en aniquilar a la totalidad de la población.

Por increíble que parezca lo ha conseguido. Ha destruido el sistema por dentro él solo. Ha sido capaz de engañar al gobierno no una, sino dos veces, primero para esparcir el virus y que nadie se diese cuenta, y, hace dos días por colarse de nuevo para acelerar el proceso letal del mismo. Quizá la sociedad en la que vive no es tan perfecta como les gustaba proclamar a los gobernantes que la dirigen. La suya, la que él creará en el futuro sí lo será.

## EL PRINCIPIO

Víctor camina deprisa, casi corriendo, en dirección este. Sabe que no tiene mucho tiempo pues las cosas han empeorado en las últimas horas. La forma en la que todo se ha echado a perder le irrita y cabrea y ni siquiera tiene a Bermejo a su lado para ayudarlo.

A pesar de su decisión de ir a acabar con la vida del número uno luego actuó correctamente. Una vez Almudena lo mató regresó con Víctor y los suyos y se unieron para crear una nueva sociedad, para empezar de cero.

Entonces Bermejo le contó que, después de hablar largo y tendido con Almudena y los otros, habían acordado formar sociedades distintas. Almudena quería reconstruir el mundo perfecto tal y como había sido hasta que el número uno acabó con él, y la intención de Bermejo era regresar con Víctor para empezar

de cero y dejar que sea la gente la que construya un nuevo régimen, una nueva forma de vivir.

Para esto acordaron establecer fronteras. Almudena y los suyos respetarían estas y nunca hablarían a nadie de los que decidieron vivir por su cuenta más allá de los límites. Era la forma de preservar ambos mundos sin que uno se viciase con el otro. La frontera se situó en lo que antes era Francia, tal y como era de grande el mundo perfecto del número uno. Tardarían cientos de años en desarrollarse y crecer tanto como para ampliar fronteras por lo que entonces se consideró que era lo más apropiado.

Acordaron igualmente reunirse cada cinco años para comprobar y velar que todo funcionaba correctamente y, de paso, ayudarse mutuamente si ambos mundos necesitaban ayuda de cualquier tipo. A esa reunión solamente acudieron Almudena y tres de sus compañeros, Bermejo y otros tres de los suyos. Víctor rehusó todo contacto con el otro mundo.

Esa primera reunión fue también la última. Aunque Bermejo y sus compañeros se presentaron en el punto de encuentro fijado en la frontera de ambos mundos, Almudena y los otros ya no volvieron a aparecer. Como era la única forma de contacto entre ellos al no querer tener comunicación ni por teléfono, televisión o cualquier otro medio, nunca más supieron los unos de los otros. Hasta hace unos meses.

Unos meses atrás unos desconocidos atravesaron la frontera y descubrieron la sociedad que Víctor y los otros habían construido y que se encontraba en lo que antes era Alemania. Habían pasado ochenta años desde la última reunión entre ambos mundos y veinte desde que Bermejo muriese para no volver jamás, pues este era el deseo de la sociedad que levantaron, vivir y morir como dicta la naturaleza a pesar de seguir en posesión de la única máquina de clonación existente. De la misma manera, Víctor, el fundador de la nueva sociedad, murió tres años más tarde que su amigo, presa de un cáncer.

Estos desconocidos exigían hablar con Víctor ya que pensaban que todavía estaría vivo. Pero no fue así. En su lugar Víctor, su hijo, se presentó y mantuvo una larga charla con los extraños. En esa conversación se dijeron muchas cosas que ni Víctor ni ninguno de los suyos deseaban oír, tales como que Daniel, el gobernante electo tras la muerte de Almudena, ordenaba que trasladasen sus ciudades mas allá de las fronteras ya que era su deseo ampliarlas. No se trataba de una petición sino de una orden.

Al recibir tales noticias Víctor no pudo más que indignarse y exigió hablar directamente con Daniel. Una vez los hombres de él accedieron a llevarle su petición, Víctor y los suyos no tardaron mucho en recibir noticias del nuevo número uno.

En una conferencia televisada, Daniel se presentó a sí mismo como el número uno, líder de los hombres que, debido a su increíble avance en el campo de la tecnología, así como su gran velocidad de reproducción, tenían que ampliar sus fronteras. Incluso tenía la idea de ofrecerles a Víctor y los suyos que se incorporasen a su sociedad ya que no había lugar a que dos mundos tan distintos conviviesen en el mismo espacio. Fue más un ultimátum que otra cosa ya que al

rechazar Víctor semejantes órdenes un pequeño ejército invadió el mundo libre y comenzó a matar y saquear todo lo que encontraba.

Ese día sería conocido como el primero de la guerra. A pesar de las buenas intenciones y las ideas democráticas de Almudena, con el tiempo su sociedad se había corrompido. Todos sus antiguos ideales habían desaparecido sustituidos ahora por un ansia de poder nunca antes visto. Y lo peor del asunto es que la gran mayoría de la sociedad que había construido estaba de acuerdo con ella. Y cómo no estarlo, ya que el castigo por desobediencia era la muerte. No obstante, la sociedad comenzó siendo lo que Almudena quería, un mundo donde los líderes eran elegidos de manera democrática y todo el mundo gozaba de igualdad de oportunidades.

Pero eso cambió. Un año después de volver de la reunión que Almudena y Bermejo mantenían cada cinco años un golpe de estado acabó con su vida e instauró el nuevo régimen. Pronto las cosas comenzaron a cambiar.

Y ahora, meses después del primer día de la guerra, las cosas no pintan muy bien para Víctor y los suyos. Daniel ha entrado en su mundo con un gran ejército y lo está tomando por la fuerza. No aguantarán mucho más. La situación es bastante desesperada por lo que Víctor decide tomar la que él ve como la única salida a esta situación.

Por eso, se encuentra caminando hacia el lugar donde está la máquina de clonación, aún en funcionamiento pero sin uso durante décadas debido a la política de no clonar. No obstante, y a pesar de esta política, Víctor padre y Bermejo decidieron que no había que destruir la máquina por si algún día demostraba ser útil. Acertaron de lleno.

Puede que Bermejo y su padre no aceptasen la medida que está a punto de tomar Víctor, pero él cree firmemente que es la única opción que tienen de impedir un nuevo mundo perfecto que tenga a la gente esclavizada. Una vez llega a la máquina abre el expediente tres, letra d, que una vez le dio su padre para que guardase con cuidado por si algún día se veía obligado a usarla. A pesar de que le dijo en su momento que nunca se le ocurriese hacerla efectiva, también es cierto que en los últimos años de su vida le comentó que quizá llegaría el día en que tendría que hacer uso de esa secuencia genética.

Introduce finalmente la secuencia y espera que funcione. Pocos minutos después está hecho. La máquina abre sus compuertas y de ella surge un hombre adulto totalmente desnudo. Visiblemente sorprendido mira a Víctor y lo saluda. Víctor se dirige a él:

—Hola. Mi nombre es Víctor. Conociste a mi padre un día y, a pesar de vuestras diferencias, creo que él habría hecho lo mismo que yo. Necesitamos tu ayuda.

—Será un placer ayudarte sea lo que sea que tienes pensado. Sabía que este día llegaría tarde o temprano— contesta Doscientos trece esbozando una sonrisa en su rostro.

## **EPÍLOGO: RELATOS DEL FUTURO PERFECTO**

### **DÍA A DÍA**

Despierta. Abre los ojos lentamente, con trabajo. Ha sonado el despertador. Hora de ir a trabajar.

Me aseo y me visto con la ropa del trabajo mientras cojo algo de la nevera para desayunar camino de la fábrica. En cinco minutos estoy fichando. Son las nueve. Por delante cinco horas de trabajo, de las que, con suerte, únicamente dos pasaré realizando alguna tarea. El trabajo en la fábrica de cajas es lo que tiene. Debemos realizar un número concreto de estas al día y, entre cinco personas nos sobra tiempo. Una se encarga de traer las cajas usadas, otro de la máquina que las

prensa, y tres de convertirlas en cajas nuevas. En una de estas cajas recibiré mi paga.

A las dos me voy a casa a comer. Tengo tiempo para descansar antes de ir a por la paga a las cinco. Como mientras veo las noticias por televisión. En ellas hablan del desfile y reproducen el discurso del número uno. El año que viene tengo que salir antes si quiero coger un buen sitio.

A las cinco estoy haciendo cola en el centro laboral. Cuando llega mi turno me dan una caja como las que hago, con la paga. En casa la abro y comienzo a guardar la comida de la semana. Incluso me han dado dos vales para ropa. Ha coincidido la paga semanal con la entrega de ropa. No me había dado cuenta. Como extra una entrada de cine y un libro: La isla del tesoro. ¡Vaya!, este lo publicaron la semana pasada, que suerte tengo, me encantan los libros de ficción.

No obstante, decido ir al cine antes, ya que esta semana proyectan El planeta de los simios que en televisión han definido como una película fantástica muy divertida. Antes, sin embargo, he de pasarme por el centro de culto. Cojo el autobús enfrente de casa y en diez minutos me estoy registrando en la entrada. Tras doce minutos dando gracias a una estatua del número uno, abandono el centro rumbo al cine.

La película efectivamente ha sido muy entretenida. Me muero de ganas por comentarla con los compañeros de trabajo y hablar de cómo han sido capaces de inventarse unas criaturas tan raras como esos simios. ¿De dónde sacarán las ideas?

Ya son las ocho por lo que me voy a casa a casa a cenar. Tras tomar algo ligero comienzo a leer el libro antes de acostarme. Lo dejo en la página veinte debido a que me vence el cansancio. Es normal después de todo lo que he hecho hoy. Me acuesto pensando en que sorpresas me deparará el día de mañana. Adoro mi vida.

## REUNIÓN SECRETA

Tomás entra en el edificio. Se trata de una fábrica de papel. Es medianoche por lo que debería estar vacía, pero no es así. Recibió hace un par de horas la invitación de un hombre para una reunión en aquel lugar. No le dio muchos detalles salvo que le interesaría mucho pues en ella se iban a tratar temas de suma importancia para la mejora de su nivel de vida. Sin duda consiguió picarle lo suficiente la curiosidad, por lo que aquí está.

Enfrente puede ver un estrado improvisado con maquinaria de la fábrica así como a unas diez o doce personas alrededor. Tomás se acerca al grupo y pregunta a uno de ellos:

—Perdona. ¿Ha empezado ya lo que se suponga tiene que comenzar?

—Todavía no —le contesta uno de los hombres—. En teoría comienza en cinco minutos o al menos eso me dijeron a mí.

Tomás escucha al hombre, pero no añade nada. Teme que pueda decir algo que no deba. Esta reunión le empieza a parecer algo clandestino y quizá ilegal, si bien el hecho de no saber exactamente de qué se trata y quienes están detrás le empuja a esperar.

Transcurridos los cinco minutos durante los cuales cuatro personas más se unen al grupo, aparecen en el improvisado estrado tres hombres y una mujer. Uno de los hombres se coloca un paso por delante de sus compañeros y empieza a hablar.

Lo hace largo y tendido durante aproximadamente quince minutos. En ese tiempo Tomás escucha acerca de propiciar un cambio en el sistema, de liberarse de la esclavitud que les ata a una infinita rutina, de poder tomar decisiones sin que nadie las imponga y sobre restricciones morales y sociales. Una vez el hombre termina comienza un turno de preguntas. Pocos entre el público son los que las formulan, pero, los que lo hacen, preguntan vivamente esperando una respuesta que parezca complacerles más que, al parecer, lo ha hecho el propio discurso.

Tras diez minutos más de intenso debate varias personas comienzan a abandonar la fábrica. Nadie parece interesado en las propuestas de este hombre. Tomás tampoco. Ya ha escuchado demasiadas tonterías por hoy. Nada de lo que ha dicho tiene sentido para él. ¿Por qué nadie iba a querer cambiar su modo de vida por otro donde deben esforzarse para conseguir un trabajo, donde nadie les asegura nada y donde acabarán muriendo? ¿Quién en su sano juicio iba a querer algo así?, piensa.

Puede que el número uno no sea su gobernante preferido, ni siquiera el de muchos de sus compañeros, pero les da lo que necesitan a cambio de muy poco, y eso apenas puede mejorarse.

Tomás no sabe de dónde han podido salir estas personas y tampoco le interesa. Es consciente de que si denuncia a estos hombres será acusado de asistir a su reunión y no está dispuesto a asumir las consecuencias que esto pueda acarrear. Y, como él, el resto de los presentes en el acto.

Pues como bien ha dicho el compañero que se encontraba a su lado durante el discurso: ¿Puede acaso existir una vida mejor que la que tienen?

#### CELEBRACIÓN

Hoy es un día de fiesta. De hecho, el único que tenemos en todo el año. Hoy celebramos el día uno. El número uno le dio este nombre debido a que fue tal día como hoy hace tres años cuando comenzó a trabajar en el mundo perfecto. Desde entonces celebramos esta fiesta en su honor. Le damos las gracias por ofrecernos la vida y crear este mundo para nosotros.

El día comienza con un desfile por la calle principal, luego se detiene en la plaza central donde da su discurso de todos los años. Cuando finaliza, comienza la música.

Para la mayoría esta es la única oportunidad que tenemos en todo el año para verlo de cerca. Nos agolpamos tras las vallas para saludarlo al pasar y vitoreamos cada línea de su discurso. Es una oportunidad única.

Cada año, mientras los demás bailan, permite que un grupo de doce personas lo conozcan un poco más. Les invita a un recinto cerrado y habla un rato con todos ellos. Estas personas son escogidas por sorteo por lo que todos tenemos las mismas oportunidades. Este año yo soy uno de los afortunados. Me lo notificaron dos días antes, avisándome también que no podía contárselo a nadie bajo pena de castigo. También me dijeron que la asistencia es obligatoria, pero, ¿Quién en su sano juicio no querría estar ahí al lado del número uno?

El discurso ha terminado, por lo que me dirijo al punto donde me han dicho debo estar. Junto a mí otras once personas esperando. Por fin nos mandan a todos juntos dentro. Una vez en el interior vemos al número uno de pie. Nos mandan hacer una cola y pasar de uno en uno a saludarle. Estamos a unos cinco metros por lo que se puede oír perfectamente lo que dice cada uno. Yo soy el antepenúltimo de la fila.

Todos le dan la mano y le agradecen su esfuerzo por hacer nuestras vidas mejores. ¿Qué otra cosa puedes o debes decir? El número uno responde a todos por igual alabando nuestro esfuerzo por vivir cada día siguiendo las reglas y recordándonos que todos somos necesarios para que el mundo funcione.

Ya nada más queda una persona delante de mí. Se acerca al número uno y, tras darle la mano, le pregunta:

—¿Alguna vez va a cambiar algo?

El número uno le mira y responde:

—No te preocupes por eso. Todo seguirá siempre igual. Afortunadamente.

Entonces finaliza su turno. Es el mío. Cuando me dirijo hacia el número uno puedo verle la cara al hombre de la pregunta y le reconozco. Es el doctor López, mi vecino. Ya es casualidad que nos haya tocado a ambos este año.

Una vez llego al lado del número uno me doy cuenta de que mis manos están temblando. Estoy hecho un manojo de nervios. Le doy las gracias por todo y me responde de idéntica manera que a mis compañeros. Qué honor.

Unos guardias nos escoltan fuera y nos recuerdan que tenemos prohibido hablar de esto con cualquiera. Así, cada uno se va por su lado.

Ya en casa me meto en la cama recordando el mágico momento. Antes de quedarme dormido doy gracias por el número uno.

## DIARIO

El siguiente documento fue encontrado en la antigua residencia del número uno por la presidenta Almudena. Tras depositarlo entre sus pertenencias ha sido encontrado por el bando vencedor de la guerra por el mundo libre. Ahora permanece enterrado bajo lo que un día fue la instalación conocida como El Huevo y que hoy es una fábrica de automóviles. Las partes faltantes no acompañaban al documento original, bien porque fueron arrancadas con anterioridad a su descubrimiento, o bien por el deterioro derivado de los ataques al palacio presidencial:

Día 1

Soy consciente de que exponer mi plan por escrito me podría ocasionar problemas si alguien lo descubre pero me ayuda a aclarar mis ideas y es algo que me gustaría conservar para la posteridad.

Hace tan sólo un par de horas que uno de mis clones ha escapado de la instalación. El resto de ellos así como el doctor Pérez están muertos. Debo agradecer al doctor el tener otra oportunidad de proseguir mi plan. Gracias a su ambición vuelvo a vivir.

Las máquinas llevan rato funcionando a plena potencia. En breve podré pasar a la fase final del plan. He hecho bien en contarles a mis clones una historia bien distinta de lo que me propongo hacer. Si llego a contarles la verdad quizá tendría algún problema ahora que uno de ellos está libre. Pero no sabe nada realmente. Cree que quiero traer de vuelta a los habitantes de mi planeta. Nada más lejos de la realidad.

Yo fui quien los maté y pienso dejar así las cosas. El mismo virus que acabó con todos ellos va a acabar con los habitantes de la tierra también. Gracias a este virus conseguí que buscasen otro planeta para que pudiese gobernar, mandando mi secuencia genética donde los astronautas nos indicaron, y destruyendo la tecnológica capaz de enviar las muestras de mis compañeros me aseguré la extinción de mi especie.

El virus que lancé meses antes mataría a todos en menos de una semana desde ese mismo momento. Me costó mucho programarlo con una fecha límite para que se desarrollase por completo. Doy gracias a los increíbles científicos que colaboraron para ello sin ser conscientes de lo que me enseñaban.

Un día después de poner en marcha la primera parte de mi plan fui ejecutado. Públicamente. La primera ejecución en decenas de años y la primera pública en la historia. Aun así me mataron por arruinar la máquina ignorando que no tenían tiempo para desarrollar una nueva y que solamente disponían de días de vida.

La siguiente vez que abrí los ojos estaba en La Tierra con los dos astronautas que enviamos. Ellos, así como el resto de la tripulación, eran inmunes al virus, por eso les enviamos. Lamentablemente no fui capaz de darme cuenta de este detalle por lo que algunas personas, muy pocas, no estaban afectadas. Yo me aseguré de ser una de ellas, y, probablemente, la modificación del patógeno que me permitió ser inmune hiciese que personas con algún genoma idéntico al mío lo fuesen también.

Aquí está el único cabo suelto de mi plan, y el único que, pudiendo anticipar, no tuve tiempo de subsanar. Por eso debía matar a los dos astronautas y apoderarme de su máquina de clonación. Los pocos habitantes de mi planeta que hubiesen seguido viviendo no me preocupaban. Como mucho eran dos docenas en todo el mundo y ninguno con un puesto relevante en el gobierno o la comunidad científica que yo recordase, por lo que serían incapaces de usar la máquina de clonación y acabarían muriendo de viejos.

Volviendo al tema de los astronautas, tenía que pensar una manera de acabar con ellos. No podía hacerlo físicamente porque eran tan fuertes y poseían las

mismas habilidades que yo. Estaba en desventaja. Durante el tiempo que pasó desde que llegaron a La Tierra hasta que me clonaron tuvieron hijos y nietos, formando una especie de pequeña sociedad. No les hablaron acerca de la máquina de clonación por lo que acababan muriendo mientras sus padres volvían a ser jóvenes una y otra vez.

Decidí contarles esto consciente de que considerarían injusta la decisión de sus antepasados y se revelarían contra ellos. Así fue. Lamentablemente no lo conseguimos. Sé que morí a manos de mis dos compañeros.

Y así estuve muerto hasta que el doctor Pérez me trajo de vuelta. Pase un tiempo encerrado intentando pensar en cómo reestructurar mi plan desde ese punto. Un día trate de fugarme, pero consiguieron detenerme. Desde ese momento, permanecí en un tubo en estado pseudo comatoso mientras experimentaban conmigo.

Durante ese tiempo aprendí mucho ya que era capaz de escuchar a la gente de mí alrededor, aunque era incapaz de despertar de mi letargo. Entendí cómo estaba formado el mundo ahora, cómo funcionaban las cosas y, desde mi prisión de líquido y cristal, pude reelaborar mi plan esperando ser libre de nuevo en algún momento.

Esto sucedió hace apenas cuatro horas gracias a cuatro de mis clones. Ahora mi plan está en marcha de nuevo. Lo primero que he hecho es reproducir el virus que esparcí por mi planeta natal. Cuando mandé mi secuencia genética también lo hice con la composición del patógeno, sabedor de que volvería a usarlo en algún momento en el futuro. Ahora es ese momento.

Mientras construyo la máquina de clonación usando la tecnología con la que cuenta la instalación, libero el virus en la atmósfera terrestre. Pero no exactamente el mismo virus que acabó con mis compañeros, uno mejorado. Es increíble lo que en un par de horas puedes hacer con la tecnología adecuada y unas habilidades como las mías. Y eso que el doctor Pérez se había apresurado a destruir todo cuanto podía. He mejorado el virus no sólo para que acabe con toda vida humana en el planeta, también para que consuma sus cuerpos.

Sería inútil para mí si acabara con toda la humanidad, pero dejase las calles y edificios llenos de cadáveres. Retrasaría muchísimo la siguiente fase de mi plan. Por eso la modificación. Ahora el virus actúa más rápido, entre una hora tras contagiarse y dos días máximo, dependiendo de la estructura genética del individuo. Una vez actúa calienta los órganos vitales del individuo a tan altas temperaturas que acaba por prenderse fuego. Debido a las temperaturas tan elevadas que soporta el cuerpo la persona debe quedar completamente calcinada en segundos, como si nunca hubiera existido. Incluso su ropa y accesorios que lleve encima desaparecerán presa de las llamas. Esta modificación del virus se basa en mi habilidad para elevar la temperatura corporal. Con los debidos ajustes y, en el organismo de una persona que no es capaz de controlarla, se vuelve letal. Esto provocaría incendios así como explosiones si la persona comienza a arder en según que sitios, pero es un daño colateral que estoy dispuesto a asumir.

Además, el fuego se extinguiría tras incendiarse debido a que al morir la persona el virus muere con ella dejando de emitir calor, por lo que el único peligro es que la persona arda junto a un elemento combustible. Si no es el caso

la llama se apagará enseguida dejando únicamente la marca. Una vez esté hecho proseguiré con el plan.

Día 1

Registro de... (Faltan varias páginas)

Día 2

Parece ser que no todo el mundo ha sido infectado por el virus. A pesar de las mejoras que he implantado un ínfimo porcentaje de gente sobrevivirá. Afortunadamente parece que todos los supervivientes se encuentran en España y Francia. Desconozco el motivo. Puede ser que se trate de familiares cercanos o lejanos que compartan la parte genética que impide que se desarrolle el virus. No lo sé, pero algo así debe ser si nada más que sucede en dos países y con un total de no más de veinte personas, a juzgar por la información que obtengo de televisiones, radio, Internet y de mis nuevos clones.

Estos se encargarán de matar a los que queden. ¿Es posible que se trate de descendientes de aquellos dos astronautas? Es lo único que se me ocurre, que procedan de ellos y que por algún motivo compartan esos genes, aunque con el tiempo se hayan mezclado con personas diferentes. Bueno, es irrelevante. Dentro de poco no quedará nadie.

Día 2

Me informa uno de mis clones que (parte faltante). De ser así ya no tengo más de lo que preocuparme.

(A continuación hay dos hojas quemadas pudiéndose leer solamente dos o tres inicios de línea):

Ya \_\_\_\_\_ saber que \_\_\_\_\_ encerrados en tubos \_\_\_\_\_  
aún no sé \_\_\_\_\_ usarlos como \_\_\_\_\_ mis clones se \_\_\_\_\_  
celdas \_\_\_\_\_ todo va según \_\_\_\_\_ nadie \_\_\_\_\_ puedo  
ahora \_\_\_\_\_ desarrollar \_\_\_\_\_ continuar el plan. (La siguiente  
parte es más legible): Así será, únicamente doce clones \_\_\_\_\_ continuar  
limpiando las calles, \_\_\_\_\_ para acabar con los prisioneros del Huevo ya  
que no pueden ofrecer a estas alturas información útil sobre supervivientes que se  
supone que ya no \_\_\_\_\_ y el resto en los tubos \_\_\_\_\_ para ser  
usados llegado el \_\_\_\_\_

Día 3

Todo se ha precipitado. No ha salido como tenía previsto, pero sin duda puede decirse que me ha favorecido. Siempre hay que tener un seguro de vida y yo lo tenía en este caso, si bien es cierto que por un motivo bien distinto. Pensando que quizá alguno de mis clones se pudiese revelar contra mí, llevé la máquina de clonación a una gasolinera cercana y construí un control remoto para activarla

desde El Huevo. Si sentía que mi vida corría peligro sólo debía pulsar un botón y en dos horas la máquina me clonaría en aquel lugar seguro.

No pensé jamás que el peligro vendría no de mis clones, o incluso de ese par de prisioneros que escaparon de sus celdas, sino de aquel clon que me liberó y los dos astronautas que había dado por muertos.

Detonaron El Huevo tras atraer a todos mis clones en el radio de acción matándolos sin dejar ni uno. Yo también habría muerto en ese momento de no ser porque la alarma de autodestrucción salta dos minutos antes, dándome tiempo para llegar a la sala segura bajo tierra. Allí me até unos explosivos al cuerpo dispuesto a llevarme por delante a los enemigos que siguiesen fuera con vida. Pulsé el botón para clonarme en dos horas y salí del Huevo apartando escombros.

Fuera vi a mi clon, los dos astronautas, y un ser humano normal al que maté sin problemas. Luché con el resto y, cuando estuvieron lo suficientemente cerca de mí, detoné los explosivos. A las dos horas renací en la gasolinera. Cogí el diario que había guardado allí y me dirigí al Huevo para asegurarme de que todos habían muerto. Allí vi el cuerpo de mi clon así como un brazo y una pierna sin rastros del cuerpo al que estuvieron unidos. La explosión debió ser tan fuerte que desintegró a los astronautas dejando únicamente un par de miembros cercenados, probablemente debido a que me estaban agarrando en el momento de la detonación.

Ahora tengo muchas cosas pendientes que hacer. La siguiente fase de mi plan debe comenzar y me costará algo más de lo que tenía pensado ya que cuento con menos medios y no tengo intención de crear más clones por lo que pudiera pasar.

Día 7

Ya estoy instalado en la que será mi residencia. Es un palacio bastante grande donde debió vivir alguien importante de la ciudad de Madrid. Desde aquí iré clonando a los que serán mis seguidores. Voy a construir el mundo perfecto con el que siempre he soñado y sólo yo lo dirigiré.

Día 12

Ya hay cincuenta personas en mi nuevo mundo. Les voy dando vida a partir de códigos genéticos base. De momento los retengo en la residencia. Cuando sean más los dejaré salir. La idea es que estos pocos guíen al resto una vez tengan claro lo que deben hacer y sean totalmente fieles para que todo sea más fácil. Las bases de la sociedad ya están fijadas. Daré discursos en la calle y estos primeros hombres serán los elegidos para ejecutar mis ordenes. Lo harán sin rechistar debido a que les aseguraré las mejores posiciones en mi nuevo mundo.

Una vez clonado el número de personas que he decidido que vivan en mi mundo, serán censados y asignados tanto a un distrito, como se les otorgará una modificación genética que, por un lado les especializará en una profesión, y por otro, les inhibirá el deseo sexual.

Día 127

Ya ha comenzado. Todo el mundo está censado y preparado para vivir en el nuevo mundo. Las fronteras están fijadas y las obras de demolición y remodelación de calles y edificios en marcha. Según mis proyecciones estimo que para cuando se cumpla un año de la creación del primer humano nuevo la sociedad funcionará perfectamente, y así será desde ese momento en adelante.

Día 375

Primer aniversario desde que el primer hombre fuese creado por mí. Ha sido un día de festejos que se repetirá de ahora en adelante. Todo funciona tal y como lo había planeado. No creo que continúe escribiendo este diario ya que no veo necesidad de ello. Nada cambiará y no necesitaré revisar mis notas pasadas en busca de guía nunca más.

Día 3620

Hace apenas media hora que me lo han dicho. Uno de los muchos ciudadanos que viven en mi mundo se ha sublevado y ha escapado con rumbo desconocido. ¿Cómo es posible que todavía quede gente que cometa semejantes estupideces?, ¿es qué no les parece lo suficientemente grande el castigo? Me informan del nombre del individuo y lo primero que hago es ir al registro yo solo para comprobar que es lo que había estado haciendo allí. Dos guardias muertos es lo primero que encuentro. No es un problema pues los clonaré de nuevo y será como si nada hubiese sucedido. Ya que estoy aquí busco el archivo del fugado para, de esta manera, poner fin a su vida clonándolo mientras el original sigue vivo. El problema es que no encuentro su archivo por ninguna parte. No hay ningún doctor López censado. ¿Cómo es posible?, ¿Cómo puede haber alguien que no aparezca en mis archivos?

En esos archivos figuran las secuencias genéticas de todos los habitantes de mi nuevo mundo así como algunas más de mi viejo mundo por si llegase a necesitarlas llegado el caso. Pero la suya no está allí. Eso solamente puede significar una cosa, que a ese hombre no lo he creado yo. Pero por otro lado me resulta del todo inconcebible que algo así fuese posible ya que no quedó ni un ser vivo en la tierra cuando eliminé a aquel clon mío y mis dos congéneres.

Día 3622

He aumentado la vigilancia en todo el país. Aquel hombre no podrá poner un pie en mi mundo sin que yo me entere. Morirá tras la frontera, solo, en poco tiempo.

Día 3712

Recibo una noticia alarmante por parte de uno de mis ciudadanos. Parece ser que ha asistido a una reunión clandestina promovida por un grupo separatista. En

ella trataban de convencer a la gente de que soy un tirano y que hay que acabar con mi gobierno de esclavitud y constituir uno nuevo. La persona que ha acudido a mí para contármelo fue a la reunión tras escuchar hablar de ella a un compañero de trabajo con el objetivo de poder informarme y prevenirme más tarde.

Será recompensado por ello, pero únicamente después de que ataje el problema. ¿Quiénes son esas personas y de dónde han salido? Es imposible que sean miembros de mi sociedad que deciden rebelarse tras tanto tiempo. Saben a lo que se exponen y que nadie querrá seguirlos. He de pensar en algo.